SELINA MAE



LECCIÓN 1:

APRENDER A FINGIR

HALL BECK UNIVERSITY

montena

SELINA MAE

LECCIÓN 1: APRENDER A FINGIR

HALL BECK UNIVERSITY

montena

En este libro encontrarás contenido explícito.
Si necesitas más información al respecto, ve a la última página.

Atención: esta advertencia sobre el contenido revela información sobre el argumento del libro.

Te deseamos la mejor experiencia de lectura posible.

Con cariño,
Selina & LYX

CAPÍTULO UNO



Estaba segura de exactamente tres cosas:

1. «Venganza» no es más que otra palabra para «justicia».
2. El dinero sí compra la felicidad.
3. No te acercarás a Dylan McCarthy Williams, a no ser que quieras que tu hermano te asesine mientras duermes.

Además, ¿de verdad lo necesitaba tanto?

Técnicamente, estaba a punto de suspender Estadística II, sí. Y, sí, el profesor Shaw me había asegurado que aquellas clases particulares semanales serían el único modo de aprobar su asignatura, después de ese examen parcial que había «profanado de principio a fin» (en sus palabras, no las mías).

Pero seamos claros: tal vez la universidad no fuese lo mío. La estadística no lo era, de eso no había duda, a pesar de la reputación de mi madre. Y tampoco lo era McCarthy.

Mientras gemía para mis adentros, detuve la mirada sobre el chico moreno y alto que estaba sentado al otro lado de la mesa. Tenía el cuerpo fornido inclinado sobre una pila de papeles que revisaba con el ceño ligeramente fruncido. Allí, sentado en la pequeña silla de oficina y con el pelo de color café con leche alborotado sobre la

frente, no había dado muestras de haberse percatado de mi presencia. No había reaccionado cuando había llamado a la puerta, ni cuando la había abierto, ni cuando…

—Athalia Payton Pressley —dijo, pronunciando con lentitud y sin molestarse en levantar la vista. Sentí que me deshinchaba al oír su voz—. ¿Por qué no te sientas?

Aquellas palabras abandonaron la boca de Dylan McCarthy Williams acompañadas de una indiferencia de lo más irritante. Garabateó unas cuantas notas más antes de dejar caer el bolígrafo rojo sobre la mesa. Y, de algún modo, aquel gesto en sí mismo se me antojó intencionadamente pasivo-agresivo. Como si me estuviese diciendo: «¿Cómo te atreves a interrumpirme mientras trabajo?» sin ni siquiera abrir la boca.

Pero, en lugar de eso, añadió:

—¿O tenías intención de pasarte la hora entera mirándome? —Enarcó las cejas justo cuando sus ojos se encontraron con los míos. Me miró de una forma que me dio ganas de salir corriendo en la dirección opuesta, pero que, sin embargo, me condenó a sentarme en la silla que había frente a él. McCarthy siguió todos y cada uno de mis movimientos: me observó con atención mientras me sentaba y me colocaba la melena castaña a un lado, para que no se me quedase atrapada entre el respaldo de la silla y la espalda. Me crucé de piernas, colocando una sobre la otra, mientras me sujetaba el dobladillo de la falda negra con una mano y con la otra me alisaba la manga del jersey de lana.

Lo miré y parpadeé con aire inocente.

—El profesor Shaw me había prometido lo mejor de lo mejor. —Ladeé la cabeza con una sonrisilla en los labios, sin molestarme en tratar de esconder el ligero desdén que impregnaba mi voz. Saqué de mi mochila los apuntes, que abultaban la mitad que los suyos, un

detalle que decidí ignorar—. ¿No lo habrás visto, por casualidad? —Con la esperanza de que mi gesto fuese un reflejo de la actitud con la que él había soltado el bolígrafo, dejé caer el montón de papeles sobre el escritorio.

Soltó un resoplido, ligeramente irritado, mientras volvía a coger el bolígrafo. Y, sin embargo, McCarthy alzó la mirada hacia la mía de nuevo, y esbozó una sonrisa tan ancha como falsa. Una sonrisa que decía: «No estoy aquí para que hablemos de chorradas, sino para lamerle el culo a mi profesor a cambio de mejorar mi nota y mi reputación». Una sonrisa que decía, también: «Preferiría matarte ahora mismo y vivir con las consecuencias que darte clases particulares». La amenaza estaba escondida tras unos marcados hoyuelos y las palabras siguientes:

—No estarás sorprendida de verdad, ¿no?

Se señaló de arriba abajo, recorriendo la sencilla camiseta negra. Llevaba una cadena de plata que desaparecía por debajo. Cuando volví a mirarlo a los ojos, me estaba dedicando una sonrisa petulante.

Dylan McCarthy Williams era, cuando menos, lo que mi hermano más odiaba en el mundo entero. Más incluso que el helado de fresa («¡A cualquier cosa le llaman helado, Athalia! Y no, no pienso dejar que me lo discutas»). Más que a Eric (mi primer novio). Más que a nuestros padres muertos (¿por… haberse muerto?).

Este odio estaba motivado por varias razones dignas de mención (y un par de cientos más).

1. McCarthy le había robado el número de camiseta del equipo de fútbol.
2. McCarthy le había robado el puesto de capitán en dicho equipo.
3. McCarthy le había robado la novia (Paula) tres días después de que rompieran.

Por supuesto, que McCarthy hubiera terminado con el número siete en la camiseta no había sido más que una simple casualidad. Al final, las discusiones les habían costado a ambos la oportunidad de ser los capitanes del equipo de fútbol de la HBU, aunque Henry Parker Pressley estaba firmemente convencido de que McCarthy se la tenía jurada desde el primer instante en el que lo había visto por primera vez, tres años antes. Yo no sabía por qué, ni tampoco me importaba especialmente. Lo único que importaba era que tenía que apoyarlo sin condiciones, así que, como McCarthy era el primero en la lista negra de Henry, debía estar también en los primeros puestos de la mía.

Entre McCarthy y yo nunca había pasado gran cosa. Mi hermano se había encargado de que así fuera, por supuesto, aunque mi vida le importase más bien poco. No obstante, por lo poco que conocía sobre el susodicho —su arrogancia, su sarcasmo, su actitud en general—, me daba la sensación de que Henry me había hecho un favor. Sin embargo, ese favor no cambiaba el hecho de que estaba, en ese momento, sentada enfrente de McCarthy.

Aunque en general no fuese una persona que huía de los conflictos, pensar en pedirle al profesor Shaw que me cambiase de profesor particular empezaba a resultarme tentador. Su despacho estaba justo al lado. Podría llamar a la puerta, disculparme (¿por… suspender su asignatura?) y prometerle que conseguiría un aprobado para el final del semestre yo solita.

Esa estrategia tal vez habría funcionado con otra persona, pero Shaw ya me tenía suficiente inquina. Además, ¿qué sabía yo si sería capaz de aprobar sola? La suerte no estaba de mi parte.

Negué con la cabeza con un suspiro y oteé la estancia. Francamente, quienquiera que la hubiese elegido no podría haber encontrado un despacho más pequeño ni habiéndolo intentado con

absolutamente todas sus fuerzas. Comparado con los enormes comedores de la Hall Beck University (en los que yo me había sentado a comer un total de cuatro veces), la gigantesca biblioteca del campus principal (a la que me había visto obligada a ir más a menudo de lo que me habría gustado) o las aulas, en las que había centenares de asientos (y que aun así ya estaban abarrotadas cuando yo llegaba, dos minutos antes del comienzo de la clase), aquello no era más que un armario para escobas en el que habían embutido un escritorio de madera lleno de papeles, una estantería con carpetas de varios colores y a un hombre demasiado corpulento para la silla en la que estaba sentado.

Detrás de McCarthy había una ventana que daba a uno de los patios de la universidad, en el que ya empezaba a despuntar el suave clima otoñal de la costa este. Las esquinas del cristal estaban llenas de polvo acumulado. Aquella estancia era demasiado pequeña y se encontraba demasiado abarrotada para que aquello terminase bien.

—¿Qué te hace pensar que esto es una buena idea?

—No lo es. —McCarthy se encogió de hombros. Estaba de acuerdo conmigo. Pensar en que los dos pudiéramos estar de acuerdo en algo, aunque no fuese más que el mero hecho de que no nos llevaríamos bien, se me antojó extraño. Tan extraño que se me debió de ver en la cara, porque añadió—: Pobre princesa Pressley. —Había un matiz divertido en su tono de voz, que era por lo demás desdeñoso. Ladeó ligeramente la cabeza—. No se puede creer que a alguien no le emocione la perspectiva de pasar tiempo con ella.

Mi último intento por ser cortés fue hacer como si no lo hubiera oído. Me habían llamado cosas mucho peores que «princesa». Lo observé mientras revisaba en silencio los pocos apuntes que había tomado en las primeras semanas del semestre con la esperanza de

que notase que lo estaba fulminando con la mirada, aunque él no me estuviera mirando a mí.

—Santo Dios. —Su silencio se me había hecho demasiado corto—. ¿Cómo te las arreglaste para aprobar Estadística I? —No necesité una confirmación para comprender que había encontrado el examen parcial que me había abocado a aquella situación. Su forma de arrugar el gesto ya decía suficiente. Sin embargo, a modo de énfasis, volvió la página, resopló y, del peor modo posible, añadió—: ¿Un cuatro? ¿En serio?

Arrugué la nariz y, con el rostro inexpresivo, le espeté:

—Que te den.

Él se limitó a reírse.

Pero ¿queréis saber la verdad? ¿Cómo se iba a dar cuenta el profesor Shaw, que además de no ver tres en un burro tenía siempre el pelo grasiento en la cara, de que la pequeña Athalia del año anterior se había guardado el móvil debajo de la mesa y le había mandado fotos de las preguntas a alguien que sí sabía las respuestas? Exacto.

Mi hermano, que era lo bastante estirado e inteligente por los dos, lo habría llamado copiar. Yo, en cambio, lo llamaba tener recursos.

Sin embargo, había un pequeño problema: entre mi desempeño en la última clase y mi nota final, que era más que aceptable, no había correlación alguna. Ja, ja, la estadística. Y, aunque Shaw no tenía pruebas de que hubiera copiado el semestre anterior, esta vez estaba más que decidido a conseguirlas: esa era la razón por la que en nuestra primera clase de Estadística II nos había presentado una nueva disposición de los asientos según la cual yo debía sentarme en primera fila. Eso me había obligado a enfrentarme al examen parcial sin ayudas externas y… En fin, así había terminado yo.

Con un cuatro.

McCarthy se rio por la nariz, como si hubiera oído mi monólogo interno y supiera mi respuesta a su pregunta antes incluso de que mi boca pronunciase las palabras.

—Pues claro. —Asintió con un gesto cómplice y puso los ojos en blanco—. Como siempre, los hermanos Pressley recurriendo al dinero de papaíto para solventar sus problemas.

—En realidad es de mamaíta. —Le sonreí con aire inocente mientras lo observaba dejar mis apuntes sobre la mesa, de lado, para que ambos pudiéramos verlos—. Y es evidente que no estoy solventando mis problemas con dinero, de lo contrario ya te habrías dado cuenta.

—Qué graciosa. —No se rio.

Y, tras no reírse, se aclaró la garganta, como si de verdad fuésemos a seguir adelante. Como si de verdad fuese a enseñarme pruebas A/B y algoritmos bandido. Y como si de verdad esperase que los entendiera.

Francamente, estaba convencida de que se opondría a esto tanto como yo. De que chillaría y pelearía (metafóricamente) hasta que Shaw le quitase el marrón de encima, de que montaría un numerito si era necesario. Cualquier cosa que le garantizara que no estuviéramos allí sentados.

—¿Por qué quieres torturarnos a los dos así? —le pregunté, albergando la esperanza de que con esas palabras lograra desviarnos del camino que nos llevaba hacia las hipótesis y las variables—. Te has vuelto loco si crees que…

—Es mi trabajo, Pressley —me interrumpió con el semblante serio y una expresión que por un instante me resultó incomprensible. Luego curvó la comisura derecha de los labios, muy ligeramente, de una forma tan cruel como intrigante—. Ya sabes… —me provocó—. Esa cosa que consiste en ir a un sitio, hacer lo que te dicen y recibir

dinero a cambio a final de mes. Teniendo en cuenta tus orígenes, no sé si conoces…

—Un momento. —Estaba empezando a entenderlo—. ¿Eres el ayudante de Shaw? —Negué con la cabeza con suavidad mientras se me teñían los rasgos de frustración—. ¿Por qué? —pregunté con brusquedad.

—¿Por qué no?

—No necesitas el dinero —repliqué, evaluándolo con los ojos verdes ligeramente entornados. Rápidamente, desvié la mirada hacia el reloj que llevaba en la muñeca (que debía de costar tanto como el par de Miu Mius que yo guardaba en mi armario)—. No lo necesitas para nada.

—Pero aquí estoy.

Pero allí estaba.

Así que proseguí:

—¿Qué ha pasado con ese chico tan mono del último curso del año pasado? Me gustaba. —Puse morritos.

—Lo creas o no…, se graduó.

—¿Y tenías que sustituirlo tú? —La sonrisa engreída que me había pintado en los labios era una burda mentira. Una fachada que evitaba que lo que acababa de comprender se reflejase en mi rostro. Mis probabilidades de conseguir otro profesor particular ya eran escasas, pero ahora que sabía que McCarthy era el ayudante de Shaw se habían reducido a cero, y yo sentía que me moría por dentro. De ningún modo se molestaría en asignarme a otro profesor si su propio ayudante, McCarthy, se encargaba de ello—. ¿Nadie más se presentó al cargo?

—Se han librado de una buena. —Estaba empezando a molestarse, me había dado cuenta. Lo veía en la impaciencia con la que tamborileaba con los dedos sobre el escritorio de madera, en

cómo toqueteaba los papeles que había entre los dos para que yo les prestara atención—. Y ahora, si no te importa…

—Madre mía… —Suspiré y esbocé una sonrisa victoriosa, arrastrando las palabras. No pude evitarlo. Me apoyé en el respaldo de la incómoda silla y él soltó un gruñido exagerado que a punto estuvo de provocarme una carcajada—. Así que trabajas para Shaw… Debe de ser lo peor. —Nuestras miradas seguían conectadas. Él lucía unas bolsas bajo los ojos que indicaban que no debía de haber dormido más que unas pocas horas, y aun así tenía mejor aspecto que yo después de una buena noche de sueño—. ¿Te meterás en un lío si no cumples con los objetivos?

Se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en el escritorio. El pelo oscuro le cayó sobre la frente y una sombra de sonrisa asomó a sus labios, una sonrisa que no indicaba ni felicidad ni diversión. Era desafiante.

—Depende —contestó en voz baja—. ¿Te meterás tú en un lío si suspendes su asignatura?

—¿Cuál sería el castigo? ¿Te recortaría el sueldo? ¿Tendrías que hacer horas extra? —proseguí, ignorándolo—. ¿O te despediría y punto? —Tragué saliva con fuerza y, todavía con la sonrisa en los labios, ladeé la cabeza—. ¿Podría hacer que te despidiera, McCarthy?

Casi podía ver cómo le salía humo de las orejas de tanto pensar. Apretó los labios; la nuez le subió y le bajó en el cuello antes de responder.

—Eso no importa. —Se cruzó de brazos, se encogió de hombros y se apoyó en el respaldo de la silla—. Yo siempre cumplo con los objetivos. —Suspiró y yo me removí en mi asiento y descrucé las piernas—. Y, para que lo sepas… —añadió mirando hacia mi derecha —. Esa puerta da al despacho de Shaw. —La señaló con la cabeza—. Si quieres asegurarte de que oiga cómo lo insultas, solo tienes que

hablar un poco más alto la próxima vez. —Resopló con una expresión divertida—. Supongo que te haces una idea de lo delgadas que son estas paredes.

Intenté con todas mis fuerzas evitar que el pánico que se estaba filtrando por todos los rincones de mi cuerpo aflorase en mi rostro y aparté la vista de la puerta que supuestamente daba al despacho del profesor. Para distraerle, carraspeé, me incliné hacia delante y empecé a hojear mis apuntes.

—Ya —dije, consciente de lo satisfecho que se sentía consigo mismo—. ¿Qué decías? Sobre… —me interrumpí para leer los pocos apuntes que había tomado en la última clase—… ¿la comparación de dos muestras? —Abrí los ojos y me encontré con la sonrisa victoriosa que esperaba ver en su rostro. Casi me arrepentí de haber cedido.

Sin embargo, si había algo peor que aguantar a McCarthy, eso era sin duda la ira de cierto profesor llamado Simon Shaw.

Mi hermano lo entendería.

CAPÍTULO DOS



Oí a mi mejor amiga antes de verla.

Oí el repiqueteo de su abarrotado llavero al abrir la puerta del loft que compartíamos en un extremo del campus. El golpeteo de sus apresurados pasos, solo interrumpido fugazmente cuando se quitó los zapatos junto a la puerta de una patada. Y, finalmente, con un tono de voz cortante y molesto…

—No estarás hablando en serio.

Dobló la esquina para entrar a la cocina abierta.

—Por desgracia, sí. —Deslicé la mirada desde mi ordenador hacia ella justo en el instante en el que entraba—. Va totalmente en serio.

Wren frunció el ceño y lentamente, pero con seguridad, soltó la bolsa de tela con la compra que llevaba colgada del hombro, que se fue deslizando poco a poco hacia el suelo. Sin duda, mi amiga se refería a la ristra de mensajes míos que había recibido en cuanto yo había salido del despacho de McCarthy.

—No —insistió.

—Sí.

—¿McCarthy?

Asentí de nuevo.

Por fin, exhaló el aire que debía de llevar rato conteniendo,

apartándose así varios mechones de pelo corto teñido de dos colores de la cara. La parte blanca y la negra de su melena, que apenas le llegaba a los hombros, estaban divididas por una raya en medio. Se lo teñía así ella misma desde mucho antes de que nos conociéramos. Mientras sacaba la compra de la bolsa, que había subido a la isla de la cocina, se mecía al compás de sus movimientos. Exhalé un suspiro y me bajé del taburete para echarle una mano.

—Tendrías que haberle visto la cara —añadí.

—Prefiero no verla.

—Era tan… —Me costaba encontrar las palabras que describieran lo que había sido una mezcla exacta de arrogancia, seguridad en sí mismo y petulancia. Me conformé con soltar un gemido de frustración—. En fin, como si no tuviera el ego lo bastante grande ya. —Abrí la nevera con una fuerza un poco excesiva—. Ahora, cada vez que aprenda algo nuevo gracias a él, se lo estaré alimentando. Aunque supongo que se trata de eso, ¿no? —Cerré el frigorífico con un golpe sordo—. De que aprenda algo. Y, gracias a él, ahora mismo es lo que menos me apetece hacer.

Wren me dedicó su mejor intento de sonrisa compasiva, lo que significaba que, más que sonreír, arrugó la nariz e hizo una mueca. Sin embargo, capté el mensaje. Respiré hondo por primera vez desde que le había soltado ese rollo y me dejé caer de nuevo en el taburete.

—Dudo que sea capaz de enseñarte nada —masculló Wren ladeando la cabeza. Arrugó la nariz de nuevo y suspiró, un sonido que rebosaba tanto pena como determinación. Se volvió hacia mí—. Seguro que yo soy capaz de entender el temario de Estadística en un segundo. Ya te daré clases yo. Que le den a McCarthy. —Se me escapó una carcajada suave, casi derrotada—. ¡Lo digo en serio! —insistió ella. Parecía muy convencida.

Por un segundo, me permití imaginármelo. Visualicé a Wren sentada en aquella silla del despacho, enfrente de mí. La imaginé haciéndome preguntas cuya respuesta yo desconocía. Y preguntándome una y otra vez, hasta que, al final, me sabía las respuestas. McCarthy no aparecía por ninguna parte. Era una imagen hermosa, casi utópica.

—Ya lo sé —contesté en tono casi quejicoso, alargando la última palabra—. Y por eso es una oferta tentadora. —Hice un puchero, pero lo transformé en una sonrisa triste en cuanto vi la expresión expectante de Wren. «Bueno, entonces ¿qué?», parecía preguntarme. Se cruzó de brazos, revelando el tatuaje hecho con aguja de un cuchillo que llevaba en un lado de la mano. Había sido el resultado de nuestra procrastinación durante la época de exámenes del año anterior. Negué con la cabeza—. No puedo robarte esa cantidad de tiempo y seguir con la conciencia limpia. Otra vez.

Wren Inkwood era de esa clase de amigas que te acompañaban a todas las fiestas y veladas, a pesar de que no le gustaba ni la gente ni beber alcohol. Era de las que le pegan una paliza a tu novio si lo descubre poniéndote los cuernos antes de ni siquiera contarte a ti lo que ha hecho. La que te lleva a su casa por Acción de Gracias, aunque solo haga diez semanas que te conozca.

Y como era, evidentemente, de esa clase de amigas que son un tesoro, y yo no era más que una amiga corriente, me había propuesto recibir menos y dar más. Quería apoyarla yo a ella, en lugar de a la inversa. Y por eso decidí mantenerme firme en mi decisión.

—No puedes estar hablando en serio, Athalia.

—Pues sí.

—No seas ridícula.

—No lo soy.

Me salvó la campana. O más bien una llamada a la puerta principal: la excusa perfecta para librarme de aquella discusión antes incluso de que hubiese empezado.

Bajé del taburete de un salto al tiempo que dedicaba a mi amiga una falsa mirada de disculpa y prácticamente eché a correr hacia la puerta. Sin embargo, cuando me encontré con la expresión nada complacida de mi hermano mellizo y Wren se esfumó a su habitación, eché de menos de inmediato el tira y afloja infantil en el que estábamos inmersas.

Me habría gustado ver a mi hermano más a menudo, sí. Pero nunca cuando estaba de mal humor.

—Henry. —Enarqué las cejas y él entró en mi apartamento sin mediar palabra—. Adelante, pasa —mascullé, indicándole que entrase con un gesto innecesario. Ya había doblado hacia la derecha y había llegado a la cocina abierta, donde estaba rebuscando en los armarios y las estanterías como si estuviera en su casa. Lo oía desde el vestíbulo. Puse los ojos en blanco, cerré de un portazo y lo seguí —. Adoro tus visitas anuales, ya lo sabes, pero no estaría mal que me avisaras con un poco de antelación.

Henry todavía iba vestido con la camiseta del equipo, los pantalones cortos carmesí con el número ocho bordado y una sudadera negra encima de la camiseta a juego. Seguro que estaba sudado y asqueroso, pero, aun así, tenía un aspecto tan cuidado como siempre. Llevaba el pelo castaño peinado con raya en medio, como siempre.

—No son anuales —replicó tras quince segundos enteros, relajándose por fin tras haber encontrado un plátano medio ennegrecido en el frutero casi vacío. Para cogerlo, primero tuvo que dejar sobre la isla de la cocina un montón de papeles que llevaba en

la mano, lo que llamó mi atención.

Me puse rígida.

—¿De dónde has sacado eso?

La pregunta era completamente innecesaria.

Henry siguió mi mirada con una expresión de fingida despreocupación en los ojos verdes.

—¿Ah, esto? —Se encogió de hombros, valiéndose del plátano para señalar mis apuntes de Estadística, como si se tratara de una extensión de su dedo. Le dio un mordisco y entonces, con la boca todavía llena, prosiguió—. La verdad es que es una historia muy graciosa. —Sin embargo, la expresión de su rostro me decía lo contrario, o, al menos, que a él no le parecía graciosa en absoluto—. McCarthy me los ha dado después del entrenamiento. —Puso una expresión desdeñosa al mencionarlo—. Me ha dicho que mi hermana pequeña se los debía de haber olvidado en su despacho, y que si no me importaba llevárselos, porque si ya pensaba pasarme por allí de todos modos…

—Cosa que no pensabas hacer —le recordé enseguida—. Lo de pasarte por aquí, quiero decir. —No lo habría hecho de no ser por mis apuntes, y por el detalle de que habían estado justo antes en manos de McCarthy.

Henry ignoró la pulla sin pensárselo dos veces. No me sorprendió que lo hiciera.

—Resulta que quiere que te diga… —Mi hermano era, por encima de todo, dramático, así que hizo una pausa como si necesitase de unos segundos para prepararse. Cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás y apoyé las manos sobre la encimera que tenía detrás. Me estaba preparando para el impacto. Para el mensaje que McCarthy le había dado a mi hermano—. Resulta —repitió, y esperó a que volviese a mirarlo— que hoy se lo ha pasado muy bien. Y está

deseando que llegue la próxima. —Y, como si no pudiese empeorar aún más, añadió—: Y ha dicho: «Recuérdale lo delgadas que son las paredes. No se lo pondré tan fácil la próxima vez». —No me habría sorprendido que las últimas palabras fuesen una cita exacta. Que fueran, en parte, la razón por la que Henry se había presentado aquí.

Nos miramos por un momento el uno al otro con incredulidad… Una incredulidad motivada por dos motivos muy distintos.

En mi caso, la razón era: «No me puedo creer que McCarthy le haya contado esa trola a mi hermano».

En el suyo, era: «No me puedo creer que mi hermana se esté enrollando con mi archienemigo» (como he dicho antes, era muy dramático).

Y, al ver que yo no decía nada para defenderme —porque seguía demasiado anonadada como para decir nada en absoluto—, me soltó la acusación directamente:

—¡Te estás acostando con McCarthy!

Aquellas palabras tan directas me hicieron despertar de mi aturdimiento.

—Por el amor de Dios —exclamé con una mueca—. No me estoy acostando con él.

—Entonces ¿cómo explicas esto? —Movió mis apuntes con desesperación—. ¡Por favor! —Y sonaba igual de desesperado.

—¡Clases! —farfullé—. Es mi profesor particular. —Respiré hondo —. De Estadística.

Como si esa palabra fuese toda la explicación que necesitaba. Vi cómo poco a poco empezaba a asimilar la información, ya que el proceso quedó reflejado en cada uno de sus rasgos. El alivio que sintió ante la explicación fue inmediato. Se le relajaron los hombros; respiró hondo. Cerró los ojos y pareció rezar una oración muda al

Dios en el que no creía.

—Clases —repitió para sí casi en un susurro, y luego le dio otro mordisco al plátano, como si el berrinche que acababa de montar jamás hubiese ocurrido. Tragó y asintió, en otro gesto como para tranquilizarse a sí mismo—. Es tu profesor particular.

—Sí.

Su voz era queda; su mirada se deslizaba por la sala casi con un aire distraído. Y entonces dijo:

—Pues búscate otro.

Me reí por la nariz, preguntándome si de verdad creía que eso no se me había ocurrido a mí ya.

—No puedo buscarme a otro, así, sin más. —Resoplé y me senté en el taburete.

—¿Por qué no?

—Porque… —Solté un gemido. Henry enarcó las cejas, esperando el final de la frase—. Porque Shaw ha dicho que es mi última oportunidad para aprobar su asignatura. —Le clavé la mirada, aunque él ni se había inmutado. Era como si para él no fuese más que un pequeño inconveniente que no me había esforzado lo suficiente en solucionar—. Que McCarthy me dé clases particulares. Una vez por semana.

Henry negó con la cabeza, como si hubiera escuchado mi conversación con Shaw y eso no fuese lo que hubiera dicho.

—Ya te daré clases yo.

«Y aquí tenemos la segunda oferta del día», pensé.

—¿Acaso eres el ayudante del profesor Shaw?

—No —contestó, y prosiguió antes de que pudiese replicar—: Pero la estadística se me da mejor que a McCarthy.

—Tú crees que eres mejor que él en todo —apunté con un suspiro. Dejé caer la cabeza sobre mis brazos, en la isla de la cocina.

Ya daba la conversación por perdida.

—Porque lo soy.

—Claro.

—Athalia…

—¡¿Qué?! —No pretendía gritarle. Se estaba comportando con demasiada tranquilidad para una respuesta como aquella, pero no pude evitar volverme hacia él con violencia.

Se hizo un corto silencio entre los dos, tras el que Henry me dedicó una sonrisa de disculpa y rodeó la isla de la cocina. Se apoyó a mi lado, me alborotó el pelo de esa forma que él sabía que yo no soportaba, pero yo sabía que a él le encantaba. No lo hacía con mala intención, aunque siempre me diera la sensación de que así era. En realidad, debía de ser la forma que Henry tenía de decirme: «Sabes que te quiero, ¿verdad?»; como solían hacer los hermanos. Sin embargo, él jamás pronunciaba esas palabras. Ni me acordaba de la última vez que me había dicho que me quería.

—Ya hablaré yo con Shaw —propuso en voz baja, como si fuera consciente de que cualquier pequeña cosa bastaría para hacerme saltar. Como si yo fuese una bomba esperando cualquier excusa para estallar. Y quizá lo fuese.

—Esa debe de ser la peor idea que has tenido nunca, Henry —contesté con calma, más que nada para compensar mi estallido de hacía apenas unos segundos—. Shaw te odia casi tanto como a mí.

—¿Y qué? Ya debería saber que no tiene que meteros a McCarthy y a ti en una misma habitación. Hablaré con él.

No le comenté que lo más probable era que Shaw tuviera otras cosas de las que preocuparse antes que de una estúpida rivalidad entre sus mejores estudiantes.

—No servirá de nada. —Shaw no iba a cambiar de opinión ni McCarthy a dejar su trabajo. No había más que hablar.

Henry se puso de pie, exhibiendo su metro ochenta y cinco de altura, y rodeó de nuevo la isla de la cocina para tirar la piel del plátano en la basura que había bajo el fregadero.

—Hablaré con él —se limitó a repetir.

—No, no lo harás —repliqué, adoptando una postura repentinamente feroz.

—Athalia… —protestó.

—Henry…

Exasperado, lanzó los brazos al aire y me clavó una mirada severa que a punto estuvo de sacarme una sonrisa. Era fácil ofender a Henry; casi entendía por qué a McCarthy le gustaba provocarlo. Al menos, así me prestaba atención.

—Es que no quiero que ese payaso…

—¿Payaso? —Eso sí que me sacó una sonrisa—. ¡Qué original!

Henry hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Lo que tú digas. —Resopló—. No quiero que ese tipo se acerque a mi hermana pequeña, y punto.

—Soy doce minutos más joven que tú. —Negué con la cabeza con suavidad—. Y esa es precisamente la razón por la que no necesito que me hagas de niñera. Es más, no necesito que nadie me haga de niñera. Gestionaré este asunto con McCarthy como lo haría un adulto: yo solita.

Decidió hacer caso omiso de mi última frase.

—Y, aun así, naciste un día más tarde que yo. Doce minutos más o doce minutos menos, Athalia, eres mi hermana pequeña. Y punto.

—Henry…

—En cualquier caso… —Se encogió de hombros, como si no acabase de interrumpirme, y se dirigió hacia la puerta caminando hacia atrás y mirándome a los ojos—. No te preocupes. Ya me encargo yo, hermanita —dijo, enfatizando la última palabra.

—Ni se te ocurra. —Todavía no había terminado la frase y ya estaba a su lado—. Me encargaré yo.

Sin inmutarse, Henry abrió la puerta. Se quedó allí el tiempo justo para dedicarme una sonrisa, impertérrito, como regalo de despedida.

Menudo capullo.

Respiré hondo para que no me temblase la voz.

—Dylan McCarthy no se va a acercar a tu hermanita —me burlé—. Al menos, no más de lo que le va a permitir el escritorio que nos va a mantener separados en todo momento. Y ahora deja que yo misma me encargue de esto, ¿entendido?

—Claro —contestó Henry mientras se iba, pero no estaba siendo sincero.

CAPÍTULO TRES



—¿Estás segura de que no es una fiesta de disfraces? —La voz de Wren se propagaba por la calle apenas iluminada, acompañada por la música a todo volumen que se oía a través de los muros de la casa de estilo colonial ante la que nos encontrábamos.

Dejé de mirar las letras griegas que coronaban la entrada y le sonreí.

—Segurísima. Y, aunque lo fuera… —Mis ojos bailaron sobre ella: contemplé las botas militares, la carrera en las medias oscuras que desaparecía debajo de la falda y la sombra de ojos negra que se ponía siempre—. Yo creo que para Halloween darías el pego.

—Que te den. —Puso los ojos en blanco, pero me devolvió la sonrisa, aunque cuando le di un empujoncito hacia el porche y alargué la mano hacia la puerta debió de replantearse si nuestros tres años de amistad le habían merecido la pena. La miré una última vez, ya con una sonrisa de oreja a oreja. Al ver que, de nuevo, me la devolvía, abrí la puerta.

Nos recibieron unos vítores por parte de la gente, que nos daba así la bienvenida, no necesariamente porque supieran quiénes éramos (ni porque les importara), sino porque, para ellos, más gente significaba más diversión. Más cantos, más baile, más posibles

rollos…

—¡Athalia! —Cuando quise volverme hacia el lugar de donde venía la voz, su propietario ya me estaba apretujando con un abrazo de oso. Y, justo después, una mano me alborotó el pelo de esa forma que tanto detestaba.

Henry.

—No sabía que vendrías —le dije con la cabeza pegada a su pecho. Como había estado bebiendo ya en casa, ya iba lo bastante achispada como para que no me importase que mi hermano se hubiese cargado en cinco segundos un peinado que me había costado una hora frente al espejo. Y, probablemente, también me había quedado demasiado perpleja por hallarme entre los brazos de Henry. Porque me estuviera dando un abrazo. ¡Henry, un abrazo!

Mi hermano me estaba abrazando y yo era incapaz de recordar la última vez que lo había hecho. La última vez que me había dado muestras de afecto, al margen de esa manía de alborotarme el pelo.

Antes de que pudiera comprender del todo lo que estaba ocurriendo —y por qué estaba ocurriendo—, Henry me soltó para abrazar a Wren con el mismo entusiasmo. Me tomé unos segundos para contemplar a mi mellizo. Llevaba el pelo castaño con ese estilo despeinado pero con esmero, ya que yo sabía que tardaba casi tanto como yo en arreglarse. Se había puesto un polo negro por dentro de los pantalones de vestir, y, no sé cómo, pero había conseguido que el rollo golfista quedase informal.

Mientras Wren le daba unas palmaditas en la espalda, esperando con la nariz arrugada a que por fin la soltase, me di cuenta de otra cosa: Henry estaba borracho, y él no solía beber.

«Ayúdame», me pidió Wren solo moviendo los labios, sacándome de mis pensamientos antes de que lograse entender qué había llevado a Henry hasta ese punto. Aunque, en general, yo no

entendía a mi hermano en absoluto.

No lo veía lo bastante como para eso.

—¡Bueno, ya! —anuncié, liberando a Wren de las garras de Henry. Cuando se vio libre de sus brazos, respiró hondo, casi ahogando un grito. Apenas me las arreglé para gritarle un «¡Nos vemos luego!» antes de que mi mejor amiga se me llevase a rastras por el abarrotado salón de la casa de la fraternidad. Lo último que vi fue a Henry, saludándome con la mano.

Wren resopló, se sacudió el polvo del top negro en un gesto muy propio de ella, y, aunque no hubiera ninguna razón para ello, sentí que se me henchía el corazón de afecto. Ella me miró de arriba abajo al ver la sonrisa distraída que tenía pintada en el rostro.

—Athalia… —me dijo a modo de advertencia, y dio un paso atrás, vacilante, aunque solo consiguió que yo la siguiera de inmediato—. Conozco esa mirada. No… —Pero antes de que acabara la frase ya me había lanzado a sus brazos. Derrotada, gruñó mientras yo la apretujaba contra mi cuerpo. Con su escaso metro cincuenta y siete de estatura, solo me llegaba al hombro, así que apoyó la cabeza en él, resignada—. Esto es lo que menos me gusta de ti —masculló con la boca pegada a mi pelo, relajándose en mi inevitable abrazo.

—¿Mis maravillosos abrazos?

Soltó una carcajada antes de corregirme.

—Que te pones muy sobona cuando estás tan borracha. —Chasqueó la lengua—. Parece que es algo que tienes en común con Henry. —La solté y me encogí de hombros, encantada al ver que sonreía de todos modos.

—Hablando de estar borracha… —Moví las cejas y ella suspiró.

—Claro. Las bebidas están allí. —Riéndose, me volvió con suavidad hacia la encimera de la cocina—. Yo voy a buscar el baño; luego nos vemos allí. —Me dio una palmadita en el hombro y se

esfumó, aunque, antes de que la multitud la engullera del todo, se volvió para mirarme.

Y la mirada que me lanzó era una que conocía perfectamente. Una que hacía que se me curvaran los labios en una sonrisa.

—¡No te pases! —gritó por encima de la música marcando bien cada sílaba, con ese tono de madre que ponía siempre. Lo que quería decir, en realidad, era que no hubiera llegado a cotas cercanas al coma etílico para cuando volviera del baño.

Y, por supuesto, hice honor a su petición con un chupito.

Si había algo sobre Wren Inkwood casi tan cierto como la muerte y los impuestos, era que se iría a buscar un baño en los primeros diez minutos tras su llegada a una fiesta. No bebía alcohol —nunca lo había hecho—, pero, mientras yo bebía en casa, durante el rato que habíamos pasado arreglándonos y escuchando la lista de reproducción que hicimos a propósito para eso, ella no podía quedarse sin tomar algo. «Es una cuestión de principios, Athalia», decía siempre. Así que optaba por beber agua.

Litros y litros de agua. Sospechaba que esa era la razón por la que parecía tener la piel de porcelana. Y por la que era inevitable que se viera obligada a buscar el baño más cercano cada vez que llegábamos a nuestro destino. Como un reloj. Ella iba a mear y yo la esperaba dondequiera que me hubiera aparcado esa noche.

Y esa noche el sitio elegido era la barra improvisada en la encimera de granito de la cocina abierta.

Temblando por culpa del alcohol que me abrasaba la garganta, me limpié los restos de chupito de los labios. Luego me volví de nuevo hacia la encimera, consciente (antes incluso de haber tocado nada) de que seguro que acababa cargando demasiado la copa que me disponía a prepararme.

—Ay, Dios. —La voz venía de detrás de mí; flotaba entre las

altísimas notas de la música. Tardé en reaccionar—. Mi experiencia me dice que esto no terminará bien. —Para entonces, ya me había dado cuenta de que se estaba dirigiendo a mí. Me volví hacia el dueño de la voz y me sobresalté al ver lo cerca que su cuerpo estaba del mío.

Deslicé la mirada lentamente por la camisa blanca —con los dos primeros botones desabrochados— hasta que mis ojos, presa del pánico tras haberlo reconocido, se detuvieron sobre los suyos. Él también me estaba mirando a mí. Tenía los penetrantes ojos azules clavados en los míos y una sonrisilla juguetona tiraba de las comisuras de sus labios.

Al pensar en el demonio, casi todo el mundo imaginaba cuernos y pezuñas, piel roja y unos ojos todavía más rojos. Sin embargo, cuando yo pensaba en el demonio, veía unos ojos azules y unos rizos rubios monísimos. Y resultaba que en ese preciso instante, mientras sonaba «Highway to Hell» de fondo y los universitarios borrachos la cantaban más alto incluso de lo que atronaba por los altavoces, yo acababa de encontrarme cara a cara con él.

—Deja que te la prepare yo. —Me quitó el vaso de plástico rojo de la mano, rozándome los dedos con los suyos, un gesto que supe que era deliberado. Con Jason Montgomery, había descubierto un poco demasiado tarde que todo era siempre deliberado. Con cierta nostalgia, añadió—: Siempre te cargabas mucho los cubatas.

Hacía apenas un minuto, yo estaba pensando lo mismo. Y la coincidencia me puso tan nerviosa que bastó para que cerrase el pico y aceptase el vaso lleno cuando él se volvió para dármelo. ¿Tendría algo que ver con mi docilidad el alcohol que ya fluía por mi organismo? Quizá, esas indeseadas inseguridades que me rondaban al pensar en Jason también fueran en parte responsables.

Tras dar un trago, me vi obligada a admitir, si bien a

regañadientes, que mi exnovio era tan bueno preparando cubatas como poniéndome los cuernos.

—Antes eras más parlanchina.

«Qué observador», quise decir. La posibilidad de que siguiese hablando tanto como antes con las personas con las que de verdad me apetecía hablar ni se le había cruzado por la mente. Y lo conocía lo suficiente para saber que no se le cruzaría jamás.

Perpleja ante su osadía —y también ante la mía propia, por seguir reaccionando ante él con perplejidad—, me limité a asentir, apretando los labios hasta convertirlos en una delgada línea. Jason se volvió para mirarme y se apoyó en la barra que teníamos detrás. Mientras tanto, yo buscaba desesperada un rostro familiar entre la multitud de gente que había a nuestro alrededor. Sin embargo, las luces parpadeantes y de colores no me dejaban ver nada.

—Creo recordar que usabas esa boquita tuya bastante a menudo, Pressley —comentó.

Gemí en voz alta y dejé caer la cabeza hacia atrás. Cuanto más hablaba, más irritada me sentía. Dudaba de que me hubiese oído siquiera, teniendo en cuenta el ruido que había. (No estaba segura de poder seguir llamándolo música, aunque, probablemente, me lo parecería con unas cuantas copas más).

—Y de una forma bastante habilidosa —añadió.

«Que alguien me mate», pensé.

Sentí que mi cuerpo se revolvía contra él, tan rápido que perdí el equilibrio por un terrible segundo. Aferrada a la barra, en la que él seguía apoyado, sentí cómo el peso de todo el alcohol que había ingerido hasta ese momento caía sobre mí. Con fuerza.

—Hay que joderse —salté por fin—. Qué cara más dura.

—Vaya —murmuró Jason con voz melódica, asintiendo para sí. Desvió la mirada hacia la pista de baile improvisada—. Si habla y

todo.

Si soy sincera, que su nombre empezase con J debería haber sido ya de por sí una señal de advertencia más que reconocible. Y, sin embargo, a pesar de mis creencias previas y de todo lo demás, me había enamorado hasta las trancas de Jason Montgomery tan solo tres semanas después de empezar la universidad. Probablemente, me había enamorado aún más porque a mis padres les habría encantado, porque a mi hermano le encantaba y porque todo el mundo (a excepción de Wren) me decía que éramos perfectos el uno para el otro. Ahora la sola idea me resultaba repulsiva.

Pero en aquel entonces, cuando no sabía nada sobre Jason —salvo que era el chico de oro de la familia Montgomery y que tenía un brillante futuro por delante y el encanto de alguien a quien han educado para ser encantador—, era perfecto. Y muy guapo.

—Esto no va a pasar. —Nos señalé a ambos, primero a uno y luego al otro. Me percaté de la chispa divertida que había en sus ojos.

—¿Qué es lo que no va a pasar? —Jason alzó las manos en un gesto de burla—. No estoy intentando que pase nada, Athalia. —Se encogió de hombros como si tal cosa. Lo único que lo delataba era esa sonrisilla petulante. Odiaba el sonido de mi nombre en sus labios —. Pero la verdad es que después de que me tiraras huevos en el coche y me rajaras una rueda, pensaba que estábamos en paz.

Lo de la rueda había sido un accidente. Más o menos.

Se acercó más a mí. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más grave al flotar por encima de la música.

—Solo quería ponerme al día con una vieja amiga. —Se puso recto, y yo recé a Dios para que fuese el alcohol el culpable de ese estremecimiento que me estaba recorriendo la espina dorsal. Dio un paso al frente y añadió—: Porque somos amigos, ¿no?

Y, mientras yo trataba de encontrar la mejor forma de decirle que habría preferido cortarme un brazo…

—Creo que, en ese caso, yo lo sabría.

Por un momento, me pregunté si era mi voz la que había adoptado ese color tan cálido y aterciopelado, ese tono adornado con una especie de indiferencia. Me llevé una mano a la boca, perpleja. Estaba casi segura de que no había mediado palabra. Es más, de haberlo hecho, habría sido un poquito más maleducada.

Y entonces me volví de golpe hacia un brazo que me rodeaba los hombros con suavidad. Di un respingo al notarlo y me aparté, pero me choqué con un cuerpo que hacía unos instantes no estaba allí. Mi mente ofuscada no lograba sumar dos y dos. La música —sí, podíamos llamarla así de nuevo— rugía en mis oídos, llevándose consigo los últimos pedacitos de coherencia de mi cerebro.

Sin embargo, me percaté de que Jason daba un paso atrás al ver a quienquiera que se nos hubiese acercado, y eso fue todo lo que mi yo borracho y simplón necesitó para relajarse contra el desconocido. Hasta me las arreglé para esbozar una sonrisa. Clavé la mirada en Jason; de repente, exudaba una seguridad en mí misma que solía esfumarse cuando lo tenía delante. Él, sin embargo, no me estaba mirando a mí.

—McCarthy —dijo a modo de saludo.

Solo el nombré bastó para que me sobresaltara una vez más. Jason seguía concentrado en el cuerpo que había a mi lado; y mis ojos se desviaron poco a poco hacia el mismo objetivo. Llevaba una cerveza en la mano. Deslicé la mirada por la camiseta negra; me fijé en la cadena de plata que se escondía debajo y en esa mandíbula que tan condenadamente familiar me resultaba. Y entonces lo admiré al completo.

McCarthy me rodeaba con un brazo con ademán perezoso,

acomodándose, ahora que me había relajado contra él sin saberlo. No había dado más muestra que esa de haberse percatado de mi presencia. Toda su atención estaba en Jason.

En cualquier otra circunstancia, me lo habría quitado de encima de un empujón antes de asegurarme siquiera de que se tratase de él. Pero en ese momento, con Jason delante, que se había puesto recto, alerta… McCarthy me resultaba lo bastante útil para mantenerlo a mi lado.

—Qué imagen —comentó Jason, reaccionando de repente. Nos miró al uno y luego al otro en tiempo récord. Yo tragué saliva con fuerza. La habitación me daba vueltas; el alcohol me seguía subiendo—. Jamás me habría imaginado que el Hermanísimo lo aprobaría. —Me miró—. Por cierto, ¿dónde está Henry?

Henry no lo aprobaría. Si viese el brazo de McCarthy alrededor de mis hombros, tan cerca como estaba, nos mataría a los dos. Tuve que contenerme para no mirar a mi alrededor de forma frenética ante la sola mención de mi hermano.

McCarthy hizo lo que Jason más odiaba: pasó de él. En lugar de responder, me miró a los ojos por primera vez. Enarcó las cejas ligeramente, con una cierta —y, por descontado, fingida— preocupación en sus rasgos.

—¿Me acompañas fuera? —preguntó como si nada, señalando el patio con la cabeza.

Y ni siquiera le mentí cuando le contesté:

—Sí, por favor.

CAPÍTULO CUATRO



—Te daría las gracias… —Al salir, el aire fresco otoñal no hizo sino acelerar los efectos del alcohol. Empecé a tambalearme y a tener hipo, antes incluso de llegar al banquito que había en un lado del jardín—. Pero creo que ha sido peor el remedio que la enfermedad. —A decir verdad, nada podía ser peor que pasar un solo minuto más en la asfixiante presencia de Jason Montgomery, pero McCarthy no necesitaba saber que estaba mintiendo. Así que me reafirmé—: Mucho peor.

—Podrías darme las gracias y punto, ¿sabes? —Noté el peso de su cuerpo cuando se sentó en el banco, a mi lado, y, sin mirarlo, supe que lo que habría encontrado en su rostro de haberlo hecho habría sido una sonrisilla de satisfacción. La misma que no parecía capaz de reprimir cada vez que se daba cuenta de lo perdida que estaba durante nuestras clases particulares.

—No necesitaba tu ayuda —le aclaré, porque me irritaba solo pensar en esa sonrisa chulesca.

—Por supuesto que no —respondió en el mismo tono de satisfacción.

—Lo tenía bajo control.

—Por supuesto que sí.

Gemí, buscando su mirada para fulminarlo con la mía. Esperaba encontrarme con una sonrisa burlona; casi podía verla antes siquiera de mirarlo. Sin embargo, cuando me volví hacia él, lo hallé con la mirada fija en el cielo nocturno. Ni siquiera me estaba mirando a mí.

Había demasiada luz como para distinguir nada relevante ahí arriba, y las pocas estrellas que normalmente se veían estaban escondidas detrás de las nubes. Aun así, siguió concentrado en el cielo.

—Te lo digo en serio —insistí. El corto silencio que siguió a mi afirmación no debió de durar más que unos pocos segundos, pero a mí, que estaba tan molesta como ebria, me dio la sensación de que pasaron minutos—. ¿Y tú qué sabes? Podrías haber estado jodiéndome el polvo. —Aquella acusación atrajo por fin su mirada hacia mí—. ¡Madre mía! —Arrastraba las palabras más que de costumbre. Lo apunté con un dedo acusador—. Es justo lo que estabas intentando hacer, ¿no?

Negó con la cabeza y resopló, resignado. En ese momento, creo que atisbé por primera vez lo que podría haberse considerado una sonrisa.

—Me has pillado. —Levantó las manos en un gesto juguetón, y, a pesar de lo que acababa de decir, me dirigió una mirada penetrante y se explicó—: Creo que acabaría siendo cómplice de algo si viera a una chica cerca de Montgomery y no me lanzara a rescatarla heroicamente. —Arrugó la nariz ante su propia broma.

—Salimos juntos un tiempo. —No supe por qué sentí la necesidad de aclarárselo. Durante los cinco segundos de silencio que siguieron a mi confesión, me sentí estúpida por haberlo hecho. Pero lo había hecho.

—Ya lo sé.

Me volví hacia él de golpe, sobre todo por la sorpresa. Que

McCarthy estuviera al tanto de mi historial amoroso era algo… inesperado. No pude evitar esbozar una sonrisilla.

—Pues claro que…

—¿Me acabas de guiñar un ojo? —Parecía realmente perplejo; soltó una carcajada que antes parecía haberse quedado atorada en su garganta. Si no hubiese estado tan borracha, yo misma me habría quedado igual de sorprendida por mis acciones—. ¿O se te ha metido algo en el ojo? No sé si se ve la diferencia. —Se inclinó hacia mí y fingió examinar mis ojos con los rasgos pintados de falsa preocupación. Me quedé mirándole durante un segundo, contemplando su silueta oscura, antes de lograr contenerme. Luego le di una patadita en la pierna, con la suavidad justa para que no me respondiera más que frunciendo el ceño.

La única luz que había a nuestro alrededor, que provenía del interior, era intermitente e inconstante y, aun así, me resultaba fácil distinguir la forma de su mandíbula, la punta de su nariz y la de su barbilla. Imaginé sus ojos examinando las nubes; con las mejillas teñidas de rosa claro por culpa del aire frío. De vez en cuando, soplaba para quitarse los mechones suaves y castaños de la cara que el viento le despeinaba.

Y, mientras se me aclaraban las ideas poco a poco, empecé a preguntarme cómo había terminado allí: borracha y a solas con Dylan McCarthy, que llevaba varios minutos sin mediar palabra, tenía la mirada aún fija en el cielo, y parecía, de algún modo…, satisfecho.

Corté esos pensamientos en seco y desvié los ojos hacia la puerta corredera, por la que estaba saliendo una persona. Echó un vistazo alrededor del patio y detuvo la mirada sobre nosotros. Vaciló, pero enseguida se nos acercó con cierta determinación.

—¿Athalia? —Mi nombre resonó en la oscuridad.

Solo la reconocí —a ella y a su voz— cuando la tuve justo delante.

Le eché la culpa al alcohol.

—¡Wren! —Con una sonrisa de oreja a oreja, me levanté del banco de un salto, decidida a darle otro abrazo a mi mejor amiga. Y, aunque me lo permitió, me di cuenta, a pesar de mi estado de confusión inducido por el alcohol, de que lo recibía con tensión. Más de la que era habitual en ella.

Al soltarla, vi que miraba brevemente al hombre que había detrás de mí. Sus ojos volvieron hacia mí enseguida, pero entonces parpadeó y no pudo evitar mirar de nuevo a McCarthy.

—¿Qué haces? —No se molestó en bajar la voz; no le preocupaba que McCarthy se enterase de que no se alegraba nada de verle. Es más, lo más probable era que quisiera hacérselo saber. Aquello me hizo sonreír, y me olvidé de responder a lo que había sido una pregunta—. ¡Eh! —me llamó, en voz más baja—. ¿Qué haces aquí con él? —Lo miró una última vez, supongo que para dejar claro a quién se refería.

Y no pude evitar reírme por la nariz, al tiempo que me encogía de hombros.

—No lo sé —admití, echando la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada muda—. La verdad es que no lo sé. —Qué gracioso; yo misma me estaba haciendo la misma pregunta.

En ese momento, McCarthy decidió intervenir.

—Hola a ti también, Inkwood —resopló con ese tono sarcástico tan suyo. Dio un trago de cerveza y se puso de pie. Enarcó las cejas al compás de sus movimientos, con la mirada fija en mi mejor amiga, que le estaba lanzando una vehemente mirada asesina.

En lugar de responder, Wren me miró de nuevo. Apenas vi a McCarthy pasar por nuestro lado en dirección al interior de la casa.

—¿No te había dicho que no te pasaras? —murmuró, aunque sus rasgos se habían relajado. Cuando me encogí de hombros de nuevo,

pareció estar a punto de sonreír.

—¡Lo siento, mamá! —Apoyé la cabeza en su hombro y me reí y, como si con ese gesto me hubiese hecho revivir los acontecimientos que ella acababa de perderse, solté un fuerte gemido. Mientras arrastraba a mi mejor amiga hacia el interior, le conté mi encuentro con el demonio de ojos azules. Y tan entretenida estaba con mi propio relato que no me di cuenta de que el susodicho estaba hablando con mi hermano en el otro extremo de la sala.

CAPÍTULO CINCO



No me acordaba muy bien de cómo había llegado a casa. Lo único de lo que era consciente a la mañana siguiente, al despertar, era de que me dolía todo el cuerpo, de que sentía un martilleo en la cabeza y de que estaba tumbada en mi cómoda cama.

Durante cinco minutos terriblemente cortos, repasé los planes que tenía para ese día. Mientras recordaba la sesión de estudio que había anotado en mi calendario en letras mayúsculas y gruesas (y que había subrayado dos veces con un bolígrafo rojo), intenté no hacer caso del «te lo dije» que resonaba en mi mente con la voz de Wren. Me lo había dicho, como era obvio. Y yo apenas recordaba la excusa que le había puesto hacía solo diez horas, cuando me había explicado, con todo lujo de detalles, por qué me iba a arrepentir de salir al día siguiente.

Y, sin embargo, ahí estaba. Tenía demasiadas cosas por hacer para pasar de ellas sin más. Otra vez. Porque eso era justo lo que había hecho la semana anterior. Y la anterior a esa. Así había terminado en esa situación, con unas lecturas obligatorias para el lunes, un ensayo sin escribir que valía un veinte por ciento de mi nota final para Gestión Internacional, y Estadística II. Siendo esta última, por supuesto, la peor tarea de todas.

Sería capaz de escribir unos pocos miles de palabras. Sería capaz de leer unas cuantas páginas. Sin embargo, era absolutamente incapaz de que me entrasen en la cabeza los coeficientes de correlación o lo que fuera que McCarthy tuviera preparado para mí. Y, sí, técnicamente para eso lo tenía a él, pero no me gustaban sus expresiones petulantes, ni esos ruiditos de burla que hacía al ver que yo no tenía ni idea de lo que me estaba diciendo.

Si le demostraba a Shaw que era capaz de aprobar su asignatura yo sola y conseguía una nota aceptable en el siguiente examen, tal vez no necesitaría más a McCarthy. Me liberaría de aquellas miradas ridículas y aquellos soniditos condescendientes antes incluso de que tuviera que acostumbrarme a ellos, y aquello era suficiente motivación para salir por fin de la cama.

Solo que, más que salir, me deslicé lenta y deliberadamente desde debajo de las mantas —tratando de no pensar en que todo me daba vueltas— y gemí agarrándome la cabeza, que no dejaba de martillearme. Me dio la sensación de que iba a vomitar, pero, en lugar de eso, logré arrastrarme hasta la cocina.

El sol asomaba por las ventanas, toda una rareza en el otoño de la costa este, que solía regalarnos días grises y lluviosos. Era el día perfecto para ir paseando a la biblioteca y estudiar en una de las mesas que había junto a los ventanales. Por desgracia, también era un día terrible para estar de resaca. Demasiada luz.

—Mierda. —Me estremecí y me quité las manos de la cara, con las que estaba protegiéndome los ojos de la luz—. Perdona. —Intenté dedicarle a Wren mi mejor sonrisa resacosa después de casi pegarle un empujón al lado de la cafetera. Sin embargo, ella se limitó a asentir antes de volverse a coger la taza humeante de debajo de la máquina. Fruncí el ceño—. ¿A qué hora llegamos anoche?

Pasaron varios segundos.

—Sobre las dos.

La miré parpadeando. La tensión en el ambiente me incomodaba, me hacía vacilar.

—Ah, vale. —Entorné los ojos cuando se dio la vuelta para irse—. Gracias.

Pareció dudar. Se giró y me miró de arriba abajo, aferrada a la taza (que tenía la forma de la cabeza de Lin-Manuel Miranda, el de *Hamilton*) con fuerza con ambas manos.

—¿Por?

—Por traerme a casa.

—De nada. —Wren asintió y se dio la vuelta otra vez. Sin embargo, se detuvo justo antes de entrar en su habitación, como si acabase de reconsiderar su decisión de dejar de hablarme—. Tampoco es que pudiera haberte dejado sola, con las compañías con las que andabas. —Esta vez, su voz me dejó claro cuál era su actitud. Al menos, podía estar segura de que no me lo estaba imaginando—. Aunque, quién sabe… Daba la sensación de que te divertías.

—¿Se puede saber qué significa eso? —No pretendía contestarle mal; sentía verdadera curiosidad. Y estaba muy confundida. Aunque, por culpa de la resaca, me encontraba bastante irascible, y ya no era Wren la única que andaba de mal rollo.

Mi amiga resopló con brusquedad, aunque era evidente que el asunto no le parecía tan gracioso como pretendía.

—Nada —se limitó a decir. Y, antes de cerrar la puerta, añadió—: Olvídalo.

Estupendo.

Aquel no era el mejor día para discutir. Tenía cosas que hacer y ensayos que escribir, y no estaba de humor para peleas, ni siquiera para hablar con nadie que estuviera de mal humor, que era

claramente el caso de Wren. Quería un día tranquilo. Un día en el que pudiera pasar casi todo mi tiempo en la biblioteca, leyendo, escribiendo y estudiando. En el que no tuviera que dar contestaciones tajantes a quien se las mereciera. Puestos a pedir, en el que no debiera hablar con absolutamente nadie. Un día en el que estuviéramos solo yo y un montón de deberes. Era universitaria, así que no podía ser tan complicado, ¿no?

Por eso, después de tomarme unos analgésicos, darme una ducha caliente y beberme un café (en ese orden), me fui a la biblioteca, dispuesta a conquistar mis demonios rodeada de libros y universitarios saturados.

Y me estaba yendo de lujo. A las cuatro de la tarde, ya había terminado ese condenado ensayo y andaba leyendo los textos obligatorios de las últimas dos semanas. Si no teníamos en cuenta el café que había derramado en la mesa de madera, el golpetazo con la silla que le había dado en la rodilla a un estudiante que había pasado por detrás de mí y el fuerte ronquido que se me había escapado sin querer (mientras intentaba leer un capítulo particularmente aburrido), estaba en mi mejor momento. ¡En serio!

Mejor ser productiva que humilde. ¿No era ese un buen lema?

—Hola, Athalia.

Levanté la cabeza de golpe al oír que susurraban mi nombre y me encontré con unos rizos despeinados a centímetros de mi rostro. Heather, una de las mejores amigas de mi hermano, estaba inclinada sobre la mesa con una enorme sonrisa en los labios en forma de corazón. Yo le ofrecí otra igual de amable.

Heather, Henry y Reuben vivían en un apartamento idéntico al nuestro que estaba al otro lado de la calle. Cuando había ido escalando posiciones en la lista de espera y había conseguido plaza

en la Hall Beck University en el último minuto, ya era demasiado tarde para alquilar algo fuera del campus, así que había terminado en la residencia de estudiantes. Pero en cuanto Henry se había enterado de que uno de los residentes del edificio de enfrente pensaba mudarse, había reservado el piso. Wren y yo nos habíamos mudado al principio del segundo año.

Mi hermano y yo no teníamos una relación particularmente cercana; ni siquiera hablábamos muy a menudo. Sin embargo, cuando lo hacíamos, era siempre porque él había conseguido arreglar algo de mi vida que yo no había logrado enmendar. Era una persona resolutiva a más no poder.

«Hola», le dije a Heather solo moviendo los labios. La bibliotecaria ya me había dado un toque de atención por el ronquido, así que tenía que ir con más cuidado. Daba por hecho que si era necesaria una segunda advertencia, me echaría. Sin embargo, a la compañera de piso de mi hermano no le importaba tanto no llamar la atención. Sacó un puñado de apuntes de su mochila y los puso al lado del libro que había cogido de la estantería mientras charlaba alegremente.

Aunque me había cambiado a una de las largas mesas de madera oscura que estaban lejos de la línea de visión de la señora Jones, gracias a las altas librerías que había a ambos lados, miré hacia atrás, nerviosa, para asegurarme de que la bibliotecaria no estuviera al doblar la esquina esperando al momento propicio para echarme. Por suerte, no vi más que hombros encorvados y las malas posturas de los demás estudiantes, abocados sobre sus páginas, montones de libros (por descontado), y los colores cambiantes de las hojas de los árboles que se veían a través del enorme ventanal al otro lado del pasillo. No había moños grises, cejas delgadas ni gafas metálicas sobre narices aguileñas a la vista.

—No te voy a mentir —comentó Heather, cuyo acento británico se había suavizado bastante tras los tres años que había pasado en la HBU—. Tienes un aspecto deplorable. —Suavizó sus palabras con una sonrisa comprensiva, y no pude evitar resoplar. Echó un vistazo a los apuntes de Estadística, dispuestos cuidadosamente delante de mí. Me había pasado los últimos minutos inmersa en la tarea de ordenarlos. Retrasando lo inevitable. Cuando volvió a mirarme, la comprensión de su rostro se había transformado en pena—. Al menos ya no tienes que aguantarlo. —Señaló los apuntes con la cabeza y me dedicó una mirada cómplice—. Pero, en fin, supongo que eso significa que no te queda más remedio que hacerlo tú sola. Susto o muerte, ¿no? —Su mirada ya se había deslizado hacia el libro que tenía delante, abierto en la página del índice, en el que estaba buscando el capítulo que le interesaba. Por eso no se percató de la expresión confundida que se había adueñado de mis rasgos.

—¿Qué?

—¿Qué? —Levantó la cabeza, sobresaltada, somo si se hubiese olvidado completamente de que yo estaba allí, aunque solo hubieran pasado unos segundos desde que había dejado de prestarle atención —. Perdona —murmuró negando con la cabeza. Y luego repitió—: ¿Qué?

—Doy por hecho que me vas a explicar de qué estás hablando… —la interrogué dubitativa. Heather me miró con el ceño fruncido y luego me lanzó una mirada en plan «venga ya…».

—Ya lo sabes —insistió alegremente. Señaló otra vez mis apuntes de Estadística—. Que ahora tendrás que aprobar Estadística tú sola. —Se echó a reír. Yo no la imité, porque seguía sin pillarlo—. A ver, habrás llegado a la conclusión de que, al librarte de McCarthy, no te queda más remedio que aprenderte todo eso sin ayuda. —Señaló de nuevo los apuntes—. Que es la razón por la que estás aquí. —

Parpadeó despacio, mirándome a los ojos—. Estudiando Estadística. Tú sola. ¿No? —Se hizo un silencio durante unos segundos—. Por favor, no me digas que… —empezó a decir.

—¡¿Al librarme de McCarthy?! —exclamé al mismo tiempo—. ¿Qué significa eso?

Dejó caer la cabeza entre las manos y soltó un gemido indudablemente demasiado alto para una biblioteca.

—No me lo puedo creer —murmuró, aún con la cabeza entre las manos—. No me lo puedo creer, no me lo puedo creer… —Me miró a los ojos—. ¿Henry no te lo ha dicho?

—¿Decirme qué? —Se me estaba agotando la paciencia. Con ella. Con este tema. Con el dolor de cabeza que me estaba entrando, porque ya me imaginaba a qué se refería.

—Lo siento mucho —dijo, interrumpiéndose de inmediato—. Pensaba que… —Negó con la cabeza—. Pensaba que si iba a hablar con el profesor Shaw era porque tú se lo habías pedido. O se lo habías dejado caer. Al menos, pensaba que lo sabrías. Madre mía. ¿Por qué…?

—Heather… —la cogí del brazo y sentí alivio al ver que volvía a prestarme atención de inmediato. Tragó saliva.

—Sí, claro. —Se aclaró la garganta y esbozó una sonrisa incómoda —. Henry ha hablado con el profesor Shaw sobre tus clases particulares. —Pronunció las palabras como si no viese la hora de quitárselas de encima. Y luego, para mi consternación, añadió—: Bueno, hablar no. Le ha mandado un correo.

Parpadeé.

—Que le ha mandado un correo. —Si pronunciaba las palabras en voz alta, tal vez tuvieran más sentido—. Después de que yo le dijera bien claro que no quería que se metiera. Después de que le pidiera expresamente que dejase que me encargara yo. —La expresión de

Heather se tornaba más horrorizada con cada palabra que yo pronunciaba—. Después de todo eso… ¿le ha mandado un correo?

—Ay, Dios. —Su cabeza volvió a desaparecer entre sus manos. La bibliotecaria la mandó callar con un «chis» desde dondequiera que estuviera. Pero yo apenas reparé en ello; lo percibí desde el fondo de mi mente, tal vez, porque todavía estaba demasiado ocupada tratando de entender ciertas cosas. Para empezar, lo capullo que era mi hermano. Y, además de en eso, estaba pensando en algunas cosas más:

1. ¿De dónde sacaban los hombres tanta osadía?
2. ¿Cómo era posible que tuviera los mismos genes que ese hombre en particular?
3. ¿Qué… cojones?

Creo que podría señalar con exactitud en qué momento mi confusión se convirtió en ira. Fue justo después de que me excusase con Heather y me marchase. Justo cuando el aire frío me golpeó en el rostro y una ráfaga de viento hizo que el pelo me azotase en la cara con fuerza. No era el mejor día para que eso ocurriera; ya no estaba simplemente enfadada: estaba furiosa. Y un poco avergonzada.

Avergonzada porque ahora mi profesor pensaría que le había pedido a mi hermano, la estrella del deporte, que me sacara las castañas del fuego. Furiosa porque mi hermano, la estrella del deporte, era incapaz de comprender que ya era lo bastante mayor para vivir mi propia vida y lo bastante competente para enfrentarme sola a mis problemas.

Y, francamente, lívida, porque las únicas ocasiones en las que parecía ser digna de la atención de mi hermano eran aquellas en las que tenía un problema que él no me veía capaz de resolver. Estaba

segura al noventa y nueve por ciento de que la razón por la que había entrado en la HBU —una de las mejores universidades de la costa este— era porque Henry les había recordado amablemente cómo se llamaba su centro de entrenamiento deportivo. Y porque no era una buena práctica rechazar a alguien que, casualmente, tenía el mismo apellido. Muchas gracias, Centro de Entrenamiento Pressley.

«Una persona resolutiva a más no poder», pensé, recordando mis reflexiones de hacía un rato. A la mierda.

Al parecer, yo solo merecía el tiempo de Henry cuando me convertía en un problema para él. Cuando tal vez no me aceptasen en la universidad, cuando no encontraba piso y resultaba que también cuando tenía algo que ver con Dylan McCarthy Williams.

—¡Pressley! —Mi voz resonó en el campo de fútbol antes siquiera de que lo alcanzase. En la distancia, detrás de la barandilla a la altura de la cintura y entre los árboles que rodeaban el campo, vi que varias cabezas se volvían hacia mí, desconcertadas y molestas con quienquiera que se hubiera atrevido a interferir con su sagrado entrenamiento y, encima, cuando el campeonato de la Asociación Nacional Deportiva Universitaria estaba a la vuelta de la esquina.

No tardé mucho en encontrar al jugador con el número ocho impreso en la camiseta. Vino hacia mí corriendo como si nada, tras dirigirle una mirada de súplica a su entrenador para que no me echase del campo. Cuando llegó hacia donde yo estaba, al otro lado de la barandilla, había una cierta preocupación en su rostro.

—Mira, Lia, ¿podemos esperar a…?

Casi resoplé antes de interrumpirlo con brusquedad.

—No —le espeté.

—Estoy en mitad del entrenamiento…

—¡Me da igual, Henry! —No le gustó que le levantase la voz. Y, encima, delante de su equipo; delante de su entrenador. Era un

golpe para su ego, increíblemente frágil, saltaba a la vista. Y, precisamente por eso proseguí, pronunciando lenta y cuidadosamente cada una de mis palabras—. ¿Sabes qué no me da igual? —dije, intentando con todas mis fuerzas disimular lo enfadada que estaba.

Él frunció más el ceño, dejando entrever la irritación y el desconcierto que sentía. Inquieto al tenerme delante, echó un vistazo rápido a su espalda, deseoso de que el resto de su equipo continuara con lo que habían estado haciendo hasta entonces en lugar de poner la oreja para enterarse de una conversación claramente incómoda.

—Lo que no me da igual es que te entrometas en mi vida cada vez que se te antoja.

Se le ensombreció el rostro al oír mi tono de voz, aunque no fue porque me hubiera entendido ni porque se sintiera culpable, ni siquiera porque supiera a qué me refería. Parpadeó con el ceño fruncido; tras esos bonitos ojos verdes no había ni un solo pensamiento. No tenía ni idea de sobre qué le estaba hablando. Y, no sé por qué, pero eso lo hacía aún peor.

—¡Madre mía! —exclamé. «No me lo puedo creer»—. ¡Ni siquiera eres consciente de haber hecho nada malo! —Su silencio me lo confirmó—. ¿Sabes qué? No tienes por qué hacer de hermano preocupado cada vez que ves la oportunidad de presumir de riqueza y de influencia solo para inflarte el ego. —Seguía tan desconcertado como al principio—. No necesito tu ayuda con esto. Soy lo suficientemente mayorcita para ir a unas estúpidas clases particulares una vez por semana, incluso aunque ese tipo no me caiga bien, y sí, también si no te cae bien a ti.

Y ahí estaba. Esa chispa en su mirada que me indicó que lo había entendido, y que pareció recorrerle el cuerpo entero. Se puso recto y

más alerta, aunque unos segundos después dejó caer la cabeza hacia atrás y resopló de una forma que no podía confundirse con nada que no fuese irritación. Pero, antes de que pudiera responderme…

—¡Pressley! —El grito sonó detrás de él—. ¡Mueve el culo y vuelve al campo! —Me giré para tratar de ver de dónde venían esas palabras, aunque lo más probable era que no me hubiera hecho falta mirar para identificar ese grito apagado, ese tono molesto. Tendría el gusto de escuchar ese último cada miércoles a partir de entonces. Aunque fuese solo para fastidiar a Henry—. ¡El partido está parado por tu culpa!

Henry se volvió hacia McCarthy al mismo tiempo que mis ojos se cruzaban con los suyos. El segundo pareció cambiar de táctica al obtener la atención de nosotros dos. Nos miró al uno y luego al otro, consciente de la tensión que había entre ambos, a pesar de estar a metros de distancia. Su mirada se detuvo sobre la mía y enarcó las cejas en un gesto interrogante.

Volví a mirar a mi hermano.

—¿No tienes nada que decir?

—Tengo mucho que decir —replicó de repente, mirándome a los ojos—. Pero esta discusión no merece que me salte el entrenamiento. Ni siquiera merece la pena tenerla. Estoy lidiando con mierdas de las que no tienes ni idea, y encima te he hecho un favor. Ya me darás las gracias cuando te des cuenta.

En ese momento, algo se rompió. En mí. Entre nosotros. Mis siguientes palabras fueron fruto de lo mucho que me había sacado de quicio, si bien las susurré, porque, por muchas ganas que tuviera de humillarlo, no quería lavar nuestros trapos sucios delante de todo el equipo de fútbol de la HBU.

—No tienes ningún derecho a meterte en mi vida y cambiar lo que

no te gusta —le espeté entre dientes—. Hablamos como mucho una vez al mes ¿y ahora decides intervenir? ¿Por esto? —Intenté formular la acusación de forma brusca, para hacerlo sentir culpable por cerrarse en banda conmigo, porque nuestra presencia en la vida del otro se hubiera convertido en una mera obligación genética.

—Salta a la vista que tengo que hacerlo. Porque tú habrías seguido yendo a esas estúpidas clases, con las estúpidas paredes delgadas y el estúpido careto de McCarthy. —Se le marcó la vena de la frente solo con mencionar su nombre. Al menos, ahora sí pensaba que merecía la pena tener aquella discusión. Al menos me hablaba.

Casi me eché a reír.

—Te comportas como un niño de diez años, Henry.

—¡No quiero que pases tiempo con él y punto, joder!

—¡Y yo no quiero que me controles la vida! ¡Vaya por Dios! —añadí con sarcasmo—. Parece que ninguno de los dos consigue lo que quiere.

Henry se agachó para pasar por debajo de la barandilla blanca que nos separaba, me agarró del brazo para apartarme de los ojos curiosos de su equipo (y de sus oídos) y me acribilló a insultos y juramentos en el proceso. La ira irradiaba de sus ojos. Si hubiera sido un dibujo animado, le habría salido humo de las orejas y se le habría puesto la cara tan roja como al diablo.

—¡No puedes decirme lo que tengo que…! —protesté.

—¡Puedo intentarlo! —contestó a grito pelado fulminándome con la mirada. Por fin, se detuvo al lado de los vestuarios.

—¡No, no puedes! —contesté, probablemente también a gritos—. Seguiré yendo a las estúpidas clases de McCarthy si me da la gana. Y lo veré también fuera de clase si me da la gana. Si me da la gana… —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas—. Si me da la gana, ¡saldré con él! Iremos a tomar algo.

Iré luego a su casa. Haré lo que me salga de las narices, Henry. Tú no me mandas, y ya no tengo doce años.

Y eso fue la gota que colmó el vaso. Lo que acabó de sacarlo de sus casillas. Casi se me escapó una sonrisa cuando vi que su rostro furioso se ponía rojo como un tomate.

—¿Es eso lo que quieres?

«No», pensé.

—Pues igual sí.

Henry cerró los ojos en un infructuoso intento por tranquilizarse. Sin embargo, se olía que yo iba de farol. Esa era la sensación que me daba.

—No, no quieres.

«Lo sabía».

En fin, no tenía más opción que insistir. Tenía que hacerlo. No me quedaba otra.

—Igual ya lo estoy haciendo.

—Claro que no. —Al cabo de un segundo, entornó los ojos, como si acabase de recordar una información clave—. Entonces ¿Jason me dijo la verdad?

Necesité toda mi fuerza de voluntad para no estremecerme al oír su nombre, para no chillar y patalear porque mi hermano hubiese hablado con mi exnovio a mis espaldas. Sobre mí. Si dijera que no me importaba, mentiría, pero, en cualquier caso, respaldaba mi afirmación, y parecía que gracias a eso Henry empezaba a creerse mis mentiras.

Así que, con una diminuta sonrisilla en la cara, me encogí de hombros.

Ahora tenía la sartén por el mango, y no tardé nada en disfrutar de aquella sensación. Me había traicionado no solo una vez, sino dos. No solo con lo de Shaw, sino hablando con el chico que me

había destrozado el corazón hacía un año.

—Dios —gruñó—. Me sacas de quicio, Athalia.

El Henry que echaba humo estaba de vuelta. Y, sin decir nada más, se marchó.

CAPÍTULO SEIS



No me gustaba estar enfadada con mi hermano.

Siempre habíamos pasado más tiempo peleándonos que llevándonos bien. Y no sabía si era una cuestión de madurez o no, pero no recordaba haberlo visto nunca tan fuera de sí. Ni siquiera en los tiempos en los que nos gritábamos y nos chillábamos tan alto que temblaban las paredes de nuestra residencia de verano lo había visto así.

«Estoy lidiando con mierdas de las que no tienes ni idea, y encima te he hecho un favor».

Discutíamos. Nos peleábamos. Y entonces nuestros padres murieron y, de repente, nuestras vidas de quinceañeros se precipitaron en una vorágine de abogados, prensa y terapia. Yo sentía que Henry era lo único que me quedaba de ellos.

Después del accidente, empezó a resultarme difícil pensar en el futuro. Mamá y papá habían planeado el suyo al milímetro, pero no les sirvió de nada cuando unas turbulencias aéreas los mandaron directos al fondo del Atlántico. ¿Qué coño importaba el futuro cuando la vida era tan volátil? ¿Cuando alguien podía ser una constante en tu vida y en un abrir y cerrar de ojos desaparecer por completo de ella sin haber hecho nada para merecerlo?

El accidente había despertado en mí la necesidad de aferrarme a mi hermano como si me fuera la vida en ello. Mi yo de quince años no quería perderlo nunca de vista, ni tampoco aceptar lo que no tardó mucho en resultar evidente: que él no sentía lo mismo que yo.

A sus quince años, Henry se había comprado su primera agenda y se había convertido en el estudiante de matrícula de honor resolutivo en cualquier crisis y en el gran deportista que seguía siendo. No pensaba en nada que no fuese su futuro perfecto, un futuro de postal, meticulosamente planificado.

Aunque gracias a aquello dejamos de discutir, yo me sentía como si ese día también hubiese perdido a mi hermano. Al menos, cuando nos insultábamos y nos tirábamos los trastos a la cabeza todavía nos dirigíamos la palabra.

Y, tras nuestra discusión, no lograba pensar en otra cosa. Sí, estábamos peleados, pero al menos nos hablábamos. Al menos me miraba, tal vez incluso estaba pensando en mí. De un modo que probablemente era mejor abordar con mi terapeuta… sentía que le importaba. Que me quería. Y hacía tanto tiempo que no sentía eso por parte de Henry… Aquel pequeño atisbo de afecto me hacía ansiar más y más.

Nunca había sentido que a Henry le importase más allá de mis notas o mi futuro profesional. Nunca había parecido extender su atención a mi vida personal. Hasta entonces.

Resoplé, intentando reprimir los recuerdos de tiempos mejores, cuando mis padres estaban vivos y me querían, cuando mi mayor preocupación era si Henry se habría comido la última chocolatina que quedaba en la nevera o si me habría estropeado el peinado el día que venía el fotógrafo al colegio. Todo aquello estaba aflorando en mi mente justo en aquel preciso momento.

Recordé cómo nos separaban y nos llevaban a nuestras

respectivas habitaciones; papá se iba con Henry y mamá conmigo. No sabía qué le habrían dicho a Henry en aquellos años, pero las palabras de mamá seguían en mi recuerdo. «Escúchame —me decía con dulzura. Si lloraba, me enjugaba las lágrimas—. A Henry le cuesta mucho gestionar bien sus emociones. Pero tu hermano te quiere mucho, Athalia. Admira tu fuerza, tu bondad y tu sentido del humor. A una pequeña parte de él le encantaría ser como tú —decía —. Y tú también le quieres, ¿verdad? También admiras su valentía, su seguridad en sí mismo, ¿a que sí?». Y, según lo grave que hubiera sido la pelea en cuestión, este era el momento en el que yo le discutía. Pero, al final, siempre ganaba ella. «¿Lo ves? —susurraba —. Siempre os tendréis el uno al otro. Tu hermano cuidará de ti, y tú cuidarás de él durante mucho más tiempo del que os haga falta. Y te sacará de quicio. Porque él a veces nos saca un poco de quicio, ¿verdad? —bromeaba. Y yo siempre me reía—. Pero estarás con él mucho más tiempo del que estarás con nosotros, Lia».

Sin embargo, había varias cosas sobre Henry que mi madre no había mencionado… No solo era valiente y seguro de sí mismo (que lo era). También era testarudo, arrogante y nunca, jamás, reconocía haberse equivocado. Y todo eso empeoraba aún más si cabe cuando sentía que no tenía el control, ya fuese sobre una situación o sobre su vida… Y también la mía, aparentemente.

Porque en ese momento, sentada en un banquito de madera tras el edificio principal de la HBU, caí en la cuenta de que Henry Parker Pressley era un capullo. Y entonces, a pesar del egoísmo y la ignorancia de mi hermano, me reproché a mí misma desear su atención de todos modos, como si fuese una niña pequeña.

Si hubiera sido más como él —más decidida, con más empuje, destinada a ser deportista profesional o la primera de la clase—, quizá ahora tendríamos una mejor relación. Quizá no necesitaría una

pelea para sentirme cerca de él.

Pero, por desgracia, yo no era ninguna de esas cosas. Además, una parte de mí seguía siendo una chiquilla de quince años que dependía de su hermano mellizo.

—Por favor, no me digas que vienes aquí a menudo.

Me sobresalté, me puse rígida y entorné los ojos contra el sol poniente. McCarthy todavía llevaba sus pantalones cortos color carmesí, una sudadera por encima de la camiseta y el pelo húmedo. Seguramente se había duchado después del entrenamiento.

«Esto ya no puede ir a peor», pensé.

—La verdad es que ahora mismo eres la última persona a la que me apetece ver —admití, desviando la vista desde su alta figura hacia las casas, la mayoría de las cuales albergaban fraternidades y sororidades, que había al otro lado del vasto terreno que separaba el campus principal de la calle de las fraternidades.

—¿Ah, sí? —Y, como si quisiera demostrarme algo, se plantó a mi lado, en el banco.

Quise gemir, y chillarle, y ponerme violenta si con eso no bastaba.

—Hoy no tengo el día, McCarthy —le advertí.

Como si no tuviera suficiente con reproducir la discusión con Henry en mi mente una y otra vez, el destino se había empeñado en que me tocara encontrarme frente a frente con los ojos marrones de su mismísimo causante. Cerré los míos. Y, entonces, la intuición me atravesó como un rayo, haciendo que el cuerpo se me pusiera rígido por segunda vez.

«El causante».

Dylan McCarthy Williams era el causante de que Henry hubiera discutido conmigo.

No mi necesidad de independencia, ni que le hubiera gritado. No que hubiera interrumpido su entrenamiento y hubiese montado un

numerito.

Era McCarthy. La sola mención de su nombre, la sola idea de que su hermana se viese con «el enemigo».

«No quiero que ese tipo se acerque a mi hermana pequeña, y punto». ¿No era eso lo que había dicho?

Repasé toda la información de que disponía con los ojos cerrados; mis neuronas trabajaban a la velocidad de la luz. Y entonces los abrí de par en par.

Si McCarthy no se hubiera sentado ya en el banco, lo habría invitado a hacerlo.

En un mágico giro de los acontecimientos, había dejado de ser la última persona a la que me apetecía ver. Se había convertido exactamente en quien necesitaba, en alguien que se me había enviado no por despecho, sino como un billete solo de ida al País de la Venganza. Y si eso significaba que podía disfrutar de la atención de mi hermano un poquito más, ¿quién se iba a quejar? Yo no, sin duda.

—Qué peligro. —Sus palabras atrajeron de nuevo mi mirada hacia él. Solo me di cuenta de que tenía una sonrisa taimada pintada en los labios cuando McCarthy la señaló. Literalmente. Con una distancia prudencial, la señaló rodeándola con un dedo y añadió—. Nunca te había visto sonreír, Pressley. Es aterrador.

—Me alegro. —Me volví hacia él mientras sopesaba cuidadosamente mis opciones. El plan todavía se estaba formando en mi mente, y, una vez formulase las palabras, no podría retirarlas —. Tengo una propuesta para ti.

—Te escucho. —McCarthy enarcó una ceja, interesado—. ¿Qué se le ha ocurrido esta vez a ese maravilloso cerebrito tuyo?

Me deshinché con un gemido y lo fulminé con la mirada.

—Si eso lo dices por mis conocimientos de estadística…

Me interrumpió con un resoplido.

—¿Conocimientos? —se burló ladeando ligeramente la cabeza.

Qué fácil era olvidar cómo me sacaba de quicio aquel chico, con ese pelo tan grueso y tan oscuro y ese hoyuelo que parecía querer asomar a su mejilla. Era casi como si pretendiese precisamente eso, sacarme de quicio.

—¿Sabes qué…? —Arrugué la nariz, y, cuando ya estaba a punto de olvidarme del asunto, levantó las manos en un gesto burlón de derrota.

—Está bien, está bien. —Todavía me miraba con una expresión divertida—. Lo admito, me interesa saber qué está pasando en ese cerebri… —Se interrumpió cuando le lancé otra mirada asesina y carraspeó—. En ese enorme cerebro tuyo. Dispara.

Y, pese a que estaba tentada de abandonar, seguí adelante.

—Sé que no puedes ni ver a mi hermano… —empecé a decir. Todavía no estaba muy segura de cómo formularle mi propuesta.

Pero ya no había vuelta atrás.

McCarthy resopló.

—Una deducción magistral.

—Bueno… Pues te presento una oportunidad de hacer algo que le demostrará exactamente cuánto lo detestas.

CAPÍTULO SIETE



Me arrepentí de habérselo preguntado en cuanto vi que curvaba los labios en una sonrisa tan enorme como triunfal.

—Si tantas ganas tenías de salir conmigo, me lo podrías haber preguntado sin más, Pressley.

—¿Puedes parar? —mascullé, reprimiendo un gemido—. Si quisiera salir contigo, estaría saliendo contigo. —Una sonrisa desafiante pronunció el hoyuelo de la mejilla que acababa de descubrir. A pesar de esa sonrisa de satisfacción, no abrió la boca. En general, eso era justo lo que me gustaba, aunque, en esa situación, me habría gustado más saber qué pensaba—. Bueno… —Como seguía esperando una respuesta, decidí reconducir la conversación—. ¿Qué…?

—Sí. —Fue casi como si le faltara tiempo para contestar. El gesto divertido de su expresión desapareció. Los hoyuelos se esfumaron, y, cuando clavó los ojos en los míos, en sus rasgos quedó solo una sombra de la sonrisa anterior.

—¿Sí? —Cerré la boca y enarqué las cejas, nerviosa porque hubiera contestado tan rápido.

—Sí —repitió, curvando la comisura de la boca hacia arriba.

Esperaba tener que currármelo un poco más. Estaba dispuesta a

arrastrarme un pelín, incluso, a llegar a algún tipo de acuerdo. Algo en plan «tú haces esto por mí y yo hago esto por ti». Lo que no me esperaba era un «sí» tan rotundo. Rápido, preciso, sin rodeos. McCarthy no me tenía acostumbrada a eso.

Lo estudié con curiosidad, con una pizca de confusión. Estaba de cara a mí, con los brazos apoyados en el respaldo del banco y ambas cejas levantadas, esperando a mi siguiente intervención. Nadie habría dicho que acababa de pedirle que fuera mi novio.

Un novio falso, sí. Pero un novio, al fin y al cabo.

La brisa mantenía su cabello en un movimiento constante; la indiferencia parecía haberse adueñado por completo de él: postura relajada, rostro imperturbable. Se le escapó un bostezo.

Había sido demasiado fácil.

—¿Qué? —Ladeó ligeramente la cabeza; era evidente que estaba intentando con todas sus fuerzas reprimir una sonrisa—. He dicho que sí.

—Ya, te he oído. —Me reí con poco entusiasmo. Estaba más bien centrada en hallar algo en él que desvelara que mentía. O quizá trataba de ganar tiempo, hasta que él estallara en carcajadas para burlarse de que le hubiera creído. Sin embargo, ninguna de esas dos cosas ocurrió—. ¿Por qué?

—¿Que por qué? —repitió. Lo único que parecía conseguir con mi inquietud era que todo aquel asunto le hiciese todavía más gracia—. ¿Por qué no?

—Ah, no sé… Quizá porque implica que tendrás que pasar tiempo conmigo. Y no te caigo especialmente bien.

«Pobre princesa Pressley. No se puede creer que a alguien no le emocione la perspectiva de pasar tiempo con ella».

McCarthy se encogió de hombros y apartó la vista.

—Tu hermano no me cae especialmente mejor —contestó,

burlándose de las palabras que había elegido.

—Y no quieres nada a cambio —repuse, todavía con desconfianza —. Tú no me harías un favor ni aunque tu vida dependiera de ello, McCarthy. ¿Dónde está la trampa?

Él se estiró. Alzó los brazos al aire; extendió las largas piernas. Era la viva imagen de la tranquilidad. Cuando abrió los ojos, los posó sobre mí.

—Ya estoy sacando todo lo que quiero de esto, Pressley.

No entendía por qué, pero parecía sincero.

—¿Y qué sería eso?

Tenía que haber trampa en alguna parte. Tenía que haberla.

McCarthy suspiró.

—Veamos… —Fingió reflexionar unos instantes; sus palabras rezumaban ironía—. Una novia preciosa del brazo cuando me paseo por el campus… —Se interrumpió de inmediato. Una chispa de diversión brillaba en su mirada—. Seguro que a nadie le importa que tenga una actitud de mierda y cuente chistes sin gracia.

—Porque tú estás hecho todo un humorista —repliqué, ignorando lo de «preciosa» y concentrándome en lo que conocía de él: el insulto—. Dime que no de una vez, y así puedo ir a buscarme a otro. —Era un farol. No había nadie sobre la faz de la tierra que pudiera molestar más a mi hermano. Pero McCarthy no necesitaba saberlo.

—He aceptado —me recordó—. No te habrás olvidado, ¿no?

—No te comportas como si esa fuera tu respuesta definitiva — repuse, negando con la cabeza—. Así que prefiero saltarme el tira y afloja y pasar directamente a la parte en la que te niegas, que es lo que vas a hacer.

—Mujer de poca fe… —musitó—. He dicho que sí. Sí, déjame ser tu novio falso, Pressley —insistió con un tono de falsa súplica, entrelazando las manos delante de su pecho—. ¿Quieres que

suplique? ¿Es eso lo que quieres? —Hizo como si fuese a ponerse de rodillas. Algo que, por supuesto, no haría jamás.

—¿Lo dices en serio? —pregunté con voz inexpresiva. No me permití mostrar ni una pizca de alegría.

—Completamente.

—¿Y no quieres nada a cambio?

McCarthy se lo pensó unos instantes.

—Está bien —cedió—. Aunque ver a tu hermano subirse por las paredes es suficiente para mí, si quieres que pida algo a cambio… —Me miró solo para asegurarse de que me había dado cuenta de lo ridículo que sonaba aquello—. Digamos que me debes una. Favor por favor.

Después de mi insistencia, no podía quejarme.

—Está bien. —Pero había algo en su ademán sereno, en aquella respuesta tan precipitada que… pintaba raro. Y no lograba librarme de aquella sensación—. ¿Estás seguro de que sabes…?

—¿Dónde me estoy metiendo? —me interrumpió con impaciencia. Yo asentí—. Sí, estoy seguro. Estoy seguro de que quiero verte ser mi novia, y estoy aún más seguro de que quiero ver a tu hermano cuando se entere. ¿Es esa respuesta lo bastante sincera para ti? —Enarcó las cejas a modo de énfasis—. Creo que esta es una forma facilísima de lograrlo. Así que sí, cuenta conmigo. Ha sido idea tuya. ¿Qué te hace dudar tanto?

—Tu capacidad de ser un novio convincente. —Se me escapó. Y no me arrepentí.

—Puedo ser un novio muy convincente —repuso.

Me reí por la nariz.

—Ni siquiera sales con nadie.

—Salgo con muchas chicas. —Arrugó la nariz, a la defensiva.

—Sí, pero no sales con ellas en serio. —«Por favor, que no me

pregunte cómo sé eso»—. O sea, que no quedas muchas veces con la misma persona. No después de que se haya acostado contigo.

Si estaba tan enterada sobre su vida amorosa, no lo había hecho a propósito. Las chicas hablaban, eso era todo: en la biblioteca, cuando se arreglaban para salir, cuando estaban borrachas en un cuarto de baño… Y si te quedabas y ponías la oreja, era bastante fácil escuchar las conversaciones a través de las puertas cerradas.

¿Por qué no podía estar de acuerdo conmigo y punto, y ahorrarme el tener que insistir tanto? Sabía perfectamente que tenía razón.

McCarthy esbozó una sonrisa y yo deseé que la tierra se abriera bajo mis pies y se me tragara, antes incluso de que abriera la boca.

—¿Es un tema de conversación recurrente en casa de los Pressley? —preguntó con curiosidad—. ¿El de mis relaciones sentimentales? ¿Mis citas? ¿Tienes un archivo con todas las chicas con las que he estado?

—Después de lo de Paula, a Henry no se lo podrías reprochar. —Me encogí de hombros rápidamente y aparté la vista. Mientras observaba la pared de ladrillo que teníamos detrás, añadí con voz divertida—: Y no sería un archivo muy gordo. Lo que me da la razón. —Me atreví a mirarlo.

—¿Paula? —McCarthy ladeó la cabeza, vacilante, e ignoró lo demás—. ¿Paula Castillo? —Asentí—. ¿Qué tiene que ver Paula Castillo con todo esto?

—Nada, ya sabes —repliqué con la voz empapada de sarcasmo—. El pequeño detalle de que le puso los cuernos. Contigo. —Solo de pensarlo, ese ceño fruncido casi permanente en mi rostro volvió a hacer acto de presencia. Sin embargo, McCarthy soltó una risotada que me trajo de vuelta a la realidad—. ¿Qué?

—Nada, ya sabes —me imitó. No sabía qué gracia tenía lo que le había dicho, pero todavía se estaba riendo—. El pequeño detalle de

que Paula es amiga mía y nunca la he tocado más que para darle un abrazo después de que Henry la cagara él solito.

—Él no… —Me interrumpí. No estaba allí para defender a mi hermano, y mucho menos para entender qué clase de relación había tenido o dejado de tener con Paula—. Da igual. —Resoplé, negué con la cabeza y volví a apartar la vista.

McCarthy se rio suavemente.

—Sí, da igual. Lo que significa que estoy perfectamente cualificado para ser tu novio falso, Pressley. ¿Contenta?

Y, en ese momento, el peso de mi propuesta cayó sobre mí. No sabía qué hacer.

—Tiene que ser convincente, ¿sabes? Es importante que sea convincente…

—Lo será.

Negué con la cabeza y luego me puse recta para que se diera cuenta de que le estaba hablando muy en serio.

—¿Sabrás fingir ser un buen novio? —insistí. Cuanto más lo pensaba, más me preocupaba. Quizá no tendría que habérselo pedido—. ¿Has tenido alguna vez una relación?

Entornó los ojos.

—Sí, sabré fingir ser un buen novio. Gracias por la confianza.

Que decidiera pasar de contestar a la otra pregunta fue toda la respuesta que necesitaba.

—¿Sabrás fingir que piensas en mí todo el tiempo, que estás total e irremediablemente prendado de mí? —De nuevo, aporté tanto a mi voz como a mis palabras una exageración irónica. Contuve una sonrisa al ver que asentía de nuevo.

—Sí. —Al menos, sonaba convencido.

—Tendrás que estar enamoradísimo de mí, McCarthy. Y si esto no funciona, te juro por Dios que…

—No te preocupes. —Esbozó una sonrisa falsa—. Soy un gran actor.

Y así fue como llegamos a un acuerdo.

—Unas cuantas normas básicas —continué. Arrugué las cejas al mirarlo. Mientras él rebuscaba en su mochila, yo parpadeé y contuve una carcajada al ver que sacaba una libretita—. ¿Vas a tomar apuntes?

—No te rías de mí —me regañó, aunque él mismo intentaba que no se le escapara la risa—. Un acuerdo como Dios manda debe estar por escrito, ¿no crees?

—Hablas como todo un estudiante de Economía —coincidí—. Tendremos una cita cada viernes por la noche. Iré a buscarte al entrenamiento. Asegúrate de que Henry lo vea.

Protestó enseguida, con la mirada fija en su libretita.

—Los viernes no puedo. ¿Los jueves?

—¿Y qué pasa si yo estoy ocupada los jueves?

Levantó la vista y me miró a los ojos. En los suyos había un destello de intriga. Con una media sonrisa, preguntó:

—¿Lo estás?

—Es posible. —Era mentira—. Pero me las arreglaré.

McCarthy se rio por la nariz.

—Te lo agradezco mucho. Estaré siempre en deuda contigo. —Se interrumpió—. Ah, no, espera. —Sonrió—. Esa eres tú —se corrigió, guiñándome un ojo.

—Me parto de risa contigo —le dije con voz inexpresiva—. Quedamos los jueves, entonces. Me aclaré la garganta, tanto para reprimir lo irritada que estaba como para distraerme de su sonrisa y continué—: Podríamos empezar preparando el terreno el lunes. —Aquello era dentro de dos días—. Hablar después de clase, sonreírnos… Y unos días después nos lanzamos de lleno. ¿Lo

hacemos durante un mes? ¿Dos? ¿Hasta fin de año?

McCarthy escribía con ahínco e iba asintiendo para hacerme saber que estaba de acuerdo conmigo. Cuando dejó de mover el boli, levantó la vista y me miró a través de unas pestañas tan gruesas que cualquier chica las envidiaría.

—Lanzarnos de lleno… —murmuró—. ¿Qué implica eso?

A decir verdad, todavía no lo había decidido. Hasta entonces, me las había arreglado para que pareciera que cuando le había propuesto la idea ya lo tenía todo atado, pero, en realidad, me lo iba inventando sobre la marcha. Cuando abría la boca, no estaba muy segura de qué iba a salir de ella.

—Las muestras de afecto en público son imprescindibles —contesté—. Ya sabes, ir de la mano y todo eso. —Me animó a continuar con una expresión interesada—. Así que muestras de afecto discretas. Nada más que eso, por supuesto. Y solo cuando Henry esté delante, evidentemente.

—No lo acabo de pillar. —Le dio vueltas al boli entre los dedos con ademán despreocupado. Había algo en sus ojos, que se clavaron rápidamente en los míos con una inocencia que no podría haber fingido mejor, que me decía que no estaba tan perdido como hacía ver. Quizá sí era mejor actor de lo que me pensaba.

—Ya sabes… —Enarqué las cejas.

—Supongamos que no. —Se encogió de hombros con timidez—. Tengo que asegurarme de entenderlo para interpretar tus deseos de la forma más precisa posible, ¿no? —Señaló el contrato improvisado que tenía en las piernas.

Suspiré, derrotada.

—Pues escribe que nada de sexo, ¿vale? —le repliqué, cada vez más molesta. Quizá no había sido mi mejor idea—. Y en letras mayúsculas.

—Oh, no… —Suspiró con dramatismo—. ¿Cómo lo superaré? Al fin y al cabo, era la única razón por la que he aceptado… —Me clavó una mirada que decía lo contrario—. Bueno —añadió, aclarándose la garganta—. ¿Hay alguna norma para este plan maestro tuyo que no sea tan obvia? —Se apoyó en el respaldo—. ¿O es que te gusta pensar que vivimos en un mundo en el que eres completamente irresistible para mí, Pressley?

Al final, nuestro Contrato de Relación Falsa consistía exactamente en siete reglas fundamentales. Bajo ellas, aparecían claramente nuestras dos firmas.

1. Cita falsa todos los jueves.
2. Validez del contrato: del 1 de noviembre al 1 de enero.
3. Nada de sexo.
4. Se garantiza exclusividad (las actividades relacionadas con la soltería quedan pospuestas hasta la conclusión del presente contrato).
5. Athalia Payton Pressley está obligada a apoyar a su novio falso, Dylan McCarthy Williams, en sus partidos de fútbol.
6. Ninguna de las partes involucradas puede, bajo ningún concepto, salirse del personaje.
7. No te enamorarás de Dylan McCarthy Williams (ni de Athalia Payton Pressley).

La número siete era una aportación de McCarthy, y, cuando yo había añadido también mi nombre (y los paréntesis a su alrededor) no me había parecido mal. Se encargó de subrayar el «No» y de escribirlo en letras mayúsculas, como si yo necesitara el recordatorio.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted. —Le tendí la mano para estrechar la suya.

—El placer es todo mío, créeme.

Su mano era el doble de grande que la mía. Casi la cubría por completo.

CAPÍTULO OCHO



Intenté convencerme de que todo aquello era buena idea a base de autocuidado. Aquella noche, cuando Wren llegó a casa, me encontró despatarrada en el sofá marrón del salón, viendo *Las chicas Gilmore*, con una copa de vino en la mano, el pelo mojado envuelto en una toalla y la piel cubierta de una mascarilla de color azul. El tintineo de sus llaves me dio cinco segundos de preaviso antes de que apareciera en el umbral de la puerta. Entorné los ojos para mirarla y evalué su postura, su actitud y su expresión.

Su extraño berrinche de aquella mañana había marcado el inicio de lo que había resultado ser un día terrible. No obstante, después de todo lo que había ocurrido, casi se me había olvidado ya. Comparado con lo que había hecho Henry, Wren no la había cagado ni la mitad.

Sin embargo, aún quedaba algo de tensión en el ambiente, y se notó hasta el momento en el que se cruzaron nuestras miradas. Me contempló con cautela, apartando la vista solo para quitarse la chaqueta y los zapatos. Tras dejarlos junto a la puerta, carraspeó y yo me preparé para reanudar la discusión de aquella mañana, fuese de la forma que fuese. Se me antojaba inevitable.

—No podrías estar más ridícula —me dijo con voz inexpresiva. Con

sus palabras aún suspendidas en el aire, diseccionó hasta la más ínfima de mis reacciones para calcular con cuidado lo que diría después. Seguro que se dio cuenta de que apreté los labios para contener una sonrisa y seguir impertérrita.

Y la tensión se disipó de forma visible cuando dejó caer la bolsa de papel que llevaba en la mano. Inmediatamente después, un suspiro alto y teatral abandonó sus labios.

—¡Uf! —exclamó mientras se dirigía al sofá donde yo estaba sentada—. Lo siento muchísimo, no sé qué me ha dado esta mañana —admitió en cuanto se sentó—. Supongo que ha sido porque he dormido fatal. Las fiestas no son lo mío, y trasnochar tampoco. Además, mientras tú jugabas a algo parecido al birra pong, Henry no dejaba de comerme la oreja. ¿Desde cuándo bebe, por cierto? —Mi cuerpo reaccionó de inmediato al oír el nombre de mi hermano. Me pasaba siempre; no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo. Wren tardó un segundo en darse cuenta, pero, cuando lo hizo, interrumpió su larga disculpa. No la había oído hablar tanto desde que habíamos ido a ver *Hamilton* el año anterior. Mi primera vez… y su cuarta. ¿O había sido la quinta?—. ¿Qué ha sido eso? —preguntó enseguida con una ceja enarcada.

—Nada. —Mentir no se me daba especialmente mal, pero Wren me conocía como la palma de su mano. Y, teniendo en cuenta que sabía leerlas, eso era decir mucho.

Me miró con curiosidad y se inclinó hacia mí, al tiempo que se apartaba de un resoplido los mechones de pelo negro y rubio platino de la cara. Y entonces, como si estuviera tanteando el terreno, repitió:

—Henry. —Lo pronunció despacio. Con cautela. Y, por descontado, yo me estremecí otra vez—. ¡Ajá! —exclamó, señalándome con el dedo, antes de saltar hacia atrás con aire victorioso. Pero enseguida

se dio cuenta de lo que implicaba que tuviera razón—. Perdona.

Suspiré con fuerza y acepté sus disculpas apoyando la cabeza en su hombro. Si le molestaba que el potingue azul que goteaba de mi cara le manchase la sudadera, no dio muestras de ello. En lugar de eso, me puso una mano en el hombro en una especie de abrazo y apoyó la cabeza sobre la mía.

Nos quedamos un rato en silencio, mirando la televisión. Creo que las dos nos sentíamos agradecidas por el silencio que reinaba en el salón.

—Antes de que me lo cuentes todo… —dijo, a lo que yo respondí con un gemido que demostraba lo poco que me apetecía hablar de ello. Sin embargo, como en ese mismo momento ella se retorció para salir de debajo de mí y ponerse de pie, el sonido se intensificó un poco y sonó algo más exagerado de la cuenta. Wren se volvió hacia mí con una ceja enarcada, como si supiera que acabaría contándoselo, quisiera o no. Tenía razón—. Antes de que me lo cuentes todo… —repitió con más firmeza, con un toque de humor en la voz—, he comprado cena donde Prem.

Prem era la dueña del restaurante indio que había en nuestra calle, que, casualmente, tenía la mejor comida para llevar de todo el estado. Y, lo que era aún más importante: el mejor bhatura de los Estados Unidos de América. Una debilidad mía. Un consuelo que no era capaz de encontrar en muchas cosas. Ahora que Wren lo había mencionado, podía olerlo desde el sofá. Se me debieron de iluminar los ojos.

Me levanté de golpe con la boca hecha agua, prestando toda mi atención a la bolsa marrón que Wren estaba cogiendo de donde la había dejado unos minutos antes.

—Acepto tus disculpas. —Sonreí en cuanto vi el recipiente en el que se leía «n.º 12 sin cebolla» sobre la mesa de café, seguido del

pan bhatura envuelto en papel de aluminio. Al verlo, mi corazón dio un saltito de alegría.

—Eso espero —murmuró ella mientras se reía. Dejó su comida sobre la mesa y fue a la cocina a por los cubiertos—. Y por cierto… ¿Te queda algo de eso? —Se señaló la cara, rodeándosela con el dedo.

Yo me reí por la nariz.

—Hace cinco minutos me has dicho que estaba ridícula.

Wren se limitó a encogerse de hombros.

—¿En el baño? —preguntó. Yo asentí, distraída. Estaba otra vez mirando la televisión.

Cuando volvió, se había recogido el pelo corto y teñido lo mejor que había podido, aunque tenía algunos restos azules por aquí y por allá. La mascarilla le cubría toda la piel de la cara, si bien con poca uniformidad.

Wren conocía los extraños problemas que tenía con mi hermano, así que cuando le describí nuestra discusión y luego mi inevitable epifanía según la cual deseaba ser más que una inconveniencia en su vida, no se sorprendió mucho. Se limitó a comer y a escucharme, aunque intervenía de vez en cuando con un «Qué cabrón» o un «¡¿Cómo?!», casi siempre cuando acababa de llevarse un bocado a la boca.

Cuando terminé mi monólogo, Wren me observó durante unos segundos.

—Bueno, ¿qué? —preguntó. Habíamos terminado de cenar y Netflix ya nos había preguntado si seguíamos allí.

—¿Qué de qué?

—¿Cuál es el plan?

Ah. El plan. Por supuesto, Wren ya se imaginaba que querría devolvérsela a mi hermano. Era una pena que lo que se me había

ocurrido no le fuera a gustar nada. Nada de nada.

Parecía que McCarthy se había ganado bastantes enemigos durante sus tres años en la HBU, y daba la casualidad de que los primeros de la lista eran las dos personas más cercanas a mí. Henry era el número uno, por supuesto, pero, por alguna razón desconocida para mí, Wren Inkwood lo seguía de cerca.

Hasta entonces, nunca me había preguntado por qué a ambos les caía tan mal. Tampoco me había importado nunca tanto como para preguntárselo. De hecho, ni siquiera estaba segura de qué tenía yo en su contra. Si sacábamos a Henry y a mi revocada solidaridad con él de la ecuación, me quedaba con las manos vacías. Salvo por esa sonrisilla de satisfacción que ponía cuando yo le daba una respuesta equivocada.

—Es gracioso… —murmuré. Fingí una carcajada mientras miraba a mi alrededor, como si nunca hubiese visto la librería que Wren tenía detrás del sofá, repleta exclusivamente de textos históricos y novelas de fantasía. Como si nunca me hubiera sentado en nuestro sofá de cuero marrón, frente al televisor que había en la pared. Como si la disposición del loft y la alfombra de cuadros verdes y blancos que descansaba bajo la mesa de café fuesen una novedad. Y como si alguien acabara de colgar las polaroids de Wren que decoraban el corto pasillo hasta la puerta principal. Busqué el mando a distancia para decirle a la pantalla que sí, que seguíamos allí, que por favor llenara aquel incómodo silencio de inmediato.

—¿Ah, sí? —preguntó—. ¿Es gracioso?

—Bueno… —empecé a decir. Miré a Wren el instante justo para ver que esperaba mi respuesta con impaciencia—. Deja que te diga, a modo de prólogo, que es posible que mis métodos no sean perfectos, pero que siempre son efectivos. —Estaba posponiendo el momento de contárselo, era evidente—. Así que, aunque mis medios

para obtener mi venganza no sean ideales, el fin merecerá…

—Suéltalo de una vez, Athalia.

Mierda.

—Voy a fingir que salgo con McCarthy durante los próximos dos meses. —Pronuncié aquellas palabras con tal velocidad que podría haber ganado un récord Guinness—. En exclusiva —añadí a regañadientes.

Tardó treinta segundos largos en comprender el galimatías que acababa de vomitarle. Cuando lo pilló, arqueó las cejas y se inclinó hacia atrás, impactada. Creo que se quedó paralizada unos segundos.

No sé si pasaron cinco segundos, minutos u horas. Y creo que contuve el aliento hasta que contestó con un simple:

—Vale.

—¿Vale?

—Henry se cabreará. —Reflexionó unos segundos más e hizo una mueca—. Se cabreará un montón. Y un punto extra por conseguir la atención que tanto deseas. Un parche para algo que, en algún momento, tendrás que hablar con Stephanie. —Me miró con los ojos entornados, para que su última frase no pasara desapercibida. Que Wren supiera el nombre de mi psicóloga era prueba suficiente de lo bien que había llegado a conocerme en los tres años que llevábamos juntas en la universidad—. O sea, es un plan seguro. Salvo por el factor imprevisible, ¿no? O sea, si hay algo que se pueda decir de McCarthy, es probablemente que es imprevisible. Ves que he dicho probablemente, ¿no? Eso es porque es tan imprevisible que no sé ni si… —Me daba la sensación de que Henry le había pegado su animadversión. Wren no solía divagar, pero lo que estaba haciendo en ese momento era indudablemente divagar. Parlotear, y parlotear, y parlotear y…

—Vale, vale —la interrumpí, alzando las manos en un gesto de rendición—. Ya lo he pillado. —Resoplé—. Es una idiotez de plan, pero si funciona como yo quiero que funcione, habrá sido lo mejor que se me ha ocurrido. Si McCarthy no se comporta como un capullo, lo que es improbable, y si pasar tiempo con él no es insufrible, lo que es igual de improbable, puede que no me arrepienta. —Ya estaba divagando yo también—. Pero es un buen plan.

Wren suspiró y echó la cabeza hacia atrás, resignada.

—No está mal —contestó con una sonrisa.

Aquella noche, cuando me fui a la cama, eché un vistazo a mi bandeja de entrada, con la esperanza de que hubieran cancelado alguna de mis clases de la semana. Sin embargo, lo que me encontré, en lugar del dulce alivio que me habría supuesto uno de esos mensajes, fue algo muy distinto:

<d.m.william@hallbu.com> 6.33 PM

Pressley:

Adjunto una copia de nuestro contrato por escrito.

Poco cordialmente,

D. M. W.

CAPÍTULO NUEVE



Durante la fase de «preparar el terreno», podría haber contado con los dedos de una mano las veces que Henry y yo habíamos cruzado siquiera una mirada. Era lo bastante terco para no dignarse a mirarme, y yo tampoco tenía muchas ganas de mirarlo a él.

Y allí estaba yo, dos horas antes de mi primera clase. Plantada por mi novio falso en nuestra primera cita falsa. ¿No es maravillosa la vida?

Wren me había dicho que era una mala idea, y, aunque no quisiera admitirlo, en los últimos días, las dudas sobre mi brillante plan habían empezado a reconcomerme a mí también. McCarthy era poco digno de confianza, egoísta y arrogante, que no eran las mejores características en un buen socio. Y aún menos en un novio.

—Qué alegría verte por aquí.

La desolación producto de mi propia humillación se vio reemplazada de inmediato. En lugar de eso, ahora que la voz de McCarthy flotaba en el aire, estaba simplemente molesta. Con su actitud despreocupada de siempre, se sentó al otro lado de la pequeña mesa, junto a la ventana. Deslicé la mirada poco a poco hacia él.

—Llegas tarde. —Dejé caer la cuchara dentro de la taza que había

estado removiendo hasta entonces, agraviada. Todavía llevaba el pelo castaño húmedo. Se quitó la chaqueta, revelando la camiseta de compresión que llevaba debajo, pegada a sus músculos como una segunda piel. Lo fulminé con la mirada, haciendo caso omiso de lo bien que se le ajustaba a los brazos y evitando comérmelo con los ojos sin querer.

—No, tú has llegado pronto —me corrigió enseguida, echando un vistazo a mi taza—. Habíamos quedado a las nueve y media.

—A las nueve y cuarto. —Arrugué el gesto al escuchar aquella excusa. Estaba convencida de que yo le había dicho a las nueve y cuarto, y también de que él había estado de acuerdo con la hora. ¿Por qué si no estaría yo sentada a las nueve y cuarto en Daisy's si…?

—Tú dijiste a las nueve y cuarto —confirmó, pero, por desgracia, continuó—: Yo te dije que no conseguiría llegar a las nueve y cuarto, te sugerí las nueve y media y te encogiste de hombros. Lo que, en mi idioma, significa que estabas de acuerdo. —Su sonrisilla era insoportable, antes incluso de que añadiera—: Que quedábamos a las nueve y media.

Suspiré, más por lo irritada que me sentía que por mi derrota. En mi defensa, esa conversación había tenido lugar en la misma clase de Estadística en la que él me había dicho que tenía que prestar más atención. Y en la que yo había sentido el peso de la mirada de Shaw todo el tiempo que había durado. Me debía de haber sentido inclinada a estar de acuerdo con cualquier cosa que dijera, solo para que se callase.

—Ah, resulta que sí que se acuerda. —Sonrió cuando volví a mirarlo a los ojos.

—Eres insufrible, McCarthy.

Alargó una mano sobre la mesa para coger mi taza, le dio un largo

trago y la volvió a dejar delante de mí.

—¿Qué habrás hecho para merecerte un novio tan insufrible como yo?

Hice una mueca.

—Eres un encanto —mascullé mientras él se limpiaba el bigote de nata montada de la cara. Para que nadie se fijara en las ganas locas que tenía de asesinarlo, y que debía de llevar escritas en la frente, aparté la vista.

Daisy's era la única cafetería situada a medio camino entre mi casa y el campus. Era relativamente moderna: estaba pintada de blanco con algunos detalles rosas aquí y allá, y unos azulejos recorrían la encimera hasta el mostrador de las pastas. Si miraba hacia la derecha, las modernas baldosas blancas del mostrador se unían a unos tablones de madera oscura. El suelo de color claro pasaba a ser de una madera de aspecto antiguo, y un despliegue de flores y plantas llenaba esa mitad del espacio. Las paredes eran de ladrillo rojizo en lugar de blancas. Porque Daisy's era a la vez una cafetería y una floristería que compartían un mismo espacio. Dos locales en uno.

Ese era el encanto de aquel sitio. Dos conceptos totalmente distintos, opuestos incluso, pero que de algún modo funcionaban juntos a la perfección.

Y, en días soleados como aquel, a Henry le gustaba ir paseando a clase y comprarse un café en Daisy's en lugar de hacérselo en casa, antes de enfrentarse a la pesadilla que llamábamos Contabilidad. Aquella pequeña costumbre suya era la única razón por la que yo seguía allí sentada, rodeada de flores y pastas recién hechas, y delante de un tipo que no saldría vivo de allí si yo me salía con la mía.

—¿Has estado estudiando?

Lo volví a mirar a los ojos justo cuando la pregunta abandonaba sus labios. Supe de inmediato que no se refería a Estadística.

—Por supuesto.

A su correo inicial, yo había contestado con uno parecido.

<a.p.pressley@hallbu.com> 9.20 AM

McCarthy:

Adjunto un documento que contiene todas las cosas que mi novio debería saber sobre mí. De no memorizar todos y cada uno de estos datos, yo, tu futura novia falsa, quedaré extremadamente decepcionada y, asimismo, me veré obligada a romper falsamente contigo.

Con un hostil saludo,

A. P. P.

A lo que él había contestado:

<d.m.william@hallbu.com> 10.35 AM

Pressley:

Adjunto mi propia lista de datos interesantes que mi novia debería saber. Esperaré exactamente el mismo compromiso de tu parte como tú esperas de la mía.

P. D.: ¿Sabías que tu animal preferido tortura a otras criaturas marinas por pura diversión? Ahora que lo pienso, entiendo por qué te gusta tanto.

Con mis peores deseos,

D. M. W.

Y así era como habíamos terminado allí: examinándonos el uno al otro sobre los contenidos de nuestros respectivos documentos.

—¿Mejor amiga? —pregunté desafiante, con las cejas enarcadas. Sentí que me inclinaba sobre la mesa, expectante, con la esperanza de recibir una respuesta más vacilante que las anteriores. Aunque, como la había visto hacía solo una semana, era de esperar que me ofreciera una respuesta correcta.

—Wren Inkwood. Estudia Historia. Le caigo fatal. ¿El mío?

Intenté disimular la decepción que me supuso su acierto y me concentré en darle la respuesta que estaba esperando.

—Blake Zachary. Estudia Ingeniería Informática.

Hasta el momento, habíamos cubierto el nombre completo (McCarthy Williams, Dylan), la edad (veintitrés años), el color preferido (el verde) y los nombres de sus padres (Natalie McCarthy y Lincoln Williams). Habíamos pillado el ritmo: él ya tenía su siguiente pregunta en los labios antes incluso de que le hubiese contestado a la anterior. Se notaba que lo estaba disfrutando; tenía tantas ganas de que yo me equivocara como yo las tenía de que se equivocase él.

—¿Ciudad de origen? —preguntó, y di con la respuesta sin esfuerzo.

—Washington D. C. ¿La mía? —Me incliné hacia delante de nuevo, decidida a verle fracasar.

Por desgracia, su respuesta fue tan segura como correcta.

—Londres, Chelsea. Te mudaste a Nueva York a los cinco años y te criaste allí. —Gemí al ver la sonrisa triunfal que le curvaba los labios. Los hoyuelos se le pronunciaron aún más al oírme—. Parece que te resulta mucho más fácil estudiarme a mí que las correlaciones y las regresiones.

Para entonces, la falta de distancia entre los dos saltaba a la vista. Incluso para mí, que en un primer momento no era consciente de que me estaba inclinando hacia él. Cuanto más difícil era la pregunta, menos espacio había entre nosotros, no sabía si porque teníamos esperanzas de intimidarnos el uno al otro o por miedo a perdernos algo en la expresión del contrario cuando se equivocase. Aunque, hasta el momento, ninguno de los dos se había sentido intimidado ni se había equivocado en ninguna respuesta. Nos limitábamos a mirarnos el uno al otro de forma competitiva en mitad

de esa cafetería, separados por un espacio que era claramente insuficiente.

—Bueno. —Me aclaré la garganta y me apoyé en la silla para romper la tensión que reinaba sobre nosotros—. Hay pocas cosas más aburridas que las correlaciones y las regresiones.

McCarthy resopló, divertido, y ladeó la cabeza, imitando mi movimiento, al tiempo que se cruzaba de brazos.

—Oh… —canturreó con una sonrisa cruel—. ¿Acabas de admitir que soy interesante, Pressley?

Puse los ojos en blanco, a medio camino entre la risa y la incredulidad.

—Ser más interesante que la estadística no es precisamente un cumplido —apunté, imitando su tono perezoso.

Él se encogió de hombros.

—Diría que eso es subjetivo, ¿no crees? —Esperó a que le contestara con cierta impaciencia, como si mis palabras fueran el número ganador de la lotería de la siguiente semana.

Sin embargo, yo me limité a dejar caer la cabeza hacia atrás con un suspiro.

—¿Te he dicho ya que eres insufrible?

—Y aun así me rogaste que fingiera salir contigo.

Me volví hacia él de golpe, y él me miró como si esa hubiera sido justo la reacción que esperaba. «Mierda».

—No te lo rogué —le aclaré—. Te lo pedí educadamente. Y, llegados a este punto, me arrepiento hasta de eso.

—No, no te arrepientes.

Y le habría contestado que estaba cien por cien en desacuerdo con él si Henry no hubiese entrado por la puerta en ese preciso instante. En lugar de contestar, me puse rígida y clavé la mirada en mi hermano, que estaba detrás de McCarthy.

Henry me vio de inmediato. Su mirada se detuvo sobre mí una fracción de segundo antes de moverse de forma poco natural para explorar la cafetería. Sus ojos recorrieron a toda prisa el menú escrito a mano en la pizarra que había tras el mostrador, a pesar de que sabía perfectamente lo que iba a pedir. Luego contempló los distintos ramos de flores del otro lado de la estancia, aunque había comprado al menos la mitad de ellos para Paula en algún momento. Y por último, como si fuese incapaz de contenerse, volvió a mirarme a mí.

Si la expresión de un rostro pudiera estar hecha de acero, la suya habría sido inoxidable. La máscara que llevaba puesta para proteger su ego a toda costa era absolutamente imperturbable. Me sacaba de mis casillas.

Dios, necesitaba que aquella estrategia con McCarthy funcionara tanto como respirar.

—Lo tengo detrás, ¿no?

Me sobresalté ante aquel recordatorio de su presencia y volví mi atención hacia él. Por suerte, era el empujoncito que necesitaba para recuperar la compostura y poner mi plan —un plan arriesgado, sin duda— en marcha.

Asentí y le sonreí como si acabase de prometerme la luna. Me bastó una rápida mirada detrás de él para saber que a Henry le estaba costando mucho no mostrar interés por el chico frente al que estaba sentada su hermana «pequeña». Sin embargo, su expresión, relativamente tranquila, me indicaba que no había reconocido todavía que aquella nuca pertenecía a su enemigo.

—¿Qué tal se te da la risa falsa?

McCarthy no contestó. En lugar de hacerlo, separó los labios en una gran sonrisa, arrugó la nariz y entornó la vista, al tiempo que soltaba una carcajada de lo más natural que resonó en toda la

cafetería.

No creo que nada hubiera podido prepararme para lo que vi. O lo que oí. O para la sensación de que podría acostumbrarme a oírla más a menudo. Esa voz un poco ronca, esa suerte de burbujeo en el fondo de su garganta que había estallado al echar la cabeza hacia atrás…

«Maldita sea».

El camino más seguro era concentrarme en la expresión de Henry, que mutó de repente, dejando de manifiesto que lo había reconocido, y no en la sonrisa celestial que tenía delante.

—¿Lo haces muy a menudo? —pregunté, con la voz teñida de diversión.

Me guiñó un ojo, y me pareció una pena que Henry no pudiera verlo.

—Solo contigo.

—Deberías saber que tu novia es suuuuperdivertida —contesté, alargando las palabras, feliz—. La risa falsa no será necesaria. —Entorné los ojos y me incliné sobre la mesa para dar énfasis a mis palabras. Para asegurarme de que Henry no pudiera interpretar la situación de ninguna otra forma.

McCarthy ahogó un grito, sorprendido, y luego negó con la cabeza. Estaba representando su papel como si su vida dependiera de ello. Y yo le estaba muy agradecida, y no lo decía con ironía.

—Entonces ¿cómo es posible que mi risa falsa sea tan creíble? —El tono acusador de su voz me arrancó una sonrisa. También él se inclinó sobre la mesa.

—Porque tus otras novias debían de ser un rollo. —Me encogí de hombros, asegurándome de romper el contacto visual solo por un segundo, y solo porque sabía que el repiqueteo de las campanillas de la puerta anunciaba que Henry se acababa de marchar, aunque

yo no lo hubiera visto dirigirse hacia la salida. Se había ido sin taza de café y caminando con indignación.

Bajé la vista hacia McCarthy. Me embargaba una sensación de éxito. Tenía sus ojos tan cerca que lograba distinguir los distintos tonos marrones de sus pupilas. Su rostro tan cerca que me llegaba el aroma mentolado de su chicle a través del aire del corto espacio que nos separaba.

—¿Cuáles son tus flores preferidas? —Se apoyó de nuevo en el respaldo con gesto ocioso. Aquella expresión despreocupada tan ensayada había vuelto a hacer acto de presencia. Estaba segura de que se había dado cuenta, sin mirar atrás ni una sola vez, de que Henry se había marchado.

—¿Por?

—Como novio tuyo que soy, creo que debería saberlo.

Resoplé, divertida.

—¿Qué te hace pensar que tengo unas flores preferidas? —pregunté, relajándome también en la silla.

—Vamos… —insistió, como si fuese obvio. Y, para remarcar aún más su provocación, me señaló de arriba abajo—. Eres hija de un multimillonario. Claro que tienes unas flores preferidas. —El simple concepto parecía resultarle divertido.

—Y tú eres hijo de un millonario —le desafié—. ¿Cuáles son tus flores preferidas?

Él se encogió de hombros.

—Las de mi madre son los lirios. —Me tomé su respuesta como un «y también las mías».

Miré hacia los ramos de flores de Daisy's en busca de inspiración. Tenían rosas, girasoles, peonías, margaritas, orquídeas… Al final, suspiré y me volví hacia él.

—Supongo que los tulipanes.

Reflexionó unos segundos sobre mi respuesta. Luego echó un vistazo hacia las flores, donde supongo que atisbó el ramo de tulipanes rosa claro, igual que había hecho yo.

—¿Y las que menos te gustan? —Volvió a mirarme—. Lo que, en realidad, debería haber sido mi primera pregunta.

Resoplé, puse los ojos en blanco y negué con la cabeza sin pensar muy bien en que lo hacía.

—Para eso sí que tengo respuesta. —Porque elegir favoritos era… difícil. Discernir los pros y los contras de tantas cosas buenas solo para encontrar lo mejor me resultaba complicado. En cambio, saber lo que no me gustaba me era tan sencillo como quedarme dormida después de pasarme toda la noche despierta. Me salía de forma natural. Era rápido, como un instinto—. Las rosas rojas.

CAPÍTULO DIEZ



Henry se saltó la clase de Contabilidad, lo que me pareció muy infantil. Aunque, claro, eso significaba que lo que estábamos haciendo estaba funcionando. A cambio, yo me pasé el día caminando ligera como una pluma y con una sonrisa pintada en la cara.

¿Hay algo mejor que el hecho de que un plan funcione cuando no estabas segura de que fuera a hacerlo? En este caso, estaba superando todas mis expectativas. Aunque no nos habláramos, al menos sabía que estaba pensando en mí. No había tenido tanta certeza al respecto desde la muerte de nuestros padres.

Lo supe por la expresión que se adueñó de su rostro cuando me vio por el pasillo. Por cómo se giró hacia el otro lado antes de que pudiera mirarlo con más atención. Él iba de camino a casa y yo hacia mi clase particular con McCarthy, un hecho que probablemente no había pasado por alto.

¿Intervención divina o una simple coincidencia? Cuando McCarthy asomó la cabeza desde el despacho del ayudante del profesor antes incluso de que yo llegase, lo agradecí en silencio. Y, al ver que se le dibujaba una sonrisa cruel en los labios, di por hecho que nos había visto tanto a mi hermano como a mí.

Era un pasillo largo, pero la puerta del despacho de McCarthy estaba a escasos tres metros del punto en el que mi camino y el de mi hermano se habrían cruzado. Había puertas tanto a la izquierda como a la derecha de aquel corredor beige claro. Entre cada ventana había un busto de algún personaje ilustre sobre un estrecho podio de madera, y se me ocurrió que Henry habría sido capaz de chocarse hasta con el mismísimo presidente Abraham Lincoln por la vehemencia con la que evitaba mi mirada.

—¡Pressley!

Todavía no me había habituado a mi acuerdo con McCarthy, así que la familiaridad de su tono de voz me tomó por sorpresa. Y, a juzgar por cómo Henry lo miró de golpe, a él también. Sin embargo, cuando alguien pronunciaba tu nombre, la respuesta era casi instintiva, ¿no? Tenías que girarte a mirar.

Ambos cruzaron una mirada que podría haber congelado la lava.

McCarthy fue el primero en apartar la vista. Lo hizo rápido, para asegurarse de que Henry nos estuviera mirando todavía cuando levantó la mano de forma despreocupada y me dedicó una sonrisa perezosa. Una que tal vez dijera: «Oh, es mi novia. Cómo me alegro de verte» de la forma más convincente posible.

—Vaya, vaya —murmuré mientras pasaba por su lado para entrar en el pequeño despacho—. Cuando te pones, eres capaz de comportarte como un ser humano decente. —Cerró la puerta tras de mí con un golpe sordo y señaló la incómoda silla que había en el lado más cercano del escritorio.

—Te sorprendería lo bueno y generoso que puedo llegar a ser cuando tú no estás presente.

—Supongo que más o menos como Shaw cuando tiene un mal día. —Enarqué las cejas—. ¿Verdad?

Él respondió con una sonrisa falsa, a pesar de que, al sentarse, su

atención ya estaba sobre la que sería la fuente de mi desgracia los siguientes sesenta minutos: Estadística Inferencial I.

—¿Te has leído esto? —Me tendió el libro con una ceja enarcada en una expresión crítica.

—Claro. —Me apoyé en el respaldo de la silla y, como respuesta, él bajó la mano y suspiró de forma teatral. Sabía que la verdadera respuesta era un no rotundo.

—Era una lectura obligatoria del curso pasado, Pressley. —En lugar de esperar a que yo cogiese el libro, lo abrió con un gesto exagerado, lo giró y me lo puso delante emitiendo un golpe que me sobresaltó. Prosiguió sin asegurarse de que yo lo estuviera mirando. Aunque, claro, si no estaba mirando, tampoco podía saber si él lo había comprobado—. Tiene un capítulo sobre todos los temas que no has conseguido entender. —Deslizó un dedo lentamente por el índice, dando un golpecito sobre cada capítulo importante para remarcarlo. La hipótesis nula: golpecito. Cálculo de probabilidades: golpecito. Intervalos de confianza: golpecito.

No sabía por qué, pero yo tenía los ojos prácticamente pegados al libro. Al libro, y no al dedo que se estaba deslizando por la página, en el que lucía un anillo.

McCarthy volvió la página despacio y siguió señalando con delicadeza cada uno de los capítulos listados en el índice. Pruebas A/B: golpecito. Cada vez que hacía aquel gesto, doblaba ligeramente el dedo, para luego volver a enderezarlo antes de seguir deslizándolo página abajo. Coeficientes de correlación: golpecito. Me fijé en una vena que recorría su dedo desde un nudillo hacia arriba, y la seguí con la mirada, distraída. Regresiones: golpecito. Tenía las manos bonitas. Firmes, de aspecto rudo, con venas que le recorrían el dorso. Llevaba tres anillos de plata.

Lo miré a los ojos de repente. No estaba segura de cuánto tiempo

llevaba sin decir nada, y aún lo estaba menos sobre cuánto tiempo llevaba con la mano sobre la página. Cuando nuestras miradas se encontraron, enarcó una ceja con aire divertido mientras esperaba mi reacción, fuera cual fuese. Resoplé, tratando de ganar tiempo.

—Ese libro pesa unos cincuenta kilos, McCarthy —repliqué al fin—. No pienso…

Cerró el volumen de golpe, seguro que con el único propósito de callarme. Llevábamos cinco minutos de clase y ya se le estaba acabando la paciencia, y yo no sabía si sentirme orgullosa o un poco culpable. Ser el ayudante de Shaw debía de ser ya lo bastante duro sin la carga que suponía enseñar estadística a un caso perdido.

—¿Qué problema tienes con todo esto? —preguntó con un tono entre ofendido y confundido—. No eres tonta, Pressley, pero parece que no quieras entender.

Ladeé la cabeza y puse morritos con gesto burlón.

—Debe de ser lo más bonito que me has dicho nunca —comenté, y él puso los ojos en blanco, irritado.

—Te estoy hablando en serio.

—Pues ese debe de ser el problema. —Me encogí de hombros. Y, al ver que mi respuesta se encontraba con un largo silencio, me atreví a mirar al hombre que tenía enfrente. Se pasó una mano por el pelo castaño oscuro; tenía los ojos clavados en la mesa de madera. Suspiré—. No lo sé —admití.

McCarthy no pudo evitar soltar una risita sarcástica al tiempo que abría los ojos.

—Ni siquiera te estás esforzando —apuntó.

Tenía razón. No me estaba esforzando. Y no sabía por qué. Yo siempre me esforzaba, al menos.

Quizá fuese porque, por mucho que me esmerara con la estadística, nunca sería mi madre. Nunca sería Naomi Yung, la mujer

que había cambiado la forma de aplicar la estadística en el mundo de los negocios. Aun mucho tiempo después de su muerte, su éxito seguía estando muy presente. El semestre anterior me había tropezado con su nombre tres veces mientras intentaba estudiar para esa maldita asignatura.

Jamás sería como ella.

Y solo de pensarlo me entraban ganas de vomitar.

Henry era prácticamente igual que papá. Estaba a la altura de su nombre, de la reputación de un Pressley en el fútbol. Cuando terminase la universidad jugaría en la liga profesional, tal y como se esperaba de él. Quedaba solo un mes para que los equipos contratasen a nuevos jugadores, y era impensable que no lo seleccionaran. Todo el mundo sabía que se lo rifarían.

¿Por qué no podía ser yo también un poco más como nuestros padres?

¿Podría llegar a serlo si me esforzaba un poquito más?

No sabía muy bien qué implicaba esforzarse en Estadística, pero sí estaba segura de que no tenía nada que ver con aquella clase particular con McCarthy. Para cuando terminó, ya no quedaba ni rastro de mi paso ligero ni de la sonrisa en mi cara que habían sido mis inseparables compañeros los últimos días.

Lo observé arrugar la nariz mientras intentaba descifrar las páginas que tenía delante. El pelo castaño le caía sobre los ojos; los apuntes le generaban tantas dudas como a mí. Se golpeó el interior de la mejilla con la lengua, entornó los ojos y me miró.

«Lo estás mirando fijamente», me avisó la voz de mi mente en cuanto nuestras miradas se cruzaron. Y tenía razón. Lo estaba mirando fijamente. ¿Por qué lo hacía?

Y, sin embargo, una vez hubo desviado su atención del papel, también él me aguantó la mirada sin vacilar. Así que,

técnicamente…, él también me estaba mirando fijamente a mí, ¿no?

Cuando sus labios dibujaron una inusual sonrisa —bobalicona, provocadora y descontrolada— y los hoyuelos de sus mejillas hicieron acto de presencia, recordé el porqué. Porque era irritablemente atractivo. Era un hecho. Un hecho que, probablemente, tenía mucho que ver con la razón por la que me caía tan mal. Y también con la razón por la que a Henry le caía tan mal.

Negué con la cabeza para interrumpir aquel tipo de pensamientos.

—Bueno… —empecé a decir. No llegué muy lejos.

—Me estabas mirando. —McCarthy se mordió el labio inferior para reprimir una sonrisa. Al parecer, se había dado cuenta—. No niegues con la cabeza así —prosiguió—. Athalia Payton Pressley, me estabas mirando. Está claro —repitió, con más firmeza.

Pensé durante unos segundos cómo contestar a su acusación.

—Deja de comportarte como un niño de cinco años, McCarthy.

Me estaba sonriendo. «Me estabas mirando», repitió solo moviendo los labios, y luego dirigió su atención de nuevo a los apuntes. Una llamada a la puerta me interrumpió antes de que me diera tiempo a replicar.

McCarthy desvió la mirada hacia el sonido. Luego echó un vistazo al reloj que había encima —eran las tres en punto— y suspiró.

—Te mandaré por correo electrónico la información para mañana —dijo mientras me devolvía los apuntes. Luego alzó la voz y añadió —: ¡Adelante!

Y adelante fue. El profesor Shaw nos estudió con curiosidad por encima de la punta de su larga nariz. El pelo negro le caía desordenadamente sobre los rasgos, tan despeinado que casi no pude ver cómo enarcaba las cejas justo cuando yo me puse de pie.

—¿Adónde cree que va? —preguntó, volviéndose despacio hacia mí. Me quedé quieta, aliviada al ver que no esperaba respuesta. O

que, al menos, no pensaba esperar a que le respondiera—. Si pudiera concederme cinco minutos de su valioso tiempo, señorita Pressley… —Shaw alargó una mano hacia su despacho, invitándome a entrar con una mueca.

No me pidió que entrase; daba por hecho que lo haría. Y yo pensé que, aun si me hubieran estado esperando en la reunión más importante de mi vida, habría entrado en su despacho y le habría concedido esos cinco minutos sin pensármelo dos veces.

Eché un vistazo tras de mí, a tiempo para ver cómo McCarthy me deseaba un sarcástico «buena suerte» solo moviendo los labios. Luego, el profesor cerró la puerta.

Su despacho era más luminoso que el de McCarthy, y también más grande. Y estaba más ordenado. Sin embargo, como ya había estado allí varias veces, no me sorprendió. La silla al otro lado de su escritorio también parecía más cómoda, pero no tuve la oportunidad de sentarme.

—No hará falta —me detuvo el profesor cuando estaba a punto de sentarme—. Seré breve. —Así que me quedé de pie y asentí para alentarlo a continuar—. ¿Qué tal van las clases particulares? ¿Ha avanzado?

Lo miré y parpadeé. La tentación de tirar a McCarthy a los leones era poderosa. Era una oportunidad única para destruir la reputación intachable que se había labrado con el personal de la universidad. «Hasta los conserjes lo adoran», me había dicho Henry una vez, claramente molesto.

Sin embargo, a pesar de que se me hubiera presentado una oportunidad de oro, asentí. McCarthy me estaba haciendo un favor, así que no era el momento de apuñalarlo por la espalda.

—Sí, señor —musité—. Hasta ahora solo hemos tenido dos sesiones, pero me da la sensación de que empiezo a pillarle el

tranquillo.

—Estupendo. —Apretó los labios en una fina línea—. Entonces ¿por qué he recibido un correo de su hermano en el que esperaba que cancelase estas lecciones? —Me puse como un tomate sin poder evitarlo—. ¿En el que esperaba que se las perdonase, sin más? —me espetó con falsa curiosidad en la voz.

—Profesor… —Notaba la boca seca y tuve que carraspear para poder seguir. Shaw estaba de pie detrás de su silla, mirándome con los ojos entornados, sin flaquear, en el contacto visual más incómodo en la historia de los contactos visuales.

—Que sus padres se ganaran su reputación en esta universidad no significa que ninguno de ustedes dos lo haya hecho aún, Pressley —dijo Shaw entre dientes, todavía en una voz amenazadoramente baja—. Solo porque usted sea su hija y él sea su hijo, no significa que puedan pasearse por esta universidad, ni por mi aula, como si fuese suya y decirme lo que prefieren que yo haga.

Tenía razón, por descontado. Henry se había pasado mucho de la raya; había sobreestimado la influencia que tal vez tenía entre los demás deportistas y el profesorado de deporte por ser el hijo de Felix Pressley. Esa influencia no la tenía aquí, y debería haberlo pensado antes de mandar ese maldito correo electrónico. Tenía ganas de matarlo.

Pero, por alguna razón, no me chivé. Tuve ganas de hacerlo, más incluso que de dejar vendido a McCarthy, pero en lugar de contestarle que quien tendría que haberse metido en un lío era Henry —que aquello había sido una idea exclusivamente suya y que a mí ni me lo había consultado—, me limité a responder:

—Ya lo sé. No volverá a pasar.

Shaw asintió, torciendo la boca en una mueca de descontento a pesar de mis palabras.

—Es una pena… —dijo mientras me observaba—. Con todo lo que su madre consiguió en este campo, el año pasado me entusiasmé al ver que se había apuntado a mi asignatura. —Negó la cabeza con aire decepcionado y suspiró—. Es una pena que no esté a la altura de su reputación, señorita Pressley.

CAPÍTULO ONCE



Esa tarde, cuando llegué a casa, los detalles que McCarthy me había dicho que me enviaría me estaban esperando en mi bandeja de entrada:

> <d.m.william@hallbu.com> 3.12 PM
> Pressley:
> Si has sobrevivido a Shaw, nos vemos mañana enfrente de la biblioteca Alexandrian. A las tres en punto.
> ¡Feliz víspera de cita falsa! Espero que estés emocionada.
> Con todo el desdén posible,
> D. M. W.

—¿Esto? —Fue lo primero que pregunté ese jueves, cuando vi que McCarthy se me acercaba—. ¿Esto era lo que tenías en mente? ¿Por esto se supone que me tenía que emocionar? —le pregunté con incredulidad mirando la copia de Estadística Inferencial I que tenía en la mano.

—¿Y bien? ¿Te has emocionado? —Esbozó una media sonrisa al pensar en esa posibilidad. Cuando se sentó a mi lado, dejando vacío el banco que había en el otro lado de la mesa de pícnic, puse los ojos en blanco.

—Pues claro que no. —Tal vez no conociese muy bien a McCarthy,

pero sí lo bastante como para mantener mis expectativas a raya si me sugería que las aumentara. Volví a negar con la cabeza—. En general, en las citas hay un cine, una cena, unas copas… Flores. No eso —añadí, señalando el libro de cincuenta kilos que ahora descansaba sobre la mesa.

—Y, en general, las citas no son a las tres de la tarde en el patio de una universidad para que cierta persona te vea.

Tocada y hundida.

—Además… —añadió—. Esto es perfecto. Tiene sentido. Soy tu profesor particular. Esto —dijo mientras nos señalaba a los dos— es una cita para estudiar totalmente normal que no levantará sospechas. Estamos aprovechando los últimos rayos de sol del año delante de la biblioteca en la que, casualmente, tu hermano va a estar durante… —Se quedó pensativo unos instantes, miró al edificio circular y luego me dirigió una mirada interrogante—. ¿Cuánto tiempo habías dicho?

Me encogí de hombros.

—Una media hora.

—Una media hora —repitió. Miró su móvil y asintió a modo de confirmación—. ¿Lo ves? Perfecto.

Si algo sabía sobre Henry, era que siempre respetaba sus horarios. Era así desde los quince años: los seguía religiosamente. Era lo que lo ayudaba a mantenerse con los pies en la tierra, a ser productivo y a dar lo mejor de sí mismo. A tener el control. Y, habiendo estado yo a su lado desde antes de que hiciera su primera lista de cosas pendientes, conocía sus rutinas mejor que las mías propias.

Más que nada porque la única rutina que tenía yo era la de pedir comida india los sábados por la noche, y ni siquiera en eso era constante todas las semanas.

Vivíamos vidas muy distintas, mi hermano y yo. En su opinión,

cada segundo sin planificar suponía una pérdida de tiempo. La vida era sagrada; lo más importante para él era que dentro de diez años se hubiera convertido en una persona de la que se enorgulleciera.

Y yo… Yo no funcionaba así. Lo que pasaba, pasaba. La vida seguía a pesar de los errores que cometieras, a pesar de quién viviera y quién muriera. Así que ¿para qué invertir tanta energía en tener una vida perfectamente planificada cuando todos terminábamos en un ataúd, pasara lo que pasase?

Henry había intentado arreglar esto a menudo, dándome un horario y regalándome planificadores de distintas clases cada cumpleaños. Una vez, me había robado la contraseña del iPad para descargar una de esas apps de calendario. La única razón por la que no la había utilizado era para molestarlo.

—¿Sabes qué? —dije con un resoplido, de nuevo concentrada en McCarthy y en ese libro demoniaco—. La única motivación que tenía para estudiar estadística por mi cuenta era no tener que verte cada miércoles. —Se rio divertido. Notaba el peso de su mirada sobre mí —. Ahora que tengo que verte de todos modos, ¿cuál será mi motivación? —Mi suspiro teatral recibió como respuesta una ronca carcajada por su parte. Dejé caer la cabeza sobre el brazo, que apoyaba sobre la mesa.

De nuevo me encontraba sin ganas de ni siquiera esforzarme. ¿De qué me iba a servir?

—¿Demostrarme que me equivoco?

Abrí de golpe los ojos, que tenía cerrados, y me encontré con una mirada sincera. Me observaba con la cabeza ladeada, esperando a que entendiera lo que había dicho. Me incorporé de golpe, evaluando lo que me estaba jugando.

—¿Demostrarte que te equivocas en qué sentido? —pregunté con la voz cargada de desconfianza.

—Le dije a Shaw que eras un caso perdido. —Se encogió de hombros como si nada—. Me lo preguntó después de vuestra… conversación de ayer.

Yo sabía que era un caso perdido. McCarthy sabía que era un caso perdido y lo más probable era que Shaw también pensara que era un caso perdido, pero había una diferencia significativa entre pensar, saber, y tener una conversación con tu ayudante al respecto.

—No puedes… —quise discutir, alzando la voz, pero me interrumpí al oír sus siguientes palabras.

—Estaba de acuerdo conmigo.

Me deshinché de golpe, y se me escapó un fuerte gemido.

—Que te den —le espeté con voz inexpresiva mientras dejaba caer la cabeza de nuevo. No sabía qué más decir.

—Lo acepto. —Lo fulminé con la mirada y él alzó las manos como rindiéndose, en un gesto de burla—. Pero con esto se te acaba de presentar una fantástica oportunidad. —No me hizo falta preguntarle a qué se estaba refiriendo, y él tampoco necesitó decirlo en voz alta. Tras un corto silencio, decidió hacerlo de todos modos—: Demuéstranos que estamos equivocados, Pressley.

No quería darle la satisfacción de estar de acuerdo con él. Y, sin embargo, no podía dejar de admitir para mí misma que su plan era brillante.

Yo era una persona muy competitiva —supongo que te hacías así cuando te criabas junto a un hermano que sobresalía en todo lo que hacía—, así que la oportunidad de demostrarle a McCarthy y al profesor Shaw que se equivocaban conmigo… era tentadora.

Tan tentadora que cuando empezó de nuevo a explicarme los conceptos básicos de estadística y lo que se podía hacer con ellos, intenté escuchar. Aunque, claro, con intentarlo no bastaba.

El frisbi azul que le acababan de lanzar en toda la cara a una chica

rubia que había al otro lado del patio —y que estaba muy parlanchina antes de recibir el golpe en la cabeza— me parecía mucho más interesante que las razones por las que necesitábamos la hipótesis nula. Y la cara que puso mi hermano cuando nos vio media hora después fue mucho más satisfactoria que entender qué se suponía que hacía la hipótesis nula.

Cuando se trataba de estadística, no estaba acostumbrada a entender nada. No estaba acostumbrada a prestarle atención a McCarthy, ni a su voz, ni a lo que tenía que decir.

En un momento dado, estaba tan desesperada por encontrar alguna distracción que analizar la curvatura de su hoyuelo, la cualidad ronca de su voz después de que carraspeara y el volumen de su pelo, lo suave que parecía, empezó a resultarme mucho más interesante. Me pregunté si utilizaría un champú dos en uno, aunque rezaba a Dios porque no fuese así.

Estaba tan aburrida que las miradas que me dirigía me parecieron lo bastante emocionantes como para que después, en la comodidad de mi hogar, siguiera pensando en ellas. Pensaba en ellas y en el sincero interés que se desprendía de su voz cuando me había preguntado si lo había entendido, en la cara de falsa decepción que había puesto cuando le había contestado que rotundamente no.

Pero ¿a quién quería engañar? Cualquier cosa, cualquier persona, era más interesante que la estadística.

CAPÍTULO DOCE



—No —insistió Wren, aunque lo mucho que le costaba negarse saltaba a la vista—. Athalia Payton Pressley, no pienso ir.

Recurría a mi nombre para darle un toque más dramático a su negativa. También se lo añadía la expresión sombría de su rostro, su postura de brazos cruzados y el tono amenazador de su voz.

Con las cejas enarcadas y los ojos ligeramente entornados, señalé al exterior a través de la ventanilla.

—Ya estamos en el coche —repuse, con voz calma pero firme.

—¡Porque no me has dicho adónde íbamos!

—¡Porque te encanta ir a los partidos!

Y esa era justo la razón por la que le costaba tanto negarse. Le apetecía ver cómo la HBU le daba una paliza al contrario. Le apetecía sentarse en las gradas, vitorear, abuchear e intentar explicarme a mí lo que estaba pasando, ya que yo llevaba desde la tierna edad de los seis años intentando con todo mi empeño evitar cualquier cosa relacionada con el fútbol. Al parecer, cada vez que papá y Henry empezaban a hablar de ese tema —es decir, siempre —, yo salía chillando de la habitación y me alejaba corriendo hasta que ya no podía oírlos.

Así que a Wren le encantaba llevarme a rastras a los partidos. Le

encantaba ir. Lo que no le parecía bien eran mis razones para ir.

—Esto es un secuestro —protestó en voz alta, haciendo ademán de abrir la puerta del copiloto. Presa del pánico, activé el bloqueo de puertas.

Wren se volvió hacia mí de golpe; el pelo se le meció con violencia al compás del movimiento.

—La única razón por la que quieres ir es tu novio falso, al que, por cierto, no tengo ningunas ganas de ver. —Recorrió el interior del coche con la mirada en busca de otra salida. Sin embargo, a no ser que quisiera romper la ventanilla (lo que consideró una opción viable, al menos durante unos segundos), no tenía forma de escapar de allí—. Déjame salir del coche antes de que rompa las ventanillas.

Respiré hondo una vez, me abroché el cinturón de seguridad y giré la llave hasta que el motor rugió.

—¡Athalia! —Un matiz de advertencia resonaba en la voz de Wren, pero hice todo lo posible por no hacerle caso. En lugar de eso, le dediqué mi sonrisa más encantadora y salí del aparcamiento—. Un día de estos, te voy a matar.

Llevaba un rato esperando oír ese suspiro derrotado que siguió a sus palabras. Se dejó caer sobre el respaldo de la silla de forma teatral antes de ceder oficialmente y abrocharse el cinturón.

Le habría dicho que no era que yo quisiera ir a ningún partido, sino que estaba estipulado en el contrato y que no podía librarme de brindar mi apoyo falso a mi novio falso, pero a ella le habría dado igual, así que decidí que lo mejor sería evitar el tema de McCarthy por todos los medios posibles.

—Yo también te quiero —respondí con cautela, aunque la sonrisa de satisfacción que llevaba pintada en los labios casi se me podía oír en la voz—. Bueno —proseguí—. Confía en mí cuando te digo que nos lo vamos a pasar genial: nos hartaremos de comida basura y la

próxima vez que vayamos a Nueva York me volveré a tragar contigo una función de *Hamilton*. ¿Trato hecho?

Por el rabillo del ojo, vi que se relajaba y que una sonrisa amenazaba con asomar a sus labios. Vaciló unos segundos antes de asentir.

—Trato hecho.

En mi opinión, los partidos de fútbol eran demasiado largos. Siempre que iba a ver a mi hermano jugar en el instituto, o siempre que cogíamos un avión para ver jugar a nuestro padre, me daba cuenta de que mi corta capacidad de atención no estaba hecha para soportar noventa minutos de… lo que fuera. Si encima le añadías los quince minutos del descanso, ya era del todo insoportable.

Sí, claro, el subidón de adrenalina de la victoria e incluso la desazón de una derrota eran emocionantes. Los cambios en la energía del ambiente cuando tu equipo marcaba un gol, los gritos, los vítores… Era divertido. Sobre todo cuando los jugadores eran de tu familia. Pero eso era todo: en la vida había cosas más divertidas.

No asistía a la mayoría de partidos a los que me invitaban. No obstante, debido a mis obligaciones contractuales, eso había cambiado. Y, como si no fuera lo bastante malo, también estaba obligada por contrato a animar al único chico del que solía ser detractora. Sí, claro, eso significaba que podría regodearme un poco cuando Henry dejase desprotegida la línea de defensa, pero lo estaba disfrutando más bien poco. Mi hermano estaba desatado.

Todo lo que había estado ocurriendo con Henry aquella semana no parecía sino hacerle mejor jugador. Era como si hubiese cogido todo su enfado, su irritación y su ira y los hubiera canalizado en darle patadas a ese balón lo más rápido, fuerte y violentamente posible. Y, de algún modo, funcionaba. Si dejábamos al margen la tarjeta

amarilla que le habían sacado en los primeros veinte minutos de partido, eso sí.

Noventa minutos después, durante los dos minutos de añadido que quedaban, el partido ya estaba sentenciado. La afición de nuestras gradas se encontraba enfervorecida, no dejaba de corear, gritar y silbar, y estaba segura de haber oído a alguien sollozar descontroladamente al otro lado. Wren me tenía cogida del brazo y tiraba de mí mientras saltaba una y otra vez al ritmo del estruendo, como si yo no hubiera tenido que secuestrarla para venir. Lucía una sonrisa de oreja a oreja y sus ojos seguían el balón a una velocidad inexplicable para mí.

Cuando por fin sonó el silbato que marcaba el final del partido, mi amiga, de pura emoción, echó los brazos al aire junto con el cubo de palomitas. Duchó con ellas a las filas que teníamos delante, pero nadie se inmutó. Ni siquiera parecieron darse cuenta. Habíamos ganado 2 a 0.

Wren me abrazó, y también la desconocida que teníamos al lado. Y me permití ser arrastrada por la emoción de aquella victoria tan fantástica, porque me oí a mí misma vitorear junto a los demás.

Un error comprensible. No volvería a pasar.

—Eso ha sido… —Wren exhaló con fuerza. La emoción aún le vibraba en la voz mientras salíamos de las gradas abarrotadas—. Increíble. —Se aseguró de pronunciar con énfasis cada sílaba de la palabra, todavía con el brazo entrelazado con el mío—. Henry ha estado fantástico hoy —añadió con cierta aprensión, mirándome de reojo para ver cómo reaccionaba.

Pero yo no pude más que estar de acuerdo. Era cierto. Aunque no iba a verlo jugar a menudo, el de ese día había sido, de lejos, uno de sus mejores partidos.

—Igual la clave para que llegue a jugar como profesional es que

estemos peleados. —A juzgar por la mirada pesarosa que me dirigió, mi intento de broma no le hizo mucha gracia.

Y, para añadir más leña al fuego, cuando llegué al lateral para felicitar a mi «novio» muy públicamente, la primera persona que vi fue mi hermano. Reparé en la sonrisa de orgullo que le adornaba el rostro y en lo bien que me hacía sentir verlo tan feliz, tan realizado. En ese momento, deseé poder animar a esa versión de él. Tal vez, de alguna forma, como hermana, lo hacía. Pero la venganza no consistía en eso, ni te hacía sentir así.

—Has llegado tarde.

Y así fue como el delantero al que había ido a ver reclamó mi atención. Y no llevaba camiseta. Tenía una sonrisa de satisfacción pintada en los labios carnosos, pero mentiría si dijera que eso fue lo primero en lo que me fijé. O lo segundo.

Lo primero fueron esos abdominales tan perfectos, la capa de sudor brillante que cubría todo su tren superior. Las luces brillantes que habían iluminado el campo una vez el sol había empezado a ponerse no hacían sino destacar la catástrofe que estaba a punto de desencadenarse para mí.

«No te lo quedes mirando, Athalia».

Aparté la vista en cuanto logré obligar a mis ojos a obedecerme, pero aquel atisbo fugaz de su cuerpo fue suficiente para que se me quedase grabado para toda la vida. Mi mirada se cruzó con la suya, y traté con todas mis fuerzas de recordar lo que me había dicho cuando había ocupado todo mi campo de visión con su torso perfecto, el muy maleducado.

Carraspeé.

—Y tú tendrías que haber estado ocupado jugando, en lugar de estar pendiente de si yo llegaba puntual o no.

Curvó los labios en una sonrisa satisfecha; el hoyuelo casi me

distrajo del pelo húmedo y sudado que caía sobre su rostro. En lugar de replicar, miró hacia Wren.

El subidón de la victoria debía de haberse esfumado en cuanto McCarthy había hecho acto de presencia. Y me daba la sensación de que su pecho desnudo no tenía en ella el mismo efecto que tenía… ¿en mí?

Un momento, no. No tenía ningún efecto en mí.

—Hola, Inkwood —saludó él.

Wren, que estaba apoyada contra las gradas de brazos cruzados, no contestó. En lugar de eso, esbozó una sonrisa falsa exageradamente ancha para luego borrársela de un plumazo. Decidí no presionarla. Que estuviera allí ya era suficiente para mí y, sobre todo, era más que suficiente para ella.

—Bueno… —murmuró McCarthy mientras se apoyaba con gesto perezoso en la barandilla que separaba el campo de las gradas. Detrás de él, Henry estaba hablando con el entrenador Hepburn con una sonrisa radiante—. Ahora vamos a ir a celebrarlo. —La frase quedó pendida del aire; él me miró a los ojos—. ¿Te apetece venir conmigo?

Para mi sorpresa, su mirada oscilaba entre Wren y yo, extendiendo la invitación de forma muda también a ella. Contestamos a la vez.

—Sí.

—No.

McCarthy resopló, divertido.

—Varios chicos van a traer a sus novias; no querría robarles el placer de conocer a la mía. —Aunque su tono de voz parecía sincero, y Henry lo entendió exactamente así cuando lo escuchó, la mueca de su rostro no podría haber sido más irónica.

Y a mí empezaba a gustarme cómo pensaba McCarthy.

—Nos encantaría —respondí, dirigiéndole a Wren una mirada de advertencia.

Antes de darle tiempo a protestar —lo que sin duda se disponía a hacer—, la miré y le dije «Hamilton» solo moviendo los labios. Ella apretó los labios con fuerza, como si supiera que estaban a punto de desobedecerle si se atrevía a despegarlos. Cuando volví a mirarlo a él, le sonreí como si nada, como si no acabase de chantajear a mi mejor amiga por segunda vez en un mismo día.

—Genial —contestó él.

Genial.

Aunque era pronto para un domingo por la noche, las calles estaban abarrotadas de gente de todo tipo: universitarios lo bastante borrachos como para volverse a casa ya, trabajadores que salían tras sus turnos de ocho horas y gente hogareña que había ido a recoger su cena para llevar en el restaurante chino junto al que acabábamos de pasar.

—Me quedo una hora como máximo —me advirtió Wren cuando ya casi habíamos llegado a la dirección que nos había dado McCarthy.

—Y por eso te quiero. —Me detuve de forma abrupta y levanté la vista del móvil para echar un vistazo a nuestros alrededores, en busca de alguna señal. El puntito azul que señalaba la ubicación estaba justo al lado del punto que marcaba nuestro destino, aunque no veía el nombre del bar por ninguna parte. No había ni rastro del sitio.

Wren soltó un resoplido entre la risa y la resignación.

—Estupendo. —Suspiró en plan «ya te lo había dicho» y se apoyó en una valla que tenía detrás—. Será una broma, ¿no? —Me volví hacia ella con una expresión de disculpa—. Hay una pizzería… —

Señaló el pequeño restaurante que había al otro lado de la calle—. Un restaurante chino… —Señaló el otro establecimiento—. Pero no veo…

Antes de que pudiera terminar la frase, lo vi: justo encima de su cabeza había un cartel de neón roto que parpadeaba ligeramente. La luz era tan débil que apenas se veía, a pesar de la oscuridad, pero me bastó para distinguir una enorme flecha que señalaba hacia abajo y el cóctel que tenía al lado.

—¡Yo sí!

No me tomé el tiempo de explicarme: cogí a Wren de la muñeca y tiré de ella hacia las escaleras que conducían a lo que debía de ser un bar subterráneo.

—Siempre tan negativa, Inkwood —bromeé mientras abría la puerta. El suave aroma a cerveza, cacahuetes y cócteles dulces nos dio la bienvenida, indicándonos que habíamos llegado al lugar adecuado. Aquel sitio apestaba a deporte universitario. Wren relajó el cuerpo entero, derrotada, y dejó que la arrastrase conmigo.

Atisbé al equipo de fútbol de la HBU al instante. Costaba no ver a trece hombres corpulentos y a sus acompañantes. Incluso me sorprendió que en un bar tan pequeño tuvieren una mesa tan grande.

Había una iluminación tenue y la barra ocupaba toda la pared situada junto a la mesa a la que nos estábamos acercando. Yo caminaba con paso seguro y Wren me seguía el ritmo, a pesar de que estuviera encorvada y fuese a regañadientes. Antes de que llegásemos junto a ellos, una voz desconocida silbó y otra gritó emocionada:

—¡Ahí está!

—¡La mujer del momento! —exclamó otro, fingiendo una reverencia en la silla. A su lado estaba McCarthy, que le dio una

colleja en la cabeza antes de volverse hacia nosotras con una tensa sonrisa.

—No les hagas caso —me pidió con un tono entre divertido y sincero. Aquella imagen de un McCarthy despreocupado y divertido me impactó. No había rastro de su ceño fruncido por ninguna parte.

Saludé al grupo entero con la mano y con un «hola». Al otro lado de la mesa, Henry trataba de no hacer caso del alboroto que se había formado: estaba inmerso en su móvil, probablemente escribiendo un montón de nada en su aplicación de notas solo para hacerse el ocupado.

Si no hubiera estado tan obcecada con que mi hermano no me hacía caso, tal vez me habría dado cuenta de que McCarthy tenía un asiento vacío al lado antes de que Wren prácticamente se abalanzara sobre él. Suspiré y pensé que al fin y al cabo se lo merecía, por haber tenido que acompañarme.

—Voy a buscar una silla. —Señalé la mesa de al lado, que era mucho más pequeña.

McCarthy ya había asentido cuando el chico que estaba a su lado levantó la vista otra vez con una sonrisa de oreja a oreja y, con una carcajada, soltó:

—¡No digas tonterías!

—Caden… —lo advirtió McCarthy, pero no sirvió de nada.

Caden llevaba el pelo muy corto y teñido de rubio platino, lo que contrastaba con sus cejas oscuras pero resaltaba sus ojos azules, en los que brillaba una chispa de diversión. Dio unos golpecitos en el muslo de McCarthy y añadió:

—Aquí tienes la silla perfecta.

McCarthy fulminó a su amigo con la mirada, pero luego dirigió esta hacia mí con una expresión imposible de descifrar.

¿De verdad estaba contemplando esa posibilidad? ¿Que yo me

sentase en sus piernas?

No nos separaría nada salvo la ropa, ni dispondríamos de margen de error para proteger una relación que era pura fachada. Además, teníamos a Henry justo enfrente. Cualquier discusión, cualquier mirada que no dijera «estamos en una relación sana y feliz», bastaría para que se diera cuenta de que todo era mentira.

Y qué vergüenza si eso pasaba…

McCarthy, con el ceño fruncido, se encogió de hombros e intentó interpretar mi expresión. Luego, como si se hubiera rendido, retrocedió haciendo chirriar la silla contra el suelo, aunque las conversaciones y la música de fondo casi amortiguaron el ruido. Abrió los brazos y me instó con la mirada.

Y a mí me bastó con mirar a mi hermano un segundo para atreverme a sentarme en las piernas de McCarthy.

CAPÍTULO TRECE



McCarthy era cómodo. No me sentía en absoluto como si estuviera sentada en unas piernas, o quizá simplemente me alegraba de ahorrarle a mi trasero la experiencia de sentarse en una silla que parecía tan cómoda como un pedrusco. Aunque las piernas de McCarthy tuvieran que hacerme de cojín.

Intenté no pensar mucho en ello. En los fuertes músculos de sus muslos, en el hecho de que estaba sentada encima de ellos.

A pesar de mis esfuerzos por concentrarme en cualquier otra cosa, seguía siendo muy consciente del brazo que me rodeaba la cintura, del murmullo de la conversación entre Caden y él. Y por eso me sobresalté cuando McCarthy se movió debajo de mí.

—Lo siento —murmuró, desviando mi atención de mi conversación con Wren y la chica que estaba sentada a su lado, Laila, que había resultado ser hermana de alguien. Ojalá me acordase de quién.

Cuando me volví hacia él, McCarthy me cogió con más fuerza de la cintura. Fue una mala idea. Sus ojos marrones estaban a apenas centímetros de los míos; se encontraba tan cerca que casi podía sentir la caricia de su aliento contra mi nariz.

Y eso hizo que me resultase aún más difícil no centrarme en que me hallaba encima de él. No ayudaba que tuviera los dedos clavados

en mi cadera, ni el hecho de que estuviera bastante segura de que no lo hacía a propósito.

Parpadeé a toda prisa, intentando acostumbrarme a la nueva postura. Terminé rodeándole el cuello con los brazos, algo que (y soy sincera) no pretendía hacer. Porque eso significaba mirarlo solo a él, y que él me mirase solo a mí.

Se puso tenso y yo dejé de moverme de forma abrupta, como si de repente hubiese comprendido la magnitud de lo que estar sentada en su regazo —¡y moviéndome!— significaba en realidad.

—Perdona —me disculpé con sinceridad, mortificada—. Solo estaba intentando ponerme…

—Cómoda —susurró con la voz entrecortada. Una elección extraña, la de susurrar en un bar sórdido y ruidoso. Se me antojó íntimo, y no me gustó.

McCarthy tragó saliva con fuerza sin dejar de mirarme a los ojos.

Me miraba solo a mí.

—¿Lo estás? —preguntó, todavía en voz baja—. Cómoda, quiero decir. Porque recuerdo muy claramente que dijiste que tendríamos que mostrarnos afecto de forma discreta, y esto que estás haciendo de restregarte contra mi entrepierna es de todo menos…

—¡No me estoy restregando! —protesté entre dientes, pero, en cuanto quité un poco de mi peso de encima de él, no pude seguir negándolo. Decir que me quedé horrorizada se quedaría corto. Cuando me empezó a arder el cuello de vergüenza, me alegré de que el local estuviera tan mal iluminado.

Él resopló. Noté su aliento en la piel, lo que no hizo sino exacerbar el rubor de mis mejillas.

—Lo único que te pido es que tengas un poco de piedad conmigo, Pressley. —Algo se me retorció en lo más profundo del vientre al oír la cualidad ronca de su voz, y me concentré tanto en reprimir

aquella nueva sensación que me olvidé de que debía contestarle algo. Me había quedado sin palabras. Y yo nunca me quedaba sin palabras—. Bien. —McCarthy asintió esbozando una media sonrisa—. Entonces ¿estás cómoda?

—Sí. —Y, aunque no hubiese sido cierto, no me habría atrevido a moverme. No me asustaban las consecuencias, sino las ganas que tenía de saber cuáles serían. De las ganas que tenía de moverme un poco sobre sus piernas solo porque sí…

—¡Tíííío! —gritó alguien al otro lado de la mesa.

El hechizo que nos había dejado presos a ambos se rompió y, a juzgar por los derroteros por los que iban mis pensamientos, debía alegrarme de ello. Me volví hacia la voz y me estremecí al darme cuenta de que para ello me había movido otra vez. Apartarme de la intensa mirada de McCarthy fue un dulce alivio en sí mismo, pero la grave risita que vibró justo a mi oído me seguiría esa noche hasta mis sueños.

Se oyó de nuevo la voz del tipo que había gritado, que estaba sentado al lado de Henry. Soltó una carcajada, se golpeó el pecho lo bastante fuerte como para llamar la atención de mi hermano y luego me señaló con la cabeza.

—Qué raro, ¿no? —Parecía resultarle gracioso, pero a Henry se le borró la sonrisa de educación de los labios en cuanto vio hacia dónde miraba su compañero. Yo aparté la vista.

Y entonces ya no pude concentrarme en nada que no fuese McCarthy. En que seguía sentada encima de él y su aliento me hacía cosquillas en el cuello, ya que había retomado su conversación con Caden. Necesité de toda mi fuerza de voluntad para concentrarme en las voces que había al otro extremo de la mesa y no en las sensaciones que se estaban adueñando de mi cuerpo.

El tipo empezó a explicarse.

—Me refiero a que McCarthy salga con tu hermana. —«Muchas gracias por la aclaración», pensé—. Yo me cargaría a cualquiera de estos si intentasen… —Se interrumpió. Lo observé y reparé en su mirada amenazante, que tampoco dirigía a nadie en particular—. Pero mi hermana tiene dieciséis años, así que… —Alargó la última palabra y se encogió de hombros, como si ese no fuese el principal problema de la hipótesis que estaba planteando.

Henry cerró los ojos un instante para recuperar la compostura. Tenía pinta de estar a punto de cometer un asesinato. Luego deslizó la mirada de nuevo hacia nosotros. Al ver el destello letal que había en sus ojos, me moví incómoda en mi asiento… No, un momento. En las piernas de McCarthy. «Maldita sea».

Este cogió aire con fuerza y se volvió de nuevo hacia mí. No sé si lo hizo a propósito, pero me agarró con más firmeza de la cintura.

—Pressley… —me advirtió entre dientes con voz grave—. Me lo estás poniendo muy difícil.

Pero no quería concentrarme en eso, ni en él, ni en lo tenso que estaba de repente. En cómo me atraía hacia sí para que me quedase quieta.

Mis ojos y mis oídos volvían a estar de nuevo fijos en mi hermano, que suspiró, supuse que soltando toda la frustración acumulada, antes de dar un largo trago de su copa. Y, como si quisiera dejarlo bien claro —como si supiera que yo estaba escuchando y que deseaba desesperadamente oír su respuesta—, no apartó la vista cuando contestó:

—No me podría importar menos, Michael. —Y entonces sonrió. En mis narices.

Lo que provocó que en mi mente aflorase un pensamiento de lo más desagradable.

Si a Henry no le importaba nada, ¿no sería porque se lo olía?

¿Porque me conocía lo suficiente para saber que no pasaría más tiempo con McCarthy del absolutamente imprescindible? ¿Lo suficiente para anticiparse a la segura venganza que se le venía encima y para darse cuenta de que se trataba precisamente de eso, una venganza?

Teniendo en cuenta lo mucho que se había distanciado de mí, no creía que me conociese en absoluto, pero…

La cabeza me daba vueltas. Presa del pánico, me levanté. Acababa de cortocircuitar. Varias cabezas se volvieron hacia mí con curiosidad, pero volvieron a lo suyo al darse cuenta de que no pasaba nada. A excepción de Wren y de McCarthy, que me miraban con idéntico interés, preguntándose qué me traía entre manos.

Tiene gracia que te lo preguntes… porque yo tampoco tenía ni idea.

—Voy a por algo de comer —mentí a toda prisa. Señalé la barra con la cabeza y le pedí a Dios que sirvieran nachos, cacahuetes o patatas fritas.

Y, gracias a Dios, así era.

Me tomé todo el tiempo del mundo para leer todas las opciones del menú.

Nachos con queso. Aros de cebolla. Cacahuetes.

No tenía ninguna prisa en volver para sentarme frente a mi hermano. Ni tampoco encima de McCarthy. ¿De qué me iba a servir si Henry ya lo sabía todo? Toda la confianza que sentía por mi plan se había desvanecido.

¿Quién habría adivinado que sería yo la que le rogase a Wren que nos fuésemos, antes de que lo hiciera ella? Al parecer, su conversación con Laila era una delicia. Me bastó una mirada para saberlo.

Suspiré, con la vista de nuevo fija sobre el menú.

Palitos de mozzarella. Alitas de pollo. Patatas fritas.

—Athalia.

Levanté la cabeza de repente al oír mi nombre. Bajo la luz tenue, distinguí una sonrisa que me resultaba familiar.

—Blake —dije. Si parecía sorprendida, era porque lo estaba.

Blake Zachary, todo sonrisas, irradiaba tanto encanto como siempre. Según lo que decía la lista de McCarthy, Blake era su mejor amigo. Tenía el aspecto del clásico galán misterioso. Una vez habíamos jugado juntos al birra pong, pero la relación que existía entre nosotros nunca había pasado de ahí.

—¿Te lo estás pasando bien? —Sus ojos oscuros se detuvieron sobre mí tras pedirle al camarero lo que quería tomar. Comparados con los de McCarthy, que eran de color marrón miel, los suyos eran casi tan negros como el abismo, más profundos y oscuros. Y yo tenía que dejar de pensar en ojos que no tenía delante.

—Ajá —balbuceé, interrumpiendo mis pensamientos. Asentí—. ¿Y tú?

—Siempre está bien celebrar una victoria. Mejor que una derrota, la verdad… Gracias, tío. —Asintió a modo de agradecimiento mirando al camarero, que dejó la cerveza sobre la barra—. Creo que deberíamos conocernos un poco más —prosiguió con voz suave y sedosa—. Ahora que sales con mi mejor amigo y todo eso. No sé casi nada sobre ti, salvo que eres malísima jugando al birra pong y que se supone que odias a Dylan tanto como tu hermano. —Había algo desafiante en su mirada, a pesar de que se mostraba completamente sereno.

—¿Me estás haciendo un examen, Zachary? —bromeé, provocando que esbozara una sonrisa.

—Para nada. —Se encogió de hombros, se llevó el vaso a los labios y dio un trago antes de negar con la cabeza—. Lo siento —

resopló, divertido—. Estoy probando una cosa nueva. Se llama «el mejor amigo intimidante». A Wren le sale perfecto. —Miró tras de mí con ojos brillantes—. ¿Qué tal lo he hecho yo?

—Fatal —repliqué—. Muy mal, en serio. —Entonces me eché a reír, y sentí alivio cuando él hizo lo mismo.

—Bueno. —Deslizó la mirada por mi jersey, que estaba metido a medias en la falda plisada, que era de un gris casi tan oscuro como el de las medias que llevaba debajo. Cuando volvió a mirarme a los ojos, lucía una expresión difícil de interpretar—. Probemos otra vez.

Y, una vez dejó de hacerse el amigo preocupado y amenazante, la conversación con él me resultó bastante agradable. Charlamos durante unos diez minutos, hasta que se fue a pedir algo de beber para Mike. Fuera quien fuese Mike.

Y, como si me acabase de acordar de lo que había ido a hacer allí, volví a fijarme en el menú plastificado que todavía tenía bajo las puntas de los dedos.

—Debes de haber pedido un montón de comida. —Me sobresalté al oír una voz conocida detrás de mí. Me di la vuelta de inmediato al reconocerlo y fijé la mirada en las botellas de alcohol que había detrás de la barra—. No sé qué será, pero espero que merezca la pena la espera de veinte minutos.

McCarthy sabía perfectamente que no había pedido nada; solo quería ponerme en un aprieto, pero yo no pensaba darle esa satisfacción. No después de que ya me hubiera dejado sin palabras una vez esa misma noche.

—Creo que voy a pedir los nachos. ¿Qué te parece? —Fingí leer el maldito menú una vez más. Por el rabillo del ojo, vi que Blake dejaba de mirar al camarero, que estaba ocupado, y se fijaba en su mejor amigo.

McCarthy me rodeó la cintura con los brazos desde atrás y apoyó

la cabeza en mi hombro, pegando su cuerpo al mío. Para mantener las apariencias, obviamente. Sin embargo, y a pesar de haberme pasado una hora sentada en sus piernas, aquello me resultó muy distinto, tanto que me dejó sin respiración. Esperé que él no se hubiera dado cuenta de eso.

Cuando habló, su voz era apenas un susurro.

—Me parece… —empezó a decir, con los labios muy cerca de mi oreja—. Me parece que te has olvidado de que se supone que eres mi novia. No la suya. —Señaló a Blake moviendo ligeramente la cabeza y, al hacerlo, me rozó la piel con los labios. Una caricia sutil. Poca cosa. Pero tuve que ignorar que se me ponía la carne de gallina cuando me hizo cosquillas en el cuello con el aliento cálido. Y tuve que ignorar el impulso de relajarme contra su cuerpo, detrás de mí.

Me acarició con uno de los dedos la parte más estrecha de la cintura de forma distraída, aunque la tela amortiguó el impacto que habría podido llegar a tener en mí.

Oye… Ha pasado mucho tiempo, ¿vale? No se trataba de quién me acariciase, sino más bien de la caricia en sí.

El suave olor de la cerveza, mezclado con su colonia, permeaba el aire que nos rodeaba, y me entraron ganas de apartarlo de mí de un empujón solo para sentir que era capaz de respirar algo que no fuese su aroma embriagador. Pero, en lugar de eso, cerré los ojos durante un segundo fugaz para recuperar la compostura y luego me di la vuelta.

No había reparado en lo cerca que estaríamos el uno del otro. Nos separaban unos pocos centímetros; no más. Su rostro, sus ojos, sus labios…; los tenía justo delante.

Intenté poner un poquito de distancia entre los dos, pero fracasé, chocándome de espaldas contra la barra. Aún tenía la cabeza alzada para poder mirarle a los ojos.

Unos ojos que se apresuraban a contemplar cada parte de mi rostro. Que admiraban cada una de las pecas difuminadas de mi nariz, los ojos verdes que había heredado de mi padre y las mejillas sonrosadas por las que culpaba al ambiente sofocante del bar.

Recordando sus palabras, busqué a la desesperada una respuesta antes de que el silencio me resultase demasiado ensordecedor.

—Estoy conociendo un poco más a tu mejor amigo —le aclaré en voz baja e irónica—. Deberías estar contento. Al menos nosotros nos llevamos bien. —Miré a Wren, que seguía inmersa en su conversación con Laila, y él me entendió sin necesidad de seguir mi mirada.

Esbozó una sonrisilla y ladeó ligeramente la cabeza. Con una ceja enarcada, y con un tonillo de sabelotodo, repuso:

—¿Mi mejor amigo, el mismo al que le gustas desde la primera vez que fuiste a recoger a tu hermano al entrenamiento? —Tenía la cara casi pegada a la mía. Acercó de nuevo los labios a mi oído, para asegurarse de que nadie oyese sus siguientes palabras—. ¿El mismo que procedió a darle la brasa a todo el equipo sobre ti? Solo te digo lo que van a pensar los demás… —Se encogió de hombros y puso entre los dos una distancia que yo necesitaba tanto como respirar.

—Vale, vale, tranquilízate. —Puse los ojos en blanco y levanté las manos en un gesto de rendición. Y sentí el deseo de ponerlas sobre su pecho. Un poquito. De forma fugaz. ¿Qué puedo decir? Lo tenía ahí delante. Pero, en lugar de hacerlo, bajé las manos y me aseguré de hablar antes de que él pudiera intervenir—. Bueno… —Me interrumpí y señalé el menú con el dedo—. ¿Nachos? —Lo miré a través de las pestañas cubiertas de máscara. Una sonrisa amenazaba con asomar a mis labios.

Él resopló e intentó con todas sus fuerzas reprimir también una sonrisa. Buscó al camarero —Gene—, que estaba detrás de mí, y

luego bajó la mano desde mi cadera hasta mi mano y tiró de mí con suavidad para ponerme ante él y encargarse de que pidiera mis nachos.

Cuando me di la vuelta, Blake ya se había marchado. Estaba de nuevo en la mesa, sentado en el mismo sitio de antes. Y, cinco minutos después de aquello, yo me encontraba de nuevo sobre las piernas de McCarthy, y ya a ninguno de los dos le molestaba la presencia del otro, seguramente por primera vez.

CAPÍTULO CATORCE



Estaba frente al aula en mitad de un pasillo abarrotado. Clavada en el suelo.

—¿Te estás quedando conmigo o qué? —solté. Me negaba a dar un solo paso más. Por mucho que lo intentara, no lograba apartar la vista de él. No podía hacer nada más que mirarlo fijamente.

Como si fuese un accidente de coche que no puedes dejar de observar, aunque sea lo último que quieres ver.

Ahí estaba, en toda su gloria. Con la camiseta de compresión blanca metida en los pantalones de chándal grises, con las mangas blancas pegadas como una segunda piel al contorno de sus bíceps. McCarthy se encontraba apoyado en la pared frente al aula magna, con los brazos cruzados en un gesto perezoso. Y era imposible no mirar la rosa roja que sostenían sus dedos.

Se me cruzaron por la mente varios insultos mientras me dirigía hacia él.

Levantó la vista antes de que lo alcanzase, y la expresión divertida que llevaba pintada en el rostro me decía todo lo que necesitaba saber. Me dedicó una sonrisa radiante, con los hoyuelos bien marcados en las mejillas.

Sabía perfectamente lo que hacía.

—Eres increíble —le dije en voz baja, molesta.

—Esto es para ti. —Me tendió la rosa roja. Había decidido hacerse el tonto—. Recuerdo que me dijiste que eran tus flores favoritas. —La sonrisa cruel que tenía en los labios empeoraba todavía más la situación—. ¿O era la que menos te gustaba? Ay, vaya… Ahora no me acuerdo.

McCarthy miró al techo, fingiendo que intentaba recordar lo que ya sabía. Hice lo posible por no fijarme en su nuez, que subía y bajaba cuando tragaba saliva, tratando de ganar tiempo. Se mordió el labio inferior y me miró, intentando con todas sus fuerzas contener la sonrisa insufrible que amenazaba con adueñarse de su rostro.

Estaba fracasando en su intento. Estrepitosamente.

—En fin, supongo que ya no importa, ¿no? —añadió.

Con un gemido, le quité por fin la rosa de la mano, arreglándomelas para clavarme no una, sino dos espinas en el pulgar nada más tocarla. Habían pasado dos segundos y ya tenía ganas de tirársela a la cara.

—Dios… —En lugar de eso, fingí estar embelesada—. ¿Qué he hecho yo para merecerme un novio tan atento? —Mi voz irradiaba ternura y amor, pero mi expresión le estaba diciendo que se fuese a tomar viento.

—Solo cosas buenas —se burló, guiñándome un ojo. Me dio un suave golpecito en el hombro al pasar por mi lado para entrar en el aula, que estaba empezando a llenarse. Se detuvo en la puerta y esperó hasta que decidí seguirlo. Me las arreglé para ver la cabeza de Henry mientras entraba en la sala a toda prisa.

McCarthy y yo cruzamos el umbral de la puerta juntos.

—¿Sabes por qué no me gustan? —le pregunté, aun sin esperar respuesta, mientras contemplaba la rosa, dándole vueltas entre mis

dedos. Él entró en la misma fila que yo como por instinto. Como si fuese normal que nos sentásemos juntos.

—¡Oh! A ver si lo adivino —contestó, con un entusiasmo falso y burlón. Se sentó en la silla a mi lado y prosiguió—: ¿Porque son aburridas, baratas y están demasiado vistas? —Negó con la cabeza enseguida—. ¡No! Ya lo tengo. Por aquella vez, en la que menos te gustaba de todas tus residencias de verano, en el sur de Francia, que tu hermano arrancó una rosa del rosal y te echó la culpa a ti. Como castigo, te redujeron la paga a la mitad y ¿cómo esperaban que sobrevivieras solo con mil dólares a la semana? —Su tono se había hecho aún más burlón. Incluso había imitado mi voz.

—Yo no hablo así.

—En fin… ¿¡Cómo pudieron atreverse a algo así!? —continuó McCarthy, todavía con una ancha sonrisa—. Entiendo perfectamente que eso bastara para que odiases las rosas para siempre.

Puse los ojos en blanco de forma tan exagerada que temí que se me quedasen así. No sabía por qué seguía costándome contener una sonrisa.

—Pues no. —Suspiré de forma teatral y aparté la vista a regañadientes de sus hoyuelos al ver que la profesora Carter entraba en el aula. Cerró las puertas con un golpe sordo y yo negué con la cabeza—. Pero resulta que Henry me empujó contra un rosal un verano, durante nuestras vacaciones en los Hamptons. Traumatizada de por vida.

Juro por Dios que soltó tal carcajada que me sobresalté. No sabía cuánto le había costado reprimirla, pero, a juzgar por cómo había brotado de sus labios —y por cómo había resonado por toda el aula magna, haciendo que nos ganásemos una mirada de indignación por parte de Carter—, no se esforzó lo suficiente.

Y aquella carcajada, la real, estaba a años luz de la risa falsa que

me había mostrado tantas veces a lo largo de nuestra relación falsa. Hasta ese momento, su risa me había parecido agradable, pero aquella, la verdadera, hacía que empalideciera a su lado, que pareciera débil y carente de entusiasmo. Era alegre, aniñada, de algún modo, y adorable. Inesperada. Y no necesitó más que eso para volver a ganarse toda mi atención.

Cuando lo miré a los ojos, me encontré con que los tenía abiertos como platos. Se estaba tapando con la mano los labios que hacía unos instantes dibujaban una sonrisa, y su mirada oscilaba entre la profesora y yo. Se le veía igual de confundido, y se había puesto rojo por haber llamado la atención sin querer.

—¿Qué le hace tanta gracia, McCarthy? —resonó la voz de Carter por el aula. Incluso desde donde estaba sentada, podía ver que había enarcado una ceja oscura con desdén para mirarnos a los dos.

Él se puso serio de inmediato y le respondió a la velocidad del rayo.

—Nada. Lo siento. —Levantó la voz para asegurarse de que Carter lo oyera.

La profesora se limitó a encogerse de hombros.

—No tenía a Pressley por una humorista —comentó ella con cierta desgana, provocando varias risitas en el aula. Tras echarnos una última mirada, volvió a centrar su atención en el ordenador.

—Se sorprendería —murmuró McCarthy entre dientes. Yo estaba convencida de que no pretendía que lo oyese. Al fin y al cabo, era casi un cumplido: lo nunca visto por su parte.

Con una sonrisa, guardé la rosa roja en la mochila. Cuando saqué el portátil para tomar apuntes, tuve cuidado de que no se chafara.

Por desgracia, aquello no terminó ahí. Solo acababa de empezar.

A finales de semana, tenía cuatro rosas idénticas, asquerosamente perfectas y llenas de espinas en un jarrón en el alféizar de la

ventana. Una para cada día de la semana. Al llegar a casa, tiré la mochila al suelo y metí la quinta junto a las demás.

Luego me dejé caer en la cama, que tenía el cabezal apoyado en la pared y una manta y unos cojines que no hacían juego. La mantita que siempre me acompañaba yacía tirada en el suelo, junto a… la mitad del contenido de mi armario empotrado, probablemente. Las puertas seguían abiertas. Era hora de hacer una limpieza a fondo; sin embargo, entre las clases, las citas falsas y los deberes extra de Estadística a los que me había sentenciado McCarthy, no había tenido tiempo de pensar en ello, y mucho menos de hacerla.

Desvié la mirada hacia la única cosa que parecía ordenada en aquella habitación.

McCarthy se lo estaba pasando en grande con las rosas. Cada vez que lo veía llevaba una en la mano y parecía más orgulloso que nunca. Era como si fuese la primera vez que me regalaba una y no pudiese esperar a ver mi cara cuando me la diera. No importaba que para el miércoles ya se hubiese convertido en algo predecible. Seguía medio sonriendo al verme, igual que el primer día. Seguía teniendo la expectación grabada en la mirada y una enorme sonrisa asomaba a sus labios cuando yo ponía los ojos en blanco. Cada. Vez.

Aparté la vista y, con un último gemido, traté de concentrarme en la tarea que tenía entre manos: encontrar la motivación necesaria para arreglarme para la fiesta a la que Henry iría esa noche.

Y, por supuesto, eso implicaba que su pareja preferida también estaría allí.

CAPÍTULO QUINCE



Eran las once de la noche cuando McCarthy se presentó en mi puerta y me aseguró que estaba preparado para que lo pasáramos estupendamente. Pero no tenía mucha pinta. Y, justo en ese momento, se le escapó un enorme bostezo.

—No hace falta que vayamos —fue lo primero que le dije. Me pareció una respuesta…

—Vaya. —Ahogó un grito—. Qué considerada.

Sí, justo eso.

—Lo sé —contesté con un resoplido exagerado—. Es que me importas tanto… Ya deberías saberlo. —Volví a la cocina a toda prisa. El sonido de la puerta al cerrarse me indicó que McCarthy había entrado tras de mí—. También es porque me gustaría que la gente supiera lo grata que es mi compañía, y el hecho de que mi novio se me vaya durmiendo por los rincones da a entender lo contrario. —No tenía nada que ver con que estuviera nerviosa, eso seguro—. ¿Quieres una cerveza?

La pregunta se quedó pendida en el aire. Abrí la nevera y me puse de puntillas para llegar al estante superior. Al ver que no respondía, me volví para dirigirle una mirada interrogante.

Sus ojos se encontraron con los míos justo a tiempo. Se estaba

quitando la chaqueta Carhartt de color oscuro y dejándola sobre uno de los taburetes. Al ver que se acercaba a mí, me lo tomé como un sí. Cogí una lata de la nevera antes de que a él le diera tiempo y me volví hacia McCarthy con una sonrisa victoriosa.

Ser más rápida que él me parecía un pequeño triunfo en sí mismo. Me habría regodeado más si no me hubiese encontrado de golpe contra su pecho. Había tardado menos tiempo en llegar hasta mí del que esperaba, y vi que esbozaba una sonrisilla justo cuando la mía se esfumaba. Sin dejar de mirarme a los ojos, cogió la lata de cerveza, rozándome los dedos antes de que yo pudiera soltarla.

No quise pensar mucho en lo abrasador que me resultó el tacto de su piel. En el rubor que me trepó por el cuello.

—No, gracias —contestó en voz baja mientras dejaba la cerveza en la nevera de nuevo. El aire gélido me golpeó la espalda y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. McCarthy estaba tan cerca que noté en su pecho la vibración de la risa que contuvo. Tenía la cabeza prácticamente encima de la mía, y di gracias a Dios porque la diferencia en altura pusiera un poco de distancia entre los dos. Deslizó la mirada como si nada por el interior de mi nevera para revisar su contenido, sin hacer caso del hecho de que mi cuerpo estaba apretado contra el suyo—. ¿Tienes algo más dulce? —preguntó de forma distraída, agarrando la esquina del frigorífico. Bajó la vista de nuevo hacia mí y me escudriñó el rostro—. Por favor.

Esta noche parecía distinto. Más impredecible.

Joder, algo raro tenía ese chico, cuando sus «por favor» y sus «gracias» me hacían sentir al borde de un ataque de nervios.

Aproveché la oportunidad para colarme por debajo de su brazo y escapar de él, para aclararme los pensamientos… de él. No quería fijarme en la forma de sus brazos tonificados, que la camiseta de manga corta dejaba expuestos. Me limité a dejar que mi mirada los

rozase. Cualquiera lo habría hecho.

—Ay, McCarthy… —canturreé con gesto juguetón, ignorando el cosquilleo que sentía en el estómago. Porque estaba nerviosa. Por la fiesta—. Me siento halagada, pero a mí no puedes tenerme. Recuerda el contrato.

Ladeó la cabeza y resopló, divertido.

—Es una pena, ¿verdad?

«Una pena». Me esforcé por no hacer caso de sus palabras. «No hay nada que interpretar ahí». Me apoyé en la encimera a su lado, mirando a cualquier parte menos a él. Para distraerme de todo lo relacionado con Dylan McCarthy Williams que me nublaba el juicio. Para empezar, de su presencia. Seguida del aroma terroso de su aftershave, del sonido de su risa y del peso de su mirada, que estaba clavada en mí.

—En esta casa no tenemos refrescos. Lo siento. No sabía que fueras goloso —admití.

—No pasa nada. Hay muchas cosas que no sabes de mí —replicó como si tal cosa. Luego se apartó de la encimera y se puso delante de mí—. ¿Lista? —Me recorrió el cuerpo con la mirada al hacerme la pregunta, como si quisiera dar su aprobación sobre mi aspecto antes de que apareciese en la calle de las fraternidades conmigo del brazo.

—No lo sé —reconocí. Hasta a mí me sorprendió mi sinceridad.

Me daba la sensación de que él sentía lo mismo. Enarcó las cejas y me echó un vistazo vacilante antes de volver a repasarme de arriba abajo. Luego me miró de nuevo a los ojos y negó con la cabeza.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

Como respuesta, me aparté de la encimera y me dirigí al espejo de cuerpo entero de mi habitación. Como esa noche Wren tenía planes, me había arreglado yo sola por primera vez en mucho

tiempo, y me pregunté si no tener una segunda opinión habría afectado a mi elección para aquella noche. Un vestido negro era una opción segura, pero…

—Lo que llevo es un poco anodino —concluí lo bastante alto para que él me oyera desde la cocina. Solo nos separaba una pared. ¿O tal vez era demasiado? Pensé en las últimas fiestas a las que había asistido en casas de fraternidades, intentando recordar si la gente iba con vestido. Distraída, di vueltas ante el espejo junto a mi cama para verme desde todos los ángulos.

Estaba decidido. Lo odiaba.

Derrotada, bajé las manos y solté un gemido. McCarthy apareció en la puerta al segundo siguiente y lo miré a los ojos a través del espejo. Se apoyó en el marco y ladeó la cabeza con una expresión de incredulidad.

—No estarás pensando en cambiarte, ¿no? —Volvió a recorrer mi cuerpo con la mirada. Incluso me dio la sensación de que se había detenido un poco en el trasero. «¿Quién sabe?». Tampoco era que lo estuviese controlando.

—Pues sí. —Exhalé con fuerza—. Es demasiado. O demasiado poco. Puede que demasiado… —Molesta, intenté arreglar lo que en mi mente se había convertido en algo que no tenía arreglo.

Me subí un poco más la falda del vestido y me giré de un lado a otro. Me realcé las tetas, preguntándome si tendría que haberme puesto un sujetador con relleno en lugar de ir sin nada, como había elegido, lo que me hacía parecer relativamente plana. En cuestión de segundos, el asunto de mi atuendo se había convertido en una emergencia de moda, y yo estaba tan obcecada por arreglarlo que me había olvidado de la presencia de McCarthy…

Hasta que un gemido entrecortado que no era mío me recordó que estaba allí. Dos manazas me cogieron para darme la vuelta y me

encontré frente a frente con McCarthy. Levanté la vista, sobresaltada y con los ojos verdes colmados de sorpresa. Quité las manos de mis tetas, incómoda, pero él no me soltó de los hombros. Respiró hondo, intentando calmarse, seguro que porque le molestaba lo mucho que estaba tardando.

Al menos eso me pareció… hasta que, durante una fracción de segundo, su mirada bajó un poco más de la cuenta.

—Estás perfecta —me dijo con brusquedad, con los ojos oscuros clavados en los míos—. Todo el mundo se volverá para mirarte, Pressley. No lo dudes. —El tonillo sarcástico al que estaba acostumbrada volvió a hacer acto de presencia, lo que, de algún modo, apaciguó mi corazón, que latía sospechosamente rápido—. Pero si quiero tener la oportunidad de presumir de ti, tendremos que salir de esta casa en algún momento.

Acabé cambiándome de todos modos, aunque solo los zapatos. Y si me arrepentí de haber elegido las botas altas fue por una única razón: los tacones. Ninguno de los dos quería conducir, pero ir caminando a la calle de las fraternidades fue una de las peores ideas que McCarthy había tenido nunca.

Lo obligué a coger un Uber antes de recorrer siquiera la mitad del trayecto de veinte minutos. Era necesario si yo quería sobrevivir a esa velada. Y, cinco minutos después, le dimos las gracias al conductor y salimos del coche. Era evidente adónde nos dirigíamos.

Música alta, luces de neón y gente riendo. Una fiesta en una fraternidad se olía a kilómetros de distancia, sobre todo si se celebraba el cumpleaños del capitán del equipo de fútbol, que era precisamente la razón por la que McCarthy sabía que Henry estaría allí y por la que, inevitablemente, me encontraba allí yo también.

Sin atreverme a mirarlo la cara, deslicé la mano en la suya, grande, cálida y fuerte. Me la cogió sin vacilar ni un segundo.

Era nuestra primera salida oficial como pareja. Aquello era distinto. Tenía que ser creíble para todo el mundo, desde cualquier ángulo y todo el tiempo. No solo para Henry. No solo cuando él estuviera presente o mirándonos.

Tenía que parecer real siempre.

Durante las horas siguientes, tendría que asegurarme de que cada ojeada fugaz, cada mirada y cada caricia fueran una prueba de que aquello era real. Y no sabía por qué, pero no se me antojaba tan complicado como hacía unas semanas.

Y, como si me estuviera leyendo el pensamiento, McCarthy me estrechó la mano para tranquilizarme antes de tirar de mí hacia el interior.

CAPÍTULO DIECISÉIS



Fuimos directos a por algo de beber. Ambos sabíamos que necesitábamos un poco de alcohol en el cuerpo si queríamos comportarnos con naturalidad y que todo saliera bien.

La casa tenía una cocina abierta, separada del salón por una isla que en eventos como aquel hacía las veces de barra. En la encimera de detrás había trozos de pizza desperdigados, algunos todavía dentro de la caja… y otros no. En cualquier caso, aquello se encontraba abarrotado de gente. Toda la casa estaba así.

Los sofás, que habían puesto contra las paredes de la sala, también estaban llenos, así como la pista de baile improvisada que habían creado, en la que se movían rápidamente los cuerpos felices, ebrios y sudados, con las manos en el aire o encima de otra persona. En las escaleras había más grupitos, o bien de pie o bien sentados. Además, alguien se había caído, así que, técnicamente, también había gente tumbada. Decir que era la fiesta más concurrida a la que había asistido habría sido quedarse corta.

Miré de nuevo a mi acompañante de la noche. Había hecho caso omiso a los refrescos dulces que me había pedido en casa y se había abierto una botella de cerveza. Entornó los ojos disgustado en cuanto se la llevó a los labios para dar un trago. No quería ni

imaginarme lo mala que debía de estar; después de tres horas de fiesta seguro que se había calentado.

Aunque el vino barato que me había servido yo no debía de estar mucho mejor.

—¡D! —El grito amistoso llamó mi atención. Me volví hacia la voz, con el vaso agarrado con firmeza con ambas manos.

—Hola, Kenny. —McCarthy parecía igual de complacido de ver al chico que se nos acercaba, que me resultaba ligeramente familiar. Se dieron esa especie de abrazo que no llega a ser un abrazo que se dan los tíos y luego McCarthy se obligó a dar otro trago de la cerveza caliente como pis, esta vez sin reaccionar al mal sabor—. ¿Has visto al cumpleañero?

Kenny negó con la cabeza y el pelo rubio oscuro le cayó sobre la frente. Se encogió de hombros.

—Todavía no. Acabo de llegar. —Sus ojos se volvieron hacia mí—. Pero veo que has venido acompañado. —Le sonreí con educación; no me pareció que la ocasión mereciera un apretón de manos—. Y muy bien acompañado, por cierto. —Volvió a mirar a mi novio falso.

«Tío, estoy aquí delante», pensé.

McCarthy frunció el ceño.

—La tienes aquí. —Levantó nuestras manos entrelazadas y, por un segundo, me pregunté si lo había dicho yo misma, pensando en voz alta—. Puedes hacerle el cumplido a ella, no a mí.

Kenny puso unos ojos como platos, aunque tuvo cuidado de no mirarnos a ninguno de los dos. En lugar de eso, se rio, nervioso. Verlo tan incómodo me hizo sonreír. Antes de que pudiera balbucear una respuesta, McCarthy acabó con su sufrimiento y le dijo que nos íbamos a buscar al cumpleañero. Mientras nos alejábamos, le dio a Kenny una palmadita en la espalda.

—No te lo tomes como algo personal —me dijo en cuanto lo

dejamos atrás, acercándose a mí para asegurarse de que lo oyera por encima de la música. Había unas notas de diversión en su voz; una suave risa me acarició el oído—. Kenny tiene graves problemas para hablar con las mujeres, sobre todo si son guapas. Hemos intentado enseñarle, pero siempre entra en pánico. Le sudan las manos, se pone rojo, tartamudea…

—Pues igual que tú, ¿no? —Me encogí de hombros, consciente de que lo que había dicho era una mentira tan grande como que el sol sale por el oeste. Y él se volvió hacia mí, todavía sonriente, porque él también era consciente de ello.

—Sí… —Alargó la palabra con aire cómico, sin que se le borrase la sonrisa de la cara—. Igualito que yo.

Encontramos a la razón de ser de aquella fiesta sentado junto a la chimenea, en el fondo, apoyado en la pared de piedra con un grupo de gente a su alrededor. Mike el Grande, el cumpleañero, no tenía nada de grande. Mike el Grande era también el que había gritado «tíííío» la otra noche al verme, o sea, Mike el del bar. Así que, cuando McCarthy me rodeó los hombros con el brazo y me atrajo hacia sí en mitad de nuestra conversación, el cumpleañero enarcó las cejas al tiempo que sonreía. Parecía tener un interés especial en nuestra relación falsa, porque interrumpió a McCarthy a media frase para preguntar, en una voz tres octavas más aguda que su tono grave habitual:

—Bueno. ¿Qué tenemos aquí? —Me observó primero a mí y luego a McCarthy, que soltó un resoplido y me miró con una sonrisa, como diciendo: «Yo me encargo». Ningún problema.

—Sé que no tienes mucha experiencia con el sexo opuesto, pero supongo que sabes reconocer a una mujer cuando la tienes delante. —La respuesta de McCarthy se vio interrumpida cuando Mike el Grande le dio una colleja en la nuca, al tiempo que soltaba una risa

sibilante.

—Es mi cumpleaños, capullo. ¡Se supone que tienes que tratarme bien! —protestó entre risas—. Pressley se va a cagar en los pantalones cuando os vea aquí juntos. —Se interrumpió y se volvió hacia mí para dedicarme una sonrisa de disculpa—. El otro Pressley —aclaró de forma innecesaria con una sonrisa amable en los labios.

Y creo que me quedé sin respiración.

Nadie se había referido nunca a Henry como «el otro Pressley». Esa siempre había sido yo.

—Pues que se cague —replicó McCarthy encogiéndose de hombros, aunque yo todavía estaba sonriendo porque Mike el Grande hubiese llamado a Henry «el otro».

—Bueno, de todos modos, solo era cuestión de tiempo, ¿verdad? —añadió en tono desenfadado mirando de nuevo a McCarthy, y luego le dio un golpe en el hombro. Como estaba casi apretujada contra él, me resultó fácil darme cuenta de que se había puesto tenso. Gruñó una respuesta ininteligible, teniéndome todavía rodeada con el brazo—. Además —prosiguió Mike el Grande—, está haciendo que juegue mucho mejor, ¿no? Todos salimos ganando.

McCarthy se relajó cuando sacó el tema del fútbol. Dios, era mucho más fácil saber lo que pensaba cuando estaba lo bastante cerca para sentir cómo se movían cada uno de sus músculos.

—Está jugando mejor que nunca —admitió mi acompañante—. O sea… Corre el doble de rápido y tiene mucha más seguridad en sí mismo. Nuestra defensa ha mejorado un montón gracias a él. La semana que viene, los de Brown no tienen nada que hacer. No podrán ni pasar de Pressley con el balón, y menos conmigo ahí. —Me miró—. O ella.

Y eso era todo lo que necesitaba escuchar para largarme. Siempre me largaba cuando hablaban de fútbol.

—Bueno, de nada, chicos. —Me reí y me solté con gentileza del brazo de McCarthy, que me miró confundido al ver que me escapaba —. Ahora vuelvo; solo voy a buscar el baño.

—Está en la planta de arriba —me indicó Mike el Grande, y yo le di las gracias levantando el pulgar. La música sonaba muy alta, y me había alejado ya demasiado para gritar.

Me abrí paso entre las parejas y los tríos que había sentados y de pie —pero no tumbados— en las escaleras y encontré un pasillo más vacío, aunque no del todo desierto. El baño estaba en la puerta del final, enfrente de las escaleras.

Cuando salí, lo primero que vi fue a McCarthy. La reacción de mi cuerpo me sorprendió más incluso que el hecho de encontrarlo allí. Mis labios hicieron ademán de sonreír de forma instintiva. Y, cuando se apartó de la pared para venir hacia mí, le sonreí. Le sonreí de verdad.

Miró detrás de mí no más de una fracción de segundo, esbozando una media sonrisa casi imperceptible. Se plantó delante de mí antes de que me diera tiempo siquiera a formar un solo pensamiento, y me vi arrastrada por el torbellino que era Dylan McCarthy Williams.

Se movió en un abrir y cerrar de ojos. Nos movió, mejor dicho. Me cogió de la cintura con suavidad y me llevó a la izquierda, a una habitación de cuya existencia no me había percatado. Abrió la puerta con apenas una caricia y luego me giró y utilizó mi pobre e indefenso cuerpo para cerrarla desde dentro. Estaba atrapada.

Atrapada entre él y un objeto inamovible.

Lo miré con los ojos muy abiertos y una expresión tan confundida que tuvo que reprimir una carcajada. El sonido sofocado vibró dentro de su pecho, y pude sentirlo porque casi tocaba el mío, que subía y bajaba con rapidez.

—Perdona —dijo, y parecía sincero. Seguía con la mano en mi

cintura, y yo no di muestra alguna de querer que la retirara. Me ardía la piel bajo su tacto, a pesar de que nos separase una capa de tela—. Pressley. —Y aquello no explicó absolutamente nada. Tampoco cuando señaló con la cabeza la puerta contra la que me tenía apretujada.

Yo seguía tan confundida que no pude más que preguntar.

—¿Sí?

—No. —Negó con la cabeza y aquella sonrisa que sus labios habían esbozado involuntariamente se ensanchó—. El otro.

Otra vez.

Juraría que se me iluminaron los ojos, aunque no sabía cómo ni por qué. Solo sabía que no ser «la otra» me hacía sentir genial. Y, en el fondo, creo que por eso lo dijo. Aunque jamás lo reconocería.

—Detrás de ti —continuó.

Lo entendí cuando alguien empezó a aporrear la puerta. McCarthy echó el cerrojo con un rápido movimiento, dejando la parte de mí que había estado tocando hasta entonces fría y vacía.

—¡Athalia! —Henry parecía enfadado. Me estremecí al oír la furia en su voz, y me apretujé más contra la puerta solo para asegurarme de que no pudiera entrar. Todavía tenía los ojos clavados en los de McCarthy, que estaban a escasos centímetros de los míos. Parpadeé despacio, sin saber muy bien qué hacer.

—Buena idea —admití con un hilo de voz mientras intentaba acomodarme a la situación. Por desgracia, mi cuerpo no estaba preparado para relajarse. McCarthy estaba demasiado cerca. Mirándome, haciéndome cosquillas en la nariz con su aliento caliente.

—Supongo que lo demás podemos dejárselo a su imaginación —murmuró McCarthy, encogiéndose de hombros.

Habría preferido que mi hermano no se imaginara nada

semejante, pero se trataba precisamente de eso, ¿no? Henry no sabía que estábamos de pie, quietos y sin hacer nada. No sabía que la primera vez que McCarthy y yo nos habíamos tocado por nuestra propia voluntad había sido aquella misma noche, cuando le había dado la mano. Ni que aquello era lo más cerca que habíamos estado nunca.

—¿Te lo puedes creer? —Se oyó su voz fuera. Alguien repuso algo a su protesta, pero lo hizo en voz más queda, así que no se le entendió bien. Y entonces Henry resopló y replicó—. No, Reuben, no puedo… —Se interrumpió y soltó un gemido exagerado.

Y luego siguió quejándose. A gritos. Y furioso.

Así que no podría importarle menos, ¿eh? Y una mierda.

—¡Athalia! —gritó de nuevo. Suspiré y volví a mirar a McCarthy, solo para que casi se me salieran los ojos de las órbitas. Cogí aire con brusquedad al ver que la distancia entre los dos brillaba por su ausencia.

¿Había estado tan cerca de mí todo el rato o estaba perdiendo la cabeza?

—Tú… cállate. —Suspiré al ver esa sonrisa burlona en los labios, esa sonrisilla condescendiente que se le había escapado, con la esperanza de que se olvidase del efecto que, evidentemente, tenía sobre mí. Miré a mi alrededor para distraerme y, a través de la oscuridad, distinguí la puerta de un baño, la forma de una cama de matrimonio en el medio y una farola detrás de las cortinas, que era lo único que iluminaba la habitación.

—¿Qué pasa? —Se rio en voz baja, a la defensiva. Levantó las manos como si quisiera probar su inocencia, y con el gesto creó un poco de distancia entre los dos—. Yo no he hecho nada, princesa. —Lo miré de golpe con los ojos entornados, tanto por ese mote burlón como en un esfuerzo porque el corazón dejase de dar brincos y de

intentar salírseme del pecho. Siguió provocándome—: No tengo la culpa de que te pongas nerviosa…

—No me pongo nerviosa —contesté, pero lo hice de forma demasiado precipitada. Mi respuesta pareció forzada—. No estoy nerviosa. —Él se limitó a resoplar y me entraron ganas de gritar—. Me das igual, McCarthy —proseguí en voz baja, aunque sonó demasiado entrecortada. «Genial».

No había bebido tanto como para culpar al alcohol de lo que me estaba pasando. Me habría gustado hacerlo, pero un vaso de vino barato no me hacía sonrojarme y tartamudear, y mucho menos parecer tan estúpida.

—¿Ah, sí? —Puso morritos. Me sobresalté cuando, de repente, me acarició el brazo con un dedo con aire juguetón, demostrando lo contrario de todo lo que acababa de asegurarle—. Entonces ¿qué es esto? —preguntó, refiriéndose a la carne de gallina que su caricia dejaba a su paso. Sonaba tan complacido consigo mismo como lo parecía la sonrisilla de sus labios. Por favor, que alguien terminase con mi sufrimiento. ¡Por favor!

El problema era que no estaba segura de querer estar en ninguna otra parte.

Un destello asomó a sus ojos marrones.

—Tienes que acostumbrarte a estar así de cerca de mí, Pressley —continuó. Bajó la vista para seguir el camino que seguía su dedo, que subía por mi brazo, dejando la piel acalorada tras de sí. Y ese ardor se abrió paso hasta mis mejillas, seguido de cerca por sus dedos largos y firmes, que ahora me provocaban acariciándome las clavículas.

Juro que no pretendía girar la cabeza para que siguiera. Abandonarme a sus caricias no fue una decisión consciente. Y, cuando volvió a hablar, sus palabras me hicieron estremecer.

—No puedes ponerte nerviosa con una caricia de nada.

Una vez más, intenté negar la acusación:

—No me… —Pero me interrumpí cuando me puso un dedo debajo de la barbilla para alzarme la cabeza y obligarme a mirarlo a los ojos. Y fue inevitable que nuestros labios quedaran a punto de tocarse. No fui capaz de fingir no darme cuenta de lo cerca que estaban, y mis ojos se detuvieron sobre ellos, aunque yo no quisiera.

—Relájate… —dijo con una voz áspera y oscura que me dio la sensación de no haber oído nunca antes. Sonaba… entrecortado, concentrado en cada reacción de mi rostro. Y eso significaba que era imposible que no se hubiese dado cuenta de que le había mirado los labios—. Soy tu novio, ¿recuerdas? —enfatizó—. Si quieres que esto sea convincente, tiene que parecer que estás acostumbrada a esto. —Acercó la boca a mi oreja y, con voz ronca, susurró—: A mis manos sobre ti. A mi boca sobre tu piel.

Sonaba a promesa. Una promesa que parecía desesperado por cumplir, ya que se le entrecortó el aliento, y su boca se movió hacia…

—¡Athalia!

«Mierda».

Los gritos de Henry me devolvieron a aquella realidad. Porque me daba la sensación de que había entrado temporalmente en otra en la que no me habría importado que McCarthy hiciera lo que estaba a punto de hacer. Y casi tuve más ganas de maldecir a Henry que de volver a la fiesta. Casi.

Se me escapó un gemido de irritación de los labios y, derrotada, dejé caer la cabeza contra la puerta.

—¡Sé lo que estás haciendo, Athalia!

Aquello llamó mi atención. Puse unos ojos como platos —es más, estoy segura de que doblaron su tamaño— y miré a McCarthy, que

parecía tan tranquilo, sereno y compuesto como siempre. Se limitó a quitar el dedo de mi barbilla y llevarlo a mis labios para acallarme con suavidad. Y, para mi sorpresa, lo logró.

Y tenía razón, ¿no? Henry no tenía forma de saberlo. Si lo hubiera sabido, no habría estado aporreando la puerta con tanta furia.

A mi hermano no se le daba muy bien saber lo que pensaba la gente. No se le daba muy bien saber lo que pensaba yo. ¿No?

—Esto es la hostia de patético, Athalia. En serio —oí al otro lado de la puerta—. No tenía grandes expectativas puestas en ti, pero, joder, ¿McCarthy, en serio?

Ay.

Mi mano salió disparada al pomo de la puerta. Antes de que hubiese tomado la decisión consciente de abrirla y enfrentarme físicamente a mi hermano, mi temperamento tomó la decisión por mí. Y pensé que me tocaría enfrentarme también a McCarthy cuando vi que colocaba una mano firmemente sobre la mía para detenerme.

La quitó a toda prisa al ver que lo fulminaba con la mirada y se limitó a alborotarme el pelo con una sonrisa traviesa. Cuando le dirigí un gesto interrogante, se encogió de hombros.

—Es para que sea más convincente. ¿Preparada?

Cerré los ojos, respiré hondo y luego los abrí, decidida a venderle la moto a mi hermano.

—Cueste lo que cueste.

McCarthy abrió la puerta tan de repente que Henry estuvo a punto de caerse. Mi hermano se sobresaltó al vernos. Probablemente, una parte de él no se esperaba que yo cediera y la otra parte sabía que con sus palabras conseguiría exactamente eso. Nos habíamos criado sabiendo exactamente qué botones tocar para provocar en el otro la reacción que buscábamos. En cuestión de segundos, mientras nos miraba a los dos, su expresión conmocionada se transformó en una

victoriosa. McCarthy estaba detrás de mí; sentía su corpulencia a menos centímetros de distancia.

—Sé lo que estás haciendo —repitió Henry.

—Ya te he oído la primera vez. —Mi voz sonaba fría, inexpresiva. Me pareció que estaba haciendo un buen trabajo escondiendo mis pensamientos invadidos por el pánico.

—Me alegro. —Miró a McCarthy con una expresión tan amenazadora que no me habría gustado estar en su piel—. Pues ya puedes dejar lo que sea que sea esto, porque sé que…

Y entonces, antes de darle tiempo a confirmar mis anteriores miedo, lo interrumpí.

—No sé qué es lo que sabes, Henry. —Supongo que habría podido adivinarlo, pero decidí ignorar esa vocecilla mordaz de mi cerebro—. Y me da igual lo que creas que sabes. Lo único que yo sé es que no sabes una mierda.

¿Tenía sentido lo que había dicho? La ira se había adueñado de mí, y estaba pasando olímpicamente de cualquier resquicio de sentido común que me quedara.

Mi hermano echó la cabeza hacia atrás en plan «por favor», y luego dijo esas exactas palabras para enfatizar su reacción.

—Sabes exactamente a qué me refiero. —Miró a McCarthy otra vez para que no quedasen dudas. Para que me quedase claro que estábamos pensando en lo mismo—. A la razón por la que vas presumiendo de él como si fuese un bolso nuevo. La razón por la que lo haces solo cuando estoy yo. Ninguna de las personas con las que he hablado os han visto daros la mano siquiera, y mucho menos besaros…

—¿Vas por ahí preguntando por mí? —Aquella fue la primera y única vez que McCarthy abrió la boca. Frunció el ceño e hizo una mueca, molesto, a pesar de que su voz sonaba casi aburrida.

—¡Pues claro que pregunto por ti si vas por ahí enrollándote con mi hermana, joder! —Henry volvió a clavarle la mirada, incapaz de esconder tan bien como McCarthy la ira que refulgía bajo sus ojos verdes.

Siempre habían tenido la misma dinámica. Henry estallaba rápido; se enfadaba enseguida. McCarthy, en cambio… Nunca lo había visto enfadado de verdad. Solo molesto, irritado, exasperado… y la lista seguía y seguía. Probablemente, era una de las razones por las que se llevasen tan mal: que McCarthy fuese tan imperturbable solo servía para que Henry se cabrease más, y que Henry estallase tan rápido debía de resultarle divertido a McCarthy. Era un círculo vicioso.

Y aunque me bastó una mirada para darme cuenta de que McCarthy no estaba muy contento con lo que acababa de confesar Henry, no pude evitarme sentirme un poco… victoriosa. ¿Cuándo había sido la última vez que a mi hermano le había importado lo suficiente para preguntarme algo? ¡Y ya no hablemos de preguntarle a otras personas!

—¿Qué? —soltó Henry durante el silencio corto y deliberado que había proseguido—. ¿Crees que te voy a dejar…?

—Nos besamos —lo interrumpí, supongo que como respuesta a su muy aguda observación de que no nos besábamos. Me parecía el peligro más grave para el éxito de mi plan, y supongo que mi cerebro se había obcecado en aquel detalle, para tratar de reparar aquella grieta en nuestra historia. Los dos me miraron de golpe, y yo miré a mi hermano con los ojos entornados—. Nos besamos mucho. Todo el tiempo.

¿Me estaba pasando? A juzgar por el suave codazo que me dio McCarthy, él parecía pensar que sí.

—No es verdad —contestó Henry a toda prisa, probablemente

porque no quería ni pensar en aquella posibilidad, como tampoco quería yo—. Es una mentira como una catedral y lo sabes perfectamente. Déjalo de una vez.

Pero debía de saber que aquella no era una opción para mí. Los dos habíamos nacido con el mismo ego, una herencia de nuestro queridísimo padre. Por nada del mundo pensaba admitir que todo aquello era una farsa. Antes habría preferido caerme muerta, porque, de todos modos, me habría muerto de la vergüenza.

—¿Qué te crees que estábamos haciendo ahí dentro? —Señalé la habitación que teníamos detrás. Al fin y al cabo, habíamos estado tan cerca el uno del otro que bien podríamos haber estado besándonos. Henry siguió mi mirada, pero su respuesta fue tan inmediata y segura como la anterior.

—No es verdad. —Volvió a mirarme. Odiaba esa pequeña mueca que hacía con la boca cuando sabía que tenía razón. Y yo odiaba cómo se me arrugaba la nariz cuando sabía que yo no la tenía.

Solo transcurrió un instante de silencio entre aquel momento —en el que estaba tan convencida como Henry de que no besaría a McCarthy— y el siguiente, en el que me encontré a un centímetro de hacerlo.

Si tuviera que explicar cómo y cuándo se las arregló McCarthy para darme la vuelta, o cómo y cuándo me las arreglé yo para rodearle el cuello con los brazos, no sabría hacerlo muy bien.

Nos movimos en una sincronía perfecta sin ni siquiera decir una palabra o intercambiar una mirada. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, justo hasta que mis labios estuvieron a un milímetro de los suyos y me permití dudar, justo cuando me di de espaldas contra la pared que tenía detrás. Justo hasta que pude sentir el calor de su aliento sobre mis labios y me di cuenta de que sus manos habían encontrado mis caderas como si hubieran seguido su instinto.

Y ver que Henry se marchaba por el rabillo del ojo no me impidió cerrarlos en cuanto McCarthy eliminó el escaso centímetro que nos separaba.

La nube de ira que me rodeaba se evaporó con el sonido de su aliento al chocar contra mí; desapareció cuando su mano me acarició suavemente el rostro. Cuando sus labios hallaron por fin los míos. Por un frágil momento, sentí la convicción de que aquella era justo la razón por la que los teníamos. Y los entreabrí sin hacer ningún esfuerzo consciente, y enredé en su pelo la mano que tenía en su nuca.

Pues no. Definitivamente, no usaba un champú dos en uno.

Pasaron por lo menos diez segundos antes de que nos separásemos. No tuve tiempo de descubrir cómo me sentía. Acalorada, excitada. Un poco anhelante. McCarthy soltó un sonido amortiguado de frustración que casi hizo que me acercase a él para una segunda ronda. Se aclaró la garganta, supongo que con la esperanza de sofocar aquel gemido que había soltado sin querer, pero yo tenía todos los sentidos aguzados: no había sonido o movimiento suyo del que yo no me percatara, incluida la irregularidad de su respiración, que hacía que mi cuerpo entero quisiera rendirse a las ganas que tenía de seguir.

No. Nonononononono.

—Eso no ha sido una buena idea. —Su voz era apenas un susurro.

Yo seguía casi sin aire. Sentía como si me hubieran clavado al suelo, como si hubiera una parte de mí que no quería separarse de él ni un centímetro. Lo que era absurdo.

Sabía que su mirada ardiente seguía clavada en mí cuando por fin me volví hacia el pasillo. Henry ya no estaba, pero a mí me daba igual. Ya lo sabía. Sabía que se había ido y lo había hecho de todos modos.

«No ha sido una buena idea».

De hecho, y por varias razones, debía de ser la peor idea que había tenido nunca.

1. Era Dylan McCarthy Williams.
2. Acababa de besarlo.
3. Y la verdad es que me había sentido tan bien… que no podría olvidarlo nunca.

Entonces ¿por qué no me arrepentía? Tragué saliva y volví a mirarlo para confirmar mis sospechas: él no había dejado de mirarme a mí.

CAPÍTULO DIECISIETE



Caminamos hasta casa en silencio.

Henry debía de haberse ido de la fiesta cuando McCarthy todavía tenía la lengua metida en mi boca, y yo estaba demasiado sobria para fingir que lo que había pasado no había pasado. Así que lo había dejado allí solo, plantado en el pasillo, dispuesta a volverme a casa sola. Pero, menos de un minuto después, McCarthy ya me había alcanzado. Se había venido conmigo y no se había despedido de ninguno de sus amigos. Seguramente no tendría que haber hecho eso, pero su compañía no me molestaba.

Y sí, el gesto me había sorprendido.

McCarthy fue el primero en romper el incómodo silencio que reinaba sobre la oscura calle principal, unos cinco minutos después de que emprendiéramos el camino a casa.

—¿Tan malo ha sido? —Me golpeó el hombro con el suyo en un gesto juguetón, aunque el empujoncito bastó para que casi me tropezara…, pero me cogió de la cintura de inmediato para ayudarme a mantener el equilibrio. Por supuesto.

Cuando lo miré, me encontré una expresión taimada en esos labios rosas que tan suaves y agradables me habían parecido…

—Asqueroso —confirmé a toda prisa, negando con la cabeza para

acallar mi voz interior antes de que me ardieran las mejillas—. Un horror.

Él me soltó y resopló divertido. Seguimos caminando calle abajo.

—Estoy de acuerdo. —Asintió, pensativo. Lo miré de reojo solo porque sabía que descubriría el mal intento de disimular su sonrisa, y lo cierto era que quería verlo—. Un pésimo intento por tu parte.

—¿Por mi parte? —Apoyé las manos en las caderas y me detuve para fulminarlo con la mirada. En parte porque quería que mi falsa indignación fuese creíble y en parte porque los pies me estaban matando y no me veía capaz de dar ni un solo paso más con aquellos zapatos.

—Pues sí —contestó con tanta seguridad en sí mismo que casi se me salieron los ojos de las órbitas. Luego negué con la cabeza, entre incrédula y divertida.

—Claro. —Como respuesta, utilicé el tono más condescendiente de que fui capaz. Él se echó a reír y luego siguió andando. Y, aunque los pies me dolieron horrores en cuanto los despegué del suelo, lo seguí como un cachorrito perdido.

—Es verdad.

—Sí, claro. —Solté una risita. Me rendí en mi guerra contra los zapatos, lo cogí del brazo, apoyando todo mi peso en él, y solté un fuerte suspiro de alivio.

McCarthy ni se inmutó. Y yo tampoco. Se limitó a reírse con suavidad y me preguntó si estaba bien con ese tonillo sarcástico sin el que me parecería irreconocible.

Mi primera respuesta fue otro gemido, que reforzó el «no» que se escapó de mis labios un segundo después.

—Son los zapatos —me quejé—. Me están matando. —Para enfatizar mi respuesta, lo obligué a parar y meneé la bota de tacón delante de él.

McCarthy enarcó una ceja y me miró.

—Si sigues parándote, llegaremos después de que me suene la alarma —contestó—. Que está puesta para las seis de la mañana. —Sonaba un poco molesto, pero también juguetón. Y, sin previo aviso, me arrastró hacia el otro lado de la acera, ganándose una retahíla de quejas e insultos de mi parte. Cuando me sentó en un banco, me callé de inmediato. Y cuando me apoyé en la superficie de madera dura en la que él me había colocado, solté otro suspiro de alivio.

—¿Qué haces? —pegunté con curiosidad. La ira que sentía hacía unos instantes se había disipado. Ladeé la cabeza al ver que empezaba a trastear con mis zapatos, y el sonido de mi voz guio sus ojos hacia los míos. Casi como si no pudiera evitarlo.

No sé qué había en esa imagen, en esos ojos que me miraban a través de las pestañas largas, en el pelo castaño —casi negro, en la oscuridad— que le caía sobre la frente, en las cejas enarcadas…, pero no me dejaba indiferente.

Sin embargo, no podía seguir pensando en eso.

—Te dejo mis zapatos —contestó como si nada. Así, sin más. Sin reírse, sin darme más explicación. Simplemente, McCarthy se quitó los zapatos para dármelos a mí.

—¿Qué? —contesté. Decir que estaba perpleja sería quedarse corta—. No hace falta que…

—Cállate —contestó sin ni siquiera mirarme mientras se descalzaba las deportivas.

Creo que esa era la faceta suya que más me gustaba. La que me mandaba callar y no me cogía desprevenida con actos de bondad que no venían a cuento. Al menos, con aquella versión de él sabía qué hacer.

Besarlo, aparentemente.

—Con esos zapatos vas dando tumbos; no llegaremos a casa

nunca. —Me puso su par de deportivas delante.

—Puedo ir descalza.

Él resopló.

—No pienso dejar que vayas hasta casa descalza. —Se comportaba como si fuera una sugerencia de lo más absurda. Como si no se dispusiera él a hacer lo mismo.

—¿Por qué no? En realidad, es buena idea. —Me incliné hacia delante para quitarme los zapatos, segura de que no pensaba aceptar su ofrecimiento. Era demasiado amable, y no sabía cómo lidiar con eso.

Sin embargo, él me agarró de la muñeca y vacilé al instante. Me quedé con las manos pegadas en el talón del zapato, preparada para quitármelo, y me aseguré de no despegar la vista del suelo, porque sabía que lo tenía justo al lado. El olor de su colonia permeaba el aire. Todo lo que me rodeaba gritaba «Dylan McCarthy Williams» y no me veía capaz de soportar un estímulo más.

—Pressley… —dijo, con un tono de voz que me resultaba desconocido—. Ponte las deportivas de una vez para que podamos ir a casa.

Y lo hice.

McCarthy llevaba mis botas de tacón colgadas de la mano; sus calcetines blancos se teñían más de negro con cada paso que dábamos. Yo seguía dando tumbos, esta vez con sus zapatos (que parecían ser del doble de mi número) en lugar de con los míos.

Y aunque era un rollo, ya no me dolía, y lo prefería. Mientras caminábamos, me pregunté si había terminado a mi izquierda sin querer o si lo había hecho a propósito como un gesto de cortesía.

El silencio cómodo que nos envolvía era una de las cosas que más me gustaban de McCarthy. Que no tuviéramos que estar siempre forzando una conversación, que pudiéramos simplemente estar

callados el uno con el otro, sin que nos sintiéramos incómodos por ello.

—¿Por qué me odias? —le pregunté sin medias tintas, con la voz colmada de una curiosidad sincera y sin el tono acusador que se esperaría de una pregunta como aquella. De verdad quería saberlo. ¿Quién no sentiría al menos un poco de curiosidad?

Él resopló. Sentí que volvía la mirada hacia mí, aunque yo seguí mirando al frente. En la distancia, algunos coches pasaban a toda velocidad por nuestra pequeña ciudad universitaria mientras nos acercábamos a mi edificio. Ya me había acostumbrado al tamaño de los zapatos de McCarthy, y cojeaba solo la mitad que antes, cuando se había burlado de mí.

Yo había contraatacado llamándolo Bigfoot.

—No te odio —gruñó, y el sonido no me resultó tan irritante como de costumbre—. En todo caso, a quien odio es a tu hermano. Y siento pena por ti, por todo el tiempo que has tenido que aguantarlo.

—Bueno. —Me encogí de hombros y di una patada a un guijarro para mandarlo a la franja de césped que había a mi derecha, aunque casi perdí su zapato en el proceso. Me bastó con una mirada para darme cuenta de que lo había visto todo. Sonreía de oreja a oreja, aunque al menos tuvo la decencia de agachar la mirada e intentar contenerse. Carraspeé a toda prisa, de nuevo con la mirada al frente —. Viene a ser lo mismo. ¿Por qué lo odias?

—¿Conoces a tu hermano?

Me reí por la nariz. Con fuerza. Y me arrepentí de inmediato, al tiempo que el sonido viajaba a través de las calles vacías con más fuerza de la que esperaba. Sin embargo, cuando me volví hacia él, ya con las mejillas un poco sonrosadas, él lucía una ancha sonrisa que ya no trataba de esconder.

Se detuvo antes de que pudiera responderle con palabras. Me tendió mis zapatos, y solo me di cuenta de que el edificio de ladrillo rojo junto al que estábamos era el mío cuando él lo señaló con la cabeza.

—De nada —me dijo con tono provocador mientras yo los cogía y me quitaba sus deportivas a la vez.

Esta vez, puse los ojos en blanco, aunque la sonrisa no abandonara mis labios. A pesar del comentario sarcástico que él esperaba a modo de respuesta, contesté con un sincero:

—Gracias.

Supongo que no supo cómo lidiar con mi agradecimiento mejor que yo con su amabilidad, y me dije que tal vez así estábamos en paz. Por desgracia, sabía que los gestos que habíamos tenido el uno con el otro no eran en absoluto equivalentes.

Un «gracias» no podía compararse con caminar descalzo para que no lo hiciera yo. Ni por asomo.

—En serio —insistí—. Gracias. —No. Seguía estando a años luz de él, que permanecía en silencio—. Bueno, pues nada. —Señalé con la cabeza la puerta de mi edificio, como si él no supiera que habíamos llegado—. ¿Nos vemos el lunes?

Asintió y se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Cuando entres, me voy.

Uf. «Deja de ser tan majo».

—Gracias. —Llegados a ese punto, ya me sentía estúpida. Busqué a toda prisa las llaves en el bolsito que llevaba conmigo, antes de que se me escapara otro «gracias» que no estaba en absoluto a la altura de su generosidad.

Entré a toda prisa y me di la vuelta solo cuando hube llegado al ascensor. Nuestras miradas se cruzaron justo cuando él estaba a punto de irse. No supe bien qué hacer, así que le sonreí de nuevo

desde el otro lado de la puerta de cristal que nos separaba. Otra sonrisa sincera.

Para mi sorpresa, me la devolvió de inmediato.

«Gracias», le dije de nuevo solo moviendo los labios.

Para no quedarme corta.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Nuestro café matutino en Daisy's se había convertido en una rutina. Sin embargo, esa semana, McCarthy había cancelado la cita. En el correo electrónico no explicaba gran cosa: «Me ha surgido algo. No llego a tiempo». No le había contestado, y no por ello me ardían los dedos de ganas de enviarle una respuesta pasivo-agresiva. Lo prometo.

Y tampoco es que tuviera ninguna curiosidad por saber qué le había surgido.

Para nada.

No habíamos estado a solas desde el Incidente, hacía cinco días. Era el nombre con el que había bautizado mentalmente lo ocurrido, más que nada para no pensar en lo que había sido en realidad: un beso. Un beso fantástico y casi perfecto.

Cuando llamé a la puerta de su despacho el miércoles siguiente, de mi bandolera marrón asomaba la rosa número ocho. Al parecer, lo de regalármelas seguía pareciéndole igual de gracioso.

Me había acostumbrado a su sarcástico «Preferiría que no» que gritaba desde dentro de su despacho cada vez que llamaba a su puerta, pero esta vez no esperé. Muerta de ganas por entrar de nuevo en aquella sala por razones que escapaban a mi

entendimiento, abrí de inmediato. Esa fue mi primera mala decisión del día.

Porque en ese momento me encontré frente a frente con la mirada desdeñosa de Shaw. Me paré en seco. Quizá, si me quedaba muy quieta, lograría confundirme con el entorno y me libraría de su furia. Pero a pesar de llevar colores apagados —una camiseta ajustada negra de manga larga dentro de unos pantalones anchos de vestir de color marrón y un cinturón de un marrón más oscuro a juego con la bandolera—, y a pesar de que me quedé absolutamente inmóvil, me miró con condescendencia por encima del puente de la nariz torcida. ¿Habría sido la gabardina verde oliva que llevaba colgada del brazo un error?

La expresión estoica de Shaw se mantenía imperturbable. Clavó los ojos azules en los míos.

—Ay, Dios. —Exhalé de forma audible, fijándome en que McCarthy reprimía una sonrisa al ver lo avergonzada que estaba—. Lo siento mucho, no esperaba que hubiera nadie a esta hora. —Levanté la vista hacia el reloj que había colgado encima de la puerta que conectaba ambos despachos, que marcaba las dos en punto. Tal y como me esperaba.

—Entonces ¿por qué ha llamado a la puerta, señorita Pressley?

—Yo…

—Si cree que el señor Williams no tiene más obligación como ayudante que impartirle a usted clases particulares, no hay razón para llamar a la puerta, ¿no es así? —Enarcó una ceja—. Sobre todo si no tiene la decencia de esperar a que le respondan. —Con aquella frase me asestó el golpe final, algo de lo que era consciente, a juzgar por la expresión satisfecha de su rostro.

Tragué saliva; varios insultos me treparon por la garganta mientras el deseo de soltárselos todos crecía exponencialmente.

—Lo siento —me disculpé con voz entrecortada. Era lo único que podía decir sin llamarlo también «capullo malhumorado». Tuve suerte de tener tanta capacidad de contención.

Shaw me dio la espalda sin decir otra palabra para mirar a McCarthy, que estaba de pie detrás de su escritorio. Este se borró aquella expresión petulante de la cara de inmediato y, como respuesta, le hice una peineta a espaldas del profesor.

—En cualquier caso —carraspeó el profesor—, ya habíamos terminado, ¿no?

McCarthy asintió.

—Sí, señor. Me pongo enseguida con esto. —Levantó un montón de papeles para enfatizar sus palabras y acompañó el gesto asintiendo con educación. Shaw me dedicó una última mirada de pura maldad antes de desaparecer en su despacho.

—Serás cabrón. —Las palabras salieron disparadas de mi boca al tiempo que me volvía hacia McCarthy como un rayo. Estaba bastante segura de que lo que vi mientras se encogía de hombros y se sentaba era una sonrisa.

—¿Qué se supone que tenía que hacer? —se defendió, como si no existieran los teléfonos, las llamadas o los mensajes.

—Ah, pues no sé —proseguí, incrédula, levantando los brazos en un gesto teatral—. ¿Avisarme, tal vez? —Resoplé mientras me sentaba en mi silla. La mochila se me deslizó de la mano y cayó al suelo. Un retrato de mi derrota—. Mandarme un mensaje, llamarme… Enviarme un puto correo si es necesario. —Molesta, añadí—: Hace unos días no tenías dificultades para hacerlo.

No debería haber dicho aquello. Al ver que sus labios se curvaban en una sonrisa de sorpresa, pero provocadora, el arrepentimiento me caló hasta los huesos.

—Oh. —Ladeó la cabeza sin dejar de mirarme—. Te refieres a lo

de Daisy's. —Se inclinó hacia atrás en la silla y soltó un suspiro de satisfacción—. ¿Has estado dándole vueltas a esa cabecita por mi culpa? ¿Pensando en por qué no pude ir?

Solté un ruidito de incredulidad. Ni siquiera yo fui capaz de identificar qué era.

—Te lo tienes muy creído.

No me hizo ni caso. Siguió sonriendo cada vez con más ganas, hasta que el hoyuelo de su mejilla hizo acto de presencia.

—¿Me…? —Ahogó un grito—. ¿Me has echado de menos, Pressley?

—Por el amor de Dios. —Gemí y eché la cabeza hacia atrás—. No, no te he echado de menos —le aclaré. A él y a mí misma—. Y no le he estado dando vueltas a la cabeza por tu culpa y no me importa por qué no viniste ni qué te pasó.

McCarthy se rio por la nariz y luego siguió hablando sin mostrarse preocupado en absoluto.

—No te preocupes, princesa. No me atrevería a cancelar una cita contigo si no fuera por un asunto de imperiosa necesidad. —Me miró a los ojos; había pronunciado el sobrenombre con una sonrisa ladina —. El entrenador quería hablar con nosotros antes de clase. Sobre el próximo partido contra Brown.

—Que me da igual.

—Ya, claro. —Enfatizó la chulería de su voz guiñándome un ojo—. Por cierto… Si quieres que te avise de quién puede que haya en mi despacho a cada hora y por qué razón… —me dispuse a interrumpirle de nuevo, pero él alzó la voz en tono juguetón—, deberías darme tu número.

Me deshinché al oír ese argumento tan razonable, aunque no por ello dejé de poner los ojos en blanco. Vacilé unos instantes, pero luego me rendí con un suspiro y alargué un brazo sobre la mesa

para que me diera su móvil. Un segundo después, estaba desbloqueado y en mis manos.

—No des mis datos en sitios que me manden spam —lo amenacé con un gruñido mientras tecleaba mi número a regañadientes.

—¿O qué? —A juzgar por la expresión engreída con la que me miraba cuando le devolví el móvil, estaba disfrutando un poco demasiado de todo aquello.

—O te mandaré matar. —Le dediqué una sonrisa dulce que no encajaba con el tono gélido y amenazador de mi voz. Él se rio (se rio de verdad, lo que me pareció adorable), echando la cabeza hacia atrás.

—¿A que no te atreves, Pressley?

—¿Coeficiente de correlación de Pearson?

No exageraba cuando decía que, solo en ese día, ese concepto había salido de su boca un centenar de veces. Si pensaba en positivo, lo que me habían recomendado muchas veces que empezase a hacer, estaba bastante segura de que hacía una hora no había ni oído hablar de aquel término.

A eso se le llama avanzar, ¿no?

De todos modos, eso no me ayudaba mucho a la hora de definir el concepto. Como había incluido tantas palabras nuevas en mi vocabulario, se me habían revuelto y mezclado todas, formando un barullo estadístico gigantesco en mi mente. Las posibilidades de encontrar una definición correcta para el coeficiente de correlación de Pearson eran bastante escasas.

Gemí y eché la cabeza hacia atrás, apartando la vista de McCarthy para fijarla en el techo. Se había levantado de su silla, al otro lado de la mesa, con la excusa de que necesitaba «caminar para gestionar la frustración». Pues vale. No me había importado hasta

que había decidido inclinarse a mi lado para encarar la clase de una forma un poco más… intimidatoria.

Fue él quien lo dijo así, no yo.

Estaba de pie, con un pie recostado encima del otro y los brazos cruzados, apoyado en la mesa, que era relativamente pequeña, delante de mí. Para convencerme, tanto a él como a mí misma, de que estar tan cerca de McCarthy no me generaba ningún problema, había colocado la silla justo delante de él. No quedaba mucho espacio entre mis rodillas dobladas y sus piernas extendidas. Al mirar al techo, alcancé a ver fugazmente una expresión esperanzada en su rostro.

Cómo podía albergar alguna esperanza respecto a mi futuro con la estadística era algo que escapaba a mi entendimiento. Yo me había rendido hacía ya mucho tiempo. De todos modos, cuando nuestras miradas se encontraron, decidí esforzarme tanto como pudiera. Me lo había prometido a mí misma. Y, como mínimo, se lo debía a mi madre.

«El coeficiente de correlación de Pearson».

Era un poco como en una clase de Lengua del instituto en la que hubiera que memorizar términos y sus definiciones. Aquello se me daba genial. De hecho, era la única asignatura en la que no me había sentido a la sombra de mis padres. Algo en lo que era mejor que ellos. Mejor que mamá y su cerebro lleno de ecuaciones y algoritmos, y quizá incluso mejor que Henry, cuya falta de creatividad no le beneficiaba a la hora de pensar estrategias mnemotécnicas. Otra cosa que a mí se me daba muy bien.

Solo que en ese momento, en lugar de definir lo que eran los sonetos y las quintillas, McCarthy me estaba preguntando por un tipo específico de correlación. Y significaba un tipo de asociación entre…

—Mide la fuerza… —comencé con recelo, pero él asintió—. ¿Y la dirección de la relación entre dos variables? —terminé, en parte adivinando… y en parte no.

Para mi sorpresa, el rostro de McCarthy no se ensombreció de decepción al oír mis palabras, como había ocurrido incontables veces aquel mismo día. No puso los ojos en blanco, ni optó por soltarme un comentario burlón antes de repetir la pregunta. En lugar de eso, esbozó lentamente una sonrisa. Descruzó los brazos y apoyó las manos en la mesa que había tras él.

—¡Exacto! —Sonreía tanto que casi no se le entendía—. Bien hecho.

En un rincón escondido de mi mente, me di cuenta de que me hacía sentir bien que me halagara. Como si hubiese conseguido algo al hacer que se sintiera orgulloso. No pude evitar que se me dibujara una sonrisa de oreja a oreja hasta que me di cuenta de que lo estaba haciendo, y hasta que comprendí que lo que la había originado era que él también había sonreído.

Me puse seria en cuanto caí en la cuenta. Apreté los labios en una línea recta, y McCarthy me imitó sin vacilar. Luego carraspeó, desviando su atención por lo que me parecía que era la primera vez desde que se había colocado frente a mí.

—Será mejor que terminemos la sesión en lo único positivo que podremos sacar de ti hoy —sugirió, mirando a su alrededor con desdén. El cambio en su actitud hizo que me removiera en mi asiento, que arrugara la nariz ante su sarcasmo.

—Ja, ja. —Me negaba a admitir que tal vez tuviera razón—. Ten un poco más de fe en mí, McCarthy.

Quizá el modo de dominar (o, por lo menos, no suspender) aquella asignatura era dejar de pensar en lo buena estadística que había sido mamá, y, en consecuencia, en lo mala que era yo si me

comparaba con ella. Quizá lo mejor era que me concentrara en lo que se me daba a mí mejor que a ella (por ejemplo, memorizar).

—No soy yo quien no tiene fe, princesa —respondió él en voz baja, pensativo.

Otra vez el sobrenombre. El que se suponía que no haría que me diera un vuelco el corazón, el que no tenía que hacerme sonreír. Al fin y al cabo, era un insulto. Una pulla contra todo aquello en mí que evidenciaba mis privilegios. Así que me limité a fulminarlo con la mirada.

—¿Todavía crees que esto va a terminar bien? —Tuve que reprimir un resoplido, porque, en realidad, llevábamos ya un tiempo dando clase y mis notas seguían quedándose muy lejos del aprobado. Además, los exámenes estaban cada vez más cerca.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Por supuesto. —Lo dijo de forma tan despreocupada, tan convencido, que casi me lo creí—. Si suspendes, significa que yo he fracasado —me recordó. Guardó silencio durante un segundo antes de añadir—: Y yo no fracaso.

Tenía razón, por supuesto. Si había algo, una sola cosa, mayor que mi ego —que, como era evidente, en ese momento me estaba fallando—, era el suyo. Y si McCarthy decía que no fracasaría, no lo haría.

Dejé la mirada sobre él un ratito más, fijándome en la sombra de barba que empezaba a despuntar en su mandíbula y los rasgos angulosos en los que crecía. Tenía los labios ligeramente entreabiertos. Se veían rosados y un poco hinchados, probablemente porque se los mordisqueaba cada vez que esperaba a que yo respondiera a una de sus preguntas. Miró a su alrededor, como si no pasara horas en aquel despacho cada semana, y como si no se hubiera grabado cada pequeño detalle en la mente. Lo hacía a

propósito para no mirarme a mí, y lo cierto era que yo disfrutaba de observarlo en silencio.

Y ya no pude más.

Carraspeé para desterrar los pensamientos centrados en su hermoso rostro y sus hermosos labios, pero no tuve éxito. En lugar de eso, recordé que habían estado sobre los míos apenas unos días antes.

«Ya basta».

Me levanté de golpe, tan rápido que mi cuerpo necesitó un segundo para reponerse. El ruido de la silla al rechinar contra el suelo de madera resonó en la habitación y él se volvió bruscamente hacia mí.

Y ahí estaba otra vez. En mis mismísimas narices, aunque no lo hubiera hecho a propósito. Tan cerca de mí. Tan, tan cerca de mí. Todos mis esfuerzos por no pensar en el Incidente se fueron al traste. A él se le dilataron las pupilas, y su aliento seguía llegando rítmicamente a mi nariz.

Por desgracia, a mí se me cortó la respiración de forma casi dolorosa, y supe que se había dado cuenta cuando las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba, si bien de forma casi imperceptible. Se contuvo casi de inmediato y devolvió la normalidad a su expresión. La frialdad. El estoicismo.

—Oye, escucha…

—Mira…

Los dos habíamos hablado al unísono, interrumpiéndonos el uno al otro. Se me escapó una risa nerviosa, y me pregunté qué coño me estaba pasando y desde cuándo me reía yo cuando estaba nerviosa. Y por un hombre, además.

—Lo que…, lo que pasó el viernes —empezó él de nuevo, un poco vacilante. Quise echarme a reír, porque McCarthy lo había llamado

«lo que pasó» y yo lo había llamado «el incidente» y también había estado a punto de sacar el tema.

Dejó pasar un instante de silencio tras sus palabras, intentando captar mi reacción, cualquiera que fuese. Frunció el ceño, pero yo me quedé callada, limitándome a asentir.

—Un grave error, ¿no? —añadió en un tono despreocupado. Incluso trató de fingir una carcajada, aunque no coló. Fue entonces cuando lo comprendí, tan repentinamente como si me hubiera caído un rayo encima: él también estaba nervioso. Dylan McCarthy Williams, que era la viva imagen del estoicismo y me sacaba de quicio por ello, estaba nervioso. Quién lo hubiera imaginado.

Aquello por sí solo bastó para animarme, a pesar de la naturaleza de la conversación. Al fin y al cabo, tenía razón.

—Gravísimo —coincidí. Porque, al parecer, por culpa de eso, me había dado la risa nerviosa y me había preocupado cuando había cancelado nuestra cita. Y eso no podía ser.

—Y no puede volver a pasar —continuó, clavando en mí los ojos marrones. Luego me recorrió el cuerpo entero con ellos y tragó saliva con fuerza—. ¿Verdad?

Negué con la cabeza.

—Jamás.

Mi pecho subía y bajaba con fuerza bajo mi camiseta; vi un cambio fugaz en su expresión estoica. Sus ojos siguieron estudiando mi rostro, observándome inquietos, hasta que al fin volvieron a detenerse sobre los míos.

No medió palabra. Simplemente, me miró.

Y entonces volvió a pasar.

Con una mano me cogió de la cintura y con la otra me acarició la mejilla con tanta suavidad que no parecía posible que sus labios explorasen los míos de aquel modo, que su lengua me rogase que la

dejase entrar con tanta vehemencia. Se le escapó un ronco gemido de los labios cuando por fin entreabrí los míos, y solo por aquel sonido me dio la sensación de que todo aquello merecía la pena.

Con un rápido movimiento, McCarthy giró nuestros cuerpos entrelazados, presionándome las piernas contra la mesa en la que antes estaba apoyado. Cuando me senté en ella nuestros labios apenas se desconectaron, y meros segundos después él estaba entre mis piernas, atrayéndome con fuerza hacia sí, jadeando y prodigándose en caricias abrasadoras.

Mis manos se abrieron paso hasta su pelo. Y McCarthy reprimió un gemido cuando tiré de él.

Yo me sentía como si me hubieran prendido fuego, como si ya estuviera ardiendo hasta convertirme en cenizas. Cada larga caricia, cada roce de sus dedos y cada sonido que gemía en mi boca me hacía arder. Por él. Con él.

Y cada vez que su aliento me rozaba los labios, cada vez que presionaba los suyos contra los míos cuando yo estaba a punto de separarme, me demostraba lo mucho que deseaba lo que estaba ocurriendo entre nosotros, que no había ninguna verdad en su sugerencia anterior.

«No puede volver a pasar». Qué mentiroso.

Cuando se separó de mí, vi en sus ojos la misma desesperación por seguir que yo sentía en el vientre.

—He firmado un contrato —jadeó contra mis labios, como si estuviera intentando recordárselo a sí mismo. Como si estuviera tratando de recordar todas las razones por las que habíamos escrito «nada de sexo» en letras mayúsculas en aquel maldito papel—. Y tú también. —Me agarró de la nuca con las manos, todavía con los pulgares en mis mejillas, y tragó saliva, como si le costara la vida no volver a besarme. Me tenía inmovilizada, para que yo tampoco

pudiera hacerlo—. ¿Sueles incumplir lo que firmas, Pressley?

«No —pensé—. Pero no logro que me importe porque no puedo pensar en nada que no seas tú».

Pero si quería jugar, eso haríamos. Si de verdad tenía intención de honrar esa parte de nuestro contrato, lo menos que yo podía hacer era ponérselo lo más difícil posible. Hacer que él lo rompiera antes que yo.

Me reí entre dientes, poniendo entre ambos una distancia que, a pesar de necesitar con fuerza, no me gustaba. Curvé los labios en una sonrisa.

—¿Estás seguro de que quieres jugar a este juego, McCarthy?

Y, de algún modo, sabía exactamente a qué me refería.

—Jugar a esto contigo sería un honor.

CAPÍTULO DIECINUEVE



¿¿¿???, miércoles, 20.55

>¡Felicidades! Has ganado un vale regalo de tu elección por el valor de 1.000 $. Ve a (enlace) para recibirlo.

Estaba a punto de bloquear el número spam, maldiciendo a McCarthy por haber hecho justo lo que le había pedido que no hiciera, cuando recibí un segundo mensaje:

¿¿¿???, miércoles, 20.55

>Y úsalo para invitar a tu novio a cenar a un sitio bonito después de su partido del domingo.

Puse los ojos en blanco y me borré la sonrisa de la cara.

YO, miércoles,
20.56
>Que te den
>Ahí estaré

YO, miércoles, 21.22

>Porque así lo estipula el
contrato, por supuesto

MCCARTHY, miércoles,
21.22
>Por supuesto.

Wren no se molestó demasiado cuando le pedí que me acompañara. Es más, accedió sin que tuviera que recurrir a sobornos de ningún tipo. Y, por su propia voluntad, vitoreó al equipo desde las gradas con los brazos en el aire cuando McCarthy marcó el primer gol contra Brown.

Me sorprendió más el grito de júbilo que solté yo después de que marcara el gol.

Me tranquilicé enseguida, a pesar de que se me quedó la sonrisa grabada en los labios mientras veía cómo los chicos de la HBU se abalanzaban sobre el delantero para darle un abrazo grupal. No podía oír ni sus gritos ni sus vítores por encima de los abucheos de la multitud, formada en un ochenta por ciento por estudiantes de Brown. Tenía sentido: estábamos a un trayecto de dos horas y media largas en coche, así que pocos estudiantes de nuestra universidad se habían desplazado hasta allí.

Tampoco importaba. Les estábamos dando una paliza a pesar de la lluvia torrencial. Jugáramos en casa o no.

Cuando llegó el descanso, el marcador seguía 1 a 0 para nosotros. Me arrellané en el asiento del que Wren me había hecho saltar cuando habían marcado el primer gol del partido y exhalé un suspiro. El corazón me latía demasiado rápido, y empecé a sentirme exhausta en cuanto la adrenalina por lo bien que estaban jugando

dejó de correr por mis venas.

—¡Mira lo que he traído!

Ir ganando debía de tener algún tipo de efecto en Wren, porque no solía estar tan animada. Cuando me volví, vi que llevaba la media melena de dos colores alborotada y las mejillas sonrosadas del frío y de tanto gritar para compensar la energía negativa que irradiaban los de Brown, que me había asegurado que «percibía». Y en la mano, como si fuera la única cosa que podría causarle felicidad en este mundo, llevaba la Polaroid que yo le había regalado el año anterior por su cumpleaños.

Era de color negro, como la mitad de su pelo y la sudadera de la HBU que lucía con orgullo. La miré a los ojos mientras esbozaba una sonrisa reflejo de la suya.

—Quiero recordar el día que le dimos una paliza a Brown en su propio estadio durante el resto de mi vida —sentenció, asegurándose de hablar lo bastante alto como para que la oyera la multitud que nos rodeaba. En sus labios había una sonrisa victoriosa que no sacaba a pasear muy a menudo, que exageró aún más al mencionar al equipo contrario.

Puse los ojos en blanco, aunque no pude reprimir la sonrisa que tenía en la cara. Me encantaba verla tan feliz, tan libre de preocupaciones. No me importaba que su felicidad se sustentase en la desgracia de otros (los de Brown). Nunca me había importado y nunca me importaría.

Quizá debería haberla acompañado a más partidos.

Y, de repente, me sobrevino una oleada de culpa tan grande como un tsunami. No había visto venir el pensamiento, y fue tan inesperado que estuve a punto de dar un respingo.

Wren meneó la cámara otra vez, así que dejé de pensar en que era una amiga horrible.

—¿Puedes? —me pidió con impaciencia.

Asentí y cogí la cámara. Mientras yo encuadraba, Wren sacó la lengua y sonrió hasta que se le cerraron los ojos mientras esperaba el flash, que estalló unos segundos más tarde.

—Entonces ¿estás registrando las veces que has animado a McCarthy? —bromeé mientras dejaba la cámara sobre mi mochila y me tragaba esa sensación de culpabilidad, reemplazándola con el único mecanismo con el que era capaz de enfrentarme a ella: el sarcasmo.

Ella hizo una mueca y me quitó la foto de la mano.

—No empieces —masculló, aunque había un toque de humor en su voz—. Él siempre ha formado parte del equipo y yo siempre he animado al equipo. Eso no significa que no me vaya a burlar si se cae de morros. —No pude evitar reírme por la nariz. Wren prosiguió —: ¿Te acuerdas de aquel día que un portero le dio un puñetazo? ¿En mitad del partido?

Como era obvio, no había estado en ese partido, así que negué con la cabeza.

—Dios. —Suspiró, supongo que recordando con nostalgia lo que suponía que para ella eran buenos tiempos—. Qué no daría yo por revivir ese momento. —Casi podía oír la sonrisa en su voz, incluso antes de volverme de nuevo hacia ella.

Esperé que mi breve risa le diera a entender que la anécdota me resultaba igual de divertida que a ella, aunque, por alguna razón, no era así.

—¿Qué pasó? —inquirí, interesadísima de repente, mientras me preguntaba de nuevo por qué no iba más a menudo a los partidos.

Wren se encogió de hombros y se sentó a mi lado.

—Quién sabe. No presté atención a los detalles. —Me daba la sensación de que estaba, en ese preciso instante, reproduciendo la

escena en su mente, y su sonrisa de satisfacción me parecía preocupante.

Pero se sentía feliz, aunque fuera a expensas de la desgracia de mi novio falso, así que no pasaba nada. Él no me importaba.

Y tampoco me importaba por qué le habían dado un puñetazo.

La HBU ganó por 1 a 0. Tal y como había predicho McCarthy, Henry no permitió que ni un solo disparo lograse cruzar la línea de defensa del equipo; de hecho, se pasó la mayor parte del tiempo jugando casi como un portero, salvo porque no utilizaba las manos. Se oyeron varios rugidos de triunfo a través de las gradas, aunque el sonido predominante era el de los suspiros derrotados, las maldiciones y los abucheos.

Toda mi atención estaba en McCarthy. Los vítores de Wren eran dos veces más altos que los míos, y yo aplaudía con una sonrisa de oreja a oreja, aunque no por ello era capaz de apartar la mirada de él.

A pesar de la lluvia y las bajas temperaturas, el equipo entero se quitó la camiseta en cuanto el silbato anunció su victoria. McCarthy, que estaba frente a la portería de Brown, echó a correr hacia la nuestra con su aire indiferente habitual, aunque se le notaba la felicidad en cada uno de los saltitos que daba.

Solo me di cuenta de que lo estaba mirando cuando se volvió hacia mí y nuestros ojos se encontraron de inmediato. Ni siquiera le hizo falta buscarme entre las gradas: al fin y al cabo, sabía dónde encontrarme. Me había identificado en cuanto los dos equipos habían saltado al campo. Había recorrido las gradas con la mirada y yo se lo había puesto fácil haciéndole una peineta con una sonrisa taimada en el rostro. Como respuesta, me había lanzado un beso.

Ahora también tenía la mirada fija sobre mí, con aquella sonrisa

victoriosa pintada en los labios. El hoyuelo se le pronunció aún más cuando se dio cuenta de que yo también lo estaba mirando a él. Echó la cabeza hacia atrás, soltando una carcajada que no pude oír —aunque deseé haberlo hecho— y luego me guiñó un ojo.

Puse los ojos en blanco. Intenté que mis labios actuasen en consecuencia, pero fracasé estrepitosamente. Así pues, continué aplaudiendo con la sonrisa puesta, y lo seguí con la mirada hasta el otro lado del campo. Hasta que la voz de Wren desvió mi atención.

—¿Cómo vamos a volver a casa? —Parecía distraída. Aún estaba mirando al campo y aplaudiendo.

A ninguna de las dos le había apetecido conducir dos horas y media a las nueve de la mañana, así que habíamos ido con Laila (que era la prima de Michael y no su hermana, como había descubierto al fin) y sus amigas. Sabíamos que no tendrían sitio para nosotras a la vuelta porque nos había dicho que el primo en cuestión volvería con ellas. Nos lo había repetido hasta la saciedad, pero nosotras habíamos contestado que nuestras yo del futuro ya se las arreglarían. Ahora guardaba bastante rencor a nuestras yo del pasado.

Suspiré.

—Pues sí, ¿cómo vamos a volver a casa?

Wren se encogió de hombros.

Genial.

—Podrías haber aplaudido más fuerte.

—Podrías haber jugado mejor.

—No te he oído animarme ni una sola vez, Pressley.

—Ni me oirás nunca.

Había terminado en el coche de McCarthy, por si no te habías dado cuenta. No esperaba que tuviera un Jeep negro destartalado,

aunque tenía su encanto. Comparado con mi Mercedes Clase G, tenía personalidad.

Había tardado casi media hora en convencer a Wren de que ocupara el último asiento disponible en el coche de Laila. Tras lograrlo, me había ido hacia McCarthy, dispuesta a humillarme. Y, por supuesto, él había observado toda la escena de lo más entretenido.

Se había apoyado en su coche, sin inmutarse a pesar de que lloviese con fuerza, con las cejas enarcadas en un gesto expectante. Sabía que no me daría tregua, y que no me ahorraría la tarea de pronunciar las palabras. Quería escucharlas de mi boca.

Así que le había pedido que me llevase. Y él había aceptado al instante.

—Admítelo —continuó provocándome, con los ojos en la carretera. Tenía una mano sobre el volante y la otra descansaba perezosamente sobre el cambio de marchas. Sí, exacto: McCarthy tenía un coche manual—. Ha sido un gol increíble.

Sí, había sido un gol increíble; era capaz de admitirlo. Solo que no ante él.

—Sí, claro…, entró en la portería —coincidí, asintiendo pensativa.

Estaba sonriendo con todas sus fuerzas, aunque se mordía el labio inferior para tratar de disimularlo. Sin éxito. Aparté la vista a toda prisa cuando vi que se presionaba el interior de la mejilla con la lengua, a punto de reírse, al tiempo que negaba con la cabeza con suavidad.

Solo para dejar de pensar todas las cosas inapropiadas que se me estaban pasando por la cabeza, me puse a rebuscar en mi bolso. Inspeccioné mi llavero, como si no fuese el mismo que tenía desde los nueve años. Acaricié la suave tela del pañuelo que había decidido quitarme cuando McCarthy había puesto al máximo la calefacción. Y luego seguí rebuscando, sencillamente para mantenerme ocupada.

Ocupada, ocupada, ocupada. «No lo mires», me advertí. Mirarlo solo me recordaría al… Incidente.

Pero ese era el problema. Eso que había estado intentando borrar de mi mente, olvidar que había ocurrido. Y con bastante éxito, si se me permitía decirlo. Pensar en sus labios acariciando los míos, en el aroma de su colonia flotando en el aire, en el tacto de su pulgar trazando círculos distraídamente en mi mejilla mientras me agarraba de la cintura con la otra mano… Apenas pensaba ya en ninguno de aquellos detalles. Saltaba a la vista, ¿no?

Era consciente de que me ardían las mejillas, y me imaginaba perfectamente de qué color se habían puesto. Negué con la cabeza a toda prisa.

Ocupada, ocupada, ocupada.

Cogí lo siguiente que rocé con los dedos y saqué la Polaroid de Wren antes ni siquiera de comprender qué era, ni de darme cuenta de que me había olvidado de devolvérsela. Y cortocircuité por segunda vez delante de McCarthy.

—¡Sonríe! —exclamé con una voz aguda espeluznante mientras levantaba la cámara, apuntando hacia mí y al hombre que conducía a mi izquierda. Él se volvió hacia mí con el ceño fruncido, apartando la vista de la carretera por una fracción de segundo. No esperé a que hiciera ningún comentario. Al fin y al cabo, lo único que yo pretendía era distraerme.

Cuando miré a la foto revelada unos minutos después, no supe muy bien si había sido una buena idea.

No presté atención más que un segundo a lo bien que yo había salido. Al mirar el pelo alborotado y húmedo de McCarthy y la camiseta mojada pegada a sus bíceps, no sentí que me estuviera distrayendo mucho. Y que él me estuviera mirando a mí en lugar de al objetivo no mejoró mucho la situación.

Me obligué a cerrar los ojos y reprimir un gemido de frustración, para soltar un resoplido en su lugar. En otro intento desesperado por dejar de pensar en él, enganché la Polaroid al espejo retrovisor y observé con atención cómo reaccionaba.

—Eso impide que cumpla su función, ¿no te parece? —comentó, mirando a la foto de vez en cuando. Arqueó una ceja y la siguiente mirada me la dedicó a mí.

Me encogí de hombros.

—No seas tan aburrido —le chinché—. De algo hay que morir, McCarthy. Y si es así como va a ocurrir, al menos la última cara que verás será la mía. —Pensar en su muerte me resultaba menos satisfactorio ahora que seis meses atrás. Hacía que se me retorcieran las entrañas y se me encogiera el corazón de un modo que no me apetecía mucho interpretar. Estuve a punto de quitar la foto de ahí. Pero, en lugar de eso, añadí—: No hay nada que importe tanto. —Porque no lo había.

Una carcajada se abrió paso entre los labios de McCarthy, una risa irónica y provocadora. Y preciosa.

—Salvo el dinero, ¿no? —Había un matiz desafiante en su voz. Me miró de reojo con curiosidad para ver cómo reaccionaba, como si estuviese tratando de provocarme solo un poco. Di por hecho que aquel era otro más de los momentos en los que se le olvidaba que se había criado en el seno de una familia tan rica como la mía.

Me encogí de hombros. No pensaba darle la satisfacción de sacarme de mis casillas.

—El dinero no importa tanto cuando siempre lo has tenido —repuse—. Tú tendrías que saberlo mejor que nadie, McCarthy.

Dio un respingo, como si se hubiera ofendido, pero se notaba en su expresión que se estaba divirtiendo. Y yo no pude evitar esbozar una frágil sonrisa ante su reacción.

—No me malinterpretes —añadí enseguida, poniendo los ojos en blanco antes de volverme hacia él y mirarlo a los ojos—. Tener dinero es genial. Debe de ser lo mejor que me ha pasado en esta vida. Pero yo no me he esforzado por tenerlo, siempre ha estado ahí, ¿sabes?

—Vaya, qué autocrítica —replicó con sarcasmo. Cambió de marcha con aire despreocupado y aceleró—. Es enternecedor ver que eres consciente de tus privilegios. No te creía capaz. —Más sarcasmo. Y luego se hizo un silencio.

—Bueno… —Negué con la cabeza—. Tampoco es que tú te hayas ganado tu dinero, ¿no? Estamos en el mismo barco, te guste o no.

—Sí, claro —contestó con énfasis, enarcando de nuevo las cejas con aire divertido—. La diferencia es que yo he trabajado tres veranos seguidos para comprarme este coche y que la única razón por la que mi padre me paga la matrícula es para que no le quite una beca a alguien que la necesite de verdad.

—¿Y eso significa que eres un niño rico y privilegiado mejor que yo? —No era mi intención que se me notara molesta, pero mi capacidad de acompañar mis palabras con la cantidad justa de sarcasmo mermaba cuando me irritaba. Y empezaba a estarlo bastante.

McCarthy resopló sin apartar la mirada de la carretera.

—Yo diría que sí. —Parecía complacido consigo mismo, probablemente porque se había percatado de que había tenido éxito buscándome las cosquillas. Otra vez—. De todos modos… —continuó —. Hablando de lo mejor que te ha pasado en esta vida, no puede ser que el dinero sea lo primero de la lista, ¿no? —Esta vez, no había ni gota de ironía ni en su voz ni en sus rasgos, y me quedé un poco desconcertada con la rapidez con la que había cambiado de tema. No sabía cómo responder.

—¿Qué pasa? —Me reí por la nariz—. ¿Qué esperas oír, tu nombre?

—¿Lo oiré? —Lucía una sonrisa divertida, confiada. Cuando se atrevió a mirar, me horroricé al ver que mis propios labios se curvaban en una sonrisa igual, a pesar de que me había propuesto seguir molesta con él. Me obligué a mirar a la carretera.

—En tus sueños, tal vez.

—Ya —canturreó—. Eso no lo dudo. —Me volví hacia él con brusquedad, pero se apresuró a seguir hablando, como si no hubiera dicho lo que acababa de decir—. ¿Y tus amigos o tu familia? ¿No están en el primer puesto de esa lista?

Debía de haberse pasado los últimos siete años debajo de una piedra si no conocía cuál había sido el… destino de mi familia. Si no sabía que, en realidad, no la tenía. Sí, claro, Henry seguía siendo mi familia…, pero a duras penas.

Me reí en voz baja y negué con la cabeza.

—¿Estás intentando conocerme mejor, McCarthy? —Dejé que una falsa perplejidad se adueñara de mis rasgos, pero me costó mantener la farsa al ver que me sonreía. Otra vez.

—¿Y qué si fuera así?

Era una buena pregunta. ¿Qué pasaba si Dylan McCarthy Williams estaba intentando conocerme mejor? Todavía no tenía una respuesta para eso, así que me encogí de hombros y pensé en la pregunta que me había hecho antes.

—¿La familia? —le aclaré con seriedad, mirando por la ventana otra vez—. ¿Qué familia? ¿La que murió cuando tenía quince años o contra la que me estoy confabulando en la actualidad? —Tampoco es que no lo supiera. Si seguías el fútbol como lo hacía McCarthy, seguro que habías llorado la muerte de mi padre. Tal vez, incluso recordases dónde estabas cuando ocurrió. Felix Pressley había sido

toda una leyenda.

Pero había cierta gravedad en mis palabras. En mi confesión. Algo que McCarthy no podía ni siquiera empezar a comprender. Porque yo no lo había comprendido hasta que habían abandonado mis labios, hacía diez segundos.

Había estado tan concentrada con mis tejemanejes, planificando la venganza perfecta, que había perdido de vista lo más importante: que mi hermano era la única familia que me quedaba. Y que no teníamos buena relación. Ni siquiera estaba segura de querer tenerla si él seguía yendo por la vida como si fuese hijo único, acordándose solo de que no era así cuando yo me convertía inevitablemente en una inconveniencia. Se comportaba como si yo le importase solo cuando veía algo en mi vida que juzgaba que debía arreglarse, y para hacerlo sobrepasaba todos mis límites.

Cerré los ojos, temerosa de que si decía una palabra más, de que si miraba a la persona equivocada en el momento equivocado, todo caería de golpe sobre mí. La triste realidad: que no podía decir que la familia era lo que más me importaba, porque para ellos jamás había sido lo más importante.

De haber sido así, tal vez mis padres no habrían decidido pasar Acción de Gracias en las Bahamas. Tal vez no se habrían subido a ese avión, tal vez no habrían volado directos al corazón de aquellas turbulencias que se encargaron de que jamás salieran de él. Tal vez no odiaría el día en que otros se dedicaban a dar gracias.

Y tal vez Henry no habría crecido tratando de compensar la falta de control que había sentido ese día centrándose únicamente en el control. Tal vez no pensaría solo en sí mismo, en su carrera y en su futuro, sino que se pararía unos instantes a pensar en la gente que había perdido por el camino. En el hecho de que era probable que se hubiese perdido un poco a sí mismo también.

—¿Y Wren? —Tragué saliva con dificultad. Mantuve los ojos cerrados, a pesar de las ganas de mirarlo que sentí con aquella sugerencia—. Es familia, ¿no? —preguntó, pensativo debido al silencio que se había hecho en el coche.

Cuando mi humor se había tornado melancólico, al acercarse nuestro primer Día de Acción de Gracias juntas, Wren no había tardado mucho en sumar dos más dos. Como la mayoría de la gente, sabía quiénes eran mis padres y qué les había ocurrido. Pero, a diferencia de la mayoría, no los había mencionado antes de que lo hiciera yo. E incluso aunque no supiera cuál era exactamente el día festivo en el que habían muerto, con una rápida búsqueda en Google debía de haber descubierto todo lo que necesitaba saber.

Así que entender por qué me estaba cerrando en banda por aquellas fechas tampoco era física cuántica. No era difícil entender por qué me pasaba el día debajo de una manta, leyendo, mandando mensajes o llorando. Sin hacer ruido. Aunque, al parecer, algo de ruido hice, porque, cuando quise darme cuenta, había metido la mitad de mi armario en una maleta y me había anunciado que me esperaba en el coche. No había dejado opción a peros ni porqués; no hubo discusión posible.

Hacía apenas tres meses que nos conocíamos cuando me llevó a pasar Acción de Gracias con su familia. Y, durante los últimos tres años, había insistido en invitarme también a otras celebraciones.

¿Navidad? La pasé en su casa.

¿Pascua? También.

¿El Cuatro de Julio? Exacto.

Sus padres no habían cuestionado mi presencia ni una sola vez. Delphia y James me habían recibido con los brazos abiertos desde el primer momento. Nadie me había preguntado por qué estaba de mal humor ni por qué me había encerrado en su habitación de invitados.

Nadie me había obligado a comer con ellos. En lugar de eso, si yo no me había presentado a cenar, siempre había un plato esperándome junto a mi puerta. Casi siempre comía con ellos, pero, cuando no lo hacía, lo que recibía de su parte era comprensión.

Me comprendían. Me valoraban. Quizá, incluso me querían un poco.

En tres años, me habían enseñado lo que significaba la palabra «familia» mejor que personas que habían formado siempre parte de mi vida.

—No hace falta que tenga tu sangre para que sea familia de verdad. —McCarthy debía de haberse percatado de los derroteros que estaban tomando mis pensamientos. Cuando los interrumpió, lo hizo con voz serena y amable—. Puedes elegir. Siempre se puede elegir.

Cuando abrí los ojos y los volví suavemente hacia él, vi en su rostro la misma dulzura que en su voz. Sus facciones estaban relajadas, sus ojos, colmados de amabilidad. Cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando, me ofreció una sonrisa sincera, acompañando el gesto de un amable asentimiento.

«Comprensión», pensé. Eso era lo que me estaba dando.

CAPÍTULO VEINTE



El lunes siguiente, cuando volví de clase, la cocina estaba llena de cuencos cubiertos de masa y de harina y olía a gloria. Sin embargo, era una imagen preocupante: la última vez que había visto a Wren hornear de esa manera, había sacado un aprobado raspado en su examen final y había pillado a Jason poniéndome los cuernos, todo en la misma hora.

Wren canalizaba el estrés horneando, más que nadie que hubiera conocido nunca. Así que aquella bandeja llena de galletas de chocolate y la docena de cupcakes de red velvet eran, como mínimo, alarmantes.

Mientras metía una tercera tanda de algo en el horno, me vio y se detuvo. Calculando todas y cada una de mis palabras y mis movimientos, incluso mi forma de respirar (aquella era una de las situaciones más delicadas con las que me había tocado lidiar), pregunté con cautela:

—¿Qué ha pasado?

Volvió a moverse al oírme y acabó de meter la bandeja con un repiqueteo. Cerró la puerta del horno con un golpe sordo y emergió de detrás de la isla de la cocina, todavía dándome la espalda.

—¿Te gusta? —Su voz tenía un tono despreocupado; desprendía

una calma espeluznante. Se sacudió las manos en el delantal blanco antes de quitárselo y colocarlo sobre la encimera, como si fuese una concursante de MasterChef recién eliminada.

—¿Quién?

Se dio la vuelta y se apoyó en la encimera. Su pelo estaba perfecto, a pesar de aquella agresiva sesión de horneado producto del estrés. Tenía harina en la punta de la nariz y, de no haber estado tan confundida, me habría parecido adorable. Enarcó las cejas.

—No eres tonta, Athalia. —En otras palabras: «No te hagas la tonta».

Estuve a punto de reírme por la nariz.

—¿McCarthy? —pregunté. Lo único que me impedía echarme a reír era su expresión imperturbable.

—Bingo —masculló con sarcasmo—. Nada más y nada menos que McCarthy.

—¿Qué pasa con él? —Seguía calculando mis palabras tanto como antes. Me había puesto en alerta máxima en cuanto se me había escapado su nombre.

—Te lo voy a preguntar de otra manera —contestó, con un tono como si le hiciera gracia, mientras asentía con aire pensativo—. ¿Estáis follando?

Puse unos ojos como platos, me quedé sin aire y juraría que me dio un paro cardiaco. Y entonces tuve que recuperarme de una tos repentina que no terminaba nunca. Al mismo tiempo, negué con la cabeza con tanta vehemencia que me mareé. Miré a Wren a los ojos en cuanto recuperé el aliento.

—¿Qué coño dices? —Mis palabras habían dejado de ser calculadas. Wren se encogió de hombros y entornó los ojos, la única grieta en la máscara de indiferencia que trataba de mostrar—. ¿Por qué piensas eso?

—Heather y yo hemos comido juntas hoy —contestó como si nada. Heather, la mejor amiga de mi hermano, la que tenía esa bocaza que solía parlotear en mi beneficio. Esta vez no parecía que hubiera sido así.

Sabía que Wren y ella se llevaban bien, así que no me supuso una gran revelación.

—Ah —me limité a contestar antes de que continuara.

—Menudo palique tiene, ¿eh? —Llegados a este punto, era evidente que Wren estaba jugando conmigo—. Habla, habla, habla… No necesita ni que le den pie para hablar y hablar durante horas. Y dice unas cosas de lo más divertidas. —Wren enarcó una ceja—. ¿A que sí?

—¿Como qué?

Ignoró mi pregunta y apartó la vista por primera vez.

—¿Te lo estás follando o no?

Negué con la cabeza otra vez.

—Claro que no.

—Ya. —Soltó una risita sarcástica—. Entonces solo lo has besado, ¿no? —Se apartó de la encimera, cogió los cuatro cuencos y empezó a aclararlos. Volvía a darme la espalda, lo que, de algún modo, hacía que pensar me resultara más fácil.

—¿Cómo sabes tú eso?

Cerró el grifo unos segundos y metió el primer cuenco en el lavaplatos con un repiqueteo.

—Heather habla —repitió, como si fuese obvio. Y Henry hablaba con Heather. Y, si Heather había hablado con Wren, eso quería decir…—. No sé por qué estás tan satisfecha —masculló sin mirarme. Yo seguía plantada en el salón, y lo cierto era que sí, parecía satisfecha, porque eso significaba que a pesar de mis dudas el plan estaba funcionando. Ella metió el segundo cuenco en el lavaplatos,

dando un golpe todavía más fuerte—. ¿Entonces?

—Se trata de que piensen que estamos… —Por alguna razón, me daba la sensación de que pronunciar la palabra estaba mal, así que me interrumpí y me encogí de hombros—. ¿Sabes?

Wren no logró reprimir la carcajada, aunque tampoco creo que lo intentase.

—¿Que estáis qué? ¿Follando? —sugirió—. ¿Fornicando? ¿Enrollándoos? Hay un montón de palabras para definir lo que se supone que estáis haciendo. —Metió el tercer cuenco en el lavaplatos, interrumpiéndose a sí misma con el repiqueteo y el golpeteo. Hizo tanto ruido que me dio la sensación de que lo había roto. Luego volvió su atención hacia mí—. La única vez que has sido mojigata a la hora de hablar de estas cosas fue con J… —Pareció cambiar de opinión e hizo una mueca—. El que no debe ser nombrado.

Me reí por la nariz, ya que no me esperaba que lo llamara así. Pero no tardé en comprender el significado que ocultaban sus palabras. Enmudecí de inmediato. Wren asintió, como si supiera exactamente lo que se me estaba cruzando por la mente, así que relegué aquellos pensamientos lo más lejos posible.

—No —respondí con convicción—. McCarthy no me gusta. Y no hemos follado. —Arrugué la nariz al pronunciar la palabra, pero la observación de Wren siguió resonando en mi mente. Me apresuré a continuar—. ¿Por qué te importa tanto?

Metió el último cuenco al lavaplatos de mala manera y luego volvió a mirarme. Por primera vez, vi en su rostro un torbellino de emociones. Me estremecí al oír el ruido y al verla.

—No sé por qué será. —Se rio, pero sin alegría—. Quizá es porque me importas, Athalia. ¿No se te había ocurrido? —Suspiró con fuerza y apartó la vista—. No quiero que te hagan daño otra vez. No quiero

recoger los pedacitos otra vez. No quiero volver a verte así.

—Estás exagerando —repuse en tono cortante, y ni siquiera me sentí mal por ello—. Para que pasara eso, él tendría que importarme. —Y eso no era así.

—Pero te importa, ¿o no?

—No —respondí a toda prisa.

Wren no era del tipo de persona que se encaraba contigo de malos modos cuando se enfadaba. En lugar de eso, fueron otras las señales que me indicaron que estaba a punto de perder los estribos. La mano agarrada al borde de la encimera con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos, el color de sus mejillas, sus agujeros de la nariz dilatados. Aunque ella jamás perdería los estribos.

—Te conozco —dijo. Soltó la encimera y se secó las manos—. Sé cuándo alguien te importa y sé cuándo no. Sé cuándo mientes y cuándo dices la verdad. Sé…

La interrumpí.

—No lo sabes todo, Wren. —«Porque no se lo has contado todo», resonó en mi mente—. Y me parece que, si piensas que eso es lo que está pasando, no me conoces en absoluto. —No sabía si me estaba enfadando con ella o conmigo misma. En cualquier caso, mi voz sonaba cada vez más alta; cada palabra, más agresiva que la anterior.

Lo cierto era que no estaba segura de por qué no le había contado lo del beso. Así, al menos el primero que nos habíamos dado habría sido como una especie de lugar seguro, parte de un plan que parecía funcionar a la perfección. Un poco demasiado bien, si hasta mi mejor amiga empezaba a dudar de que lo que McCarthy y yo habíamos acordado era solo una farsa.

Supongo que, simplemente, no quería dar voz a la verdad para no

darle más vueltas. Si no hablaba sobre ello, podía fingir que no había pasado, ¿no? Quizá incluso podía fingir que no había sido un beso tan increíble.

Wren suspiró de nuevo y me miró. Ladeó la cabeza y una sombra de tristeza asomó a su expresión.

—Tienes un gusto terrible para los hombres, Athalia Payton Pressley. —La miré parpadeando—. Soy tu amiga. Me cuentas cada piquito tonto que te das en cada fiesta y es evidente que no has decidido compartir esto conmigo por alguna… En fin, por una razón obvia. —Enarcó una ceja—. Es lo único que te estoy diciendo. Pensaba que éramos amigas —repitió, y luego se dirigió a su habitación tras ponerse una máscara de indiferencia.

Si había algo peor que una discusión, era huir de ella. Yo siempre había sido de la clase de personas que se enfrentan al conflicto sin dilación, para resolverlo —o tratar de resolverlo— de inmediato. Mi exnovio era de los que huían de él, de los que querían esperar un día antes de hablar de ello. Creo que esa era la peor parte de nuestra relación.

Que alguien se marchara me aterrorizaba, me hacía sentir que si no lo arreglaba de inmediato me sentiría así de mal durante el resto de mi vida, que tal vez no tendríamos la oportunidad de enmendarlo más adelante. Así que mis palabras siguientes fueron cualquier cosa menos calculadas; fueron producto de mi yo más dolido, aterrorizado y desquiciado. De la necesidad de encontrar algo, lo que fuera, para continuar con aquella discusión. En ese preciso instante.

—Yo también pensaba que éramos amigas —le espeté con desdén —. Pero es evidente que tú prefieres comportarte como una novia celosa.

Se detuvo en seco. Solo por un segundo: luego vino el portazo. Y

luego el clic del cerrojo. Y mi mejor amiga desapareció en su habitación.

CAPÍTULO VEINTIUNO



No pasó mucho tiempo hasta que las temperaturas empezaron a bajar y los árboles se vieron despojados de casi todas sus hojas. El final de noviembre se acercaba con sigilo. Entre todo lo que estaba ocurriendo y mi agenda llena de encuentros con McCarthy, llegó casi sin que me diera cuenta.

Sin embargo, cada mañana me resultaba más difícil levantarme de la cama. No solo porque el aniversario de la muerte de mis padres era cada vez más inminente, sino porque esa vez Wren no estaba a mi lado para ayudarme a pensar en otra cosa.

Apenas me había dirigido la palabra desde nuestra discusión. Cada vez que yo entraba en una habitación, ella se iba sin más.

Pero la que estaba exagerando era ella. Era ella quien había hecho de un beso inocente un mundo porque… ¿Qué? ¿Odiaba a McCarthy? No me sentía capaz de iniciar yo una conversación cuando era ella la que se estaba comportando como una niñata.

Sin embargo, hubo algo que no pude negar: esa mañana, cuando me desperté con fiebre, me habría gustado pedirle una compresa fría.

Cuando vi que el termómetro marcaba treinta y nueve y medio, exhalé mi primer suspiro feliz en una temporada, ya que eso

significaba que tenía todo el derecho del mundo a quedarme en la cama y lamentarme. No debía preocuparme que Wren me obligase a salir de entre las sábanas porque no me hablaba. Así que no malgasté ni un segundo: me volví a meter debajo de las mantas y me pasé unas siete horas en una suerte de duermevela. Habría sido maravilloso si no hubiera estado tan enferma.

Me dolía todo el cuerpo; tenía frío, aunque me bastó con tocarme la frente para saber que tenía la temperatura alta, y apenas me quedaba la energía suficiente para pensar en levantarme, así que mucho menos de llevarlo a cabo. Pero necesitaba beber un poco de agua, por lo menos. Quizá también algo para bajar la fiebre. Un analgésico, o esa compresa fría con la que había estado fantaseando.

La mera enumeración de las posibilidades bastó para que me agotara otra vez. Tuve que quedarme en la cama cinco minutos más. Ignoré a propósito la voz que me decía que seguro que Wren sabría qué hacer, y que hacía apenas unos días me habría traído todo lo que necesitaba sin que yo tuviera que mover un solo dedo. Me levanté de la cama con un esfuerzo titánico, acompañando cada movimiento con un gemido de dolor. Cuando por fin me puse de pie, me tambaleaba. Me dirigí a la puerta cerrada dando tumbos y, para cuando la alcancé, ya estaba exhausta. Me recogí el pelo en un moño alto a toda prisa para dejar de sudar, me sequé la frente como si estuviera a punto de correr una maratón y abrí la puerta.

Creo que, si hubiese tenido fuerzas para hacerlo, habría gritado.

Allí, en el sofá de cuero marrón en mitad del salón, estaba mi profesor particular. Mi novio falso. La némesis de mi hermano. Lo reconocí de inmediato, a pesar de no llevar las lentillas ni las gafas. Estaba allí sentado con la indiferencia de siempre, con un libro que había cogido de la estantería de Wren en las manos y los pies

encima del sofá.

«¿Es esto un sueño febril?», me pregunté.

McCarthy se volvió bruscamente hacia mí. No sé si se fijó en el horroroso aspecto que tenía, pero no dio muestras de ello.

—Ah. —Suspiró y cerró el libro de golpe—. Mira quién se ha despertado. —Recorrió con la mirada mis pantalones de pijama de seda y el top a juego y luego me miró de nuevo a los ojos—. ¿Una mala noche? —preguntó con sarcasmo, aunque me pareció haber imaginado una chispa de preocupación en sus rasgos.

—¿Qué haces…? —me interrumpí. Estaba perpleja y abrumada y…

—Es miércoles —señaló. Se miró el reloj de muñeca, aunque me daba la sensación de que sabía exactamente qué hora era—. Y son las tres. Una hora más tarde de nuestra… cita. Me estás fastidiando la agenda. —Incluso entonces, tardé unos segundos en comprender que se refería a nuestras clases particulares.

«Dios, tengo fatal la cabeza».

—Creo que salta a la vista que no estoy en condiciones de aguantarte divagando durante una hora. —Mientras le replicaba con sequedad, me apoyé al marco de la puerta y luego me miré a mí misma con una expresión interrogante para enfatizar mis palabras—. ¿No te parece?

Intenté no pensar en mi aspecto. Me dije que no pasaba nada. Estaba enferma, y esa era la pinta que tenía la gente cuando estaba enferma. Sin embargo, en el fondo, no podía evitar que me hiciera sentir vulnerable. Yo había crecido bajo el escrutinio público, así que la ropa que me ponía —el tipo de mensaje que quería transmitir con la ropa que me ponía— se había convertido en una cuestión importante el día de la muerte de mis padres. Y el mensaje que quería transmitir era que estaba bien.

McCarthy se puso de pie esbozando una sonrisilla irónica.

—Ya, me he dado cuenta. —De nuevo, percibí otro destello de preocupación en sus rasgos que tal vez me imaginara. Pero cuando vi que fruncía un poco el ceño, que tragaba saliva con fuerza al detenerse frente a mí…

Me puso una mano en la frente sin mediar palabra. Mirándome a los ojos. Y estuve a punto de retroceder. Era consciente de que me sentía asquerosa y de que no quería que se me acercase lo más mínimo, pero no puse objeciones. Me quedé allí plantada.

No sé si advirtió lo sudada que estaba, pero no dio muestras de ello.

—Estás ardiendo, Pressley —murmuró, entornando los ojos con… ¿más preocupación? Era poco probable. Bajó la mano de mi frente y me acarició la mejilla. Fugaz y suavemente—. Ardiendo, en serio —repitió mientras la bajaba.

—¿Qué puedo decir? —Aparté la vista de su mirada abrasadora y me estremecí. Probablemente, aquella fuese la primera vez en todo el día que no era culpa de la fiebre—. Supongo que estoy caliente y ya está.

—Literalmente. —Una sombra de sonrisa trató de abrirse paso en sus labios, pero no lo consiguió. Apartó la vista a toda prisa.

—Solo literalmente —añadí.

McCarthy resopló, ladeó la cabeza y asintió.

—Solo literalmente —repitió en voz más baja, como si quisiera hacerme ver que estaba de acuerdo conmigo. Al darse cuenta, se aclaró la garganta y, cargado de la energía que a mí me faltaba, añadió—: Bueno, ya sabes lo que dicen: las chicas calientes dejan que sus novios falsos cuiden de ellas cuando están enfermas.

Y, antes de que pudiera objetar nada, me descubrí entre sus brazos, como una recién casada, y antes de que pudiera objetar nada a eso también, me descubrí tumbada en el sofá. McCarthy

desapareció en mi habitación sin pedirme permiso ni aunque fuera con una mirada.

Cuando salió, llevaba mis tres mantas en los brazos: la de mi cama, la que tenía tirada en el respaldo de la silla, y la de repuesto, que yo no habría encontrado ni aunque lo hubiese intentado.

—¿Qué haces aquí? —pregunté de nuevo, intentando no pensar en que Dylan McCarthy Williams me estaba arropando. Mi voz era apenas un susurro, aunque él lo oyó sin problema alguno, mientras me miraba fijamente a los ojos.

Una pequeña sonrisa se formó en sus labios, pero apartó la vista antes de darle la oportunidad de ensancharse.

—Ya lo sabes. —No, no lo sabía—. Quería comprobar si mi única estudiante se estaba saltando a propósito las clases que tanto tardo en preparar.

Me reí con poco entusiasmo.

—¿Y se te ha ocurrido colarte en su apartamento?

—Bueno… —Trató de reprimir una sonrisa—. Resulta que también es mi novia, y soy un hombre muy dependiente. —Su semblante se tornó serio, la pequeña sonrisa desapareció—. Deberías cerrar con llave cuando estás en casa, Pressley. Podría haber entrado cualquiera.

Una vez estuve bien arropada y a salvo, tanto que me pregunté incluso si sería capaz de destaparme sola, se agachó a mi lado y me dirigió una mirada interrogante.

—¿Dónde guardas los medicamentos?

Me encogí de hombros con la mirada fija en el techo a propósito. Sabía que, si me giraba, me lo encontraría allí. Si conservara el sentido del olfato, seguro que habría logrado detectar ese aroma mentolado de su chicle. Y yo, en cambio, ni siquiera me había lavado los dientes. Qué asco.

—Supongo que en el baño —adiviné. Era donde habría ido a mirar yo si él no hubiera aparecido.

Aunque tampoco habría sido capaz de moverme por el apartamento como hacía él. Tres pasos ya me habrían dejado lo bastante agotada como para meterme en la cama. Habría tardado horas, literalmente. McCarthy, en cambio, volvió al cabo de unos minutos con un paracetamol y un vaso de agua en una mano y una compresa húmeda y fría en la otra. Al verlo venir hacia mí, me pareció casi un caballero andante con su armadura.

Se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra de cuadros verdes y blancos que había al lado del sofá, dejó todo lo que había traído en la mesa de café de su izquierda y me tendió el vaso de agua.

—Bebe un poco antes de tomarte nada —me ordenó con amabilidad. Y, aunque no fuera propio de mí, le hice caso. Y me arrepentí al instante—. ¿Has hecho lo que te he dicho? ¿Sin discutir? —Ahogó un grito—. Increíble. Igual deberías ponerte enferma más a menudo —murmuró con gesto juguetón. Ambos sabíamos que no lo decía en serio, pero eso no lo detuvo—. Si te hace más obediente…

—Espero que sea contagioso —gruñí con el ceño fruncido. McCarthy se limitó a dejar la pastilla en mi mano con una sonrisilla.

—Soy inmune. —Me guiñó un ojo y se levantó del suelo con un pequeño gemido—. Mi hermana está siempre enferma, así que, sean cuales sean los gérmenes que estás propagando, no serán nuevos para mí. Mi sistema inmunitario saldrá victorioso. —Hablaba en un tono desenfadado, casi burlón, y yo habría dado casi cualquier cosa por ver la sonrisa bobalicona que seguro que se estaba dibujando en su rostro en ese momento. Sin embargo, se había ido a la cocina, y no quería asomarme por encima del reposabrazos para mirar.

—¿Tu hermana? —pregunté. Me tomé la pastilla con la menor

cantidad de agua posible y dejé caer la cabeza—. No sabía que tuvieras una hermana. —Ese dato no estaba incluido en la hoja de información que habíamos intercambiado al principio de todo aquello.

Pasaron unos segundos en los que él debió de asentir, olvidándose de que yo no podía verlo. No tardó en contestar.

—Sí. —El sonido de los cajones al abrirse y cerrarse acompañaba sus palabras—. Bueno… —Se interrumpió y volvió a sonreír. No me hacía falta verlo para saberlo. Parecía distraído—. Tengo cuatro.

—¡¿Cuatro hermanas?! —Me sentía tonta por repetir cada palabra que decía, pero estaba enferma; seguro que lo entendía. Una carcajada resonó por el apartamento.

—Diana, Denise, Dakota y Delilah —enumeró, con un tono de voz que no supe interpretar. Después de aquello, prosiguió sin que yo le dijera nada. Yo había cerrado los ojos, que hasta entonces había mantenido fijos en el techo. No me importaba lo que estuviera haciendo en mi cocina. Lo único en lo que podía concentrarme era en su voz; en lo bajito que hablaba, en lo mucho que me relajaba—. Diana es la mayor, acaba de terminar su máster. Luego está Denise: se fue a Europa de año sabático y no volvió. —Soltó una exhalación a medio camino entre una risa y un resoplido. Yo asentí.

—Me encanta Europa —murmuré, poniéndome de lado sin abrir los ojos en ningún momento.

—Después de Denny, mi madre tuvo la gran suerte de dar a luz a este impresionante espécimen —bromeó, y yo esbocé una sonrisa que me alegré de que no pudiera ver—. Cuando Dakota nació, yo tenía siete años. Mi madre dice que quise que desapareciera de inmediato. No puedo reprochármelo, hasta ahora ha sido un grano en el culo. —Se rio.

Lo único que flotaba en el aire era el sonido de su voz. O bien

había un silencio espeluznante o yo me las había arreglado para acallar todo lo demás solo para oírlo mejor. Ahora estaba más cerca; quizá se había aproximado a mí mientras hablaba. No tenía forma de saberlo.

—Delilah solo tiene doce años —terminó su resumen, y me dio la sensación de que estaba justo a mi lado.

Cuando abrí los ojos para ver si tenía razón, me encontré con que su profundo hoyuelo, sus dientes blancos y su rostro pulcramente afeitado ocupaban todo mi campo de visión. Lucía una ancha sonrisa, sin duda motivada por el recuerdo de las cuatro hermanas de las que me acababa de hablar. Una sonrisa llena de amor, adoración y ganas de estar en casa junto a ellas. Yo no era capaz de apartar la vista.

—Por lo que me cuentas, todas ellas son mucho mejores que tú —le espeté con voz pastosa y, como lo tenía tan cerca, apenas más alta que un susurro.

Suspiró.

—Lo son.

—¿Seguro que no te va a pasar nada con mis gérmenes? —Estaba tan cerca que no había forma de que no se los hubiera espirado en las narices. Pobre chico.

—¿Qué es eso? ¿Te estás preocupando por mí? —Abrió mucho los ojos, fingiendo sorpresa con aire juguetón—. ¿Quién lo iba a decir? Athalia Payton Pressley preocupada por mí. —Se estaba divirtiendo de lo lindo con esa idea. Estaba escudriñando mi expresión con una ancha sonrisa y las cejas enarcadas.

Y yo solo pensaba en cómo había pronunciado mi nombre completo. Y en que quería volvérselo a oír.

—Jamás —repliqué—. Lo que pasa es que sé que los hombres y la gripe no hacen buena pareja. Sois unos quejicas. Y, como soy tu

novia, no quiero que me toque aguantarte. —Aunque mi voz sonaba un poco débil, supe que me las había arreglado para dejárselo claro al ver que él se reía de nuevo por la nariz. No dijo nada más. En lugar de eso, se volvió hacia la mesa de café y me tendió un plato—. No tengo hambre —protesté enseguida, mirando con desconfianza las dos tostadas. Solo pensar en comer me resultaba insoportable, y comer de verdad lo sería diez veces más.

—Es una lástima. —Una media sonrisa se le dibujó en los labios—. Porque tienes que comer, princesa. —Apartó la vista de mi rostro para dirigirla a la obra maestra culinaria que tenía en la mano.

Negué con la cabeza, ignorando el sobrenombre con el que siempre me provocaba, que cada vez tenía un efecto más poderoso en mí. Noté un cosquilleo en el estómago y probablemente me ruboricé. Me sentía agradecida por poder culpar de ello a la fiebre.

McCarthy suspiró.

—Es solo para que tu estómago trabaje un poco. No tiene sabores ni olores fuertes —insistió, pero yo seguí negando con la cabeza—. No te sentará mal. —Haciendo equilibrios con el plato en una mano, alargó la otra despacio, con gesto vacilante y una mirada interrogante, como si no estuviera seguro de si el gesto era bienvenido, a pesar de que ya me estaba poniendo el mechón de pelo detrás de la oreja. Luego dejó la mano sobre mi mejilla con suavidad, acariciándola una única vez con el pulgar. Y el estómago me dio un vuelco de nuevo. La comida no me sentaría mal, pero él sí que parecía capaz de sentarme mal, con sus sobrenombres y sus caricias—. Te lo prometo.

Una promesa de él tenía más significado para mí ahora que hacía unos meses.

Entonces, habría pensado que su presencia, que me estuviera cuidando mientras estaba enferma, no era más que un sueño febril.

Una pesadilla. Ahora, sin embargo, me alegraba de que estuviera allí. Aunque no tuviera ninguna intención de reconocerlo.

Así que le hice caso. Y comí, aunque no diera más que unos cuantos bocados.

Él volvió a bromear sobre mi obediencia. Yo lo fulminé con la mirada. Él me sonrió. Yo le sonreí a él.

Él me sonrió y yo también le sonreí a él, y no había absolutamente nadie allí para verlo.

Cuando me desperté de una larga siesta en el sofá, McCarthy se había ido. Y en mi cama había sábanas limpias, esta vez, todas del mismo juego; la ventana estaba abierta y había una notita pegada en el jarrón en el que tenía las rosas que me había regalado, aunque la mayoría ya estaban secas.

«Sabía que te gustaban», decía. Y en una esquina había un dibujito de una rosa.

CAPÍTULO VEINTIDÓS



Me estaba bajando la fiebre, así que, por desgracia, ya no tenía excusas que me impidieran ponerme al día con las clases que me había perdido. Para mi sorpresa, la última hora no lo había hecho nada mal. Estaba sentada en el salón como la estudiante modelo que era —con el MacBook en las piernas—, intentando que me entrara en la cabeza el temario de la última clase de Contabilidad. ¡Lo juro! Estaba concentrada, despierta y motivada.

Hasta que sonó el timbre, que fue cuando me levanté de un saltó del sofá y corrí a abrir. La expectación vibraba por mis venas ante aquella oportunidad de distraerme. Apreté el botón para abrir sin molestarme en preguntar quién era. Me daba igual ir sin pantalones. La sudadera con capucha gigantesca que había encontrado en mi armario durante mi misión de búsqueda de un atuendo cómodo para estudiar me tapaba lo suficiente.

Bueno, vale. Tal vez no estaba tan concentrada y motivada como pensaba. Pero una hora de Contabilidad era más que suficiente. Por el momento.

Abrí la puerta y mi sonrisa no titubeó ni al ver que quien salía del ascensor era McCarthy. Llevaba una bolsa de papel en la mano y arrugó el ceño ligeramente al verme.

—¿Llevas…? —Tenía la voz embargada de perplejidad. Se señaló la cara con un dedo para referirse a lo que había en la mía. Puse los ojos en blanco detrás de mis gafas redondas.

—Sí, McCarthy. Estoy cegata. Tengo cuatro ojos. Y, de repente, ¡parezco mucho más lista! —Suspiré derrotada al ver la sonrisa provocadora que empezaba a formarse en sus labios—. Venga, termina con esto de una vez. —Abrí los brazos con gesto burlón, esperando el golpe. De qué, exactamente, no tenía ni idea.

Pero, en lugar de insultarme, bromear o burlarse de mí, me puso las manos en los hombros —y yo bajé los brazos poco a poco a los lados de mi cuerpo— y me colocó de lado. Un segundo después, pasó junto a mí y entró en el piso.

—Estás adorable —se mofó de camino a la cocina. Caminaba hacia atrás para no dejar de mirarme—. Mucho menos amenazadora que de costumbre. Podría acostumbrarme. —Otra sonrisa asomó a sus labios—. ¿Y tu hermano? —Se señaló la cara de nuevo para que me quedase claro a qué se refería.

—Se operó hace unos años. —Me encogí de hombros y lo seguí, como si estuviésemos en su casa y no en la mía. Negué con la cabeza enseguida—. ¿Qué haces aquí? —pregunté cuando por fin se detuvo junto a la isla de la cocina—. Otra vez.

Levantó la bolsa de papel marrón en el aire con gesto triunfal y una sonrisa en los labios, como si acabase de ganar una copa.

—Pensaba que te haría falta un poco de energía, con todo lo que tendrás que estudiar para ponerte al día. —Miró a su alrededor hasta encontrar mi ordenador en el suelo, de cuando había saltado de felicidad ante la primera oportunidad de distraerme. Y que había resultado ser él—. Y con toda la estadística que vamos a practicar —añadió, contento.

Hice una mueca. No fue ni siquiera una decisión consciente,

simplemente, se me escapó. Sí, tenía que ponerme al día, pero era lo último de mi lista. Por razones obvias.

—No hay de qué preocuparse. —Se echó a reír al ver lo poco atractiva que me resultaba la idea—. No he venido con las manos vacías. Es un trato justo: comida india a cambio de una hora de estadística. El miércoles te perdiste la clase.

Clavé la mirada en la bolsa de papel.

—¿India?

Y entonces me llegó el olor. La maravilla frita llamada pan bhatura. McCarthy no sabía que era lo que más me gustaba; ni siquiera lo había incluido en mi información (aunque, pensándolo bien, tendría que haberlo hecho). Sin embargo, a juzgar por la sonrisa victoriosa que había en sus labios, tampoco había acertado por casualidad.

—¿Wren está bien? —le solté de repente, presa del pánico. No recordaba la última vez que la había visto. Sí, técnicamente me estaba evitando, pero ¿qué habría tenido que hacer McCarthy para sonsacarle aquella información?

Verme tan aterrorizada le arrancó una fuerte risotada. Por un segundo, me hizo olvidar qué me preocupaba tanto.

—Wren está bien.

Negué con la cabeza enseguida. No entendía nada.

—Pero ¿esto te lo ha dicho ella? ¿Wren Inkwood te ha dicho qué es lo que suelo pedir? Ella… —Me interrumpí y respiré hondo. Tenía los ojos abiertos de par en par, todavía presa del terror—. ¿Le has hecho chantaje? ¿La has torturado? ¿Qué…?

—El otro día, cuando tenías fiebre, llegó a casa cuando estabas dormida en el sofá. —La sonrisa seguía siendo la protagonista de sus normalmente severos rasgos. Si seguía sonriendo así, el hoyuelo no tardaría en aparecer—. Y yo todavía andaba por aquí. Solo hablamos. No fue necesario coaccionarla ni hacerle ningún daño.

—Mentira —repliqué.

—Yo jamás mentiría.

—Tú…

Me interrumpió plantándose delante de mí en un par de zancadas. Levanté la cabeza para no romper el contacto visual con él, diciéndome que esa sensación extraña en el estómago se debía a la incertidumbre que entrañaban sus palabras, y no a su proximidad física.

Wren no se acercaría más que a un radio de tres metros de ese chico. Si lo hubiera visto sentado en su salón, lo más probable era que se hubiera dado media vuelta y se hubiera largado.

Entorné los ojos al ver que no reculaba.

—Es mentira —repetí. Yo tampoco pensaba desdecirme.

—No —murmuró—. Palabra de Boy Scout. —Esta vez, la sonrisa dio paso al hoyuelo que tantas ganas tenía de ver.

—Tú no eres Boy Scout —le recordé—. Así que tu palabra no significa nada ni para ti ni para mí.

Soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás y el sonido reverberó en su pecho, provocándome un cosquilleo.

—Palabra de novio falso —se corrigió.

Alzó una mano como si estuviese prestando juramento y me dedicó una sonrisa que no había visto hasta entonces. Sincera, honesta, casi aniñada. Me pareció tan perfecta que tuve hasta ganas de vomitar. Y era solo para mí. Decidí dejar el tema, al menos por el momento, y me concentré en no hacer caso del torbellino que se había desencadenado en la boca de mi estómago, ni de la tentación de que sus palabras me resultasen adorables.

—¿Cómo fue el partido? —Eso era una buena distracción, aunque sacar el tema del fútbol por mi propia voluntad me parecía preocupante. Supuse que todo valía, cualquier cosa antes que

fijarme en lo bonito que llevaba el pelo o en lo bien que le quedaba la ropa.

Gruñó a modo de respuesta. Se le borró la sonrisa y cortó el contacto visual para ir hacia el sofá. Se sentó en la parte delantera, sin recostarse. Y, sin saber por qué, lo seguí de inmediato.

—Podría haber ido mejor —explicó. Yo no le había ofrecido respuesta alguna a su gruñido, aunque me podía hacer una idea de lo que significaba.

Aunque, en el fútbol, cuando estabas en lo más alto sentías que te comías el mundo —y suponía que también en cualquier otro deporte —, cuando te iba mal era aún peor. Papá se pasaba días de mal humor. Me pregunté si sería consciente de lo poco profesional que resultaba por su parte. Cuando era pequeña, la posibilidad de perder estaba mal vista, y ese tema seguía haciéndome sentir incómoda, aunque hubiera pasado mucho tiempo.

—Ah —contesté con cierta torpeza. ¿Cómo se encaraba una conversación como esta?

McCarthy se rio por la nariz.

—Para. —Soltó una carcajada e hizo un gesto como quitándole importancia—. No tiene importancia; nos pasa a todos. No hace falta que finjas que lo sientes por mí. —Y, como si se acabase de acordar, añadió—: O que te importa. —Me dio un empujoncito en el hombro y me sentí aliviada al ver lo despreocupado del gesto. Aunque la sonrisa que se dibujaba en sus labios no acababa de reflejarse en sus ojos, hasta que dijo—: Pero ven al próximo, ¿vale?

—¿Por qué? Además de por mis obligaciones contractuales y toda la pesca…

McCarthy se encogió de hombros y apartó la vista para sacar la comida de la bolsa. Hizo tanto ruido con el papel que casi no oí su respuesta susurrada, algo sobre «amuletos» y «victorias». Pero algo

sí que oí.

—No mientas, lo echabas de menos —bromeó McCarthy—. Pruebas A-B, significaciones estadísticas…

Gemí y dejé caer la cabeza en el sofá. Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y mi rodilla desnuda casi tocaba su pierna extendida, pero no nos movíamos. Era un piso grande, sí, pero teníamos hambre y no habíamos perdido el tiempo buscando un sitio que nos proporcionara una distancia adecuada para los dos. Y yo ni siquiera me había puesto unos pantalones.

Fuera como fuese, no lo había echado nada de menos. Como mucho, era lo que me había llevado a quedarme en la cama un día más, fingiendo, solo ante mí misma, que no podía empezar a ponerme al día con las clases todavía.

—Mucho. —Le dediqué una sonrisa que decía lo contrario y corté con la mano un pedazo del último bhatura. Antes de darle un mordisco, con todo el sarcasmo de que fui capaz, añadí—: No se me ocurre nada más divertido que hacer contigo.

No tenía que sonar así, tan sexual. Como una invitación, una provocación. «No tendría que haber sonado así». Aparté la vista enseguida y cogí otro pedazo de pan.

«¿Me habrá sonado así solo a mí?».

Me atreví a mirarlo, lo que únicamente me sirvió para confirmar que él también me estaba mirando a mí, con una chispa de diversión en los ojos… y de algo más. Y, una vez me quedé atrapada en sus pupilas, no intenté apartar la vista. Me habría costado muchísima fuerza de voluntad, y prefería reservármela para cuando la necesitase de verdad.

Teniendo en cuenta el cambio que se había producido en el ambiente, la electricidad que había entre nosotros y nuestras

miradas, que no se despegaban la una de la otra, la necesitaría pronto.

—Hum… —canturreó, y me sentí agradecida cuando miró a su alrededor con una fingida actitud pensativa. Se disponía a rebajar la tensión que reinaba entre nosotros con un chiste malo o un comentario malintencionado que ya no estaba segura de que fuese sincero. Y daba gracias por ello, porque así no pensaría más en los… incidentes.

En sus labios sobre los míos, en esos sonidos entrecortados de… Ah, mierda. ¡Otra vez estaba con lo mismo!

—Pues a mí se me ocurren algunas cosas. —Se encogió de hombros, y por su forma de pronunciar las palabras, como si fueran inocentes, no comprendí su significado hasta que no hubieron pasados dos o tres segundos y volvió a mirarme con aire juguetón—. ¿A ti no?

Esta vez me dio un vuelco el corazón. Afloraron todos los recuerdos de las situaciones pasadas, de los incidentes pasados, de las caricias y los actos generosos que no venían a cuento. No hubo nada que pudiera hacer para evitarlo.

Créeme, lo intenté.

Estudié su rostro buscando algún rastro de burla, pero esa forma de presionar la lengua en el interior de la mejilla para reprimir una sonrisa se me antojaba cualquier cosa menos burlona. A juzgar por su mirada, no tenía ninguna intención de reírse de mí. Era sincera, desafiante y un poco provocadora, aunque no de la forma a la que estaba acostumbrada.

Intenté tomármelo a risa, pero no funcionó. Sentí vergüenza por intentarlo, porque mi risa se asemejó mucho a una risa nerviosa. Cuando abrí los ojos y se me quedaron de nuevo clavados a los suyos, descubrí en él una expresión tan alentadora como antes.

—¿A ti sí?

Se me había escapado. Y, joder, nunca unas palabras habían sonado tan sexuales, tan parecidas a una invitación. Eso era lo que me había abocado a esa situación. Mi voz había adoptado de forma natural ese tono coqueto que utilizaba para conseguir copas gratis en los bares o para que un segurata me dejase entrar, y pestañeé detrás de las gafas con esa misma actitud. Unos truquitos míos que solían estar bajo control, pero que ahora no parecían estarlo.

McCarthy esbozó una sonrisa socarrona, lenta y peligrosa.

—Por supuesto.

No hizo falta más que una respiración entrecortada, que un asentimiento imperceptible: en un abrir y cerrar de ojos, me descubrí sentada en sus piernas. Cuando me puso las manos en la cintura para colocarme encima de él, afloraron todos los recuerdos que estaba intentando apartar. Cogí aire con fuerza. Tuve que esforzarme con todo mi ser para no ser consciente de la situación en la que me encontraba.

Subida a horcajadas sobre él, con mi aliento sobre sus labios, que estaban a escasos centímetros de los míos.

Y no llevaba pantalones.

Lo miré con los ojos muy abiertos y ningún control sobre la situación. Él me apretó la cintura con las manos, haciendo que tragara saliva con fuerza, que me estremeciera, y empezó a dibujar círculos con el pulgar en mi cadera desnuda. Juro que estuve a punto de perder la cabeza. Su sonrisilla se transformó en una sonrisa provocadora.

—Ya sabes para qué he venido —dijo.

Y yo pensé que no. Que no tenía ni idea. Que si alguien me hubiera preguntado cómo me llamaba en ese momento, el único nombre que habría salido de mis labios habría sido el suyo.

Él estaba por todas partes; me consumía. Dylan McCarthy Williams me tenía comiendo de la palma de su mano, y si no me hubiera hecho sentir tan bien —tan tan bien—, quizá habría intentado luchar contra ello.

Lo que sí sabía era que no sentía solo sus manos sobre mi piel o su aliento acariciándome los labios; también lo sentía a él debajo de mí, a punto de reventar contra la cintura de sus vaqueros. No había nada en este mundo que pudiera haber evitado que me moviera contra él, que buscara un poco más de fricción, mientras exhalaba un suspiro torturado.

Él echó la cabeza hacia atrás y gimió. El sonido reverberó en su pecho y se fue directo a mi entrepierna. Abrió los ojos al tiempo que tragaba saliva, y, a través de sus gruesas pestañas, me miró como si yo fuera capaz de bajarle la luna a los pies.

Esperaba que unos fuegos artificiales, un cosquilleo y un cúmulo de calor entre las piernas me dieran las gracias cuando por fin eliminó la poca distancia que nos separaba, con los ojos diez veces más oscuros, con el aliento denso. No esperaba notar su frente contra la mía ni su aliento justo sobre mis labios, que evitara juntarlos con los suyos. Negó con la cabeza con los ojos cerrados.

—¿Coeficiente de correlación de Pearson?

Creí que no lo había oído bien. Yo seguía respirando con dificultad; notaba lo duro que estaba debajo de mí. Entonces ¿por qué…?

—Defínelo —insistió con los labios casi pegados a los míos. Le costaba hablar.

—¿Qué?

En lugar de explicarse, preguntó:

—Tienes tantas ganas de besarme como yo de besarte a ti, ¿verdad?

Asentí. A la velocidad de la luz.

¿Me avergonzaba estar tan dispuesta? Sí, sin duda. ¿Me arrepentiría al día siguiente? Era lo más probable. ¿Me importaba? No. Me daba exactamente igual.

McCarthy imitó mi gesto.

—Bien —susurró contra mis labios. Se le dibujó una sonrisa en la cara y, sin abrir los ojos, repitió—: Bien. —Apretó la frente contra la mía—. Cuando me des una respuesta correcta, te besaré. —Sus manos empezaron a descender desde mi cintura, más, más, hasta que me agarró por fin el culo. Gimió otra vez, y lo noté palpitar debajo de mí. Y entonces, casi suplicando, añadió—: Y contesta rápido. Por favor.

Tenía el cerebro abotargado; los pensamientos enredados: estaba segura de que me estaba imaginando sus palabras. Me costaba pensar con claridad; me consumía tenerlo debajo de mí, me consumían sus manos, que recorrían todo mi cuerpo, me consumía tener sus labios tan cerca. ¿Cómo me iba a acordar de nada?

Me acarició la pierna desnuda con una mano y olvidé al instante lo que me parecía acabar de proponerme. Era instintivo. Froté las caderas contra las suyas y solté un ruidito entrecortado. Él cogió aire con fuerza.

—Athalia —me advirtió.

Escuchar mi nombre de sus labios fue como si un rayo me atravesara. La energía vibraba a través de mis venas. Mareada, asentí a modo de respuesta.

—Rápido —me recordó—. Por favor.

—¿Qué era? —pregunté en voz baja, cerrando los ojos de forma instintiva al apoyar la frente en la suya—. ¿Qué…? O sea… ¿Cuál era la pregunta?

Dios, estaba fuera de control.

—El coeficiente de correlación de Pearson.

—Vale —me obligué a contestar, intentando concentrarme—. Vale. —Aquella pregunta la había acertado la última vez. Minutos antes de tener sus labios contra los míos, de tener sus manos encima de mí y su cuerpo entre mis muslos; en una situación parecida. Gemí de frustración—. Coeficiente de correlación de Pearson —repetí, sintiendo su aliento caliente en los labios. Él asintió y yo tragué saliva—. Mide la dirección… y la fuerza de la relación entre dos variables. —Nunca había tenido tantas ganas de acertar con una respuesta.

Y lo hice. Me di cuenta por los besos tiernos y húmedos que McCarthy empezó a darme por el cuello, antes de aplicar la succión justa para que yo echara la cabeza hacia atrás y soltara un gemido desesperado. Se las arregló para asentir entre beso y beso, para decir un «ajá» contra mi cuello, antes de acercar los labios a mi oreja.

—¿Y la hipótesis nula? —murmuró contra mi piel, con la misma desesperación que yo porque diera la respuesta correcta—. ¿Me la puedes definir, princesa?

Me devané los sesos de nuevo buscando la respuesta, ignorando las imágenes de él apareciendo por todas partes y cómo se me aceleraba el corazón cada vez que pronunciaba ese maldito sobrenombre. Dejé caer la cabeza contra su cuello mientras pensaba y pensaba, intentando con todas —absolutamente todas— mis fuerzas no equivocarme.

—Es una hipótesis. —«Pues claro, boba», pensé, pero McCarthy asintió y me apretujó el culo con una mano. Se me escapó un gemido y me froté contra él. Su aliento se aceleró, al compás del mío.

—Exacto —murmuró con dulzura, animándome—. ¿De qué tipo? —Volvió a besarme el cuello, lamiéndome la piel y succionando con

suavidad.

—Es… —Me interrumpió mi propio gemido cuando encontró un punto particularmente sensible de mi cuello, aunque traté de terminar la respuesta—. Es la que intentamos refutar —contesté con voz entrecortada—. La que dice que no hay ninguna relación entre dos variables.

McCarthy gimió contra mi piel y me embistió con las caderas. Era su forma de decirme que había vuelto a acertar.

—¿Y la…? —Exhaló con fuerza y abrió los ojos para mirarme. El marrón de estos, normalmente sereno, ardía; tenía las pupilas tan dilatadas que el color era casi inexistente. Dejó caer la cabeza entre mis pechos en un gesto de exasperación—. ¿La hipótesis alternativa? —Salpicó cada palabra con un beso contra la tela de mi sudadera, cada uno más alto que el anterior, hasta que llegó de nuevo a mi cuello.

—Es lo opuesto —contesté a toda prisa—. La contraria a la hipótesis nula. Así que… —Exhalé un suspiro cuando volvió a succionarme el cuello—. Indica que sí hay una significación estadística.

—Buena chica.

Aquellas palabras mandaron otra oleada de calor entre mis piernas, y me pareció que tenían el mismo efecto en él. Lo sentí. Siguió besándome cuello arriba, chupándome y mordisqueándome la piel, hasta que su rostro quedó justo frente al mío, con la mirada llena de lujuria, deseo y mil cosas más. Y no creo que yo tuviera mejor pinta.

Y entonces sonrió, casi como si no pudiera creer lo que estaba ocurriendo.

—Esta ha sido de lejos la peor idea que he tenido —murmuró, con una voz apenas más alta que un susurro que me puso toda la piel de

gallina—. Y pensar en que tenía muchas más preguntas que hacerte…

Volvió a frotarse contra mí, y se me escapó un gemido entrecortado.

Lo deseaba y punto. Lo necesitaba. No había otra forma de explicarlo, y no lo podía disimular. Negué con la cabeza, y, a juzgar por cómo sus labios colisionaron contra los míos, él estaba de acuerdo conmigo.

Un gemido de sorpresa y placer me obligó a entreabrir los labios y su lengua aprovechó la ocasión. Encontró la mía al instante, en un arrebato de excitación, desesperación y anhelo. Era como si estuviéramos hechos el uno para el otro, como si fuéramos dos piezas que encajaban. Como si hubiéramos debido hacer eso desde el mismo instante en el que nos habíamos conocido. Así de bien me hacía sentir.

Él jadeaba contra mis labios. Soltaba gemidos entrecortados y gruñidos apenas contenidos cada vez que me frotaba contra su polla dura; me sorprendía no ser consciente de nada de lo que me rodeaba, de nada que no fuera él. Sin embargo, algo en el fondo de mi mente —algo a lo que le estuve muy agradecida— conservaba la conciencia suficiente para oír el ruido de las puertas del ascensor al abrirse. Podrían haber sido los vecinos de enfrente, por supuesto, pero algo en mí —algo a lo que le estaba igual de agradecida— supo que no era así.

Me puse tensa, tanto que McCarthy dejó un poco de distancia entre los dos.

—¿Qué pasa? —Una sombra de preocupación inundó esos ojos llenos de avidez. Frunció el ceño.

Y entonces oyó el repiqueteo de las llaves contra la puerta, igual que yo. Y un segundo después, gracias a un esfuerzo conjunto, salté

de su regazo para sentarme en el suelo, a su lado.

Cinco segundos después, cuando Wren nos miró desde el marco de la puerta, no podríamos haber tenido un aspecto más sospechoso. Las mejillas me ardían de forma febril, y McCarthy estaba intentando tapar disimuladamente el bulto evidente de su entrepierna. No había nada casual en cómo tenía puesta la pierna ni en la mueca que se le escapó al intentar moverse.

Wren nos miró al uno y luego al otro, claramente sorprendida por encontrarse a aquel hombre en su salón. Debía de alegrarse tanto de verle como se alegraba de verme a mí: nada. Arrugó la nariz al cerrar la puerta. Por Dios, me sentía como una adolescente de dieciséis años llena de hormonas a la que acabasen de pillar in fraganti.

Al menos, verla me hizo pensar en algo que no fuera que, si hubiera llegado cinco minutos después, nos habría encontrado revolcándonos por el suelo desnudos. Lo que era, en parte, el motivo por el que estaba roja como un tomate.

«Solo hablamos. No fue necesario coaccionarla ni hacerle ningún daño».

Entorné los ojos. Sin embargo, McCarthy estaba mirando a cualquier otra parte y la expresión de Wren era tan imperturbable como siempre. Tras varios segundos de observación silenciosa —que era el mayor tiempo de atención que me había dedicado desde nuestra discusión—, se fue a la cocina. La seguí con la mirada hasta que dejó su bolsa de tela en la cocina, cuando la aparté. Era evidente que quería darse prisa en guardar la compra. Sin embargo, sentí el ardor de su mirada desde detrás de la isla.

«Actúa normal, Athalia», me dije.

Y lo intenté. Lo intenté de verdad.

Pero cuando volví a mirar a McCarthy me di cuenta de que no

serviría de nada. Quise no reparar en lo dolorosamente obvio que resultaba su pelo alborotado, y albergué la esperanza de que Wren no se hubiera dado cuenta de la rapidez con la que su pecho subía y bajaba. También recé porque yo no tuviera tan mala pinta.

Aunque no era que su aspecto tuviera nada de malo. En cualquier caso, aquel Dylan McCarthy Williams era mi favorito hasta la fecha: acalorado, silencioso y excitado.

Al notar el peso de mi mirada, se volvió hacia mí. Y, en ese momento, el recuerdo de lo que acabábamos de hacer cayó sobre mí como una losa. Con toda su fuerza. El estómago me dio un vuelco tan rápido que estuve a punto de marearme, pero me recuperé.

«¿Estás bien?», le pregunté solo moviendo los labios, deteniendo la mirada sobre su pequeño problema. Aunque, a juzgar por lo que acababa de experimentar, no me parecía precisamente pequeño.

McCarthy cambió de postura y esbozó una exagerada sonrisa antes de responder: «¿Tú qué crees?». Me recorrió el cuerpo con la mirada, intentando no detenerse en el lugar en el que la gruesa tela llegaba a su fin, sustituida por la piel desnuda de mis muslos.

—Estoy así desde que me has abierto la puerta vestida solo con una sudadera, Athalia —confesó con voz ronca, entrecortada y baja, para que la oyera solo yo. Y sus palabras hicieron que la interrupción de mi compañera de piso me resultara aún más cruel.

—Llevo ropa interior. Y calcetines. —De los largos, además, los que me ponía para los partidos de tenis a principios del verano.

Relegué lo mucho que me halagaba su confesión a un rincón de mi mente, aunque me costaba ignorar que mi corazón parecía haberse precipitado hasta mi entrepierna, donde palpitaba con fuerza, y solo por cómo había pronunciado mi puto nombre.

McCarthy se rio por la nariz y puso los ojos en blanco.

—Eso no ayuda.

Aquello era peligroso.

Lo anhelaba con cada parte de mi ser; todo mi cuerpo me suplicaba que me dejase llevar. Me sentía necesitada, desesperada, y no era en absoluto propio de mí. De hecho, era tan poco propio de mí que empezaba a pensar que la llegada de Wren había sido una intervención divina. Acostarme con él no era buena idea. Ambos lo sabíamos, antes incluso de que se me hubiera ocurrido hacerlo.

De hecho, le habíamos dedicado una cláusula del contrato que él había escrito con tanto cuidado.

«3. Nada de sexo».

Corta y concisa. Debería respetarla. Ambos deberíamos.

Y él parecía mucho más decidido a hacerlo hacía unas semanas. Cuando todavía hablaba y hablaba sobre respetar esa parte de nuestro contrato.

CAPÍTULO VEINTITRÉS



McCarthy no pensaba ponerme fácil eso de respetar la cláusula del contrato, porque, al parecer, le había pillado el gusto a eso de presentarse en mi casa sin avisar.

—Has vuelto. —Lo miré y parpadeé. Tampoco podía enfadarme con él: su presencia me salvaría de sumergirme en la revisión para los exámenes finales. El final de noviembre se acercaba, y con él también llegaban los exámenes—. ¿Qué haces aquí?

Ahogó un grito, fingiéndose ofendido, y, mientras negaba con la cabeza, entró en casa sin ni siquiera esperar a que lo invitase a pasar. No era capaz de explicar por qué, pero me gustaba la familiaridad que se desprendía de su actitud. Yo no hice ni una mueca; me limité a cerrar la puerta tras él, como si aquello fuese lo más normal del mundo.

—Me has ofendido profundamente. —Se volvió hacia mí con una ceja enarcada; parecía que sus propias palabras le habían hecho gracia—. ¿Es que no puede un novio falso ir a ver a su novia falsa sin que esta se cuestione sus intenciones?

Me reí por la nariz.

—No. —Pasé por su lado pensando que sería mejor trasladar aquella conversación a mi cuarto. Sabía que Wren estaba en casa, y

seguíamos sin dirigirnos la palabra. No quería arriesgarme a empeorar la situación.

Que es lo que conseguiría con la presencia de McCarthy.

—No, porque se supone que los viernes por la noche estás superocupado —proseguí, enarcando una ceja con gesto dramático. Si creía que me había olvidado de los misteriosos planes que tenía cada viernes (los que habían impedido que fijáramos ese día para nuestra cita semanal) estaba muy equivocado—. Los viernes no sueles tener tiempo para mí, ¿recuerdas? —lo chinché, esperando que mi tono de voz se lo dejara claro.

Él se encogió de hombros.

—He sacado tiempo.

Y pronunció aquellas palabras con tanta indiferencia, de forma tan despreocupada, que casi me las tomé así. Como si no fuese gran cosa que «sacara tiempo» para mí. Sin embargo, a mí me parecía algo importante. Un poco.

—Bueno —dije alargando la palabra. Me detuve junto a la puerta de mi habitación para que pasara antes que yo, lo que hizo sin vacilar—. Entonces supongo que sí que tienes segundas intenciones. —Concluí mi teoría al cerrar la puerta. Me dejé caer en la silla giratoria y la hice girar una vez.

Lo observé mientras contemplaba el escritorio que tenía junto a la puerta, lleno de fichas y libretas. Mi cama estaba en la pared de enfrente, con el juego de sábanas entero cortesía de McCarthy, de cuando me las había cambiado el día que estaba enferma. A los pies había una manta rosa claro. No era la primera vez que pisaba mi cuarto, así que no se entretuvo mucho tiempo mirando.

—Me has pillado. —Levantó las manos en un fingido gesto de culpa al volver a mirarme—. Mi intención es ser el mejor novio falso que hayas tenido nunca.

—Teniendo en cuenta que eres el primero…

—Ese argumento no me vale. Pero cuéntame más acerca de eso de que soy el primero, Pressley. Soy todo oídos. —Me sonrió y, cuando me volví para que me viera poner los ojos en blanco, atisbé fugazmente su hoyuelo.

—Ya te gustaría a ti.

Nos miramos a los ojos. No apartaba la vista, y creí que me iba a marear. Esperé a que dijera algo, cualquier cosa, pero no lo hizo. Se limitó a seguir mirándome.

Cuando habló, dejó ese extraño momento que habíamos compartido.

—El niño al que le doy clases de piano los viernes está enfermo. —Me soltó ese dato como si nada, demasiado casual para mi gusto. Y siguió hablando antes de que pudiera cuestionárselo, admirarlo o sentir un cosquilleo al pensarlo, antes siquiera de que pudiera reaccionar a la imagen de él interactuando con niños—. Y he pensado que no te vendría mal una distracción… —Se calló y miró a su alrededor sin buscar nada en concreto, deteniéndose en el desastre que había sobre mi escritorio—. Y a juzgar por las condiciones en las que está eso. —Lo señaló con la cabeza y volvió a mirarme a los ojos—. Y en las que estás tú…

—Gracias —lo interrumpí en tono cortante antes de que pudiera terminar la frase, ladeando la cabeza, molesta. Si tenía aspecto de no haberme duchado en tres días (que era el mismo tiempo que hacía que no salía de casa para nada que no fuera ir a clase), era porque no lo había hecho.

—Mi intervención es muy necesaria. No es ningún insulto, Athalia. Estás perfecta, como siempre. Pero también estás agotada —añadió. Apartó la vista como si no hubiera dicho lo que acababa de decir.

—Yo no llamaría perfecta a hecha un desastre y sin duchar, pero

tú mismo.

—No pienso debatir sobre esto contigo. —Y se acabó la discusión, porque un segundo después preguntó—: ¿Has comido?

—No he tenido tiempo. —Ni siquiera había tenido un segundo para pensar en comer. Lo miré e hice una mueca, que se transformó en sonrisa en cuanto vi que me imitaba—. ¿Te apetece pedir algo? —pregunté esperanzada. Por desgracia, me decepcionó profundamente negando con la cabeza, con la mirada marrón rebosante de convicción.

—No —se limitó a decir, alejándose de la puerta—. Mejor cocinamos.

Antes de que pudiera informarle de que no era posible cocinar con agua y aire, que debían de ser las dos únicas cosas que Wren y yo teníamos en casa, salió de mi habitación y se fue a la cocina.

No me di prisa en seguirlo. No tardaría en darse cuenta él solito de que no teníamos ingredientes. Tomándome mi tiempo, suspiré, me levanté de la silla y me estiré antes siquiera de dar un paso en la dirección en la que él se había ido. Y no fue hasta que oí un lento y alegre «perfecto» reverberar por todo el apartamento, un «perfecto» que, por una vez, no sonaba sarcástico, cuando me interesé por lo que estaba haciendo. Asomé la cabeza desde mi habitación solo para encontrármelo con la cabeza metida en uno de nuestros armarios.

Debió de percibir mi presencia.

—No te voy a mentir. —Su voz se oía amortiguada, ya que estaba de cara al interior del armario—. Me esperaba más. —Emergió con un paquete de pasta en la mano, que me enseñó alzándolo con vigor—. Pero puedo hacer algo con esto. —Se aseguró de mirarme a los ojos antes de lanzármelo. Por suerte, di un paso al frente justo a tiempo para atraparlo.

Al ver que ya estaba metido en la nevera, no pude evitar hacerle un comentario al respecto.

—Me alegro de que te sientas como en casa, McCarthy. —Mi tono de voz delataba lo divertida que me resultaba la situación. Recorrí la distancia que me separaba de la cocina y dejé la pasta sobre la isla. Cuando se volvió, me regaló una imagen de su famosa sonrisa con hoyuelo.

—Yo también.

Intenté no mostrarme demasiado embelesada. Para disimular —era el único modo de apartar la vista sin levantar sospechas—, suspiré y puse los ojos en blanco. Él masculló alguna cosa, todavía metido en las profundidades de la nevera, y luego se volvió con una determinación que hizo que me despidiera del todo de la idea de pedir comida.

—¿Te apetece una salsa de vodka? —Y la decisión estaba tomada.

—Claro, siempre que sea mitad vodka, mitad salsa. —Parpadeé con aire inocente y una sonrisa a juego. Y me enorgullecí al ver que las comisuras de sus labios se curvaban ante mi respuesta. Aquella imagen me gustaba más de lo que me convenía.

—Interesante. —McCarthy se volvió de nuevo hacia la nevera y sacó los ingredientes que encontró milagrosamente en ella para luego ponerlos sobre la isla. Y después hizo lo propio con la despensa y el mueble bar.

Al final, sobre la isla había varios ingredientes frescos: especias, nata que le había sobrado a Wren tras sus aventuras junto al horno, un tubo de concentrado de tomate (¿de dónde habría salido?), aceite de oliva, queso rallado y una botella de vodka.

—No tienes ni cebolla ni ajo frescos, así que tendremos que improvisar —dijo, señalando el ajo y la cebolla en polvo que había entre las especias que no sabía ni que teníamos.

Rodeé la isla y me detuve a su lado, mirando sus hallazgos con curiosidad.

—En mi vida he tocado siquiera un tubo de concentrado de tomate, así que Dios sabe cómo llegó hasta ahí —comenté. Era evidente que mi falta de conocimientos sobre cocina le hacía gracia. A él se le veía bastante seguro de sí mismo entre los fogones—. ¿Cocinas a menudo?

Se rio por la nariz y se encogió de hombros.

—Cuando es necesario. —Abrió los armaritos que había debajo de los fogones y se alegró al ver las ollas y las sartenes—. Hay gente a la que le gusta ser capaz de cuidar de sí misma, princesa —contestó con cierto engreimiento—. Y no depender de un repartidor que le traiga… ¿Qué? —Se interrumpió dando un respingo y se frotó la nuca. Tiré el trapo de cocina con el que acababa de darle una colleja en la cabeza en la encimera justo cuando él me miraba con una sonrisa en los labios—. Es cierto —insistió, todavía con una sonrisa.

Suspiré, rindiéndome.

—Ya lo sé. —Eché otro vistazo a los ingredientes para revisar bien cuáles eran, con la esperanza de mantener la oleada de culpa que se avecinaba bien lejos durante el mayor tiempo posible. Sin embargo, ya la veía venir. Tres, dos, uno…

—Athalia. —De repente, su voz sonaba seria; su gravedad tenía un efecto reconfortante, su forma de pronunciar mi nombre me calmaba. Estaba agachado, pero se incorporó hasta estar erguido ante mí. Me puso el pulgar debajo de la barbilla para levantarme la cabeza hacia él, con la suavidad de una pluma. Lo último que esperaba ver era una sonrisa amable en sus labios.

Me daba la sensación de que iba a decir algo importante, algo reconfortante, algo que contribuiría a mantener esa culpa alejada un ratito más, quizá, hasta el siguiente comentario que me

imposibilitase pensar en mis privilegios hasta el punto de la… ¿incomodidad? Se aclaró la garganta.

—Has hervido agua alguna vez en tu vida, ¿verdad? —Se esforzó por mantener los labios en una línea recta.

Yo solté un gemido.

—Sí, McCarthy. —Aún lograba hablar con un tono divertido—. He hervido agua alguna vez en mi vida.

—¿Y pasta? —Esta vez parecía un poco más dubitativo que con la observación sobre el agua. Probablemente no las tenía todas consigo.

—Sí —confirmé—. Pasta también.

—¡Lo ves! —exclamó, como si acabase de encontrar oro—. Ya eres mejor que mi hermana.

—¿Cuál?

Mientras llenaba una de las ollas de agua, se volvió para mirarme con un brillo divertido en los ojos.

—Todas.

De algún modo, saber que a pesar de tener tantas hermanas parecía ser él quien ayudaba a su madre a cocinar, que era él quien preparaba algo rápido para cenar cuando ella llegaba demasiado tarde y que sabía desenvolverse entre fogones era… bonito. Era muy bonito.

—¿Cómo es posible? —me pregunté.

McCarthy se encogió de hombros. Comprendió el funcionamiento de los fogones sin tener que dirigirme ni una sola mirada interrogante.

—¿Crees que mis hermanas no se aprovecharon al máximo de tener un hermano? —preguntó divertido—. Hasta hace un par de años, no querían irse de casa porque eso implicaría tener que hacer ellas mismas sus tareas.

Imaginé al pequeño Dylan coaccionado por sus hermanas, obligado a hacer la colada, lavar los platos y cocinar cuando su madre no estaba, quizá incluso cuando sí estaba. No pude evitar que se me escapara una carcajada ante esa imagen. McCarthy me dio un suave codazo, haciéndose el ofendido.

—No tiene gracia —proclamó, sin reparar en que él mismo lucía una sonrisa de oreja a oreja mientras echaba una cucharadita de sal en el agua.

—No. —Negué con la cabeza tan rápido que se me nubló la vista. Tenía una sonrisa tan ancha en los labios que empezaban a dolerme las mejillas—. No tiene ninguna gracia.

—Es mucho vodka. —Estaba sentada en la encimera, al lado de los fogones, balanceando las piernas alegremente y expectante ante lo que ya olía delicioso.

McCarthy me miró entrecerrando los ojos y alzó la botella que tenía en la mano.

—Has dicho mitad…

—En ese caso… —lo interrumpí a toda prisa, contenta porque aquel fuese mi único trabajo: hacer comentarios inútiles y lograr que McCarthy perdiera la paciencia—. No es suficiente.

Encorvó los hombros y entreabrió los labios para soltar un suspiro de frustración, aunque se le notaba en la expresión que aquello le divertía.

—¿Me estás haciendo pagar todas las veces que he intentado sacarte de quicio? —Dejó la botella junto a los fogones y se desplazó unos centímetros hacia la izquierda para ponerse entre mis piernas como si tal cosa. A pesar de que yo me había sentado en la encimera, todavía estaba más alto que yo. Esbocé una sonrisilla y parpadeé con aire inocente—. Si es eso, creo que te estás pasando.

Solté una suave carcajada.

—¿Eso crees?

—Sí, creo que sí.

—Pues yo creo que lo estoy haciendo en su justa medida. Incluso podría pasarme un poco más. —Puse una expresión pensativa, pero entonces él soltó una fuerte carcajada que me cogió desprevenida.

—Tú… —empezó a decir, acercándose un poco más a mí—. Eres como un grano en el culo, Athalia Pressley.

—Qué gracioso —repuse en tono provocador. No pensaba recular, ni aunque apenas hubiera unos centímetros de espacio entre los dos —. Porque justo estaba pensando lo mismo sobre ti.

Él sonrió. Sonrió tanto que me entraron ganas de apretujarle las mejillas como haría una abuela y contemplar ese hoyuelo durante el resto de mi vida. Él entornó los ojos. La felicidad que había en su rostro, su forma de arrugar la nariz… eran una novedad.

Tragué saliva con fuerza; de repente, el aire se había hecho denso entre los dos. La pasta burbujeaba felizmente en la olla que teníamos al lado y la salsa de tomate hacía que mi casa oliera como un restaurante italiano. Uno de los buenos, de los del Lower East Side de Manhattan. Sin embargo, no era el vapor lo que hacía que me sudaran las manos, ni tampoco el calor que despedían los fogones.

Era él.

La forma en que su mirada caía sobre mis labios casi con descaro, como si quisiera recordar cómo era tenerlos contra los suyos. Como si no estuviera tratando desesperadamente de olvidar lo bien que encajábamos. Que es lo que estaba haciendo yo.

Pero olvidar cómo me había sentido cuando estaba encima de él, olvidar esos ruiditos que habría hecho si en ese momento se me hubiera ocurrido enterrar los dedos en su pelo, dejar una ristra de

besos en su cuello, hasta encontrar el punto justo debajo de su oreja… me parecía un imposible. En lugar de eso, recordé que la última vez, cuando lo había encontrado, había gemido mi nombre antes de casi hacerme suya en el suelo del salón.

Lo miré a los ojos y se me nubló la vista. Las posibilidades que flotaban entre los dos eran casi palpables. Solo tenía que moverme un poco hacia…

Un fuerte silbido interrumpió lo que estaba a meros segundos de convertirse en una situación inapropiada. Nos separamos de un brinco, sobresaltados.

Me volví hacia el ruido y se me escapó una carcajada al ver que era el agua de la pasta, que se estaba derramando y siseaba al caer sobre el fuego. McCarthy se puso manos a la obra de inmediato: bajó el gas y apartó la olla. Luego me miró con una expresión ligeramente perpleja, hasta que se dio cuenta de que yo estaba a punto de echarme a reír otra vez.

—Joder —mascullé entre carcajada y carcajada.

No sé por qué, pero él también se echó a reír. Un segundo después nos estábamos partiendo de risa los dos, tanto que a McCarthy le costaba mantener la olla recta. Y su mirada de concentración mientras hacía equilibrios con ella para no volcarla solo me hizo reír más y más fuerte. Lo que, a su vez, lo hacía reír más fuerte a él.

Era un círculo vicioso. Y yo estaba encantada de participar en él.

A pesar del aprieto, la cena estaba tan rica como sugería el aroma que despedía. Y, mientras me lavaba las manos en el baño, caí en la cuenta.

¡Aquello era una cita!

No era la primera. Habíamos tenido una a la semana durante el pasado mes, por lo menos. A veces más, si había eventos especiales

a los que mi hermano tenía pensado asistir. Sin embargo, ninguna de aquellas citas había sido real… Aunque tampoco estaba segura de que esta lo fuera.

Cuando fingías salir con alguien tanto tiempo como llevábamos haciéndolo nosotros, cuando veías a esa persona todos los días, pasabas mucho tiempo con ella, le dabas la mano, la mirabas con amor y te reías de sus chistes malos, los límites empezaban a difuminarse. Y en ese momento, a pesar de llevar las lentillas puestas, yo ya no era capaz de ver las líneas que los delimitaban. Y no era capaz de determinar en qué momento habían desaparecido.

¿Había sido antes o después de que me recompensara por darle una respuesta correcta con un beso?

Suspiré, presa de la frustración. Solo de pensar en aquel momento me ardían las mejillas. Me miré en el espejo una última vez, sacudí la cabeza para intentar que desapareciera el rubor y salí del baño, directa hacia la cocina.

Quizá la línea había empezado a emborronarse cuando él había comenzado a presentarse en mi casa, donde no había nadie a quien tuviéramos que venderle la relación que se suponía que teníamos. Pero él había empezado a venir de todos modos. Y yo le había dejado entrar.

Me recordé de nuevo que aquella no era una relación real más. De hecho, no era real, y tampoco era una relación. No era nada. Y era la nada, pero a veces desembocaba en besos, en una necesidad palpable de ir a más.

Antes de que me diera tiempo a desterrar aquellos pensamientos, el sonido de una animada conversación lo hizo por mí. Estaba a punto de doblar la esquina para llegar a la cocina abierta cuando la voz de Wren, seguida de la de McCarthy, hizo que me detuviera en seco.

Debía de haber confundido una «animada conversación» con una acalorada discusión, ¿no? Cuando aparecí ante ellos me temía lo peor, aunque ninguno de los dos se fijó en que yo había vuelto. Bien. Eso me daba más tiempo para observarlos.

Estaban el uno frente al otro, en lados opuestos de la isla de la cocina, y Wren tenía un cuenco de pasta en la mano que él debía de haberle ofrecido. Y, lo que era aún más importante, el ceño fruncido que aparecía en su rostro siempre que veía a McCarthy no estaba por ninguna parte. De él no quedaba más que una mirada de aprensión bajo lo que parecía un interés sincero en lo que él le estaba diciendo.

«Solo hablamos. No fue necesario coaccionarla ni hacerle ningún daño».

Quizá McCarthy no me hubiera mentido.

—Todavía no lo he visto en directo —admitió él, y Wren lo interrumpió de inmediato con ese tono entusiasta que utilizaba con una sola cosa. Me fijé entonces en la taza de Lin-Manuel Miranda que debía de haber dado pie a una conversación sobre su musical preferido. Gemí. Para mis adentros. Al fin y al cabo, quería ver qué decían.

—La verdad es que… —Wren se interrumpió para llevarse a la boca un bocado de pasta—. En directo está a otro nivel. No sabes lo que te pierdes.

—Sí, sí lo sé. —Echó la cabeza hacia atrás en un gesto de frustración, y fue eso lo que hizo que me viera por el rabillo del ojo —. Athalia —me llamó mientras se volvía hacia mí con una sonrisa—. Hola.

Wren se puso rígida. Y yo también.

—Bueno… —Empezó a recoger sus cosas para irse, haciendo equilibrios con la taza y el cuenco en una mano y el móvil en la otra

—. Gracias por esto. —Levantó el cuenco de pasta con torpeza y estuvo a punto de perder un rigatoni. Cruzamos una mirada y estuve a punto de engañarme a mí misma creyendo que había visto algo parecido a una sonrisa de disculpa en sus labios antes de que pasara por mi lado y desapareciera en su habitación.

Miré a McCarthy y parpadeé, perpleja.

—¿Acabas de…? —Miré hacia la habitación de Wren y luego a él de nuevo—. ¿Acabas de…? —Negué con la cabeza—. Estaba hablando contigo. ¡Voluntariamente!

—No sé si es del todo voluntario si estoy en su cocina, pero supongo que sí. —Se encogió de hombros y me pasó mi plato cuando estuve lo bastante cerca—. Tú intentaste llevarte bien con mi mejor amigo, lo menos que puedo hacer es… —Señaló la puerta cerrada con la cabeza.

El problema era que McCarthy ya no era el único con quien se suponía que Wren tenía un problema. También me había añadido a mí a la lista. Desde la discusión, aquel había sido el rato más largo que habíamos permanecido en una misma habitación, y solo era porque había tardado un poco en percatarse de mi presencia.

Apoyé la cabeza en su pecho con un suspiro.

—Creo que es el momento de tomar una copa de vino.

CAPÍTULO VEINTICUATRO



—Creo que hoy lo estoy haciendo bien.

—No lo suficiente.

—Lo bastante como para merecer un poco de reconocimiento por tu parte. —Enarqué una ceja mientras lo miraba desde el otro lado de su mesa. Después de una racha de diecisiete respuestas correctas, la pausa estaba más que justificada, ¿no?

—Ya te he reconocido el mérito —señaló, casi ofendido porque hubiera sugerido lo contrario—. ¿Qué más quieres que haga? ¿Que te diga que eres una buena chica cada vez que contestas bien a una pregunta?

Tentador.

Me dio la sensación de que no había querido decir eso, dado nuestro historial de… incidentes. De repente, se le habían disparado todas las alarmas. Su atención pasó de mis ojos a mis labios, para luego volver a mis ojos. Dos veces. Si no hubiera estado tan concentrada en él, se me habría pasado por alto.

Solté un ruidito, divertida, y esbocé una media sonrisa que quizá pudiera interpretarse como una provocación.

—No sé. —Me encogí de hombros—. Seguro que hay una cláusula en ese contrato tuyo que lo prohíbe. —No importaba que ya me lo

hubiera dicho. La semana anterior.

—Ahora eres tú la que no se reconoce el mérito, Pressley. —Le brillaban los ojos. Había algo que llameaba en sus profundidades oscuras. Se movió en la silla y apoyó los antebrazos sobre la mesa—. La mayoría de las normas de ese contrato las sugeriste tú. Incluida, aunque no solo, esa que tantas ganas tienes de romper.

Se puso de pie mientras yo seguía con la mirada todos y cada uno de sus movimientos. El ruido de la silla al rechinar contra el parqué me puso la carne de gallina por alguna razón desconocida, y el corazón se me aceleró cuando rodeó la mesa para colocarse a mi lado. Cuando se apoyó en ella lo recorrí con la mirada, admirando su altura. Me resultaba tan intimidante como atractivo. Me levanté a toda prisa.

Me enderecé, me aparté el pelo de la cara y carraspeé.

—No hacía falta que accedieras a todas y cada una de mis sugerencias. —Cuando una réplica no estaba a la altura, era capaz de admitirlo. Mi voz no desprendía, ni por asomo, su convicción habitual, y si dijera que no había sido apenas un susurro, mentiría.

Si era sincera, lo que había dicho era más o menos lo primero que se me había ocurrido. ¿Cómo iba a malgastar tiempo buscando una respuesta ingeniosa cuando lo tenía ahí delante, mirándome así? ¿Con los ojos clavados en los míos y una sonrisa provocadora en los labios mientras se relamía?

Resopló, divertido, al oírme. Ladeó la cabeza y el pelo oscuro se le movió ligeramente.

—¿Ah, no?

En ese momento, me rozó los dedos suavemente con los suyos sin apartar la vista de mí. Luego, los entrelazó para acercarme a él. Obedecí, tambaleándome, y le puse las manos en el pecho para prepararme para lo que venía, aunque no tardaron en encontrar su

sitio en su nuca. Él me puso la otra mano en la mejilla y me apartó el pelo detrás de la oreja con una caricia tan dulce que cualquiera se habría preguntado si era cierto que no nos caíamos bien.

—Creo que eso es mentira —susurró—. Y creo que lo sabes perfectamente.

Intenté no reírme, y me mordí el labio inferior para reprimir también una sonrisa. Negué con la cabeza y agaché la vista para escapar de sus ojos. Sin embargo, sentía el peso de su mirada sobre mí, y cuando volví a mirarlo, al tiempo que dejaba de morderme el labio inferior, me dio la sensación de que se le oscurecía.

—Cuidado, McCarthy —susurré pegada a él—. Puede que pierdas el juego que empezaste. —Hacía no mucho tiempo. En aquel mismo despacho—. Eres tú quien quería jugar, ¿recuerdas? Solo tienes que decirlo.

Él tragó saliva de forma visible mientras seguía con la mirada el dedo con el que le acariciaba distraídamente el pecho en dirección a su vientre. Luego me miró a los ojos.

—Cinco minutos. —No eran las palabras que esperaba oír, pero no me molestó que sus labios aterrizaran sobre los míos, relegando las caricias delicadas y las miradas lentas a algo del pasado. Porque en la fuerza con la que nos lanzamos el uno contra el otro no había dulzura ni delicadeza alguna: era brusca y desesperada, y no conocía la gentileza.

Nos dio la vuelta rápido y sin esfuerzo y me ayudó a subirme a la mesa. Abrí las piernas, entre las que él encajaba a la perfección. El aire estaba repleto de jadeos y gemidos contenidos. Negó con la cabeza sin separarse de mí.

—Diez minutos —se corrigió; me tenía tantas ganas que murmuró la mitad con los labios pegados a mi piel. Bajó la cabeza a un punto entre mi cuello y mi hombro para succionarme, mordisquearme y

besarme la piel como si nunca más fuese a tener una oportunidad como aquella. Yo eché la cabeza hacia atrás y exhalé un profundo gemido, presionando las manos en la mesa—. Diez minutos y nos ponemos otra vez con lo que hemos venido a hacer —jadeó antes de que sus labios volvieran a abalanzarse sobre los míos.

Dejé de contenerme. Cualquier pensamiento que empezara con «no puedo» o «no debo» o que tuviera que ver con ese contrato que no parecía importarnos a ninguno de los dos desapareció de mi mente para hacerle más sitio a él. Y a lo mucho que deseaba lo que estaba ocurriendo.

Bajó las manos a mi cintura y una de ellas se aventuró aún más abajo para acariciarme el muslo. Trazaba con ella suaves círculos que pronto se convertirían en lo que me haría combustionar. Las medias oscuras que había elegido para ese día eran más finas de lo adecuado para ser noviembre, aunque nunca me había sentido más satisfecha con mi atuendo. Porque era como si no hubiera barrera alguna que separase mi piel desnuda de su mano, y porque el suave gemido de aprobación que salió de sus labios pegados a los míos confirmó que él pensaba lo mismo.

Me atravesó una descarga de placer. Él gemía en voz baja, pero eso bastaba para evidenciar el calor que se me acumulaba entre las piernas. Eso, unido a su mano, que siguió subiendo por mi muslo hasta desaparecer debajo de mi falda… No sé cómo me tenía en pie. Y fue solo cuando estaba a punto de alcanzar el punto donde más lo anhelaba cuando vaciló, creando una pequeña distancia entre nuestros labios. Me dirigió una mirada penetrante que escondía una pregunta.

Yo respiraba pesadamente y el pecho de él subía y bajaba a la misma velocidad que el mío, a apenas centímetros del mío. Me retorcí, anhelante ante la ausencia de fricción, a pesar de que

intenté con todas mis fuerzas no parecer desesperada. Y fracasé. Él miró el reloj del despacho.

—Ocho minutos —murmuró, mirándome de nuevo a los ojos. Enarcó una ceja en un gesto desafiante—. Creo que nos da tiempo. ¿No te parece? —En lugar de esperar mi respuesta, me rozó las bragas con el dedo. Fue tan inesperado que de entre mis labios se escapó un gemido demasiado alto—. Con esa respuesta me basta, princesa.

Decir que mi corazón daba saltos mortales sería quedarse corta. El sobrenombre, su mano entre mis piernas, lo que estaba a punto de ocurrir… La expectación era tanta que tenía ganas de vomitar, para bien, si es que eso tiene sentido.

Un segundo después me estaba besando de nuevo, mientras deslizaba un dedo con suavidad —¿por qué habría elegido la suavidad precisamente en ese momento?— por mi entrada cubierta de tela. Lo deslizó de arriba abajo antes de separarse tan solo un ápice de mí. Seguía provocándome con los dedos, que estaban tan cerca de mí que los sentía, a pesar de que ya no me estuviera tocando.

Recorrió mi rostro entero con la mirada, fijándose en cada movimiento de mis cejas, en cada mancha de rubor de mis mejillas.

—¿Estás segura? —Me preguntó con aspereza, con la cara todavía muy cerca de la mía. Solo tendría que inclinarme un centímetro más hacia él para volver a besarle. Era tentador; sin embargo, asentí.

—Segurísima.

Me rodeó el muslo con la mano, deslizando los dedos sobre mi piel hasta llegar al borde de mis medias.

—No quiero que te arrepientas —musitó, aunque me daba la sensación de que en ese momento estaba tratando de razonar consigo mismo, más que conmigo. Y quizá estuviera en lo cierto.

Quizá fuera una mala idea, pero que me partiera un rayo si no estaba decidida a llevarla a cabo.

Ladeé la cabeza. Solté un leve quejido, reprimiendo un gemido de frustración, cuando su dedo pulgar volvió a hundirse entre mis muslos.

—Eso solo depende de tu desempeño, ¿no te parece?

Su suave risa se sofocó cuando volvió a estampar los labios contra los míos, de modo que su vibración descendió hasta mis entrañas, causando aún más estragos a su paso.

—Supongo que sí —coincidió. Metió los dedos por dentro del borde de las medias y gimió—. Un poco de ayuda no me vendría mal —consiguió pedir, y no necesité oír más.

Me dejé caer sobre la mesa y, sin pensar en las consecuencias, alcé las caderas para que pudiera bajármelas. Los libros y demás papeles y materiales importantes que hubiera desperdigados por la mesa no importaban. Ni me importaban a mí ni le importaban a él.

Se detuvo un segundo a contemplarme tirada encima de la mesa y luego me bajó lentamente la tela por el culo y las caderas. Lo hizo sin prisa alguna, admirando hasta la más minúscula de mis reacciones, como si necesitara grabarse la imagen a fuego en la mente. Como si la agonía de sus movimientos tortuosamente lentos se viera reflejada en cada uno de mis rasgos y a él le encantara verlo. Como si quisiera recordarlo. Probablemente, también querría hacérmelo recordar a mí.

Me incorporé en cuanto pude y lo besé. Él se dejó llevar por el movimiento fluido de nuestras lenguas entrelazándose; no había más sonido que el de nuestros jadeos. Sin embargo, no tardó en recuperar el control, decidido a llevar a cabo el plan que tenía en mente, fuera cual fuese. Metió una mano entre mis muslos y me puso una en el pecho para empujarme con suavidad sobre la mesa.

Habría sido una idiotez no obedecer, aunque tardé apenas un segundo en volver a mirarlo a los ojos. Su sonrisa era sincera. Traviesa, dulce, de admiración. Y también oscura.

Echó un vistazo al reloj.

—Cierra los ojos, princesa. —Su voz era apenas un susurro, pero tan exigente como siempre.

Y, una vez más, habría sido una idiotez no obedecer. McCarthy soltó una suave gemido de satisfacción.

Y a pesar de todo lo que había ocurrido hasta entonces, a pesar de que me había hecho sentir mejor que nadie antes con cuatro caricias inapropiadas, fue en ese momento cuando empezó todo. Cuando cobró vida y me devoró entera.

Me metió las manos bajo el jersey y me lo subió, arrugándolo sin contemplaciones, sin pensar en que me había costado una fortuna. A mí tampoco me importó, porque un segundo después me acariciaba el pezón expuesto con un dedo y envolvía el otro con los labios.

Abrí los ojos de golpe simplemente porque no lo esperaba: ni tener sus labios alrededor de mi pezón ni el fuerte gemido que se escapó de mis labios. Se rio contra mi piel y me miró llevándose un dedo a la boca.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre estas paredes? —preguntó—. Intenta no hacer ruido. Hazlo por mí.

Le dije que lo sentía solo con un movimiento de los labios, dejé caer la cabeza sobre la mesa de nuevo y cerré los ojos cuando me inundó la siguiente oleada de placer, esta vez, porque su boca se dedicó a adorar mi otro pezón. Conseguí tragarme el sonido que amenazaba con trepar por mi garganta; suspiré con fuerza y arqueé la espalda. Como tenía su cuerpo entero casi encima del mío, notaba su miembro duro contra mi muslo. Solo pensar en ello fue

demasiado para mí, y otro gemido se escapó de mis labios, aunque algo menos escandaloso esta vez.

Me costó seguir guardando silencio cuando empezó a trazarme círculos sobre el clítoris por encima de las bragas. Metió un dedo por debajo solo para provocarme, y luego tiró de ellas y las dejó caer encima de mi piel con brusquedad. Con la otra mano me tapó la boca, y, por un segundo, me pregunté por qué lo hacía. Sin embargo, obtuve mi respuesta cuando metió los dedos por debajo de la tela y la apartó, asegurándose de que se quedase a un lado. Y, cuando por fin me tocó, me quedó claro que había sido una buena idea.

El gemido que solté habría sido inevitable, aunque gracias a su mano no fue más que un quejido amortiguado. Siguió acariciándome el clítoris en círculos, igual que hacía yo cuando estaba sola, al tiempo que me chupaba los pezones, haciéndome jadear con tanta fuerza que creí que me desmayaría. Aun así, me mantuve tan silenciosa como pude, y me dio la sensación de que él apreciaba mis esfuerzos.

—Buena chica —susurró contra mi piel expuesta. Mantuvo el ritmo con los dedos mientras empezó a darme besos húmedos por la barriga. Me volví hacia él, expectante, en cuanto comprendí que no pensaba detenerse a medio camino. En lugar de eso, comenzó a besarme en el hueso de la cadera, y siguió bajando hasta abrirme las piernas y enterrar la cabeza entre ellas. Beso tras beso, se iba acercando cada vez más al punto álgido, hasta que se quedó justo delante. Se detuvo solo un instante y su aliento contra mi piel expuesta me hizo estremecer de pies a cabeza. Y, cuando todavía no había tenido tiempo de recuperarme, empezó a darme con la lengua un tipo de placer completamente distinto.

Esta vez fui yo misma quien se tapó la boca con la mano para

intentar sofocar mis gemidos, al tiempo que se me arqueaba la espalda sobre la mesa. Él soltó una risita con la boca pegada a mi parte más sensible, y la vibración no hizo sino exacerbar la ristra de sonidos amortiguados que salían de mí. Durante un rato, lo único que se oyó fueron mis gemidos sofocados, mis quejidos y gimoteos mientras él movía la lengua cambiando de ritmo y de presión. Y luego, cuando bajó la segunda mano por mi muslo y, sin antes advertirme, me metió dos dedos, ya no tuve nada que hacer.

—Dios —gimió con la boca pegada a mi clítoris, y el sonido me pareció celestial—. Qué mojada estás…

Me permití arquear la espalda una vez más, mientras las oleadas de placer me acercaban más y más a aquel orgasmo inesperado. Mis manos jugaban con su pelo, tirando de él cada vez que golpeaba el punto justo con los dedos.

Y, al cabo de un rato, lo encontró una y otra vez, y otra.

—Por favor, no pares —murmuré. Consciente de que tenía el placer escrito en el rostro, levanté la cabeza para mirarlo por primera vez. Y, joder, qué vistas.

No me hizo falta más que una única imagen de él entre mis muslos, con el pelo hecho un desastre, y que nuestras miradas conectasen: sentí una presión en el pecho idéntica a la de mi entrepierna.

—¡Joder! —exclamé entre dientes, dejándome caer.

—Vas a correrte para mí, ¿verdad?

La única respuesta que pude musitar fue un gemido entrecortado, pero él entendió el mensaje. Mantuvo el ritmo, y yo no podía estar más agradecida porque escuchase lo que mi cuerpo le decía. «Así está bien. No pares. Sigue».

Y siguió. Lo hizo perfecto.

Me mordí el labio inferior con fuerza cuando me anegó esa oleada

de alivio.

Y todavía nos sobró un minuto.

No me extrañaba que McCarthy fuese un tema de conversación tan recurrente entre las chicas en los baños de las fiestas. ¿Debería estar impresionada?

Lo miré. Volvía a estar sentado al otro lado de la mesa, leyendo el examen de práctica que me había puesto, como si no me hubiese regalado el mejor orgasmo de mi vida hacía unos minutos. Estaba ahí como si tal cosa. La viva imagen de la indiferencia. De la satisfacción.

Cuando me dio la sensación de que llegaba al final de la última página, aparté la vista. No había necesidad de alimentar aún más su ego. Me esforcé al máximo por mostrarme igual de indiferente, aunque «tranquila» y «serena» no fuesen precisamente las palabras que habría elegido para describirme en ese momento.

Se me paraba el corazón cada vez que miraba, aunque fuera solo un segundo, las partes de él que no debía mirar. Sus labios, sus ojos, sus dedos. Todo me recordaba a lo que acababa de hacerme en esa misma mesa a la que estábamos sentados. Hacía menos de media hora. Estaba convencida de que jamás conseguiría entrar en ese despacho sin pensar en la imagen de McCarthy entre mis piernas.

La vida era cruel. Injusta.

Suspiré en voz baja y volví a mirarlo sin hacer ningún esfuerzo consciente, esperando que todavía estuviera mirando las hojas que tenía en la mano y que mi mente tuviese otra oportunidad para seguir rememorando. Sin embargo, mis ojos se encontraron con los suyos, que se abrieron ligeramente de la sorpresa. Apretó los labios y enarcó las cejas, como si no lo hubiese pillado yo a él también.

—¿Qué? —pregunté, irritada por nada en concreto, salvo por esa

seguridad en sí mismo que nunca parecía flaquear.

Él negó con la cabeza, divertido con la situación.

—Solo estoy esperando a que vuelvas a bajar a la tierra. —Dejó el examen sobre la mesa, entre los dos, y aprovechó la oportunidad para recoger sin muchas ganas el desorden que había causado antes al tumbarme sobre la mesa—. ¿En qué estás pensando?

A juzgar por su tono de voz, no tenía ninguna razón para preguntármelo. Ya lo sabía.

—En ti. —Esbocé la sonrisa más ancha de que fui capaz, pero me la borré de la cara al cabo de un segundo—. Y en lo mucho que estás tardando en revisar cuatro respuestas que seguramente sean correctas. —Era más probable que no lo fueran, pero lo miré con los ojos entornados como si nada—. Me hace pensar que estás distraído, McCarthy.

Se presionó el lado de la mejilla con la lengua para evitar que se le escapara una sonrisa, con hoyuelo y todo.

—Sí, puede que tenga la cabeza en otra parte —admitió, aunque no sin antes recorrerme el cuerpo con la mirada tan rápido que casi se me pasó por alto.

Le pregunté lo mismo que él me había preguntado a mí:

—¿En qué estás pensando?

Y él me ofreció la misma respuesta.

—En ti.

Aunque no se borró la sonrisa de la cara de inmediato, como había hecho yo, casi esperaba que optara por ridiculizar la frase de algún modo. Que añadiera un «y en lo incorrectas que son estas respuestas» o un «y en que sigues sin tener ni idea de lo que tienes que hacer». Pero no lo hizo.

En mí. Pensaba en mí y punto.

Ahora era yo quien sonreía mientras miraba a mi alrededor como

si tal cosa. Si a mí también se me marcaban hoyuelos, debían de estar ahí en todo su esplendor. No tenía sentido que intentase disimular; eso me habría hecho parecer aún más boba.

McCarthy carraspeó.

—Está bastante bien —dijo. Lo miré y vi que había vuelto a coger el examen de práctica—. Hay varias cosas en las que trabajar, pero, en general, me esperaba algo mucho, mucho peor.

—Creo que me merezco un «buena chica».

—Largo de aquí —me rogó con una carcajada, negando con la cabeza de un modo que solo me hizo sonreír aún más—. Por favor.

Y me sonó a que suplicaba por su bien. Quizá porque sentía esa misma necesidad imperiosa bombeando dentro de sus venas al recordar lo que había ocurrido allí hacía apenas media hora, y quería ignorarla igual que yo.

CAPÍTULO VEINTICINCO



Quedaban tres días para Acción de Gracias.

Tanto los estudiantes como los profesores estaban ultimando los preparativos para marcharse del campus durante el puente. Las clases se habían convertido en un lastre tanto para unos como para otros. Todos nos dábamos cuenta.

Y yo ya había asumido que ese año no pasaría el día con Wren. Sabía que, si se lo pedía, me llevaría a su casa con ella. Fueran cuales fuesen las circunstancias, estaría a mi lado si la necesitaba. O eso creía.

Pero Wren sabía ser mezquina, y yo era muy terca. Así que ella no me lo ofreció y yo no se lo pedí.

Quizá a las dos nos sentaría bien un poco de espacio. Unos días en los que no nos cruzáramos por la cocina en un momento incómodo, o en los que no tuviéramos que ir con sigilo por el piso hasta llegar a nuestra habitación para evitar a la otra.

«Mira quién se comporta ahora como si fuera mi novia».

Un poco de espacio. Aunque las amistades no necesitan espacio, ¿no? Se supone que son fáciles. Que salen solas.

Pensar en un día de Acción de Gracias sola me asustaba.

Quedaban dos días para Acción de Gracias.

Técnicamente, el aniversario de la muerte de mis padres ya había pasado. El veintidós era como cualquier otro día de noviembre, lleno de clases, deberes y sesiones de estudio para los finales. Sin embargo, siete años antes, Acción de Gracias había caído en el día veintidós, así que era la festividad que asociaba con su muerte. La cantidad de artículos que publicaban sobre ellos en esa época del año no ayudaba, y tampoco el *hashtag* de Twitter que se suponía que era para recordar a mi padre ni la carta de pésame que la empresa de mamá enviaba cada año.

Esta vez me hizo sentir aún peor.

Quizá —seguramente— porque noviembre solía ser el mes en el que más sentía que Henry era mi hermano mellizo. Nunca hablábamos de ellos, pero parecía acercarse un poco más a mí. Se ponía en contacto conmigo, me preguntaba si estaba bien… Los dos seguíamos sufriendo, lidiando con el dolor de formas distintas, así que era fácil olvidar. Noviembre nos hacía recordar.

Aunque este año no pareció tener ese efecto en él.

Sin embargo, que se hubiera involucrado más en mi vida desde lo de McCarthy era bueno. ¿No?

Quedaba un día para Acción de Gracias.

Suponía que casi todos los estudiantes se habrían ido ya del campus. La puerta abierta de Wren y la luz apagada de su cuarto, como si quisiera restregarme su ausencia por la cara, sugería que ella, al menos, sí se había marchado. Intenté que no me afectara. Me podría haber ofrecido que fuese con ella y no lo había hecho. Pero, claro, yo también se lo podría haber pedido… Y tampoco lo había hecho.

No había tocado el móvil desde el día anterior, cuando el último

artículo había salido de la nada. ¿Quién podría estar preparado para ver una foto en la que salen sus padres muertos sonrientes? Estaban juntos, en los escalones de un jet privado, hacía más de diez años. Mamá estaba saludando a la cámara con la mano y papá la miraba a ella.

Solo pensar en ello me volvía a poner el estómago del revés. Hacía que mi odio contra la prensa se exacerbara. «Oye, ¿por qué no usamos la foto en la que esta pareja que murió en un accidente aéreo sale justo delante de un avión mucho antes de su accidente?».

Era una vileza. Pero les proporcionaba clics, atención y dinero. Y eso era lo que hacía que girase el mundo, ¿no?

Una brusca llamada a la puerta me sacó de mis pensamientos. Salí de debajo de mi manta con el ceño fruncido. No tenía ninguna intención de responder a quienquiera que estuviese aporreando la puerta de mi casa, pero, de todos modos, tenía curiosidad. Cuanto más tiempo pasaba sin que nadie respondiera, más fuertes eran los golpes. Tanto la velocidad como la intensidad de los mismos se incrementaba. Fuera quien fuese, tenía muchísimas ganas de entrar.

Por unos instantes, me pregunté cuál sería la probabilidad de que fuese un reportero o un paparazzi tratando de conseguir una exclusiva con la desolada hija de un billonario. Casi me eché a reír al pensar que el público me viese así: roja, despeinada y con los ojos hinchados y vestida con una sudadera extragrande y la ropa interior del día anterior (no me juzgues: estoy de duelo).

Sin embargo, lo que oí entonces fue tan inesperado, y estaba tan alejado de mi vívida imaginación que me quedé paralizada. Y me sobrevino un calentón solo de pensarlo. Ya se había convertido en una voz conocida para mí: era capaz de distinguirla a través de las paredes y las puertas que aún nos separaban.

Salí de la cama más rápido de lo que lo habría hecho en un día normal. Solo el hecho de que estuviera fuera de ella y no llorando escondida debajo de las sábanas ya era todo un hito. Solo por si acaso, me enjugué las mejillas por si todavía estaban mojadas antes de abrir.

Y sí, era McCarthy, por supuesto. Con unos pantalones negros de vestir y un suéter ancho de color oliva bajo un abrigo negro.

Lo miré a los ojos y percibí un cambio en su expresión cuando él me miró a mí. Supuse que se había percatado de que tenía la nariz roja y los ojos hinchados.

—¿Todavía estás enferma? —preguntó con un tono… calmo. Esperanzado, de algún modo. Cuando negué con la cabeza despacio, no lo dudó ni un segundo.

Aquel gigante de casi metro noventa, que se suponía que me odiaba y que no me había dicho más que cuatro palabras amables en alguno de sus arrebatos, se lanzó a abrazarme como si hubiera nacido para ello. Su olor me embargó mientras me acurrucaba entre sus brazos, que me sostenían con fuerza, con ánimo protector. Y, sobre todo…, lo necesitaba. Me puse a temblar al darme cuenta, y yo también me abracé a él.

—Gracias —murmuré contra su pecho. No sabía si me había oído, pero di por hecho que sí, y que cuando empezó a acariciarme el pelo lo hizo como respuesta. Al menos, me lo tomé así.

McCarthy respiró hondo y apoyó la cabeza sobre la mía.

—Soy idiota —dijo en voz baja—. Tendría que haber venido ayer. Y el día anterior. Y el día anterior a ese. Debería… —Se interrumpió y se separó un poco para contemplarme. Me cogió la cara con las manos con suavidad y yo lo miré a los ojos, odiando que los míos estuvieran húmedos—. Lo siento.

Negué con la cabeza con poco entusiasmo. Él era la última

persona que debía pedir perdón por nada. Si ni siquiera nos caíamos bien, por el amor de Dios… Y, de todos modos, allí estaba. Se había molestado en venir a ver si me encontraba bien antes de…

Me aclaré la garganta.

—Entonces ¿ya te vas a casa? —Una pequeña sonrisa se le dibujó en los labios. Incapaz de explicarla, entrecerré los ojos, confundida —. ¿Qué pasa?

—Vamos. —Me dio la mano con tanta naturalidad que casi ni lo advertí. Luego tiró de mí hacia mi habitación y, si juzgó el estado en el que se encontraba, no me di cuenta—. ¿Cuándo fue la última vez que miraste el móvil, Pressley? —El tono provocador de su voz había vuelto a hacer acto de presencia, y jamás pensé que me alegraría tanto de oírlo. Me proporcionaba una sensación de normalidad; era un recordatorio de que había un tiempo antes y después del duelo. Era una distracción del mismo hecho de que habían muerto. Y era justo lo que necesitaba.

—Lo apagué cuando… —Y así, sin más, el subidón que había supuesto aquella distracción se esfumó tan repentinamente como había llegado. Tragué saliva con dificultad y negué con la cabeza—. Lo apagué y ya está. —Me corregí encogiéndome de hombros. Luego señalé la pantalla negra del teléfono, que estaba en mi mesita de noche.

Aunque estaba segura de que se había dado cuenta de que había algo raro en mi explicación, no insistió.

—Eso explica por qué no estás vestida ni has hecho la maleta. Y por qué llevas las gafas todavía. —Se quedó pensativo—. Bueno, cámbiate y prepara el equipaje. —Se quedó en silencio un segundo y añadió—: Pero déjate las gafas.

Eso no había ni que decirlo, teniendo en cuenta la cantidad de lágrimas derramadas en esa época del año. Las lentillas se me

caerían enseguida, así que no merecía la pena hacer el esfuerzo de ponérmelas.

—¿Qué? —me chinchó al ver que guardaba silencio. Puso los ojos en blanco y se esforzó por comportarse como si no pasara nada, como si yo no tuviera las mejillas rojas y los ojos brillantes. No creo que comprendiera lo agradecida que estaba por ello—. ¿Pensabas que podrías fingir ser mi novia sin las incómodas presentaciones familiares en la cena de Acción de Gracias? ¿Qué gracia tendría?

Oh.

Oh, no.

—Yo no… —tartamudeé—. No deberíamos…

—He recibido instrucciones muy claras, Pressley —repuso con firmeza mientras se dirigía a mi armario. Encontró una mochila en el estante superior—. Y aunque no fuera así… No pienso dejarte sola. Me lo debes, ¿recuerdas?

«¿Instrucciones muy claras?».

Se dio la vuelta y me tendió la mochila.

—Hoy es el día que me cobro la deuda. Te vienes conmigo.

Estaba oficialmente perdida. Tal vez fuese esa la razón por la que acepté la mochila.

Treinta minutos más tarde, durante los cuales hice la maleta (lo que consistió en meter ropa al azar en la mochila), me duché y me vestí, estábamos sentados en el Jeep negro de McCarthy y 650 kilómetros nos separaban de Washington D. C. Los altavoces del coche reproducían una buena lista de música idónea para viajes por carretera y, para mi sorpresa, yo me sentía feliz por estar en algún sitio que no fuese mi casa desierta.

Me había fijado en la Polaroid que llevaba en el salpicadero en cuanto había ocupado mi asiento. Él no se había ni subido al coche cuando reconocí mi ancha sonrisa, su pelo mojado y sus ojos

clavados en mí. Aunque se me puso una sonrisa de oreja a oreja, no le dije nada al respeto.

—Esto… Oye… —Me interrumpí y exhalé con brusquedad. Me volví hacia McCarthy para ver que tenía la vista fija en la carretera. Me miró de reojo apenas un segundo para darme a entender que me había oído—. Gracias —musité. Otra vez. «Por qué me estará dando este hombre tantas razones de peso para sentirme agradecida con él?»—. Por todo. —Señalé a mi alrededor en un gesto frágil sin apartar la mirada de él.

Él se encogió de hombros, incapaz de esconder la sonrisa que empezaba a despuntar en las comisuras de su boca.

—La verdad es que si alguien me hubiera dicho hace un mes que esto iba a pasar... —Me miró con una expresión de incredulidad—, les habría convencido de que solo era parte de un plan muy elaborado para dejarte tirada en mitad de ninguna parte y ver cómo te las arreglabas. —Soltó una risotada que sofocó la música que salía por los altavoces en un volumen bajo, y yo no pude evitar que se me dibujara una sonrisa.

—Bueno… —Me reí por la nariz—. Y yo les habría dicho que para acabar en este coche antes tendría que estar inconsciente. Y mírame ahora, completamente despierta y en control de todos mis actos. —Casi todos. «Estaría bien conseguir que mis labios se pusieran rectos».

McCarthy se rio con suavidad y volvió a mirarme. Guardó silencio un segundo y luego preguntó:

—¿Tienes hambre?

Normalmente, en esta época del año, estaba demasiado ocupada llorando, durmiendo o lamentándome para que comer fuese una prioridad, y McCarthy me había tendido una emboscada antes siquiera de que saliera de la cama, así que ese recordatorio bastó

para que me rugiera el estómago. Fue respuesta suficiente. Tomó la salida que llevaba al primer restaurante de comida rápida que vio.

—Todavía estás en deuda conmigo, ¿recuerdas? —Metió el coche en una plaza de aparcamiento.

Sí, lo recordaba: su primer mensaje fingiendo ser un número de spam, en el que luego se había invitado a que yo lo invitase a salir. Una vez más, me pregunté por qué aquellos detalles tan triviales se me habían quedado grabados en la memoria.

—No sé a qué te refieres —fingí, aunque ya estaba buscando la cartera en la tote bag que llevaba en los pies.

Él me detuvo al instante. Me cogió de la mano y me la sacó poco a poco de la bolsa, para luego quitarme la cartera y tirarla al asiento de atrás.

—Vaya, parece que te has olvidado la cartera en casa. —Ahogó un grito fingiendo sorpresa, como si no acabara de arrancármela de la mano—. Es una pena. —Empezó a sonreír—. Tendré que invitar yo. ¿Qué quieres?

Negué con la cabeza, divertida.

—Sorpréndeme.

Cuando salió del interior del restaurante, llevaba dos bolsas en una mano y las bebidas en la otra. Me hizo gestos para que le abriera la puerta del conductor y entró con un resoplido.

—No vuelvas a hacerme elegir por ti —protestó mientras me dejaba en las piernas la bolsa más grande—. Creo que he comprado todo lo que había en la carta.

—Ya lo veo. —Sonreí mientras rebuscaba en la bolsa. Cuando lo miré a los ojos, entre incrédula y complacida, él se metió una patata frita en la boca con una sonrisa de satisfacción.

—Te he comprado un chocolate caliente. —Señaló uno de los vasos—. Y he pensado que igual podíamos compartir el batido de

fresa. ¿Te gustan las fresas? —Cuando frunció las cejas en un gesto de preocupación (por si no me gustaban las fresas) y de interés (porque tenía esperanzas de que sí me gustaran), no pude evitar que mi sonrisa se descontrolara.

—Sí. —Me dolían las mejillas—. Me gustan las fresas.

Exhaló y sonrió de nuevo, aliviado y agradecido.

—Me alegro. —Asintió y apartó la vista—. Perfecto.

Me apoyé en el respaldo con un puñado de patatas fritas en la mano y suspiré satisfecha. A pesar de todo, empezaba a hartarme de tener que darle las gracias una y otra y otra vez porque fuera tan generoso conmigo una y otra y otra vez.

—Gracias —le dije de todos modos.

Puso marcha atrás y colocó el brazo en el respaldo de mi asiento para mirar por el parabrisas trasero. Luego miró al retrovisor y después, como si no pudiera evitarlo, me miró a mí. Me guiñó un ojo y cuando no me estremecí supe que estaba metida en un buen lío. En lugar de rechazo, lo que había sentido eran mariposas en el estómago.

Me estaba adentrando en terreno muy peligroso, y no había nada que pudiera pararme.

Me aclaré la garganta justo cuando él volvió a mirar a la carretera.

—Y deja de ser tan majo conmigo —protesté de repente. Él me miró con una sonrisa de satisfacción, que no hizo sino ensancharse cuando di un trago de batido.

—¿Por qué? —preguntó con la boca llena.

—Porque mi gratitud se te está subiendo a la cabeza, McCarthy.

Contestó con otra risita y negó con la cabeza mirándome de reojo.

—Pues yo también sé adónde te van a subir a ti mis actos. —Me miró de arriba abajo. Se tomó tres segundos enteros para hacerlo, el máximo de tiempo que se permitió apartar la vista de la carretera.

—¿Adónde? —me reí en voz baja, ignorando el hecho de que sabía muy bien a qué parte de mi cuerpo se me estaban subiendo—. ¿A la habitación de cuando eras pequeño?

Soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás, feliz y despreocupado. La música sonaba de fondo y él tamborileaba con el dedo al ritmo de ella.

—Sí —contestó sin dejar de reírse—. Exacto.

CAPÍTULO VEINTISÉIS



Para entretenernos durante el largo trayecto recurrimos al juego «Cinco preguntas en diez segundos», un juego imposible que Wren se había inventado la primera semana que habíamos pasado juntas.

Acababa de volver a casa de mi primera fiesta universitaria, borracha y cargada de energía por el subidón de disfrutar de alcohol gratis, de socializar y de conocer a Jason. No tenía ni pizca de cansancio. Me había encontrado a mi compañera de cuarto en la cama con un libro. Cuando yo entré como un elefante en una cacharrería, haciendo mucho más ruido de lo aceptable a las dos de la madrugada, se limitó a dedicarme una sonrisa despreocupada. Se me ocurrió desafiarla a jugar a «Veintiuna preguntas» para conocernos mejor, y ella enseguida cambió el juego a «Cinco preguntas en diez segundos».

«Nadie responde veintiuna preguntas con sinceridad», me explicó. Con cinco preguntas en solo diez segundos apenas tenías tiempo de responder, así que aún menos de inventarte alguna mentira. El estrés te hacía desembuchar la inevitable verdad.

Era mi turno.

—Fruta preferida.

—Manzana.

—Peor novia.

—Ella, en la guardería.

—Mejor novia.

—Tú.

—¿Por qué me odias?

—No te odio. —¿Sería mentira?

—¿De qué hablaste con Wren?

La mejor parte del juego era que, después de varias preguntas triviales que hacían que el otro bajara la guardia, las respuestas empezaban a salir sin filtro.

McCarthy abrió la boca, a punto de contestar tan rápido como a las anteriores, pero se detuvo en el último momento y esbozó una sonrisa ladina. Me miró, apenas un segundo, y luego negó con la cabeza con incredulidad.

—Eso es un golpe bajo, Pressley. Incluso para ti. —Me señaló meneando el dedo y luego se lo llevó a la boca y fingió cerrársela y tirar la llave—. Mis labios están sellados —añadió, contradiciendo su gesto anterior.

Sonreí.

—Valía la pena intentarlo. —Soplé para apartarme el flequillo de la cara y me recosté en el respaldo del asiento—. ¿Qué te hizo la pobre Ella?

McCarthy resopló mientras yo reiniciaba el cronómetro.

—Era una mujer muy exigente, incluso a tan tierna edad.

—Yo también soy una mujer muy exigente.

Se rio con disimulo.

—Lo sé. —Miró el contador a cero—. ¿Preparada?

Asentí, pulsé el botón de inicio y él disparó su primera pregunta.

—Película preferida.

—Vaiana.

—Primer famoso del que te pillaste.

—Leo cuando era joven.

—Golosinas preferidas.

—Sour Patch Kids.

—¿Por qué quieres vengarte de tu hermano?

—Porque desde la muerte de nuestros padres… —Me callé de golpe, pero ya era demasiado tarde.

Habíamos estado ignorando lo más obvio, y por fin se nos había puesto delante de las narices.

El silencio que se hizo después de que mencionara a mis padres duró apenas tres segundos, pero miré a McCarthy como un cervatillo delante de los faros de un coche. Ni siquiera me di cuenta de que el contador vibraba al llegar a los diez segundos hasta que él alargó la mano sin mirar y lo paró.

Solté un resoplido, una sombra de carcajada desprovista de alegría. Tenía que reconocérselo; el viaje en coche había resultado ser una buena distracción para el desastre que era mi vida real. Una vida de la que no formaba parte McCarthy, que me llevaba de viaje, se encargaba de que comiera y estaba a punto de presentarme a toda su familia por Acción de Gracias.

De repente, los padres muertos, la dinámica familiar tóxica con mi hermano y las amistades que se desmoronaban habían vuelto a pasar a un primer plano. Mi ánimo se desplomó y se me encogió el estómago, retorciéndose de tristeza e incertidumbre.

—¿Te apetece hablar de ello? —preguntó—. ¿De tus padres?

Hasta ese momento, no creía que me apeteciera. Al menos, no con él. Aparté la vista para mirar las señales junto a las que pasábamos y los árboles que bordeaban la carretera, y, mientras tanto, reflexioné sobre su pregunta. Su ofrecimiento.

No sabía si estaba preparada para mostrarle la faceta de mí en la

que no primaban las réplicas ingeniosas y los comentarios sarcásticos. La faceta que seguía rota, que probablemente lo estaría siempre. Al menos, un poco.

—A mí siempre me ha ayudado —añadió con aire pensativo y voz firme y calma—. Hablar las cosas, quiero decir.

Tenía razón. Al menos según mi psicóloga. Stephanie siempre había insistido en que hablar era clave para gestionar todo aquello. En que enterrar y reprimir mis sentimientos no haría sino empeorar las cosas.

Era evidente que Henry no le había hecho caso.

Contemplé al chico que se sentaba tras el volante. Tenía los ojos en la carretera; estaba relajado, pero alerta.

—Todavía tenemos un largo trayecto por delante —dijo, mirándome—. Y estaré encantado de escuchar. Si tú quieres.

Parpadeé y exhalé una bocanada de aire. McCarthy sabía escuchar; ya me había dado cuenta de eso. Y se había ofrecido.

Así que, una vez que se abrieron las compuertas, se lo solté todo. Le conté a ese pobre chico más de lo que debía de querer saber.

—Entonces ¿tanto tu padre como tu madre fueron a la HBU? —preguntó, aprovechando un corto descanso en mi discurso. Yo asentí. Tenía la mirada fija en el paisaje que poco a poco dejábamos atrás, a medida que nos acercábamos a la civilización y dejábamos atrás la larga autopista.

—Es donde se conocieron —expliqué—. Mi padre escribió su tesis en la HBU durante su semestre en el extranjero. Prácticamente le rogaron que lo hiciera. —Resoplé al recordarlo. El legado que había tras su nombre seguía estando muy presente—. Por el fútbol. —Torcí la cabeza en dirección a él al mencionar el nombre del deporte, a pesar de que él seguía con la mirada fija en la carretera—. Los dos sabían que él empezaría a jugar profesionalmente en cuanto se

graduara. Sus padres insistían en que tenía que sacarse una carrera, y la HBU quería que su nombre estuviera asociado a ellos. En aquel entonces, el equipo de fútbol universitario no era gran cosa.

—Porque no me tenían a mí —bromeó, y esbocé una media sonrisa, aunque puse los ojos en blanco de todos modos.

—Ya, claro —repliqué alargando la palabra antes de volver a mirar por la ventanilla—. No te tenían a ti, pero una vez que mi padre aceptó la beca completa para estudiar allí, tenían a Felix Pressley. Lo hicieron capitán, les consiguió la victoria en su último curso y supongo que el resto es historia. —El resto era que, al cumplir los veintitrés años, Felix Pressley ya se había convertido en una leyenda del fútbol, que jugó en la selección británica hasta que Henry y yo teníamos cinco años y que luego se «retiró» a jugar en los Estados Unidos, donde lo habían valorado en setenta millones de dólares.

—¿Y tu madre? —Lo preguntó sin vacilar. Mencionó a mi madre de forma tan natural que casi olvidé por un segundo que la había perdido.

Aquello era nuevo. Desconocido. Y bastante… amable por su parte.

Estuve a punto de darle las gracias otra vez, solo por tratar el tema como habría tratado cualquier otro.

—En su penúltimo año de carrera, Naomi Yung ya tenía un próspero negocio —le conté, repitiendo los miles de titulares y artículos con voz grave de locutor, aunque enseguida dejé el tono jocoso—. Fue la primera en centrarse en el *deep data* en lugar de solo el *big data* y en ofrecer la estadística aplicada a… —Me interrumpí. McCarthy no me había pedido un recorrido por la obra de mi madre—. Se graduó con matrícula de honor, tanto en el grado como en el máster. Para cuando terminó la universidad, DeepStat ya había comprado a su principal competidora y ella era multimillonaria.

Y hecha a sí misma, además.

—Un momento… ¿Me estás diciendo que tu madre era estadística?

Me eché a reír, aunque sin alegría.

—Originalmente, sí. —Sabía a qué se refería, así que decidí verbalizarlo antes que él—. Y, sin embargo, aquí estoy —resoplé, derrotada y saturada y consciente por fin de lo que llevaba tanto tiempo guardándome—. Suspendiendo Estadística, de entre todas las asignaturas. Odiando el fútbol. —«Y decepcionando a las únicas dos personas a las que no quería decepcionar»—. Si estuvieran aquí para verme estarían decepcionados, ¿verdad? —Tragué saliva con dificultad cuando me di cuenta de lo compleja que era la pregunta.

El sonido del chirrido de los frenos interrumpió lo que debería haber sido un silencio incómodo. Me volví hacia él con brusquedad y el cinturón de seguridad se me clavó en el pecho, evitando que saliera disparada. Lo miré con unos ojos como platos.

¿Le habíamos dado a un animal? ¿A una persona? Busqué la razón de aquella parada tan brusca, pesa del pánico, con el pulso tan acelerado que sentía que estaba a punto de desgarrarme la piel.

Pero no había nada. Estábamos en una intersección oscura y totalmente vacía. Un semáforo iluminaba el interior del coche con un suave resplandor verde, que se tornó rojo mientras permanecíamos allí sentados, en silencio. Lo miré a los ojos y me sobresalté al darme cuenta de otra cosa: que aquella había sido la primera vez que soltaba todo lo que llevaba dentro. Y que resultaba que la persona con la que me había desahogado era McCarthy.

Me quedé sin respiración de forma brusca, dolorosa. Estaba conmocionada, asustada; era la viva personificación de la inseguridad. Si había una persona en el mundo que no debía verme en ninguno de esos estados (y, por descontado, tampoco en todos ellos al mismo tiempo), esa era Dylan McCarthy Williams. ¿O no?

Pero, si eso era cierto, no entendía por qué había fruncido el ceño y apretado la mandíbula mientras me observaba bajo el resplandor rojo. Me escudriñó el rostro con la mirada a toda velocidad, con los rasgos pintados de preocupación, con esa misma emoción reflejada en los ojos.

«Lo siento —quise decirle—. No pretendía vomitarte todo eso». Pero las palabras se me quedaron atoradas en la garganta, y el corazón me daba saltos mortales en el interior del pecho. Y aquello no hizo sino empeorar cuando de repente tenía sus labios sobre los míos, cuando de repente su cuerpo estaba por encima de la consola central que se suponía que debía separarnos.

Ahogué otro grito cuando nuestros labios entraron en contacto, esta vez, grave, de sorpresa, de placer. Esta vez, no había avidez ni instinto en la forma como movía los labios contra los míos, no había ansias de más, ni impaciencia. Solo el rubor que ascendió a mis mejillas y las mariposas de mi estómago, porque me di cuenta de que aquello lo era todo.

De que nunca me habían besado con tanta ternura. Con tanta dulzura. De una forma tan tranquilizadora.

Nunca un beso me había dicho tanto, más de lo que todas las palabras del mundo, en cualquiera de sus combinaciones, pudieran decirme.

Y cuando se separó de mis labios y apoyó la frente en la mía y noté su aliento un poco más cargado contra la punta de mi nariz, me pregunté si alguna vez sería capaz de recuperarme de aquello. De él. Del demonio diminuto que tenía en el hombro y que me decía que William McCarthy Williams lo era todo.

Abrió los ojos y, sin apartar la mano de mi mejilla, empezó a acariciármela con el pulgar trazando círculos con la suavidad de una pluma.

—Como te vuelva a oír decir algo parecido… —empezó, en voz tan baja que tenía que concentrarme en cada palabra que pronunciaba para que no se me escapara nada. Negó con la cabeza suavemente y volvió a cerrar los ojos—. Eres una mujer de las que solo se ven una vez en la vida, Athalia. Consigues lo que quieres y cuando lo quieres. No tienes que vivir según los deseos de tus padres y no vives bajo la sombra de ellos ni la de tu hermano. Eres dueña de ti misma. Lo sabes, ¿verdad?

Lo único que yo sabía era que no sabía qué decir. Que me había dejado sin palabras y con los ojos anegados en lágrimas.

Resoplé con suavidad, ligeramente divertida, obligándolo a emitir un sonido similar.

—Lo siento —conseguí decir con la voz más firme de lo que me veía capaz—. No pretendía soltarte todo esto. Debería aprender a gestionar mi propia mierda antes de…

—Cállate. —Puso unos centímetros de distancia entre los dos y me acercó la otra mano a la mejilla—. Gestionaré contigo tu mierda tanto como tú me dejes. Quiero hacerlo. Igual que quiero escuchar todo lo que tengas que decir, todo lo que quieras contarme. Nunca me pidas disculpas por eso.

Ay, Dios.

Esta vez fui yo quien se lanzó a besarle.

Y fue un beso un poco más húmedo, en el que me distrajo más el sabor de sus labios y su forma de explorarme, en lugar de esa sensación tan rara en la boca del estómago. Subió las manos hasta mi pelo y me colocó un mechón detrás de la oreja antes de hacerlas desaparecer por completo entre él. No pude evitar que se me escapara un suspiro de satisfacción en la fracción de segundo en la que mis labios dejaron de estar pegados a los suyos.

Y ese sonido le arrancó a él un gemido que no hizo sino que lo

deseara más. Que lo quisiera más cerca, mucho más cerca. Y solo pensarlo bastó para que me inclinara más sobre la consola central mientras el calor se me acumulaba entre las piernas, y para que lo empujara hacia su asiento. Me quité el cinturón de seguridad con una mano lo mejor que pude, teniendo en cuenta que todo mi ser quería concentrarse únicamente en él.

Él, que jugaba con mi labio inferior, mordisqueándolo con suavidad hasta que un fuerte gemido mío lo animó a hacerlo más fuerte. Él, cuya respiración descontrolada contra mis labios entreabiertos me hacía estremecerme de pies a cabeza. Él, que ocupaba hasta el último rincón de mi mente consciente.

Sus ojos de color marrón miel; el pelo oscuro y alborotado que llevaba peinado con raya en medio pero que normalmente caía despeinado sobre su frente; esos labios rosas que se curvaban en una sonrisilla antes de convertirse en una sonrisa enorme que a veces mostraba su hoyuelo.

Un bocinazo interrumpió mi misión de llegar a su regazo.

Abrí los ojos, sin aliento, y nos separamos de golpe. El resplandor que iluminaba el interior del coche ya no era rojo, sino del verde chillón del semáforo, acompañado de los faros del coche que había detrás de nosotros.

McCarthy carraspeó, sobresaltado, mientras intentaba aclararse las ideas lo suficiente para meter primera. Recobró la compostura enseguida, levantó la mano a modo de disculpa para el conductor de detrás y puso el Jeep en marcha haciendo chirriar las ruedas contra el asfalto.

—Vas a ser mi perdición —murmuró mirándome de reojo mientras conducía por las calles residenciales. Parecía conocer mejor lo que nos rodeaba, y se sentía más cómodo al apartar la vista de la carretera un segundo más para mirarme. Y su tono provocador me

dijo que eso no le molestaba en absoluto.

En un error de juicio, le confesé:

—Te tengo muchas ganas. —Soné casi desesperada por cómo se me rompió la voz al final de la frase, y me quedé impactada al darme cuenta de que no me dio ninguna vergüenza.

—¿Qué? —Fue solo un segundo, pero era evidente que estaba aturullado. Casi me hizo sonreír.

En mi mente confusa, él estaba por todas partes. No podía pensar en otra cosa. Por primera vez en Acción de Gracias, tenía la cabeza en otro lugar, y, para mi sorpresa, me hacía sentir mejor pensar en Dylan McCarthy Williams que en mis padres muertos. Así que decidí abandonarme a ello.

—Te tengo muchas, muchas ganas —repetí, esta vez con más naturalidad. Me gustó verlo tragar saliva, mirar de nuevo a la carretera a toda prisa y que no pudiera volver a evitar mirarme a mí un segundo después.

—Joder. —Exhaló con fuerza, negó con la cabeza y la apoyó en el asiento—. No puedes decirme estas cosas cuando estoy a punto de aparcar delante de la casa de mi familia, Athalia. —Y, justo en ese momento, giró hacia el camino de entrada.

Cuando puso el intermitente a la izquierda, me costó creer que lleváramos más de seis horas en la carretera. Aminoró la marcha al llegar a una verja de hierro con el blasón de su familia en el centro. Se abrió automáticamente antes de que se detuviera del todo y siguió conduciendo por la ligera cuesta.

Se detuvo delante de cuatro puertas de garaje en una pequeña colina sobre la que se erigía la mansión, a la que se podía acceder por una escalinata digna de una puesta de largo. Lo que me despertaba bastante envidia, y era la razón por la que siempre me había gustado más nuestra residencia de verano en los Hamptons

que el ático de Nueva York en el que nos habíamos criado.

El otro coche que había frente a la puerta del garaje, que estaba cerrada, era un BMW blanco con manchas de barro en los lados y en el parachoques. Me pregunté a cuál de sus hermanas pertenecería. ¿Estarían todas allí? ¿Y su padre? McCarthy no me había hablado de él. En realidad, no me había contado gran cosa sobre cómo sería aquel fin de semana. Se me ocurrió que debería haber aprovechado los últimos cinco minutos de trayecto en averiguar en qué me metía en lugar de decirle a McCarthy las ganas que tenía de acostarme con él. Dios santo.

No tuve más remedio que ignorar sus últimas palabras, porque, en cuanto apagó el motor y se desabrochó el cinturón, una niña echó a correr escaleras abajo en dirección al Jeep negro. Delilah.

Los planes que pudiera tener de informarme sobre su familia —temas tabú, nombres que no debía mencionar, cosas para las que debía prepararme se fue al garete en un instante. En cuanto el hombre que tenía al lado vio a la niña, abrió la puerta, y, no más de cinco segundos después, la tenía cogida en brazos. No pude evitar esbozar una sonrisa cuando lo vi con su más de metro ochenta de altura, agachado delante de la niña de doce años para mirarla a los ojos.

Me puse el abrigo en cuanto el aire frío de finales de noviembre dejó clara su presencia, y luego cerré la puerta del coche con un gesto vacilante. El ruido atrajo la atención de ambos y, cuando me miraron, me fijé en que sus sonrisas eran increíblemente parecidas. No cabía duda de que compartían los mismos genes.

—Hola —dije, saludando con la mano a la niña con torpeza. Me acerqué hacia ellos; de repente, me sentía muy nerviosa. Nunca me había importado tanto la opinión de una niña de doce años, pero, Dios, esperaba caerle bien. Esperaba caerles bien a todos.

—Hola. —Me dedicó una sonrisa radiante y se acercó a mí en un par de zancadas, caminando con seguridad. Tenía la piel un poco más oscura que la de su hermano y una melena más rizada rebotaba sobre su espalda mientras caminaba. Me tendió una mano sin dudar y me sonrió con tanta amabilidad que se esfumó hasta la última gota de duda y preocupación que me había despertado ese fin de semana —. Soy Delilah. ¡Cuánto me alegro de conocerte al fin!

La niña parecía irradiar lo que a McCarthy le faltaba en educación y modales. Asintió mientras le estrechaba la mano, y antes de que nadie pudiera añadir nada más, oímos otra voz desconocida para mí.

—¡Dylan McCarthy Williams! —gritó una mujer mayor con el pelo rubio claro mientras asomaba por las escaleras que bajaban desde la casa, señalando a su hijo con un dedo acusador. Tenía un par de manoplas para el horno en la mano y negó con la cabeza al ver las dos bolsas de papel vacías que él tenía en la mano—. ¡Más te vale que no hayas parado a por comida basura, porque os he guardado un plato de lasaña a cada uno!

Él corrió escaleras arriba con una gran sonrisa, que debió de ensancharse todavía más cuando abrazó a la mujer, que medía casi veinte centímetros menos que él.

—¿Cómo te atreves a acusarme de algo tan cruel, mamá? —Se echó a reír mientras la estrechaba y le daba las bolsas disimuladamente a otra chica que había aparecido tras él.

Esta tenía el pelo negro y brillante y la nariz morena cubierta de pecas. Llevaba unas zapatillas en forma de conejito que parecían muy cómodas y una bata suave encima de los pantalones cortos y el top.

—¿Es para mí? —preguntó con un leve tono de emoción.

McCarthy asintió. Seguía en brazos de su madre y no parecía tener intención de apartarse.

—Especialmente para ti, Dakota. Porque eres mi preferida. —Delilah ahogó un grito, indignada, mientras que Dakota esbozó una gran sonrisa y abrió una de las bolsas, que todavía debía de contener el olor de nuestra comida.

McCarthy estalló en una enorme carcajada cuando su hermana le tiró la bolsa a la cabeza al tiempo que soltaba un gemido exasperado. Acto seguido, empezó a quejarse y a proferir insultos de todo tipo mientras lo señalaba con dedos acusadores. Mientras tanto, su madre me miraba a mí, y si yo me di cuenta de ello era porque seguía contemplándolo a él. Todo el tiempo. ¿Me había quedado embobada? Intenté sonreírle de la forma más despreocupada de que fui capaz.

Ella negó con la cabeza, entre divertida e incrédula, y puso los ojos en blanco en referencia al comportamiento de su hijo, solo para darle una colleja con las manoplas un segundo después. Sonreí con sinceridad. McCarthy se lo merecía. Era lo más probable.

—O sea que ¿me suplicas que te dé permiso para traer a una chica en Acción de Gracias y luego te saltas las presentaciones? —protestó la mujer. Después se volvió hacia mí, separándose un poco de su hijo.

—No es «una» chica, mamá —intervino Dakota con tono divertido y una risa disimulada—. Es «la» chica.

Natalie negó con la cabeza de nuevo.

—No me puedo creer que te haya criado yo —insistió, en un tono fingidamente acusador.

McCarthy apartó su atención de su hermana de repente —no sin antes fulminarla con la mirada en silencio—, pero, cuando me miró a mí, todavía le brillaban los ojos de alegría.

Yo hice un esfuerzo por ignorar la palabra «suplicar», elegida por su madre. No me permití ni siquiera pensar en ello.

—No me estoy saltando nada —se apresuró a decir, y luego miró de nuevo a su madre—. Y nadie ha suplicado nada. Si no recuerdo mal, fuiste tú la que saltó como un resorte en cuanto se presentó la oportunidad de…

—¡Porque hablas de ella desde hace muchísimo…!

—¡Dakota! —Esta vez utilizó un tono más brusco para silenciar a su hermana. Ella se apoyó en el marco de la puerta y siguió contemplando la situación, que era evidente que le hacía mucha gracia. El arrebato de él solo provocó que se encogiera de hombros. Luego me guiñó un ojo y volvió al interior de la casa.

McCarthy se acercó a mí aclarándose la garganta.

—No les hagas caso —murmuró con la boca pegada a mi pelo. El sonido de su voz viajó hasta la boca de mi estómago, donde despertó… algo. Posó la mano en la parte baja de mi espalda y me empujó suavemente hacia el interior.

—¡Te he oído, jovencito! —le reprendió su madre con voz cantarina, y no pude evitar reírme con la nariz. Negué con la cabeza despacio y levanté la vista.

Lo descubrí mirándome. Tenía la punta de la nariz colorada del frío y las mejillas sonrosadas, si bien menos rojas. Estaba sonriendo. A mí, conmigo, o por todo a la vez; no lo sabía. Simplemente, sonreía, satisfecho, feliz y sin preocupaciones. Y después me presentó a su madre.

—Deberías haberte deshecho de ese Jeep hace mucho tiempo, Dylan. —El señor Williams era la viva imagen de su hijo, solo que tenía el pelo gris y la piel más oscura y un poco arrugada. Se parecían hasta en el tono serio y despreocupado de sus voces.

—Gracias por tu opinión. —McCarthy dejó de concentrarse en la lasaña que tenía en el plato, aunque tampoco se volvió a mirar a su

padre, que estaba sentado en el sofá, detrás de él, con un periódico del que tampoco había levantado la vista. Las similitudes entre los modales de ambos eran casi cómicas. McCarthy esbozó una sonrisa tan ancha como falsa, me miró y puso los ojos en blanco—. La tendré en cuenta.

Su padre suspiró y negó con la cabeza.

—No es verdad —replicó como si tal cosa, como si hubieran tenido esa misma conversación un millar de veces—. Al menos apárcalo en el garaje, para que no tengamos que ver esa carraca cada vez que salimos de casa.

En ese momento, como si se hubiera propuesto aligerar la tensión que reinaba en la sala, la vieja golden retriever de la familia entró corriendo en el salón. Yo no había tardado ni dos segundos en enamorarme de Rose, los dos segundos que le habían bastado a ella para saltarme a las piernas. Ahora correteaba alrededor de la mesa en busca de cualquier pedacito de comida que se hubiera caído de los platos. Cuando me miró con esos grandes ojos castaños, me entraron ganas de darle el plato entero.

McCarthy se había encargado de que no tuviera la oportunidad de excusarme y esconderme en su habitación para regodearme un rato más en la miseria. No lo había hecho de forma cruel, ni tampoco me había obligado: sin embargo, al cabo de menos de una hora, ya estaba enfrascada en las conversaciones y tan interesada en escuchar lo que decían que me había olvidado de que estaba de duelo. En esa hora, había aprendido y descubierto más cosas sobre McCarthy que en todo el tiempo que duraba nuestro acuerdo.

—Está deliciosa, Natalie —dije, señalando la lasaña que me quedaba en el plato.

Ella canturreó, satisfecha y complacida por mi halago. Luego miró a su hijo, que se sentaba a mi lado.

—Seguro que la habrías disfrutado más si este chico no hubiera parado a comprar asquerosa comida basura —le reprochó. Puso los ojos en blanco de nuevo y luego me sonrió con amabilidad—. Me alegro de que te guste, Athalia.

McCarthy se volvió bruscamente hacia su madre al oír su acusación, dando un respingo. Negó con la cabeza y el pelo oscuro se movió al compás del gesto. Sin embargo, decidió no discutírselo al ver que ella me estaba mirando a mí.

—Está muy buena, mamá —coincidió. Asintió con vehemencia para intentar que la mujer no se diera cuenta de que estaba hincando el tenedor a la que quedaba en mi plato. No lo consiguió, por supuesto.

Sin embargo, Natalie se limitó a negar con la cabeza otra vez y echar los brazos al aire, como si lo estuviera dando por perdido. Luego se levantó y, antes de exhalar un suspiro que, por extraño que parezca, me resultó entrañable, dijo:

—Buena suerte.

—Bueno. —Dakota se sentó en la silla que su madre acababa de dejar libre—. ¿Cuándo vamos a sacar las fotos de cuando eras bebé? —La pregunta me cogió desprevenida, aunque si iban a sacar fotos embarazosas de cuando McCarthy era pequeño, yo no pensaba protestar. Si pensaba en todas las historias y la información comprometida que iba a sacar de aquel fin de semana…

—Lo antes posible, por favor.

Mi rápida y entusiasta respuesta pareció complacer a Dakota. McCarthy me miró con expresión traicionada y la boca entreabierta, supongo que pensando que no debería haber esperado menos de mí.

—Nunca vamos a… —empezó a decir, pero Denise, la hermana que viajaba por Europa, la interrumpió.

—¿Quién ha hablado de fotos de cuando Dylan era bebé? —Se detuvo detrás de la silla de Dakota y apoyó las manos en el respaldo. Se la notaba emocionada. Llevaba el pelo rizado recogido en un moño alto—. Seguro que Diana todavía tiene ese vídeo de la boda de la tía Kiki… —Se volvió hacia el salón y repitió las mismas palabras a la hermana mayor, Diana, en un tono interrogante.

—¡Sí que lo tengo! —exclamó mientras venía del sofá. Denise fue a su encuentro antes siquiera de que terminara la frase.

—Su primera copa con alcohol —me informó Dakota enseguida.

—Tenía quince años, quince —añadió McCarthy para proporcionarme un poco de contexto. Apoyó la cabeza en la mesa como si estuviera irritado—. Nada de fotos de bebé —protestó antes de incorporarse—. Ni vídeos de bailes tampoco.

—¿Vídeos de bailes? —repetí. Estaba oficialmente intrigada.

Ninguna de sus hermanas se lo tomó en serio. Se limitaron a asentir como si lo comprendieran para luego negar con la cabeza en cuanto me miraron a mí. Se me escapó una sonrisa al ver que él se rendía.

Aunque no cedió sin un último intento:

—¡Lo digo en serio!

—Claro que lo dices en serio —contestó Dakota con una sonrisa falsa, demasiado ancha para ser natural.

McCarthy fulminó a sus hermanas con la mirada y luego se levantó de la mesa. Hizo rechinar la silla contra el suelo tan fuerte que, desde el salón adyacente, el señor Williams gritó:

—¡El suelo, Dylan! Por Dios.

—Se está haciendo muy tarde —anunció McCarthy en voz alta. El reloj solo marcaba las diez y media. Dakota enarcó una ceja, como si ella también hubiera reparado en la hora que era.

Yo me las arreglé para saludar con la mano, incómoda, y

desearles un rápido «buenas noches» antes de ir tras él, a medias por mi propio pie y a medias porque él me arrastraba.

CAPÍTULO VEINTISIETE



Al ver la habitación de McCarthy, me sentí como una crítica de arte en una galería.

Suelo de parqué oscuro, y unas ventanas tan largas que llegaban casi hasta él. En el alféizar había unos cuantos libros y una planta. Miré hacia la esquina izquierda y enseguida encontré el objeto más llamativo de la habitación —además de la cama de matrimonio extragrande con cabezal colocada en mitad de la pared—: un piano de cola negro situado frente a la segunda ventana de la estancia, un instrumento cuidado con mimo, pues no había ni una mota de polvo en la superficie oscura. El banquito de cuero que había delante estaba colocado cuidadosamente, para que quien tocara disfrutase de unas espectaculares vistas al patio cuando no estuviera mirando las teclas de color marfil.

—¿Qué? —preguntó, divertido ante mis ademanes de crítica de arte.

Contesté con un ruidito melódico y lo acompañé asintiendo de forma pensativa, para luego dar un paso hacia el centro de la habitación con las manos cruzadas detrás de mi espalda.

—¿Qué? —repitió, esta vez desde más cerca. Sabía que, si me daba la vuelta, me encontraría frente a frente con él, con su pecho,

que nos separarían escasos centímetros. Era muy tentador, y por eso seguí mirando los pocos libros dispuestos en una estantería en la pared—. ¿No estáis contenta con vuestros aposentos, princesa? —preguntó con tono burlón. Cuando exhaló, me hizo cosquillas en el cuello con su aliento.

—¿Mis aposentos? —Me di por fin la vuelta y lo encontré tan cerca como esperaba. Le habría rozado la nariz con la mía si no fuera mucho más alto que yo. Levanté la vista y entrecerré los ojos, dejando la pregunta suspendida en el aire, entre los dos.

—Bueno… —Ladeó la cabeza y se encogió de hombros—. Son tuyos mientras estés aquí.

Deslicé la mirada hacia la cama gigantesca y se me cruzó por la cabeza, por una fracción de segundo, que cabíamos los dos.

—No. —Negué con la cabeza—. No, no hace falta. Puedo dormir en la habitación de invitados o en el sofá… Y tampoco me importa dormir en el suelo. En serio.

—Qué humilde de repente. ¿Qué te ha pasado, Pressley? —Esbozó una sonrisilla y me puso un mechón de pelo castaño detrás de la oreja. Y luego, como si nada, me levantó la barbilla con un solo dedo para que nuestras miradas se encontrasen.

Sin embargo, yo puse los ojos en blanco y respondí con sinceridad:

—No quiero aprovecharme. Ya has hecho todo esto por mí… —Señalé la habitación a modo de énfasis—. Y estás sacrificando tiempo con tu familia. No quiero entrometerme más de lo que ya lo he hecho. —Ojalá hubiera podido esconderme de su ardiente mirada. La humildad nunca había sido mi fuerte, y reconocer las cosas todavía menos. Sin embargo, no habría podido hacerlo ni aunque lo hubiera intentado, ya que él me lo impedía, reteniéndome con una mano en la mejilla.

—Athalia… —Arrastró las sílabas de mi nombre con ademán juguetón, como si fuese una queja—. No estoy sacrificando nada. No te estás entrometiendo. —Esbozó una sonrisilla—. Y no te estás aprovechando: te doy lo que te quiero dar. Porque yo quiero. —Con una ancha sonrisa, enfatizó—: Lo hago de buena gana. Porque quiero.

«Joder —pensé—. Estoy metida en un buen lío».

—¿Y dónde vas a dormir tú?

—Es una casa muy grande —afirmó—. Dormiré en la habitación de invitados.

—Yo también puedo dormir en la habitación de invitados.

—Pero no quiero.

—Y yo no quiero que duermas tú allí.

Echó la cabeza hacia atrás, a punto de reírse, antes de volver a mirarme a los ojos. Seguía a escasos centímetros de mí.

—Lástima que sea unos veinticinco centímetros más alto y unos treinta kilos más pesado. —Estaba a punto de contradecirlo con vehemencia respecto a lo de los veinticinco centímetros, porque eran más bien quince, cuando prosiguió—: O sea, que no tienes ninguna posibilidad de…

Solté un chillido de golpe. Dylan McCarthy Williams me había echado sobre su hombro.

—¡McCarthy! —grité, pero inmediatamente después me eché a reír. Me tenía bien sujeta por la cintura y el muslo, y me clavó los dedos en la piel al oírme gritar.

Y, antes de que me hubiera dado tiempo a comprender lo que pretendía, me puso encima de la cama, mientras yo me reía, y chillaba, y le pegaba de broma. Le agarré del cuello del jersey verde pino y lo arrastré conmigo.

Él se rio, sorprendido, y puso las manos a los lados de mi cabeza

para no aplastarme bajo su peso. Su pecho subía y bajaba de forma errática a medida que mi risa se iba apagando. La sonrisa se me borró al comprender la naturaleza de la situación en la que nos encontrábamos: él tenía el cuerpo encima de mí, una sonrisa enorme que yo había causado y los ojos brillantes y clavados en los míos. No los había apartado ni una sola vez.

Y lo besé. Así, sin más. Porque no sabía qué otra cosa hacer y porque aquello —reír juntos, disfrutar de la compañía del otro, mi estómago lleno de mariposas— se me antojaba más íntimo de lo que pudiera serlo cualquier caricia física. No estaba acostumbrada a eso, ni tampoco estaba segura de querer estarlo. Sin embargo, besarlo, la sensación de tener sus labios sobre los míos, los cuerpos pegados, sí se había convertido en algo familiar.

En algún momento, entre besos falsos y libros de estadística, él se había convertido en algo familiar.

Me gustaba cómo se quedaba sin aliento, y el gemido que se le escapaba en cuanto sus labios entraban en contacto con los míos. Me gustaba cómo mi cuerpo encajaba con el suyo, que nos supiéramos mover el uno contra el otro con tanta naturalidad. Me encantaba el efecto que mis caricias tenían en él. Y me encantaba el que tenían sobre mí las suyas.

—No me voy a poder perdonar esto —gimió con la boca pegada a mí, antes de poner un par de centímetros de distancia entre los dos. Se me escapó un quejido patético—. Pero tengo que irme…

—¿Adónde? —Le recorrí el cuello y la mandíbula con los labios, dejando besos húmedos a mi paso. Sentía cómo le latía el pulso con fuerza contra mí.

—A la habitación de invitados —me recordó con la voz entrecortada. Yo levanté la cabeza, que tenía escondida en la curva de su cuello, para mirarlo, con chispas traviesas en los ojos.

—Podrías quedarte aquí. —La propuesta sonó de lo más natural—. Conmigo.

Él se rio por la nariz y negó con la cabeza.

—No —contestó con un resoplido—. No puedo.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —Echó la cabeza hacia atrás al repetir la palabra, como si la respuesta fuese obvia. Porque aquí estás tú.

—¿Y?

—Y… —Suspiró y se humedeció los labios al tiempo que me miraba de nuevo a los ojos—. Y… —Dejó la palabra suspendida en el aire y se encogió de hombros. Luego me miró con ojos suplicantes, como si lo que quería decir fuese evidente.

—¿Y?

—Y tú eres tú, Athalia —dijo al fin—. Tú eres tú y yo soy yo. —Acercó los labios a mi oído y yo cerré los ojos, abandonándome a su proximidad. Luego añadió con suavidad—. Y no tengo la fuerza de voluntad necesaria para mantener las distancias contigo. Porque yo también te tengo muchas, muchas, muchas ganas.

No se me pasó por alto que había añadido otro «muchas» a la frase que yo había elegido para mi confesión.

Había bajado la voz hasta convertirla en un susurro. Su aliento cálido me hacía cosquillas en la oreja con cada palabra murmurada. No era capaz de soportarlo más. Su aroma dulce y masculino me envolvía; sentía el contorno de su cuerpo encima del mío. Algunas partes se tocaban, pero las más importantes no. La necesidad abrumadora de besarlo, el anhelo porque él me tocara, eran insoportables. Y el anhelo de tocarlo también.

—Puedes tenerme. —Los latidos de mi corazón sonaban más altos que las palabras mismas. Por un segundo, me pregunté si las habría pronunciado siquiera. Pero entonces él gimió e hizo todo lo posible

por reprimir el sonido. Dejó caer la cabeza en la curva de mi cuello, derrotado, rendido, y murmuró un: «Joder».

—No tienes ni idea de lo que me haces, ¿verdad? —dijo, y empezó a depositar beso tras beso en mi piel desnuda, subiendo por mi cuello, hasta que sus ojos quedaron directamente sobre los míos—. Estoy intentando ser una buena persona y me lo estás poniendo jodidamente difícil. —Sus labios volvieron a abalanzarse sobre los míos, ávidos, dispuestos. Cuánto deseé que la situación hubiera durado más de unos segundos—. Pero esta noche no. No voy a acostarme contigo cuando estás sufriendo. Cuando estás en un momento de vulnerabilidad. —Y, tras pronunciar esa última frase, se levantó y se bajó sin esfuerzo de su cama gigantesca.

Sentí que mi estado de perfecta distracción se desvanecía con cada paso que daba alejándose de mí. Cuando llegó a la puerta, prácticamente volvía a estar en las garras de la realidad. Y quise pedirle a gritos que volviera, quise vociferarlo desde todas las azoteas de la ciudad. Lo deseé con todas mis fuerzas. Pero, en lugar de eso, me quedé allí en silencio, mirando cómo él me observaba con cautela otro segundo más antes de darse la vuelta para irse.

Se me cortó la respiración. No sabía qué me dolía más, si su rechazo, que hubiera sido innegablemente dulce, o que se suponía que yo estaba llorando la muerte de mis padres. O quizá era solo su consideración lo que me lo había recordado.

—¿Dylan? —Mi susurro fue tan débil que no estaba segura de si me había oído. Lo cierto era que ni siquiera estaba segura de haber dicho nada.

Me escocían los ojos; se me había cerrado la garganta. Tampoco había logrado guardarme para mí la brusquedad con la que había cogido aire. En cualquier caso, el aire no iba más allá de mis labios: así de superficial se había tornado mi respiración.

Me moría. Creí que me moría.

Cogí aire con brusquedad otra vez, pero seguía siendo superficial, acelerada, y no conseguía proporcionar a mis pulmones el aire suficiente. Pero, no sé cómo, él volvía a estar allí. A mi lado.

—Athalia —creí oírlo decir; el martilleo de mi corazón y el sonido de mi respiración entrecortada eran más altos que su voz.

—Yo… —intenté decir, aunque apenas fui capaz de pronunciar esa única palabra sin sollozar de nuevo, sin interrumpirme al quedarme sin aliento—. Tengo un… —«Un ataque de ansiedad. Tengo un ataque de ansiedad», quería decirle. «Tengo un ataque de ansiedad y lo siento. Lo siento. Lo siento. Lo siento. No deberías tener que ver esto. Me pondré bien». Quería decirle todas esas cosas, pero no podía ni abrir la boca. No podía más que sollozar, y sollozar, y sollozar; veía borroso, me faltaba el aire.

—Lo sé. Es un ataque de ansiedad. Lo sé. —Sus palabras me trajeron de vuelta al presente, aunque solo fuese un poco. No sé en qué momento me había puesto las manos sobre los hombros, ni cuándo empecé a ver su comprensión reflejada en sus rasgos. Su compasión—. A tu hermano le daban constantemente —murmuró, acariciándome con suavidad con los dedos. Creo que solo seguía hablando para que yo tuviera algo en lo que concentrar mi atención —. Antes de las pruebas clasificatorias. Antes de nuestros primeros partidos. Creo que por eso no me soporta. Oye, Athalia, concéntrate en mi voz. Me ves, ¿verdad? ¿Me oyes?

Asentí y sollocé de nuevo, pero me interrumpí con otro intento infructuoso de coger aire. No podía concentrarme en lo que había dicho, en que, al parecer, Henry sufría de lo mismo, y McCarthy debía de haber estado a su lado para ayudarlo, igual que estaba a mi lado ahora. Henry lo odiaba porque lo había visto en un momento vulnerable, y no por las razones intrascendentes que me había

contado.

Pero no podía centrar mi atención en eso, igual que no podía centrarla en respirar.

—Yo…

Pero él negó con la cabeza al instante; saltaba a la vista que estaba preocupado. Tenía el ceño fruncido, los labios apretados en una fina línea.

—No hace falta que me expliques nada —se apresuró a decirme—. Respira hondo —me indicó—. Solo una vez. —Lo hizo primero él exhalando despacio y con fuerza, como yo habría querido y no podía. Me esforcé al máximo por imitarlo; un intento débil y tembloroso que él pareció apreciar de todos modos—. Otra vez. —Asintió y volvió a respirar—. Concéntrate en mí, aunque sé que odias hacer eso.

El tono provocador de sus palabras, lo familiar que me resultaba, hizo que algo se relajase en mi interior. Intenté respirar de nuevo, y esta vez logré hacerlo con un poco menos de fragilidad. Lo intenté otra vez, y conseguí exhalar de forma menos entrecortada. Hasta que por fin se abrieron las compuertas y los pulmones se me llenaron de aire. Empecé a respirar un poco más rápido, aunque todavía no podía decirse que lo hiciera de forma acompasada.

—¿Estás mejor? —preguntó, y cuando asentí débilmente me abrazó, envolviéndome como la manta más acogedora del mundo. Como si no fuese a soltarme nunca.

Mi pecho todavía subía y bajaba de forma irregular, respiraba demasiado rápido, tenía las mejillas húmedas. Pero tenía el rostro enterrado en su cuello, los brazos alrededor de su torso y, aunque no supiera por qué, me sentía mejor. No estaba bien del todo, pero estaba mejor. Podía soportarlo.

—Lo siento —conseguí decir por fin. Levanté la cabeza y lo solté

para mirarlo. Él tiró de mí, sujetándome con fuerza. No permitió que hubiera ni una rendija de distancia entre los dos.

—No digas eso. —La intensidad de su voz, su forma de suplicar, me cogieron por sorpresa—. No digas eso, por favor.

Cuando por fin me permitió mirarlo, parpadeé. No sabía qué decir, ahora que un monólogo que viniera a decir «siento que hayas tenido que ver eso» estaba fuera de toda discusión. Levantó la mano despacio para enjugarme una lágrima de la mejilla, como si eso marcara la diferencia. Como si no tuviera toda la cara roja e hinchada.

—Me había olvidado —confesé al comprender lo que me había ocurrido—. Me había olvidado de que habían muerto. ¡Me había olvidado! Y cuando te has ido, cuando has dicho todo eso, me he acordado y… Dios. —Resoplé y agaché la cabeza, moviéndola de un lado al otro—. ¿Cómo he podido olvidarme así de mis padres? ¿Y precisamente hoy? —¡Cuando Acción de Gracias estaba a la vuelta de la esquina!

McCarthy me miró unos segundos y luego negó con la cabeza y me estrechó la mano.

—Tienes derecho a no ser infeliz, Athalia. Incluso hoy. Eso no significa que te hayas olvidado de ellos. Ni que te vayas a olvidar nunca. —Me quedé sin aliento—. Permítete sentir felicidad, por favor. Te lo mereces. Y ellos no te lo reprocharían.

CAPÍTULO VEINTIOCHO



Al día siguiente ya eran más de las once cuando me desperté. Me sentí tentada de quedarme en la cama, de olvidar que la crisis del día anterior había tenido lugar —y que McCarthy había estado presente— y volver a dormir hasta que ese día maldito hubiera quedado atrás.

Pero solo durante un segundo.

Tal vez no quisiera ser maleducada, después de lo amable y acogedora que había sido la familia de McCarthy al recibirme el día anterior; tal vez no quisiera parecer una niñata malcriada que se creía con derecho a todo. Aunque despertarme tan tarde me debía de hacer quedar como una niñata de todos modos. En cualquier caso, mi decisión no tuvo nada que ver con Dylan McCarthy Williams, ni con las ganas que tenía de volver a verlo ni con que quisiera demostrarle que estaba bien después de lo ocurrido la noche anterior.

No. Absolutamente nada que ver.

En lugar de mi combinación habitual de camiseta ancha y pantalones de chándal que había bautizado como mi atuendo de Acción de Gracias, me esforcé por estar presentable. Era la primera vez en siete años que eso ocurría. Me puse un suéter de color beige

por el que asomaba el cuello de la camisa blanca, todo metido en una falda de cuadros escoceses marrón que me pareció mucho más corta de lo que recordaba ahora que tendría que llevarla delante de la familia de McCarthy.

Debería haberles llevado un regalo como muestra de gratitud. Cualquier cosa.

«¿Por qué me importa tanto lo que piensen de mí?», pensé.

Aparentemente, por la misma razón por la que me había duchado y peinado, ondulándome el flequillo y dejando que el resto de las capas castañas cayeran por mi espalda. Suspiré al verme en el espejo. Mi reflejo me miraba, con los ojos verdes detrás de las gafas redondas.

Tal vez debería haber cogido las lentillas. Pero, claro, mi razonamiento tenía sentido. Había previsto lágrimas para Acción de Gracias con la misma probabilidad de que hubiera lluvia en Londres. Por ese mismo motivo había optado por no maquillarme.

Cuando llegué a la planta de abajo, me encontré con McCarthy sentado a la mesa en la que habíamos cenado, jugando al Monopoly con sus hermanas. La expresión lúgubre de su rostro hablaba por sí sola, pero, por si con eso no bastaba, los pocos billetes que tenía colocados delante me dieron la información restante: iba perdiendo.

Nunca lo había visto perder a nada.

Le tocaba a él. Tenía el ceño ligeramente fruncido, y estaba lo bastante concentrado como para no reparar en mi presencia.

—Tengo bastante para comprar esto… —pensó en voz alta, permitiendo que los demás formáramos parte de su proceso. Tocó una de las dos calles azul marino con un dedo—. Pero me quedarían exactamente diez dólares. —Soltó un gemido que resonó por el salón. A mí se me escapó una pequeña sonrisa.

—¿Qué puedo decir? El capitalismo es implacable, hermanito —

replicó Denise con voz alegre.

Dakota pateó con impaciencia por debajo de la mesa y puso los ojos en blanco.

—Cómprala de una maldita vez, Dylan. Tienes la partida parada.

—Que te den —le espetó, aunque no de mala gana. Sin embargo, puso los billetes en la banca, buscó la tarjeta entre el montón y colocó una casita.

—Que te den a ti.

Fui hacia ellos, y, esta vez, McCarthy sí que se percató de mi presencia.

—Buenos días, dormilona —me saludó con una sonrisa. Me indicó con gestos que me sentara al lado de él, oscilando entre el tablero y mi rostro con la mirada—. Llevamos desde las ocho de la mañana esperando a que te despiertes del coma. Hasta te hemos esperado para desayunar.

Se me borró la sonrisa.

No supe si reprocharle que les hubiera hecho esperarme o disculparme con todos porque me hubieran tenido que esperar. Opté por evitar el contacto visual con todos y sentarme sin mediar palabra.

—Venga ya, Dylan —dijo Diana riéndose con disimulo. Llevaba un corte de pelo que parecía indicar que no aguantaba tonterías de nadie, y su voz daba la misma sensación—. No seas capullo. Tú te has levantado hace una hora, como mucho. —Me volví bruscamente hacia McCarthy antes incluso de que terminara la frase y lo fulminé con la mirada. Él lucía una sonrisa de oreja a oreja y parecía a punto de echarse a reír.

—El tiempo es relativo. —Me guiñó un ojo, gesto que me hizo resoplar de incredulidad. Me dijo entonces que lo sentía solo moviendo los labios y, al darse cuenta de que lo estaba fulminando

con la mirada, hizo un puchero—. La cabra tira al monte —añadió en voz baja, ladeando la cabeza.

—Eso parece. —Esbocé la mejor sonrisa falsa de la que fui capaz. Hablé lo bastante bajo para no distraer a sus hermanas, que estaban observando a Delilah, ya que era su turno. Parecía que era la que iba ganando. Aproveché que estaban concentradas en la partida.

—No te tenía por alguien que se arriesga —apunté como si nada, señalando con la cabeza la propiedad que había comprado como si no le acabara de poner la mano en el muslo, y como si no estuviera acariciando los músculos que descansaban bajo el chándal gris.

Se puso tenso. Apretó la mandíbula y clavó la mirada en mi mano, observando con recelo cada uno de sus movimientos. Luego se aclaró la garganta y miró a su alrededor. Yo sonreí todavía con más ganas y me atreví a subir un poco más, un poco más, hasta que atrapó mi mano con la suya. Era el doble de grande que la mía y, al apretujármela contra su muslo, me obligó a dejarla quieta.

—Ten piedad de mí, Athalia —me pidió entre dientes.

—No sé a qué te refieres —susurré con dulzura, abriendo mucho los ojos para mirarlo. Me puse de pie para ponerme detrás de su silla, y él exhaló con fuerza en el momento en el que le quité la mano del muslo. Cuando le puse ambas sobre los hombros, ya estaba mucho menos rígido.

—La cabra tira al monte —le susurré desde atrás. Echó la cabeza hacia atrás con aire juguetón, intentando mirarme. Yo enarqué las cejas—. Voy a ayudar a tu madre. Tú sigue arriesgándote. Buena suerte. —Señalé el tablero con la cabeza por última vez y me dirigí a la cocina.

Cuando dieron las tres en punto, me sentía tan mal que pregunté dónde estaba la tienda más cercana en un día festivo. Tendría que

haber parado a comprar vino, flores y chocolate de camino. Tendría que haber mostrado algo de gratitud. ¿Acaso no trataba esa estupidez de día precisamente de eso?

No había nada que pudiera interponerse entre esa tienda y yo.

Nada excepto tener el móvil apagado. Porque no pensaba encenderlo bajo ningún concepto. No justo ese día. Solo de pensar en encontrarme por accidente algún artículo o algún mensaje de pésame —que habría llegado un poco tarde si teníamos en cuenta la fecha exacta, pero que llegaría en el momento preciso para que yo me derrumbara— se me hacía un nudo en la garganta.

Así que ni me lo planteaba: el teléfono se quedaría apagado.

Había pensado en escaparme sin que nadie se diera cuenta y volver con una buena botella de vino o algún otro detalle para que diera la sensación de que lo había traído conmigo. Pero, como mi móvil no estaba operativo, buscar en Google cuál era la tienda más cercana y usar Maps para llegar hasta allí no era factible. Por desgracia, eso significaba que solo tenía una opción: un chico alto y moreno al que me parecía que ya no odiaba tanto.

—¿Me dejas tu móvil?

—¿Para qué?

—Solo tengo que mirar una cosa, será rápido. —Miré a mi alrededor rápidamente, fijándome en que todos estábamos apretujados en uno de los sofás blancos de cara al televisor. Bajé la voz otra vez y, sin dejar de mirar el partido de fútbol americano en pantalla con la esperanza de no levantar sospechas, susurré—: Y llevármelo. No tardaré más de media hora. —Eso pensaba—. Creo.

Esbozó una media sonrisa en un gesto de curiosidad, hasta que su hoyuelo hizo acto de presencia.

—¿Crees? —se burló—. ¿Y qué es lo que tienes que mirar, princesa? —Me dio un empujoncito con el hombro. Estábamos tan

pegados que no tuvo que moverse mucho para hacerlo.

—Pues… —Me encogí de hombros—. Una cosa.

—No. —Siempre que decía esa palabra se le notaba más satisfecho de la cuenta, y esa vez no fue una excepción.

Solté un gemido y, por desgracia, no fui tan discreta como cuando susurraba. Todas las cabezas del salón se volvieron hacia mí, incluida la de Rose, que estaba durmiendo plácidamente en el regazo de Denise.

Y lo hicieron a la vez.

Visualicé la sonrisa triunfal de McCarthy sin ni siquiera tener que girarme hacia él.

—Dylan —susurró su madre con brusquedad antes de que pudiera empezar a disculparme. Adoptó ese tono irónico que tan natural era en la voz de su hijo—. Por el amor de Dios, deja de molestar a tu novia. Por favor.

Me volví hacia él de golpe en cuanto oí la palabra «novia», intentando por todos los medios que mi expresión confundida y expectante ante su explicación no resultara demasiado evidente para los demás. Estaba a punto de cortocircuitar una vez más, a unos segundos de soltar de repente que no, que no era su novia y que sí, que debía de haberles mentido al respecto.

Dicho así, sonaba más desquiciado de lo que pensaba.

—Mamá —se quejó Dakota de broma desde el otro lado del sofá. Nunca me había sentido tan agradecida de escuchar la voz de otra persona. En serio. Le dirigió a su madre una mirada de reproche y la corrigió—. No es su novia. Te lo he dicho ya un millón de veces.

—Bueno, es que la trata como si lo fuera. ¿Qué voy a pensar? —Echó los brazos al aire, confundida. Yo me alegraba de haber dejado de ser el centro de atención y de que ahora lo fuese su pequeña discusión. No importaba que el motivo de la misma fuese mi

potencial relación amorosa con su hijo y hermano. ¿A que no?

—Te dije que era…

—Que sí, que sí. —Natalie hizo un gesto de impaciencia con la mano—. Que es complicado y confuso. Pero yo no sé qué tiene de complicada la forma en que mira a…

—Ya está bien —saltó McCarthy, y carraspeó para distraer mi atención de la conversación. Me hizo levantar del sofá a toda prisa, y Diana y Dakota se arrellanaron de inmediato para ocupar el espacio que habíamos dejado libre. La segunda seguía discutiendo con su madre, aunque McCarthy me sacó del salón antes de que yo pudiera enterarme de qué más decían.

—Tienes que aprender a utilizar tu voz interior, Pressley —murmuró desde detrás de mí. Se detuvo en el pasillo, unos segundos después—. A ver, ¿para qué necesitas mi móvil?

Me volví hacia él con el ceño fruncido, aunque relajé la expresión al ver que ya me estaba ofreciendo el teléfono y que estaba desbloqueado. Me estaba mirando con una expresión interrogante.

La tienda abierta en Acción de Gracias más cercana estaba a unos veinte minutos largos en coche. Y así fue como terminé otra vez en el Jeep de McCarthy, obligada a aceptar su ofrecimiento de llevarme.

—No hacía falta que vinieras conmigo, ¿sabes? —protesté mientras cogía un carrito al entrar en la tienda. Él me lo quitó de las manos de inmediato, y yo habría sido una idiota si me hubiera quejado—. Deberías estar pasando el rato con tu familia. —Levanté la vista hacia él y me sorprendí al ver que ya me estaba mirando. Ladeó la cabeza y enarcó una sola ceja.

—Ya. Entonces ¿sabes conducir un coche manual?

Sabía muy bien que no. Lo veía en la sonrisa irónica que se le estaba dibujando en los labios y en la chispa de sus ojos.

—No. —Contesté con naturalidad, pero me respondió con una

risita de todos modos. Intenté ignorarla con todas mis fuerzas y me concentré en la tarea que tenía entre manos—. ¿Hay algo que tu madre necesite para la cena?

—Súbete —me ordenó, pasando olímpicamente de la pregunta que le había hecho.

Llegados a este punto, ya estaba convencida de que la única razón por la que me había acompañado era para ponérmelo más difícil. Me volví hacia él, molesta, y entonces me di cuenta de que se había quedado parado unos pasos por detrás de mí. Estaba moviendo las cejas al tiempo que balanceaba el carrito. Lo señaló con una sonrisa traviesa pintada en los labios.

—Vamos. No seas gallina, Pressley.

Fruncí el ceño.

—Pero no puedo… —Señalé el interior del carrito mientras mi mirada oscilaba entre ambos. Luego miré a mi alrededor.

—¿Por qué no? —Me volví de nuevo hacia él—. No hay nadie. Y aunque no fuera así, aquí no conoces a nadie. Ni te conocen a ti. —El tono desafiante de su voz no me resultaba indiferente—. Súbete.

Exhalé un suspiro de irritación, pero no era nada sincero. Porque, por alguna razón, quería subirme en ese carro. Y, aunque era incómodo, cuando empezó a empujarlo conmigo dentro, como si fuese su esposa nonagenaria a la que la vejez ya no la deja caminar, lo disfruté.

—Muy bien —anuncié, y me volví a mirarlo a los ojos con una sonrisa infantil—. ¿Qué puedo comprarles a tus padres?

Canturreó bajito mientras se lo pensaba, mirando a su alrededor.

—¿Sabes qué? —Asintió como si estuviera de acuerdo con su propia idea—. A mamá siempre le han gustado esas cositas de chocolate.

—Así me gusta, que seas preciso.

Puso los ojos en blanco y después empezó a buscar el cartel de «Chocolate» por los pasillos.

—No las conoces. —Negó con la cabeza con suavidad y me miró con una sonrisilla en los labios—. Son un poco… —Se inclinó hacia mí con una expresión cómplice en el rostro, como si estuviese a punto de compartir códigos nucleares conmigo—. Cutres. —Ahogó un grito y no pudo evitar echarse a reír por su propio chiste.

—¡Oh, no! ¡Mi tarjeta de crédito no está diseñada para llevar a cabo compras por menos de diez dólares! —exclamé con la voz embargada de falsa consternación. Él se rio por la nariz—. ¿Y ahora qué vamos a hacer? —Me volví para mirarlo y puse los ojos en blanco.

—Me sacas de quicio. —La forma en que lo dijo fue… amable. Su voz era suave y divertida, como si no se viese capaz de pensar una sola cosa mala de mí en toda su vida. Cerré los ojos en un intento de evitar que mi sonrisa se extendiera de oreja a oreja y me volví a dar la vuelta. Mientras tanto, él empujó el carrito en dirección a esas cositas de chocolate que a su madre tanto le gustaban.

—¿Y bien? —me dijo mientras esperaba a que cogiera la caja que me había señalado: veinte bombones de arándano rojo, muy adecuados para la ocasión—. ¿Los conoces? —Se notaba que estaba a punto de reírse.

Entorné los ojos y me volví para fulminarlo con la mirada, aunque no lo sentía en absoluto.

—Pues no —repliqué—. Pero podría conocerlos.

—No los venden en el supermercado de comida orgánica —bromeó—. Las probabilidades eran escasas.

—¡Casi nunca hago la compra en supermercados de esos!

—Porque el más cercano está a ochenta kilómetros —contestó con una carcajada. Y no pude evitar que me gustara, por mucho que

intenté que no fuera así.

—Me conoces demasiado bien, McCarthy. —Me volví para echarle la mirada de rigor mientras él empezaba a empujar el carrito—. ¿Cómo es posible?

—Saber lo que piensa la gente es uno de mis muchos talentos. —Era evidente que mentir no era uno de esos talentos, pero lo dejé estar.

—¿Y a tu padre qué le podemos comprar? —pregunté mientras daba vueltas a la caja de bombones con aire distraído.

—Si de mí depende, nada. —McCarthy trató de disimular la verdad que se escondía tras sus palabras con un tono jocoso, pero en el pasado mes se había convertido en una táctica sencilla de detectar. Volví a mirar atrás y él echó los brazos al aire, fingiendo que se defendía—. No digo nada. Solo que estará en la cena y se encerrará en su despacho en cuanto hayan recogido la mesa. Que yo sepa, ni siquiera se ha dado cuenta de que has venido.

Me di la vuelta en el interior del carrito para quedar de cara a él, pensando en el cambio que se había producido en su actitud.

—Nunca hablas de él —empecé a decir con cautela, y él volvió a encogerse de hombros. Se dedicó a inspeccionar los pasillos por los que pasábamos en lugar de mirarme a mí.

—En fin. —Suspiró y se encogió de hombros otra vez—. No hay mucho que decir. Es un padre casi tan ausente como el tuyo… —Se detuvo un poco demasiado tarde y me miró con unos ojos como platos, sobresaltado por sus propias palabras—. Lo siento muchísimo —se disculpó enseguida. Era evidente que se sentía mal de verdad, porque siguió hablando sin parar—. Es solo que, básicamente, está ausente desde que se dio cuenta de que se me da mejor darle al balón con el pie que lanzarlo con la mano. Intenta pagar por todo, supongo, pero… Aunque tampoco es que eso sea lo mismo que lo

tu… Tu… —Echó la cabeza hacia atrás—. Lo siento mucho.

Me miró a los ojos. Saltaba a la vista que estaba muy nervioso y, por alguna razón, no me importó mucho que se le hubiera escapado esa frase. Me gustaba que hablase de mis padres con tanta naturalidad, aunque hubiera nombrado lo que tanto me estaba esforzando por olvidar.

—Entonces ¿preferiría que jugaras a fútbol americano?

McCarthy frunció el ceño al ver que había ignorado su disculpa y que me mostraba más interesada en la relación que había entre su padre y él.

—O que trabajara en un banco —contestó dubitativo, y se volvió a encoger de hombros—. Bueno, el caso es que… —Recorrió los estantes con la mirada mientras nos acercábamos a las cajas—. No hace falta que le compres nada.

—Vale —accedí. No quise insistir—. Pero entonces ¿qué hago para que toda tu familia me quiera?

McCarthy me contempló unos segundos. Recorrió mi cuerpo sentado con los ojos marrones. Llevaba ese pelo despeinado con raya en medio tan característico suyo. Resopló y luego esbozó una media sonrisa casi inapreciable.

—No te preocupes por eso. Ya vas camino de que te inviten también para Navidad. Y para Pascua, diría yo.

Me reí por la nariz y me volví hacia delante, todavía sentada en el carrito en el que él me estaba paseando por la tienda.

—Me cae muy bien —apunté—. Tu familia, quiero decir.

—Me alegro. —Oía la sonrisa en su voz—. Porque están todo el rato en plan: «Athalia esto, Athalia aquello…». Si no te cayeran bien, no sabría cómo darles la noticia. —La tensión se había disipado. Era evidente que no quería retomar el tema de conversación que la había causado.

Me reí. Me parecía muy bonito.
—Igual que tú, entonces —dije.
Se hizo un silencio.
—Ni lo dudes.

CAPÍTULO VEINTINUEVE



Al haber crecido en una familia de cuatro —en la que normalmente solo comían tres personas, porque papá estaba siempre fuera de la ciudad, del estado o del país—, estaba acostumbrada a las sobras. Sobre todo en Acción de Gracias. Mamá le daba al chef el siguiente fin de semana libre y durante tres días nos alimentábamos exclusivamente de pavo asado, puré de patatas y salsa de arándanos rojos.

Mientras contemplaba la mesa (en la que no quedarían sobras cuando terminásemos de cenar), me sorprendí al darme cuenta de que era la primera vez ese día que pensaba en mis padres de verdad. En general, en Acción de Gracias, lo único que solía tener en la cabeza eran recuerdos: de esa vez que mamá cedió y compró comida basura para Nochebuena, o de cuando papá ganó la temporada y nos llevó a celebrarlo a Disney World todo el fin de semana. Sin embargo, aquellos recuerdos felices eran poco frecuentes, aunque no necesariamente porque mi infancia hubiese sido terrible. Era más bien porque lo malo no había tardado mucho en superar lo bueno. Cuando casi no había pasado ni un año de sus muertes, lo único que me venía a la mente al oír los nombres de mis padres era el accidente de avión, los titulares que anunciaron su

fallecimiento y cómo mi tía se derrumbó al teléfono antes de contarnos que su hermana había muerto.

Maldita sea. ¿No se suponía que tenía que distraerme?

Sacudí la cabeza para interrumpir mis pensamientos y aparté la vista de los trozos de pavo en los que la había fijado sin darme cuenta. Cuando miré a mi alrededor, vi que la familia de McCarthy seguía enfrascada en una animada conversación, lo que era una buena señal.

Me pregunté si sabrían lo de mis padres. Si sabrían por qué estaba yo allí. Me pregunté cuánto sabrían, en general. ¿Cuánto les había contado McCarthy?

Me volví hacia él con brusquedad y me sobresalté al ver que ya me estaba mirando. Ahogué un grito por lo bajo y me llevé una mano al pecho.

—Alguien está hoy un poco asustadiza —observó con una sonrisa y las cejas enarcadas.

—Madre mía —murmuré, exhalando el aire que había contenido—. ¡No me mires fijamente! —le reproché entre dientes—. Me has dado un susto de muerte.

—Por… —Se quedó pensativo unos instantes—. ¿Mirarte? —Se le oía la sonrisa en la voz. No me hizo falta mirarlo para saber que debía de estar guapísimo.

—Pues sí —le espeté—. Por mirarme con esos ojazos enormes y no decir ni una palabra siquiera. —Cerré la boca de golpe para interrumpirme antes de que la incontinencia verbal fuese a peor.

«Eso de los ojazos lo he dicho en voz alta, ¿verdad?», pensé.

Él confirmó mis miedos enseguida.

—Así que ojazos enormes… —canturreó, claramente complacido por mi metedura de pata. Si antes ya me había propuesto no mirarlo, imagina lo fascinada que estaba con el puré de patatas que

Delilah, que estaba sentada frente a mí, tenía en el plato—. Yo te iba a recomendar que mejor dejases el vino por hoy —añadió alargando las palabras—. Pero si así me vas a hacer más cumplidos…

Fruncí el ceño y, al fin, me atreví a lanzarle una mirada fulminante.

—He bebido solo media copa.

Beber más me había parecido peligroso estando con desconocidos, sobre todo si quería caerles bien. Y lo deseaba muchísimo. Y no me percaté de cuánto hasta que pasamos al salón, mientras Dakota, que iba achispada, y Denise, que estaba como una cuba, debatían sobre la importancia de la discografía entera de Taylor Swift.

—Así que tus padres le dan permiso para beber —le comenté a McCarthy en voz baja mientras señalaba con la cabeza la copa de vino que Dakota llevaba en la mano. Estaba sentado a mi lado, pero yo estaba embobada con las dos hermanas, y no desviaba la atención de su debate ni un segundo.

—¿Te estás quedando conmigo? —Dakota miró a su hermana indignada—. Pero, Denise, ¿cómo no vas a meter «Would've, Could've, Should've»? ¿*Give me back my girlhood, it was mine first*? —desafinó—. ¿En serio?

Me reí por la nariz y aparté la vista por fin, justo mientras Denise suspiraba.

—Tienes dieciséis años, Dakota. No sabes lo que dices.

McCarthy asintió, mirando a sus hermanas.

—Solo cuando está mamá —me respondió—. Y nada muy fuerte. Cerveza, vino…, esa clase de cosas. Te aseguro que luego, cuando vas a la universidad, lo de beber te llama mucho menos la atención —añadió con una carcajada. Luego se volvió de nuevo hacia mí y se le escapó una pequeña sonrisa.

Yo no era capaz de apartar la vista. Tampoco creo que qui-siera

hacerlo.

—Me encantan —admití mientras me volvía del todo hacia él—. No puedo evitarlo.

Se rio otra vez.

—Seguro que tú a ellas también.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

Y creo que, gracias a ellas, esa parte que estaba rota y encogida en mi interior empezó a curarse. La parte que no estaba acostumbrada a las familias numerosas, a las reuniones sin dramas y a las discusiones sobre las diez mejores canciones de Taylor Swift. ¿Cuándo había sido la última vez que había disfrutado de algo así?

Pensar en eso debería haberme entristecido —o, al menos, eso era lo que cabría esperar—, pero, en lugar de ello, esbocé una sonrisa radiante, y me dio un vuelco el corazón cuando McCarthy hizo lo propio. Dios, él era la mejor distracción del mundo.

Dylan McCarthy Williams sería capaz de hacerme olvidar los peores pensamientos en un abrir y cerrar de ojos, hablándome simplemente del maldito tiempo. Y cualquier otra cosa —tener sus manos sobre mí, sus labios sobre los míos, su cuerpo apretujado contra mí—, bastaría para hacerme feliz toda la puta semana. No importaba cuál fuera.

Solo de pensarlo se encendía una chispa en mi interior. Una pequeña llama que, si no tenía cuidado, se convertiría en un incendio incontrolable tan rápido que al principio no me daría ni cuenta del peligro. Porque, en cuanto recordé cómo me sentía cuando lo tenía pegado a mí, en cuanto recordé sus ruiditos de placer, no pude parar. Todavía tenía un contrato que romper. Un juego que ganar.

—Dylan…

Se puso rígido de golpe, como si le hubiera golpeado un rayo, como si mi voz y el modo en que sonaban esas cinco letras entre mis labios lo hubieran electrocutado.

—¿Sí? —preguntó parpadeando, supongo que tratando de evitar que su mirada fuese directa a la mano que le había puesto en el muslo.

—El vino me da sueño —mentí sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Ah sí? —Sonrió—. ¿Aunque hayas bebido solo media copa? ¿Y hace dos horas?

Asentí.

—Es vino blanco —expliqué, como si eso marcara la diferencia. Y entonces me incliné hacia él para asestarle el golpe final, acercando la boca a su oído y contemplando cómo se le ponía la carne de gallina. Se volvió para asegurarse de que su familia no nos estuviera mirando, pero ese movimiento no hizo sino ayudarme a rozarle la piel con los labios.

Le besé debajo de la oreja y él cogió aire de golpe.

—Ya sabes dónde encontrarme —murmuré—. Por si cambias de idea respecto a ese contrato que tanto quieres respetar.

Sin esperar su reacción, me aparté de él para dar las buenas noches a los demás. Ya era más de medianoche, así que se mostraron comprensivos y me desearon felices sueños.

No pude evitar una sonrisa victoriosa cuando menos de un minuto después oí que él también se excusaba.

—¿Ya te vas a la cama? —pregunté desde arriba mientras él subía las escaleras—. Qué coincidencia tan graciosa, ¿no?

Siguió subiendo los escalones de dos en dos hasta quedarse justo en el anterior a mí. Aun así, tenía que alzar la cabeza para mirarlo.

—Llamémoslo así. Una coincidencia graciosa.

—Pues sé de otra. —Me acerqué a él y apoyé las manos en su

pecho. Empezó a respirar con dificultad mientras yo deslizaba las puntas de los dedos por su pecho, hasta acabar rodeándole el cuello con los brazos.

—Ah, ¿sí? —preguntó con voz ronca.

Y eso fue lo que me hizo perder el control.

Esas palabras hicieron que me ardieran las mejillas, que algo se retorciera en mis entrañas y que se liberara de puro alivio cuando por fin eliminé la poca distancia que nos separaba. Respiré un suspiro suyo del que se desprendía el mismo alivio, y entonces nuestros labios se fundieron, ávidos y curiosos.

—¿Cuál es la otra coincidencia? —preguntó entre un beso y el siguiente, mientras nos alejaba a ambos de las escaleras. Apoyé la espalda contra la pared que tenía detrás.

—Una habitación al final del pasillo, con una cama enorme… —Tiré de él agarrándolo del cuello de la camisa. Antes de acabar la frase, ya llevaba los primeros dos botones abiertos. Y, a pesar de tener los labios pegados, a pesar de que me temblaban las piernas de las ganas, la expectación y mil cosas más, llegamos a la habitación en lo que me pareció un abrir y cerrar de ojos.

Solo nos separamos cuando me clavé el banquito del piano en las pantorrillas; hubo un momento en el que no sabía si caería o me sentaría. Así que opté por lo segundo y me dejé caer en el banco.

Tragué saliva al alzar la vista… Y alzarla, alzarla, hasta encontrar sus ojos.

—Yo… —se interrumpió como si los últimos cinco minutos hubieran sido un torbellino para él, como lo habían sido para mí, y como si no estuviera muy seguro de cómo había llegado hasta allí. A tenerme justo a la altura de la entrepierna.

Parpadeé, y no pude evitar deslizar la mano y colar un dedo bajo la cintura de sus pantalones. Así, como si nada.

—¿Has cambiado de opinión? —le pregunté, vergonzosamente esperanzada—. Sobre el contrato, quiero decir. Sobre cumplirlo.

Le cambió la cara al entender a qué me refería. Tras soltar un resoplido, se agachó para quedar a la misma altura que yo, dejándome sin respiración.

—Quiero que sepas una cosa —me dijo con firmeza—. Puede que haya sido yo quien ha empezado con este jueguecito, pero nunca dije que lo fuera a ganar. Nunca dije que no fueras capaz de obligarme a perder solo con mirarme un segundo más de la cuenta. No hay nada… —Vaciló unos instantes, pero se sobrepuso cogiéndome la cara con ambas manos y acunándola con suavidad—. A la mierda ese contrato. No hay nada que desee más que tocarte, que volver a sentirte. Que volver a tener la cabeza entre tus piernas y tu cuerpo debajo del mío. —Exhaló con fuerza y me puso una mano en la nuca, haciendo desaparecer los dedos entre mi pelo—. Dios, y oírte gemir mi puto nombre. —Negó con la cabeza sin despegar sus ojos de los míos. Una lujuria innegable, reflejo de la mía, nadaba en sus pupilas—. Cuando estoy en mi despacho no puedo evitar pensar en ti. Está afectando a mi productividad. —Empezó a deslizar su otra mano sobre mi piel, cortándome la respiración. Repasó el contorno de cada uno de mis huesos, como si me estuviera tallando en mármol, hasta deslizar el pulgar sobre mis labios. Siguió acariciándome el cuello y luego deslizó los dedos bajo mi top, tocándome con la suavidad de una pluma. Rodeó mis clavículas, poniéndome la carne de gallina con sus caricias—. No creo que alcances a comprender lo mucho que te deseo, Athalia.

—Puedes tenerme —le prometí, animada solo por mi propio deseo, por cómo había bajado la mano hasta mi muslo desnudo, deteniéndolo justo al lado del borde de mi falda—. Si yo puedo tenerte a ti, tú puedes tenerme a mí. Quiero que me tengas.

Bajó la vista y negó con la cabeza al tiempo que se reía con voz ronca.

—Ya me tienes… —confesó antes de mirarme a los ojos—. Por Dios, Athalia. Ya hace tiempo que me tienes. Estoy a tu merced. Puedes hacer conmigo lo que quieras, joder…

No le dejé terminar la frase.

Y en cuanto la probé, su lengua se llevó por delante hasta el último pensamiento racional que había en mi mente. Desaparecieron frente a la sensación que me provocaban sus dedos al danzar sobre mi pierna, su aliento sobre mis labios, sus últimas palabras, que no hacían más que reproducirse en mi mente una vez tras otra.

Se puso de rodillas y se metió entre mis piernas abiertas. Me volvía loca tenerlo tan cerca, notarlo entre mis muslos y escucharlo gemir cuando lo atraje más hacia mí con el talón.

Me metió la mano por debajo de la falda y, jadeante, preguntó:

—¿Puedo? —Apenas si conseguí asentir. Solté un gemido entrecortado justo antes de sentir la yema de su dedo contra mi clítoris, del que lo separaba apenas una delgada tela—. Joder… —masculló mirándome a los ojos—. No sabes cuánto echaba de menos esos gemiditos. —Yo intentaba contenerlos con todas mis fuerzas, trataba de no hacer ruido, igual que aquel día en su despacho. Pero cuando arrastró el pulgar hasta mi entrada y luego lo metió por debajo de las bragas no pude contenerme más—. A eso me refiero. Así, princesa. —Lo agarré del pelo, obedeciendo a su gentil forma de animarme; a esa suavidad que parecía contradecirse con la firmeza con la que me apartó las bragas. Con su compromiso con poner los dedos justo donde más los necesitaba—. ¿Puedo seguir?

—Claro —conseguí responder—. Por favor… —«Haz algo», quise decirle, pero me penetró con un dedo antes de que yo encontrase el momento, y gruñó al ver lo mojada que estaba por él.

Una vez más, fracasé en mi intento de no hacer ruido. Solo esperaba que las paredes fueran gruesas. Al menos, con una mirada pude confirmar que habíamos cerrado la puerta, a pesar del estado en el que nos encontrábamos cuando habíamos llegado a la habitación. McCarthy se puso de pie otra vez para inclinarse sobre mi cuerpo y sobre el banco del piano, dejando los dedos quietos. Nos miramos a los ojos durante uno, dos, tres segundos, y yo empecé a retorcerme a la espera de sus caricias.

La expectación me vibraba debajo de la piel. Cada segundo que pasaba negándose a mover los dedos, sentía cómo se me retorcían las entrañas. Contuve el aliento. Y justo cuando estaba a punto de estallar, cuando ya pensaba que tantas ganas acabarían por matarme, enroscó el dedo corazón y el anular, los que tenía enterrados dentro de mí. Y empezó a moverse.

Y a punto estuvo de matarme eso también.

Adoptó un ritmo constante y, a pesar del torbellino en el que se había sumido mi consciencia, oía algún que otro susurro de ánimo, algún que otro juramento.

—Me encanta verte así —gimió—. Estás preciosa cuando estás a punto de correrte conmigo.

Y lo estaba, ¿verdad? Me bastaban cinco minutos en la misma habitación que Dylan McCarthy Williams para estar al borde del abismo por él. Me negaba a pensar en el porqué; en lugar de eso, me concentré en cómo él parecía ser capaz de interpretar con maestría cada espasmo de mi cuerpo y cada sonido que saliera de mi boca.

Me acarició el clítoris con el pulgar, moviéndolo al compás de los dedos que me metía y me sacaba. Eché la cabeza hacia atrás y mis ojos buscaron los suyos. Y con su mirada, sumada a su postura, con una mano apoyada en el banco y la otra acercándome a lo que sabía

que sería un orgasmo maravilloso, acabó de empujarme al precipicio. Dejé de saber dónde estaba. El mundo daba vueltas a mi alrededor mientras yo trataba de no perder el equilibrio buscando de dónde asirme. Eché los brazos hacia atrás para agarrarme a algún sitio, y recordé un poco demasiado tarde que lo que había allí era un piano.

—Dylan…

Me corrí en sincronía con el sonido profundo y lleno de matices que resonó cuando golpeé las teclas con el brazo.

Con la otra mano, tiré de McCarthy hacia mis labios y él me besó con ganas mientras yo me dejaba llevar por las oleadas de sensaciones. Con la última, sufrí un espasmo en los dedos, de forma que toqué otra tecla al azar antes de deslizarme del instrumento.

Dejé caer la cabeza contra su pecho.

—Ha sido… —empecé a decir, aún recuperando el resuello.

—Sí. —Me dio un beso en la cabeza—. ¿Estás…?

—Sí. —Asentí, aunque aún no me veía capaz de ponerme de pie. Casi no pude ni levantar la cabeza para mirarlo. Tenía los ojos colmados de asombro, y no pude evitar que me diera un vuelco el corazón al ver cómo me miraba.

Tenía el pelo oscuro alborotado; ya no quedaba ni rastro de la raya en medio que lucía por la mañana. Tenía las mejillas sonrosadas y su pecho subía y bajaba con casi tanta violencia como el mío. Jugueteé con uno de los botones cerrados de su camisa y bajé la mirada al punto donde le tiraban los pantalones.

—¿Quieres que…?

McCarthy me cogió la mano.

—No. —Tragó saliva con dificultad—. Si me tocas una sola vez me cargaré estos pantalones por tu culpa. —Me eché a reír, pero cuando lo miré me di cuenta de que lo decía en serio—. De verdad. —Se

llevó mi mano a los labios y me dio un beso en cada dedo—. Cuando pienso en el momento en el que por fin me toques, siempre duro más de cinco segundos. Deja que siga siendo así. —Me dio un beso en el dorso de la mano y me miró a los ojos—. Por favor.

—De acuerdo. —Asentí y, tratando de ignorar el rubor de mis mejillas, me incorporé poco a poco. Cuando me puse de pie, y él hizo lo propio, erigiéndose en su casi metro noventa de estatura, no pude evitar añadir—: Me sabe mal pedirte más cosas, pero…

Él se limitó a sonreír.

—Hazlo, por favor.

Y, por puro egoísmo, solo porque quería ver qué aspecto tenía durmiendo al lado de mí, le rogué:

—¿Te quedas conmigo esta noche?

Y, a diferencia de la noche anterior, lo hizo.

CAPÍTULO TREINTA



Había merecido la pena. Solo por oírlo respirar antes de quedarme dormida y fingir que no me había despertado cuando, a la mañana siguiente, me había apartado un mechón de pelo de la cama, había valido la pena que se quedase. Me había acariciado hasta que se fue de puntillas de la habitación, justo cuando el sol empezaba a salir.

Por sus sonrisas despreocupadas y su actitud bromista habitual ante su familia, nadie habría dicho que la noche anterior había ocurrido lo que había ocurrido. Pero cuando me rozaba los dedos cuando nadie más miraba me quedaba claro que no lo había olvidado.

«No hay nada que desee más que tocarte, que volver a sentirte».

«Que volver a tener la cabeza entre tus piernas».

«Y oírte gemir mi puto nombre».

A mí sí que no se me había olvidado. Y no se me olvidaría en mucho tiempo.

Así que, sí, me fijé en cómo se le marcaban los bíceps con la camiseta de manga larga blanca. En lo que le favorecía haberse puesto un poco de gel fijador en el pelo. Y también me fijé en su culito respingón cuando llevó nuestras mochilas al Jeep.

Que me detengan.

Me apoyé en el lado del copiloto mientras él metía nuestro equipaje en el maletero. Había salido el sol por primera vez en varios días y, aunque todavía hacía frío —esa clase de frío que convierte las palabras en vapor—, el sol lo hacía soportable. Entorné los ojos y vi a los McCarthy salir de su casa uno tras otro, y se me escapó una sonrisa cuando Natalie fue la primera en abrazarme.

—Ha sido un placer conocerte, Athalia. De verdad. —Me apretujó entre sus brazos y yo le devolví el gesto encantada—. Eres un soplo de aire fresco comparada con estos liantes que tengo en casa. —Regañó de broma a sus hijos con una mirada de reproche a la que ellos respondieron con un montón de quejas. Se me escapó una carcajada.

—Gracias por haberme acogido —contesté en voz baja—. Significa mucho para mí, más de lo que te imaginas. —Suspiré—. Os lo devolveré, lo prometo.

Natalie fue a despedirse de su hijo mientras yo decía adiós al resto de la familia. Diana se apoyó en el coche a mi lado y soltó un fuerte suspiro. Sonrió mirando al sol, y juraría que irradiaba una calidez similar a la del astro. Toda la familia había tenido una suerte increíble con sus genes. No era justo.

Se volvió hacia mí y me dio un suave codazo con una sonrisa provocadora.

—Bueno… —dijo, mirando fugazmente a su hermano—. Me alegro de que por fin haya tenido las pelotas de hacer esto.

No pude evitar reírme un poco, pero estaba un poco confundida.

—¿De hacer qué? —pregunté, con la esperanza de que no se me hubiera pasado por alto algo muy obvio y de no quedar como una estúpida por no haber unido los puntos. Pero Diana se limitó a sonreír y a soltar una suave carcajada con la cabeza hacia atrás. El pelo corto se le veía más claro con el sol.

—Ya sabes… —murmuró tras respirar hondo, y luego nos señaló a Dylan y a mí—. Esto. Esto vuestro. Dios sabe el tiempo que hace que él deseaba pedirte que…

—¡Bueno! —Dylan dio una palmada para interrumpir a su hermana y le rodeó los hombros con un brazo. Estuve a punto de soltar un gemido a modo de protesta—. Adiós, Didi. —La sonrisa que lucía me dijo que sabía perfectamente lo que estaba haciendo—. Un placer, como siempre.

Diana puso los ojos en blanco, aunque lo abrazó de todos modos. Me guiñó un ojo desde detrás de él.

—En fin, supongo que eso significa que ya te vas —le espetó con una sonrisilla y una ceja enarcada.

—Pues sí. —Dylan abrió la puerta del copiloto y me miró expectante al ver que no entraba de inmediato, aunque obedecí en cuanto me hizo un gesto con la cabeza. Abrazó a todos los miembros de su familia una última vez, dedicando unos segundos más a su madre, y luego rodeó el coche a toda prisa para subirse por el lado del conductor.

—Tú… —gruñí en cuanto arrancó mientras lo señalaba con un dedo acusador—. Siempre interrumpes mis conversaciones más interesantes. ¿Eres consciente de ello?

Esbozó una sonrisa avergonzada, algo evidente a pesar de estar concentrado en la carretera.

—Es posible.

Esta vez, en la seguridad del coche, me permití soltar ese gemido de frustración a la vez que dejaba caer la cabeza contra el respaldo.

—Bueno, pues dime, ¿qué iba a decir?

—¿Quién?

—Tu hermana.

—¿Cuál?

Otro gemido.

—¡Diana!

—Ah… —Me miró al detenerse frente a una señal de stop—. No tengo ni la menor idea. —Sonrió de oreja a oreja, metió primera y se puso en marcha de nuevo.

—Eres lo peor. —Lo fulminé con la mirada para darle un toque de dramatismo—. Lo digo en serio.

Hizo una mueca.

—Pues estoy a punto de empeorar las cosas, princesa. Lo siento.

Fruncí el ceño de golpe. Por desgracia, su amenaza no me había preocupado lo suficiente como para borrar los efectos que tenía en mí ese sobrenombre con el que supuestamente quería chincharme.

—¿Qué es lo que sientes? —pregunté con cautela.

—¿Qué te parece si estudiamos Estadística durante el trayecto?

Se me ensombreció el rostro. Me deshinché de inmediato en el asiento.

—No.

Su satisfacción quedó patente en su enorme sonrisa y la seguridad que infundió a su respuesta monosilábica:

—Sí.

—Voy a poner gasolina. —Al girar a la derecha en dirección a la estación de servicio, Dylan aprovechó para mirarme antes de volverse de nuevo hacia la carretera. Soltó una carcajada, interpretando que mi expresión de contrariedad era culpa suya. Dejé escapar un suspiro que llevaba rato conteniendo y gruñí—. Mientras tanto… —añadió, arrastrando las palabras con dulzura. Con ignorancia. Con ánimo destructor—. Piensa un poco en cuál puede ser la respuesta correcta.

—Que te jo…

Pero interrumpió mi juramento cerrando la puerta, y no tuve tiempo de contestar nada más a su amable sugerencia. Solté otro fuerte gemido, aunque estuviera sola en el coche. Después de haber pasado los últimos sesenta minutos atrapada en el infierno de la Estadística, me merecía un descanso. Sin embargo, mientras mi largo sonido de frustración flotaba en el aire, mi puerta se abrió tan repentinamente y me asustó tanto que el gemido se convirtió en un grito de horror digno de una película de terror.

—¡Dylan! —grité, deseando tener las manoplas de su madre para golpearle en la cabeza. Me llevé una mano al corazón, que estaba a punto de salírseme del pecho.

Él lucía una sonrisa enorme, y dulce, e irresistible. Toda hoyuelos y sin una pizca de vergüenza.

Apoyando el brazo encima del coche, se inclinó hasta ponerse a mi nivel y me señaló con el dedo.

—Y no la busques en Google.

Y cerró.

Esta vez, me dediqué a observar todos sus movimientos hasta que entró a pagar. Sin embargo, en cuanto su silueta desapareció tras las puertas de cristal y estas se cerraron a su paso, aproveché su amable consejo. Porque, en realidad, más que una advertencia, había sido un consejo. Ni siquiera se me había ocurrido buscar nada en Google. A decir verdad, los últimos días me había olvidado hasta de que tenía un teléfono. Así que, mientras daba gracias por el recordatorio, lo saqué de mi bolso.

Dejé de dar gracias cuando empezaron a llegarme todos los mensajes.

Los sonidos de las notificaciones llegaban tan rápido y eran tantos que se pisaban los unos a los otros. Y, aunque le quité el sonido en cuanto pude, el número de veces que vibraba el móvil me decía que

estaría bien jodida en cuanto me pusiese a leerlos.

Quizá podía conseguir un móvil nuevo y un número nuevo y punto.

Con el estómago en un puño, el móvil aún vibrando y las notificaciones acumulándose en la parte superior de la pantalla, me dispuse a hacer justo lo que Dylan me había pedido que no hiciera. Por desgracia, no llegué a lograrlo.

HENRY, miércoles, 21.22

>¿Estás en casa?

>¿Puedes abrir la puerta, por favor?

>Tienes la luz apagada.

>¿Puedes abrir la puerta?

>Me quedo aquí durante las vacaciones. Si necesitas algo, dímelo.

>Por favor.

>¿Athalia?

Llegaron uno detrás del otro. No sé qué me hizo tocar la notificación, pero un segundo después me encontraba frente a frente con una retahíla de mensajes en color gris, notificaciones de llamadas perdidas y el nombre de mi hermano encima de todo.

HENRY, jueves, 9.06

>¿Estás bien?

>¿Necesitas que

vaya?

>Voy.

HENRY, jueves, 9.45

>Sé que la he cagado, pero ¿puedes abrir la puerta?

>Me he enterado de que Wren y tú habéis discutido
>Y no quiero que hoy estés sola
>¿Estás bien?
>Tu vecino me ha dejado entrar. Estoy delante de la puerta si me necesitas
>Aunque no me necesitas para nada, pero bueno
>Eso

HENRY, jueves, 16.01
>Estoy empezando a
preocuparme

Después de ese mensaje, había una retahíla de llamadas perdidas.

HENRY, jueves, 19.30
>En serio, si necesitas espacio dímelo y te dejo en paz
>Pero no dices nada y estoy empezando a ponerme nervioso
>¿Athalia?

HENRY, jueves, 23.11
>Doy gracias por ti,
hermanita

Creo que fue ese último mensaje el que me asestó el golpe mortal que me hizo salir de aquel chat y de la aplicación en general. Empezaron a brotar lágrimas de las comisuras de mis ojos, lágrimas movidas por la culpa, más culpa y más culpa.

Sentirme culpable no era una posibilidad que contemplase en el abanico de emociones que experimentaba al pelearme con Henry. Pero ¿cómo no me iba a sentir así?

Lo había… Lo había abandonado. Había abandonado a mi hermano mellizo, que había sufrido la misma pérdida traumática que yo, que se sentía igual de mal que yo cada año, aunque lo disimulara mejor. Y no solo lo había dejado solo con su duelo —aunque fuese un duelo en plan «si no lo nombro no existe»—, sino que lo había dejado terriblemente preocupado.

Preocupado por mí.

Lo peor de todo era que, de algún modo, esto era justo lo que quería sacar de todo este sinsentido con McCarthy. Quería llamar su atención. Ver que yo le importaba. Los mensajes del chat demostraban que había conseguido exactamente lo que quería, pero no me sentía mejor. De hecho, me sentía incluso peor que antes.

Eché un vistazo distraídamente a las docenas de mensajes sin contestar de parientes lejanos y viejos conocidos y amigos. Dejé el dedo suspendido ante el contacto de Wren, tentada de abrir la conversación. En fin, ya me había estropeado el buen humor, ¿no? ¿Qué más daba?

Para mi sorpresa —y me sentí bastante idiota por esperar que se preocuparía tanto como Henry—, la pantalla me mostró nuestros últimos mensajes de tiempos de normalidad. Solo había dos nuevos justo debajo.

WREN, jueves, 10.20

>Si la caga lo voy a asesinar, pero hoy no puedo evitar pensar en ti y desear que no la cague (aunque me encantaría asesinarlo)

>Tengo que explicarte algunas cosas, ya hablaremos en casa.

Lo sabía. Comprenderlo fue como si me tiraran un jarro de agua fría.

«Solo hablamos. No fue necesario coaccionarla ni hacerle ningún

daño».

¿Habían hablado de esto aquel día? ¿Le había preguntado si cuidaría de mí cuando ella no pudiese —o no quisiese— hacerlo?

No creo que me hubiese sentido nunca tan amada y humillada al mismo tiempo. Ni tampoco que alguna vez hubiese odiado y apreciado más un gesto al mismo tiempo. No sabía si debía enfadarme o estar agradecida, si gritar o reír. O llorar.

Por suerte, tomaron esa decisión por mí. Dylan salió correteando de la gasolinera con una bolsa de plástico en la mano. Echó un vistazo a su alrededor, pero solo había otro coche, viejo y oxidado, aparcado en la esquina del fondo.

Guardé el móvil en el bolso lo más rápido que pude y me apoyé en el respaldo, preparándome para ofrecerle una sonrisa que pareciera sincera. Parpadeé para quitarme las lágrimas de los ojos y me sorbí la nariz para recuperar la compostura. «Distráete, distráete, distráete», me dije. Para entonces, ya sabía que McCarthy era una buena distracción.

El susodicho se sentó en el asiento de al lado y cerró de un portazo.

—Hace un frío que pela —se quejó, temblando de frío. Me tiró la bolsa en las piernas y se frotó las manos, como si no pudiera encender todavía el coche, y, por lo tanto, la calefacción.

—Como en tu alma —contesté sin pensar con un suspiro. Tenía los ojos cerrados, pero los abrí para mirarlo con una chispa traviesa en ellos cuando ahogó un grito de forma teatral.

—Vaya, vaya. —Se llevó una mano al pecho y se la puso sobre el corazón, como si le doliera. Su expresión de fingido dolor me hizo sonreír—. ¿Qué ha pasado en los últimos diez minutos para que me haya convertido en la víctima de tus duras críticas, Pressley? —Negó con la cabeza y se presionó la cara interior de la mejilla con la

lengua para no sonreír—. En serio —insistió—. Estoy muy dolido. —Se me escapó otra carcajada, y fue entonces cuando me di cuenta de que Dylan no solo era una gran distracción cuando estábamos tratando de no tener relaciones sexuales y casi fracasando en el intento; era una gran distracción y punto—. Y pensar que te he comprado Sour Patch Kids… Debería devolverlos ahora que todavía estamos aquí. —Señaló con la cabeza la bolsa que tenía en las piernas y luego miró hacia la tienda con la sonrisa provocadora que había intentado reprimir. Sin embargo, arrancó.

No le costaba nada hacerme reír, y eso me había cogido por sorpresa.

Porque, de todas las cosas que pensé que sacaría de este acuerdo —el afecto de mi hermano, la sensación dulce de la venganza, un cadáver, tal vez…—, jamás pensé que pasármelo bien de verdad fuese una de ellas. Hasta que ocasionalmente se me nublara el juicio y me sintiera atraída por él, o que sintiera la necesidad imperiosa de besarle cuando se le marcaba el hoyuelo me parecían menos impactantes que aquello.

—Y… —Me volví hacia él al oírlo, a tiempo de ver cómo se volvía de nuevo hacia la carretera.

—Y… —repetí, entornando los ojos con desconfianza.

—¿No me vas a contestar?

Parpadeé. ¿Qué me había perdido?

—A mi problema estadístico —me aclaró.

—Ahora recuerdo por qué he dicho que tienes un alma fría —refunfuñé cruzándome de brazos—. Llevas una hora torturándome, Dylan. ¿No puedo disfrutar en paz del resto del viaje?

—¿Estás disfrutando del viaje? —La pregunta se me antojó una trampa, así que gemí y me hundí en el asiento.

—Eso intento. —Si no hubiera tenido los ojos cerrados, los habría

puesto en blanco para no pensar en eso mismo, lo que había comprendido hacía apenas unos segundos: que lo estaba disfrutando. No solo el viaje, no solo la distracción, sino su compañía. A él.

—Y yo estoy intentando que apruebes Estadística, princesa. —Esta vez, me di cuenta de que el sobrenombre volvía a ser un insulto. Sin embargo, ni mi estómago ni las mariposas que revoloteaban en su interior lo interpretaron así. En absoluto—. Y, teniendo en cuenta cómo lo estás haciendo últimamente, puede que lo consiga. Así que no nos rindamos ahora, ¿vale? —Su voz había perdido por completo el tono jocoso, y ahora era suave y tranquilizadora. Casi un murmullo. Y a mí me bastó con la esperanza que vi en sus ojos cuando los volvió brevemente hacia mí.

Suspiré, derrotada, y miré al frente.

—Como venía diciendo —lo chinché en voz baja—. Un desalmado.

Pareció tomárselo como una señal de que estaba de acuerdo con él, porque se recolocó felizmente en el asiento y sonrió con tantas ganas que lo sentí desde donde estaba. No me hizo falta ni mirarlo para saber que estaba sonriendo, y, para mantener la cabeza fría, decidí no volverme para comprobarlo.

—Estás mejorando —me recordó.

Una palabra más de aliento, un halago más, o cualquier otra palabra con ese tono suave y aterciopelado suyo y tendría graves problemas para mantener la cabeza fría. Es más, ya estaba pensando en lo mucho que estaba disfrutando de esa versión de él, en lugar del sarcasmo y los insultos habituales.

Intenté alejarme de esos pensamientos todo lo posible.

—Bueno, eso espero —bromeé. O intenté bromear. No estaba muy convencida de que le hubiera hecho gracia hasta que no vi que se le curvaba la comisura de la boca—. Si no, serías un profesor terrible.

—O tu una alumna terrible.

No pude evitar echarme a reír. Y tampoco parecía capaz de parar. Porque cuando sonrió sin ambages, y cuando el sonido de su risa se unió a la mía, fue como si se abrieran unas compuertas y cada sonido que salía de él fuese más gracioso que el anterior.

Me dolía la barriga y las mejillas de tanto reír, y debía de haber sido la actividad física más intensa que había hecho en mucho tiempo. Al menos, me sentía como si así fuera: exhausta, pero llena de energía. Feliz, despreocupada. Distraída.

Aún sonreía cuando nuestras risas se acabaron, convirtiéndose en jadeos y resoplidos ocasionales.

—Tocada y hundida —dije, mirándolo—. Creo que la probabilidad de tu hipótesis es mucho más alta.

Y pareció casi impresionado.

CAPÍTULO TRENTA Y UNO



¿Quién me iba a decir que, después de pasarme horas atrapada en un coche con Dylan McCarthy Williams, la parte que más aborrecería sería llegar a nuestro destino?

>Tengo que explicarte algunas cosas, ya hablaremos en casa.

Al recordar el mensaje de Wren, me desabroché el cinturón con una lentitud poco propia de mí, y me puse el abrigo aún más despacio. Me rehíce el moño dos veces y me recoloqué bien las gafas en el puente de la nariz al menos una docena.

Dylan había bajado del coche en cuanto habíamos parado frente al edificio de ladrillo visto para sacar mi mochila del maletero. No parecía haberse percatado de mi vacilación, hasta que se echó la mochila al hombro y vio que seguía en el mismo lugar en el que me había dejado. A través del retrovisor, me di cuenta de que fruncía el ceño ligeramente y que me observaba con atención y los ojos entornados. No sé cuál debió de pensar que era la razón de mi titubeo, pero seguramente se equivocaba. Si era del todo sincera, ni siquiera yo lo sabía, así que ¿cómo iba a hacerlo él?

—No intentes psicoanalizarme —le advertí en cuanto me abrió la

puerta del copiloto y me miró con la misma expresión analítica. Alzó las manos en un gesto de rendición y esbozó una sonrisa amable.

—Ni se me ocurriría —me juró con una carcajada que indicaba lo contrario. Me hizo una reverencia de broma y me pidió con un gesto que bajara del Jeep—. Solo intento entender qué tiene de acogedor mi coche para que no quieras bajar. —Frunció el ceño en una expresión interrogante—. ¿O es de mí de quien no deseas separarte?

Pasé de su pregunta a propósito, aunque bajé del coche. Me giré de inmediato para mirar el último piso del edificio. Aunque no se podía ver el interior a través de las ventanas, la suave luz que salía de ellas bastó para que se me pusiera el estómago del revés por segunda vez. Volví mi atención de nuevo hacia él.

—Creo que Wren está en casa. —Intenté que no se me notara que estaba nerviosa—. Dame eso a mí. —Señalé con la cabeza la mochila que llevaba colgada del hombro—. No hace falta echar más leña al fuego —añadí con un susurro.

—Athalia… —Dylan suspiró y se dirigió a la entrada de mi edificio, como si yo no le acabase de pedir que no lo hiciera. Y, de alguna forma, me vi obligada a seguirlo. Así que cerré el Jeep de un portazo y corrí tras él—. ¿No te acuerdas de que ahora Wren y yo somos uña y carne? No hay ningún fuego al que echar leña.

Lo adelanté mientras soltaba una carcajada, aunque estaba totalmente desprovista de alegría.

—Dame mi mochila —repetí mientras giraba la llave. Cuando abrí la puerta, me volví hacia él con una mirada expectante, pero pasó de largo.

Gemí y eché de nuevo a correr tras él, pero cuando llegué, unos segundos más tarde, ya había llamado al ascensor. Me detuve a su lado y, mientras esperábamos a que se abrieran las puertas, negué con la cabeza.

—Eres, de largo, la persona más irritante que me he cruzado en la vida. —Se volvió hacia mí, pero la sombra de sonrisa que vi por el rabillo del ojo me dijo que tenía que seguir mirando al frente, a las puertas metálicas, si quería demostrar firmeza—. Solo quiero que lo tengas claro.

—Aquí dentro hay como tres pares de zapatos, cuatro sudaderas, dos vaqueros, chándales, camisas, vestidos y Dios sabe qué más, Athalia. Si crees que voy a dejar que cargues con una mochila que pesa tanto como tú, me siento insultado. —Lo cierto era que lo parecía. Acompañó sus palabras de un resoplido y, cuando por fin me volví hacia él, encontré una expresión acorde.

Mi mente estaba trabajando a toda velocidad para verificar la veracidad de su enumeración. Lo comprobé una segunda vez. Una tercera. ¿Cómo…?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por una suave carcajada justo cuando se abrían las puertas del ascensor. Ni siquiera objeté a que entrara detrás de mí.

—Te ayudé a hacer la maleta, ¿recuerdas?

Pero no me había ayudado. Negué con la cabeza y la levanté de golpe hacia él, a tiempo para verlo presionar el botón de la última planta.

—No me ayudaste a hacer la maleta —le recordé—. Me miraste mientras la hacía. —Y no creía que me hubiese estado mirando de verdad, así que mucho menos prestando tanta atención. Pero parecía que sí que lo había hecho.

Él hizo un gesto como quitándole importancia.

—Es lo mismo. —Por fin, al llegar a la última planta, se quitó la mochila del hombro y la cogió con la mano.

Pero no era lo mismo. No era lo mismo hacer la maleta que verme hacerla. No era lo mismo prestar atención a las pequeñas cosas y no

hacerlo. Era opuesto, como la noche y el día. ¿Es que no se daba cuenta? ¿O no quería darse cuenta?

—Saluda a Wren de mi parte. —Su voz me sacó de mis pensamientos y volví mi atención hacia él. Estaba entre las puertas del ascensor para evitar que se cerraran y había dejado mi mochila en mitad del pasillo, para que pudiera deslizarla hasta mi piso, si es que de verdad era tan pesada como decía él.

Pasé por su lado y él dio un paso atrás para que las puertas del ascensor pudieran cerrarse. De repente, me sentí muy agradecida. Por todo.

Por haberme acogido el día de Acción de Gracias. Por haberme dejado dormir en su cama. Por besarme. Por no acostarse conmigo. Por comprarme mis chucherías preferidas. Por llevarme a casa. Por no insistir en entrar en casa. Por respetar mi decisión, mis límites.

Las puertas se cerraron mientras yo pronunciaba de nuevo esa palabra, mientras nuestras miradas seguían conectadas. Las había tenido que pronunciar muchas veces, demasiadas, para alguien que tanto insistía en que no le gustaba.

—Gracias. —Y aunque solo lo susurré, supe, por cómo empezó a alzar la cabeza y por cómo apretó los labios antes de que las puertas terminaran de cerrarse, que me oyó.

Exhalé un suspiro largo y profundo, un suspiro que debía prepararme para lo que me esperaba en el interior de mi casa. Había varios posibles escenarios.

1. Que Wren siguiera pasando de mí.
2. Que Wren estuviera horneando otra vez.
3. Que Wren… se disculpara.

Fuera lo que fuese, no me sentía preparada en absoluto.

Y qué razón tenía en sentirme así.

La puerta de su habitación estaba cerrada. Debería haberme sentido aliviada por no encontrar la cocina plagada de utensilios de cocina, cupcakes y magdalenas, pero sentí algo de decepción.

No sabía a qué atenerme después de su mensaje. «Tengo que explicarte algunas cosas». ¿Qué significaba eso?

Quizá, en lugar de la disculpa que yo esperaba, me diría que ya no podía soportarlo más y que se iba de casa. Ay, Dios.

Esa idea disparó mis niveles de ansiedad hasta la estratosfera. El corazón empezó a latirme el doble de rápido que antes, empezaron a sudarme las manos. Dejé caer la mochila al suelo. Hasta ese momento, estaba convencida de que aquella discusión no sería más que una mala racha en una amistad que duraría para siempre. Una discusión que superaríamos y de la que nos reiríamos en unos años. Una discusión por la que me debería una.

Sin embargo, tras haber plantado la semilla de su posible marcha en mi mente, ya no me sentía tan segura.

—Athalia.

Me sobresalté cuando su voz me sacó de mis pensamientos. Me volví bruscamente hacia ella. No sé qué vio en mi rostro, pero su débil sonrisa se desvaneció al instante.

—¿Te vas a ir de casa? —No fui capaz de contener la pregunta. Si pensaba irse, yo tenía derecho a enterarme en cuanto hubiera tomado esa decisión, ¿no? Era su compañera de piso. Su mejor amiga. O algo así.

—¿Qué? —Frunció el ceño y se apartó del marco de la puerta en el que estaba apoyada.

—Has dicho que tenemos que hablar —le recordé—. No estamos saliendo juntas, de lo contrario, pensaría que vas a romper conmigo. Que te vayas de casa me parece la posibilidad equivalente. —Mi razonamiento sonó más lógico mientras lo formulaba, cuando, en

realidad, esa idea se me acababa de ocurrir. Pero me daba tanto miedo que me la había creído.

Ella negó con la cabeza enseguida.

—¿Qué? —repitió. Quizá a ella no le parecía nada lógico—. No, no me voy de casa. Claro que no. —Antes incluso de que me diera tiempo a suspirar de alivio, la confusión de su rostro dio paso a un sentimiento muy distinto—. ¿Quieres que me vaya?

—No. —No quería que Wren Inkwood se fuese de casa. De eso sí que estaba segura.

—Vale. —Asintió, más relajada—. Bien.

Como no sabía qué hacer ni qué decir, empecé a mirar a mi alrededor y a contemplar el piso, como si no llevase ya más de un año viviendo allí. Tenía los brazos quietos a los lados del cuerpo y resoplé con suavidad cuando el silencio se alargó unos segundos más de la cuenta.

Aquella situación no podía ser incómoda solo para mí, ¿no?

—Bueno… —Me aclaré la garganta en un intento de llenar el silencio y Wren hizo lo mismo y asintió.

—Bueno —repitió, alargando la palabra para que no volviéramos a quedarnos calladas—. Esto… —Creo que no la había oído balbucear en la vida, y no sabía si eso me tranquilizaba o me aterrorizaba.

—Voy a deshacer…

—Siento mucho…

Habíamos hablado al mismo tiempo, interrumpiéndonos la una a la otra.

—Ah, sí —dijo a toda prisa, señalando mi mochila con un gesto vago y una risa nerviosa—. Ve a deshacer la maleta, yo…

Pero no pensaba hacerlo. No después de que me hubiera soltado las palabras mágicas. Ni siquiera quería deshacer la maleta. Era, sin duda, lo peor de irse de viaje.

—No, no. Dime. Tengo tiempo.

Wren asintió, moviendo ligeramente la melena. Luego suspiró con fuerza.

—¿Qué tal tu… viaje? —La pregunta parecía bastante inocente, aunque no caí en la trampa.

—¿El viaje que organizaste para mí? —pregunté, con la esperanza de que mis sospechas fuesen ciertas. Y, aunque mi intervención la pilló desprevenida, asintió.

—¿Hice mal? —Tenía la voz embargada de preocupación, así como los rasgos. Todo su cuerpo emanaba ya nervios y ansiedad, y no tardé en llegar a la conclusión de que eso no me gustaba nada.

—No. —Contesté con una calma deliberada, sin perder la compostura. Me alegré de volver a sentirme en tierra firme, preparada para escuchar sus explicaciones. Las necesitaba—. Lo he pasado bien.

Ella asintió, aunque mi respuesta parecía complacerla y perturbarla a la vez. Teniendo en cuenta mi historia con McCarthy, ni me sorprendía ni me ofendía.

—¿La cagó? —Pronunció aquella pregunta con cautela; casi pareció arrepentirse justo después de hacérmela.

No pude reprimir una sonrisa al recordar su mensaje.

—¿Para que puedas asesinarlo?

—Sí.

—No.

Exhaló de alivio. Y de decepción, probablemente, al comprender que no podría darle una paliza. Se dejó caer en el reposabrazos del sofá y se frotó la cara con un gesto de frustración, aunque pronunció sus siguientes palabras con más seguridad.

—Lo siento. —Soltó un gemido—. Dios, lo siento muchísimo. Ni te lo imaginas. —Y, como si acabase de darse cuenta del peso de sus

actos, gimió otra vez. Nos miramos a los ojos entonces, y estuve a punto de derrumbarme al ver que los suyos estaban colmados de arrepentimiento—. Exageré. He sido una capulla y luego casi te dejé tirada en Acción de Gracias. —Negó con la cabeza con tanta brusquedad que estuvo a punto de interrumpirse—. Y todo por culpa del puto McCarthy. —Resopló, incrédula—. Lo que hagas… ni siquiera es asunto mío. Ni con quién lo hagas. Supongo que no me lo esperaba y ya está, ¿sabes? Odiamos a ese tío. Al menos, eso pensaba. —Se calló y abrió mucho los ojos—. Quizá solo lo odiaba yo. Supongo que tú no tenías ninguna razón para hacerlo… —Levantó la vista del suelo para contemplarme con aquellos ojos marrones. Yo me apoyé en la encimera de la cocina y empecé a juguetear distraídamente con los menús de los restaurantes de comida para llevar.

—¿Es así? —pregunté con cautela—. ¿Tenías razones para odiarlo?

Nunca me había parado a pensar por qué a Wren no le caía bien McCarthy. Lo mucho que Henry lo odiaba me predisponía a no preguntar, a aceptar sin más que era la peor persona de todo el campus, y eso, por supuesto, significaba que a Wren tampoco le podía caer bien.

—En realidad, no —admitió—. O sea…, pensaba que sí. Después de hablar con Henry hace unos meses, cuando me dijo que era evidente que a McCarthy le gustabas. Es lo único que yo veía cada vez que acabábamos en una misma habitación. Y daba por hecho que tú lo odiabas tanto como tu hermano. Supongo que me convencí de ello, para no… —Tragó saliva y apartó la vista de nuevo, vacilante—. Supongo que porque, de ese modo, no tenía razones para estar celosa.

Cayó el gordo.

Solo que no era el gordo, era una bomba. Una bomba nuclear,

letal, cuyo impacto destruyó todo lo que había en sus inmediaciones.

—Te gusta McCarthy.

Una deducción de lo más razonable, ¿no? Por eso a Wren nunca le había gustado mi plan de venganza. Por eso no quería que fingiera salir con él, por eso se había subido por las paredes cuando se había enterado de que nos habíamos besado.

Y yo, una idiota que no se enteraba de nada, no me había dado cuenta de que, en resumidas cuentas, estaba saliendo con el chico que le gustaba a mi mejor amiga.

—No tenía ni idea —confesé mientras empezaba a asimilar la noticia.

—¿En serio?

Su tono de voz me hizo arriesgarme a mirarla. Y la tuve que mirar dos veces al ver… ¿Era eso que había en sus labios una sonrisa? Enarcó la ceja en la que llevaba el piercing.

—No me gusta McCarthy —aclaró, y se estremeció solo de pensarlo—. Por Dios, no.

—Pero has dicho que estabas celosa. —¿Por qué si no iba a ponerse…?—. Ah.

«Ah».

Ay, Dios.

Cuando le había dicho que se estaba comportando como una novia celosa, no me refería a la mía.

—Un momento… —le pedí.

Pero no me lo dio.

—Escucha —empezó a decir, aunque tenía la mirada en otra parte, evitando la mía—. Me juré que no te contaría nada de esto hasta que ya no sintiera nada por ti. Hasta que lo hubiera superado. Y lo he hecho —añadió—. Cuando me dijiste aquello, eso de que me estaba comportando como una novia celosa… —Sentía que la culpa

me retorcía las entrañas—. Fue la primera vez que me di cuenta de lo mucho que mis estúpidos sentimientos estaban afectando a nuestra amistad. No quería perderte, pero para superarlo no podía… —Negó con la cabeza y suspiró derrotada—. Quise disculparme contigo una hora después de haberme encerrado en mi habitación. Pero pensé que…, que si me daba un poco de tiempo… ¿Sabes? Unos días, una semana, quizá. Pero, de repente, habían pasado semanas, el día de Acción de Gracias estaba a la vuelta de la esquina y yo cada vez te echaba más de menos. No quería dejarte tirada, te juro que…

Exhaló con fuerza y, por fin, me miró a los ojos. No sé qué vio en mi rostro, ni qué pensó al examinar mi reacción. Yo no era capaz de formar ni una sola frase coherente: tenía la mente demasiado embarullada para una tarea tan complicada como aquella.

¿Tan obvio era? ¿Había estado yo demasiado centrada en mí misma como para no darme cuenta de que mi mejor amiga había empezado a sentir algo por mí? Qué ironía, que acusara a mi hermano de ser demasiado egocéntrico y de no reparar en que había más gente a su alrededor cuando era evidente que yo no era mucho mejor que él.

Aún me sentía demasiado confundida, tonta y culpable como para ofrecerle una respuesta aceptable. En plan: «Oye, no te preocupes. Esas cosas no se eligen y me siento halagada». O: «Gracias por contármelo». O: «Dios mío, no tenía ni idea. Siento mucho haber sido una capulla que no se enteraba de nada y haberte contado hasta el último detalle del sexo espantoso con mi exnovio».

Eso era lo que peor me hacía sentir. Pensar en todas las veces que le había hablado de mi vida amorosa. De mis exnovios. De sexo.

Su voz me trajo de vuelta a la realidad. A esa realidad en la que, aparentemente, había superado lo que sentía por mí. De lo

contrario, no estaríamos teniendo esta conversación. Eso había dicho, ¿no?

—Pero, si hubieras venido conmigo a casa, creo que habría vuelto al punto de partida. Hasta con… No sabía si… —balbuceó.

—¿Hasta con qué?

Wren tragó saliva y diría que… ¿Se ruborizó? No estaba segura porque no sabía si era capaz de eso. Pero, efectivamente, tenía las mejillas tan coloradas como el logo de la HBU.

—He conocido a alguien —soltó de repente—. Creo.

—¿Crees?

Se dejó caer al sofá deslizándose por el reposabrazos y yo la seguí y me senté también. Me puse cómoda para lo que podría perfectamente convertirse en una larga conversación. Una que me apetecía mucho tener. Pero Wren hizo un gesto como quitándole importancia, negó con la cabeza y se rio.

—Luego te lo cuento. Ahora estoy intentando disculparme, cotilla. La lista es muy larga. En primer lugar, he sido una capulla durante semanas. Quizá tenga más sentido ahora que…, ahora que lo sabes todo, pero eso no justifica lo infantil que he sido. Lo siguiente: Acción de Gracias…

No me gustó cómo se me encogió el estómago con la mención del día festivo, y esa fue la única razón por la que interrumpí sus disculpas.

—Necesitabas espacio —apunté a toda prisa. Negué con la cabeza, pensativa, ya que me daba cuenta de que tenía mucho sentido. No puedes superar lo que sientes por alguien si vives con esa persona, y aún menos si te la llevas a casa contigo durante las vacaciones.

—Necesitaba espacio, pero podría haber gestionado todo esto mucho, muchísimo mejor. —La culpa asomó a su rostro—. En lugar

de largarme sin dejarte ni siquiera una nota… —Suspiró—. Joder, qué mal. —Me miró otra vez a los ojos, casi asustada—. Lo siento mucho, de verdad. Lo siento muchísimo. No sé qué me pasó.

—Bueno… —Me aclaré la garganta y le dediqué una sonrisa amable. La gran angustia que emanaba de ella me ponía innecesariamente nerviosa—. Es verdad que me dejaste con McCarthy, lo que es, sin duda… —Cambió la cara al oír mi tono de voz desenfadado. Arrugó la nariz y su boca empezó a curvarse en una sonrisa.

—¿Se ha portado bien? —preguntó, y las palabras que había elegido me arrancaron una carcajada.

Me encogí de hombros.

—Demasiado y todo.

—Me alegro —contestó canturreando, y luego me miró de nuevo —. O eso creo… —En su voz había un tono interrogante y no pude evitar reírme con disimulo.

—Pues yo no estoy tan segura.

—Al menos, parece que no es tan malo para ti como pensaba al principio —reflexionó.

El timbre sonó antes de que pudiera hacerle más preguntas. Y tenía muchísimas. Wren saltó del sofá con la agilidad de una atleta de élite, y luego abrió la puerta del edificio sin ni siquiera preguntar quién era.

—¿Esperas a alguien?

—No, a no ser que Prem acepte pedidos de forma telepática. Estaba a punto de pedir, pero entonces os he visto llegar… —Se interrumpió enseguida y me miró con los ojos entrecerrados—. Sí, estaba mirando por la ventana como una acosadora, ¿vale? No quiero oír ningún comentario al respecto.

Conseguí hacerle solo una de las preguntas que seguían dando

vueltas en mi cabeza. Sin duda, la más importante.

—¿Está todo bien entre nosotras, Wren? ¿Bien de verdad?

—Si puedes perdonarme…

Solté una carcajada, porque aquello era absurdo. Si podía perdonarla ¿por qué? ¿Por haberse pillado de su mejor amiga? ¿Por darse el espacio que merecía para superarlo? ¿Por asegurarse de que yo no me quedara sola en Acción de Gracias? ¿Por dejarme con el único chico capaz de aliviar mi tristeza?

Asentí.

—Pues claro.

Wren sonrió; llevaba el alivio escrito en la cara. Abrió la puerta y, al ver quien era, se me ensombreció el rostro.

Porque quien estaba al otro lado era Henry, que me miró de inmediato. No esperó a que lo invitásemos a entrar: pasó por el lado de Wren con esa determinación que me sacaba de quicio.

—Henry… —balbuceé, en estado de alerta de inmediato. Me puse de pie.

Estaba que echaba humo. Se acercó hasta mí, deteniéndose solo a unos centímetros de donde yo me encontraba.

—Un día de estos te voy a matar, Athalia. —Por su tono de voz, no dudé de que lo haría.

Su voz era gélida. Una desagradable sensación empezó a filtrarse por los poros de mi piel, y el resplandor furioso en sus ojos verdes, cálidos en otras circunstancias, no hizo sino empeorarla.

Resopló de malos modos y negó con la cabeza.

—Estás aquí tan tranquila. —Me miró con atención y señaló perezosamente el sofá en el que, en efecto, yo estaba sentada y tranquila hacía apenas unos segundos—. Charlando con tu mejor amiga. Supongo que estaréis esperando la cena, o a punto de pedirla, ¿no? —Miró a su alrededor, buscando señales que

demostraran que tenía razón. Me pregunté cómo era posible que siempre lo supiera todo—. ¡Y, mientras tanto, tu hermano pensando que estabas tirada en alguna cuneta!

Me estremecí. Su voz se había convertido casi en un rugido; creo que nunca lo había visto tan furioso.

—¡Ya he llamado dos veces a la policía! ¡Llorando como un puto crío porque alguien había secuestrado a mi hermana! —Echó la cabeza hacia atrás, fingiendo que la situación le hacía gracia—. Y aquí estás. —Volvió a mirarme. El dolor que me había colmado el pecho se multiplicó.

Me había sentido mal al leer los mensajes, pero aquello era mucho peor.

En sus palabras, en su voz, había una vulnerabilidad distinta. Me miraba de forma distinta, como si nunca hubiera habido ningún tipo de rencor entre nosotros hasta que yo había decidido largarme sin avisarle. Como si no se hubiera pasado los últimos siete años ignorándome y no fuese esta la primera vez que daba muestras de que yo le importaba.

Pero no me dejó decírselo. Siguió despotricando y despotricando, desahogándose más en esos minutos de lo que había hecho desde que habían muerto.

—Y saliendo del coche del puto McCarthy, precisamente.

Me pregunté si habría estado mirando por la ventana del edificio de enfrente por casualidad o si habría estado vigilando mi edificio por si yo volvía. Y me pregunté si aquello, que hubiera salido del coche de McCarthy, empeoraba la situación a sus ojos.

Mi pecho subía y bajaba con violencia. No sabía qué hacer ni qué decir. Me quedé allí plantada, perpleja y consumida por la culpabilidad.

—Y estás bien. —Me señaló otra vez, con falsa alegría en la voz, y

luego se volvió hacia Wren—. ¡Está bien! —Me señaló con la cabeza mientras la miraba a ella, como si tuviera que confirmarlo para sí mismo en lugar de para Wren.

—Podrías haberle escrito a Wren para ver dónde estaba —sugerí.

Creo que cortocircuité otra vez al pronunciar aquella frase. Si no, no habría sido tan tonta de acusarlo de no haber hecho lo suficiente cuando era evidente que era yo la que había obrado mal. Al menos, en cierta medida. Pero, por cómo lo miró Wren, como si estuviera a punto de abalanzarse contra él, a pesar de la obscena diferencia de envergadura, supe que me despertaría con la cocina llena de pasteles y magdalenas, y que preferiría que no se pusieran a discutir en ese momento. Ya tenía suficientes cosas que gestionar yo sola con mi hermano.

Henry me miró otra vez y enarcó las cejas.

—¿Crees que no lo hice? —Sonaba completamente derrotado. Y creo que eso me hizo más daño que nada de lo que me había dicho.

Porque Henry Parker Pressley no se rendía: su ego no se lo permitía. Él no se sentía derrotado, y, sobre todo, no lloraba al teléfono con nadie. Y pensar que yo había sido la causante de ambas cosas… Me dolía. Me dolía muchísimo. Intenté enterrar esos pensamientos en lo más profundo de mi mente y miré a Wren. Si le había escrito, ¿por qué no le había dicho dónde estaba?

Ella se encogió de hombros como si nada y me miró a los ojos.

—Si tú estás enfadada con él, yo también lo estoy. Me da igual que estemos peleadas.

Henry gimió y negó con la cabeza otra vez.

—Esta mierda me ha quitado veinte años de vida —masculló con aspereza. Se pasó una mano por la cara y volvió a mirarme. Vaciló un momento y, mientras me contemplaba, arrugó la nariz.

Cuando vino hacia mí, casi esperaba que me diera una bofetada,

quizá incluso un empujón. Lo que no esperaba era un abrazo. Que me estrechara entre sus brazos. Me apretujaba más de lo debido, pero se lo permití, porque de lo contrario igual aún recibiría esa bofetada después.

—Por favor, no vuelvas a hacer algo así nunca más —murmuró, con la voz carente de ira. Lo único que quedaba en ella era desesperación.

La misma desesperación que lo hizo seguir abrazándome como un niño pequeño.

—Por favor —repitió.

Respiraba de forma irregular. Sentí cómo su pecho subía y bajaba profundamente cuando apoyé la cabeza en él, devolviéndole el abrazo. Y me limité a asentir, incapaz de mediar palabra. Ni siquiera sabía si quería abrir la boca.

Habían pasado siete años desde la última vez que había estado en brazos de mi hermano sin que estuviera misteriosamente borracho, tratando de molestarme o jugando. Su último abrazo en serio había tenido lugar justo después de que nos enterásemos de la muerte de nuestros padres. Y justo antes de que me cerrase todas las puertas que daban a él.

CAPÍTULO TRENTA Y DOS



Wren nos dio la intimidad que necesitábamos para una conversación inevitable. Henry apoyó un tobillo en la rodilla y se arrellanó en nuestro sofá de cuero marrón, moviendo la pierna de forma compulsiva.

—He llamado a Stephanie.

Aquello me cogió desprevenida. Esperaba muchas cosas de aquella conversación, pero oír el nombre de nuestra terapeuta no era una de ellas. Mientras lo observaba repasar las costuras del sofá con el dedo, todavía moviendo una pierna sobre la otra, me pareció que Henry estaba nervioso de sobra por los dos.

Hice todo lo posible por mantener una expresión neutral cuando levantó la vista para mirarme. Si no, no estaba muy segura de cuáles habrían sido las emociones pintadas en mi rostro. ¿Sorpresa por su confesión? ¿Compasión, por lo difícil que aquella conversación sería para él? ¿O quizá sonreiría, por estar teniéndola por fin? Tendríamos que haberla tenido hacía mucho tiempo.

Así que mi rostro no le dijo nada. Y yo tampoco.

Y las palabras empezaron a salir de él a borbotones.

—Sobre lo que ha pasado, por qué yo… —Respiró hondo y cerró los ojos, como si estuviera tratando de recitar algo que se había

estudiado una y otra vez. Luego echó la cabeza hacia atrás—. Sobre por qué siento la necesidad de controlar tu vida siempre que pierdo el control sobre la mía. —Lo dijo tan rápido que casi me sentí tentada de pedirle que lo repitiera. Se pasó una mano por el pelo y suspiró—. Solo quiero lo mejor para ti, y a veces me olvido de que no siempre es lo que también es mejor para mí.

Se me secó la boca. Aparté la vista para no derrumbarme ante la primera muestra de afecto por su parte. La lluvia golpeteaba sobre las ventanas.

—¿Eso te ha ayudado a entenderlo Stephanie? —pregunté, casi incapaz de que no se me rompiera la voz—. No debería hacer falta una profesional que cobra doscientos dólares a la hora para que te des cuenta.

Una carcajada amarga llenó el espacio que nos separaba.

—Ya lo sé —admitió con voz ronca—. Ya lo sé. Y lo siento. Lo siento mucho, Lia… —Se le rompió la voz y ni siquiera se molestó en disimularlo.

«Lo siento».

Repetí mentalmente esas palabras una y otra vez. Me escocían los ojos.

Pero no sentía que hubiera logrado nada. Pensaba que lo que había buscado tanto tiempo era una disculpa suya, que quería que se diera cuenta de que la había cagado. Quería que le importase. Parecía haber conseguido ambas cosas, y sin embargo no me sentía más cerca de él.

Y ese había sido el plan desde el principio, ¿no?

—Di algo, por favor. —Había cierta desesperación en su tono de voz. Tragué saliva con dificultad.

—¿El qué?

Me miró con perplejidad.

—¿Cómo dices?

—¿Qué es lo que sientes, Henry?

—Lia… —Quiso discutir, pero mi expresión lo hizo cambiar de idea. Suspiró resignado—. Siento haberme pasado de la raya. Haber mandado ese correo electrónico. Te pido perdón por todo. ¿De qué…? ¿De qué te ríes?

—¿De verdad crees que he hecho todo esto porque solo le mandaste a Shaw un correo que no deberías haber enviado? —Frunció el ceño, pero yo continué—. Estaba cabreada, claro. Te pasaste. Te pasaste un montón, sí. ¿Fue la gota que colmó el vaso? Es muy posible, y deberías trabajar en contenerte, pero… —Negué con la cabeza—. Esto de salir con McCarthy… Fue la primera vez que me dio la sensación de que te importaba de verdad. Nunca hablábamos de nada que no fuera la uni y las notas hasta que irrumpiste en mi casa con mis apuntes de Estadística. —Casi me daba vergüenza admitirlo—. Y cuando te pensaste que entre él y yo había algo más… ¡Te importó! He querido sentir que yo te importaba desde que murieron.

Parpadeó, desconcertado, y me di cuenta de que no sabía qué decir.

Pero yo no podía parar.

—Siento haberme ido sin avisarte. No quería que te asustases así. Pero no puedes reprocharme que quisiera recuperar a mi hermano, aunque eso suponga que discutamos. Al menos hacemos algo. Al menos pensabas en mí; al menos me dirigías la palabra, joder.

Siete años de sentimientos reprimidos comenzaron a salir a borbotones de mí. El dique que había mantenido secas mis mejillas hasta ese momento se rompió cuando vi que a mi hermano se le empezaban a humedecer los ojos, cuando vi que se clavaba los dientes en el labio inferior para que no le temblara.

Por segunda vez aquella noche, y por segunda vez en siete años, me encontré de repente entre los brazos de Henry, que temblaban contra mis hombros. Me apretujó tan, tan fuerte, que me dio la sensación de que estaba intentando compensarme por los años que había pasado sin abrazarme.

—Joder… —Exhaló sobre mi cabeza—. Joder, Lia…

—Me sentía muy sola, ¿sabes? Y tú no hacías más que alejarte de mí. Hasta que ya no podía alcanzarte.

Tragó saliva con dificultad y exhaló con fuerza.

—Lo siento mucho —susurró—. Jamás quise que te sintieras sola. Solo quería darte espacio. No quería impedirte que tomaras tus propias decisiones a no ser que fuese absolutamente necesario. Por ejemplo, me habría gustado que… —Pareció recordar algo de repente y se interrumpió—. Pero supongo que lo que creo que es mejor para mí no es necesariamente lo que tú crees que es mejor para ti.

Sonreí con la cara todavía apretada contra su pecho y me sorbí la nariz.

—Amo a Stephanie.

Se apartó un poco de mí y me cogió de los hombros.

—Igual se merece esos doscientos dólares por hora, ¿no?

—Igual sí. ¿Qué te hizo llamarla otra vez?

—No tenía ni idea de qué hacer contigo. Solo quería la opinión de alguien que no odiara a McCarthy tanto como yo. Y con todo eso de los Hamptons…

—¿Qué pasa con los Hamptons? —Me miró a los ojos y me di cuenta de que se estaba maldiciendo a sí mismo por haberse ido de la lengua. Al ver que no dijo nada, repetí—: ¿Qué pasa con los Hamptons, Henry?

Esta vez, maldijo en voz alta.

—No quería decírtelo.

—¡Acabamos de hablar de…!

—Ya lo sé, ya lo sé. Lo siento. No quería contarte lo de la casa de veraneo porque no quería preocuparte. Lo tengo controlado.

Se me cayó el alma a los pies. Fue como si me lanzaran por un precipicio a mil kilómetros por hora.

—¿La casa de veraneo?

Hizo una mueca, supongo que porque oyó la preocupación en mi voz.

—Iban a demolerla.

Lo miré anonadada.

¿La casa de veraneo? ¿Nuestra casa de veraneo? ¿Con esos pasillos de mármol tan bonitos y las columnas de arenisca blanca? ¿Con el jardín de rosas y la piscina forrada de azulejos del patio trasero? ¿La misma casa en la que habíamos pasado todos los veranos desde que nos habíamos mudado a Nueva York?

Lloré durante días cuando nuestros padres la vendieron, tras haberle echado el ojo a otra propiedad del mismo vecindario. Sin embargo, murieron antes de que les diera tiempo a comprar esta otra, antes de que a nosotros nos diera tiempo de construir nuevos recuerdos, de que yo pudiera aprender a amarla tanto como la anterior.

¿Y ahora querían demolerla?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, apartándome un poco para estudiar su expresión—. ¿Qué significa que lo tienes controlado?

—Significa que he hablado con la tía Claire. —Se me agrió la expresión al oír su nombre y él empezó otra vez a repasar las costuras del sofá con el dedo—. Y es básicamente nuestra.

—¿Nuestra?

Henry se encogió de hombros.

—Nuestra, suya… Es la residencia Pressley —bromeó antes de ponerse serio otra vez—. Vuelve a pertenecer a nuestra familia. La hemos recuperado.

No recordaba la última vez que había oído esas palabras. «Nuestra familia».

—No quería que te preocuparas —prosiguió mi hermano—. Sé lo mucho que te encanta esa casa, y los recuerdos que tienes en ella… Hasta hace unos días no sabía si la compra iba a llegar a buen puerto. Es en parte la razón por la que últimamente he estado tan de los nervios… Por perder la última parte de nuestra infancia que no está consumida por la muerte y por la pena. Y durante un tiempo sentí que no había nada que pudiera hacer para evitarlo. —Algo que, para un obseso del control como Henry, debía de haber sido casi insoportable—. Y tampoco tuve estómago para contártelo. —Me miró a los ojos—. Y no te lo estoy contando ahora para quedar mejor. —Me alegré de notar algo de sentido del humor en su voz y de ver que sus labios se curvaban en una sonrisa tímida—. Aunque tienes que admitir que…

Le di un cachete en el brazo.

—Cierra el pico.

Pero tenía razón. ¿Qué, si no, podría haberle hecho quedar mejor? Que hubiese comprado un pedacito de nuestra infancia, que le importara nuestra niñez lo suficiente como para hacer eso, o, al menos, insistir a nuestros tíos para que lo hicieran… No creí que esa casa le importase tanto como a mí, pero…

Era allí donde los dos habíamos aprendido a nadar, justo antes de que él (y solo él) aprendiera cuánto tiempo podía meterme la cabeza debajo del agua sin ahogarme. Era allí donde yo había mandado un montón de balones de fútbol a los arbustos de una patada cuando él no miraba. Donde nos quedábamos dormidos en los brazos de

mamá cada noche de la semana que se tomaba de vacaciones durante el verano, donde papá le había enseñado a Henry a hacer un tiro con efecto con el balón. Me acordaba porque había sido la primera vez que había visto reír a papá desde que su equipo había perdido la liga.

—Ay, Dios… —Su tono de alarma me cogió desprevenida—. ¿Estás llorando? —Sus ojos rebosaban preocupación. Henry apenas era capaz de gestionar sus propias emociones, así que no sabía muy bien qué pensaba hacer con las mías—. No te había visto llorar en…

—Siete años. —Lo dije al mismo tiempo que él caía en la cuenta. Lo vi en su expresión. Parpadeé varias veces para mantener las lágrimas a raya.

Él suspiró; su pecho subía y bajaba.

—No sabes cuánto lo siento —insistió.

Y le creí.

CAPÍTULO TRENTA Y TRES



La disculpa de Henry vino con una serie de condiciones con las que no contaba.

La primera de todas, otro abrazo. A la tercera va la vencida, ¿no?

Eso no me importaba tanto como pensar en Dylan, y en la opresión que sentía en el pecho al pensar en lo que esta conversación con Henry significaba para nosotros. Que, al fin y al cabo, ya no era necesario que existiera un «nosotros». Que debía terminar con todo aquello antes de caer sin remedio en ese abismo en forma de McCarthy que había en mi cabeza. Ya estaba al borde del precipicio.

Debería haber estado celebrando mi victoria: había conseguido que Henry me pidiera perdón. ¡Henry! Ya no estaba obligada a seguir saliendo con Dylan, porque cualquier razón que existiera para ello se había evaporado con esas palabras mágicas. Y Henry también lo sabía. Sabía que no había sido real.

Mi vida podía volver a la normalidad.

Tenía que volver a la normalidad.

En un esfuerzo para reforzar nuestra relación, la primera buena acción de mi hermano fue darme la dirección de Dylan… muy, muy a regañadientes.

Y en cuanto salió por la puerta me puse el único par de botas negras que podía ponerme sin desatar antes los cordones y cogí el primer abrigo que vi, aunque ninguna de las dos cosas combinaba con lo que llevaba puesto. Luego grité un «adiós» y me fui. Ni siquiera cogí un paraguas.

De camino, ensayé lo que iba a decirle.

«Me paso por aquí para informarte de que ya podemos dejar de fingir que nos gustamos. Henry se ha disculpado, así que podemos terminar con esto antes de lo previsto y que cada uno siga su camino. Gracias por dos fantásticos orgasmos. ¡Siento no tener ocasión de devolvértelos! Me habría encantado».

—¿Athalia?

Quince minutos después, estaba en el porche de la casa en la que vivía con dos de sus compañeros del equipo, Blake y Caden. El corazón me latía desbocado. Estaba empapada y el pelo mojado se me pegaba a la cara. Lo miré y parpadeé.

—Dylan —dije, sin aliento.

Al parecer, no había ensayado lo suficiente. Me había quedado en blanco; mi mente era como una sala con cuatro paredes blancas, suelo y techo, sin ventanas y completamente vacía. Vacía, salvo por Dylan McCarthy Williams. Y esos pantalones de chándal grises que le quedaban por debajo de la cintura, revelando la «V» que dibujaban sus músculos y que desaparecía en su interior, ya que no llevaba camiseta. O estaba dormido o estaba a punto de irse a la cama.

Me llegó el inconfundible aroma mentolado de su pasta de dientes.

Me estremecí, no supe si por la imagen que tenía delante o porque la ropa mojada se me adhería a la piel como si fuera pegamento. Lo miré a los ojos y él pareció despertar de repente del estupor en el que se encontraba.

—¡Por Dios! —Me hizo entrar en la casa a toda prisa y cerró la puerta—. ¿Has venido caminando, Athalia? —Me quitó el abrigo mojado y recordé entonces que no tenía pensado quedarme mucho rato…

—Henry me ha pedido perdón —le solté de repente.

McCarthy se quedó muy quieto, como si supiera lo que eso implicaba. Luego colgó mi abrigo en el perchero y dijo:

—No lo creía capaz.

La mojadura que yo traía le estaba empapando el suelo. Mis botas habían dejado agua y barro en la entrada, y estaba segura de tener un charco dentro de ellas. Y, a pesar del frío, su mirada seguía encendiendo hasta la última parte de mi cuerpo.

Necesitaba terminar con aquello. Cuanto antes.

No debería haberme hecho sentir tan acalorada cuando estaba a punto de pillar una neumonía. No podía tener ese efecto sobre mí, por culpa del cual ahora, incluso después de haber logrado todo lo que yo buscaba de nuestro acuerdo, incluso cuando no había nadie a nuestro alrededor a quien convencer de que estábamos juntos… aún lo deseaba.

—Y eso significa que podemos… —empecé a decir, pero me acobardé otra vez, y me interrumpí.

Se volvió hacia mí.

—Sí. —Se arrodilló ante mí, dejándome el pecho vacío de aire. Empezó a desabrocharme los cordones de la bota izquierda, tomándose su tiempo, a pesar de que me las podría haber quitado yo sola fácilmente—. Parece que eso es lo que significa.

Me rodeó la pantorrilla con los dedos y el pulso se me multiplicó por mil. A pesar de llevar unos vaqueros, sentí que su tacto me abrasaba a través de la gruesa tela. Me sacó el pie de la bota con suavidad. Estaba tan llena de agua que el líquido hasta se veía.

Luego repitió el gesto con el otro pie.

Di un respingo cuando me rozó la piel desnuda mientras me desataba los cordones.

Se incorporó, se asomó al porche para tirar el agua de las botas y luego las colocó detrás de mí, debajo del radiador. Cuando volvió ante mí, lo único que se oía era el martilleo de mi corazón, que iba a mil por hora.

—¿Y bien? —preguntó.

¿A qué se refería? ¿A la disculpa de Henry?

Había un millón de cosas relacionadas con el hecho de que Henry me hubiera pedido perdón que afectaban a mi relación con McCarthy, ¿no?

Al menos, implicaba que ya no era necesario que existiera ningún tipo de relación entre nosotros. Que yo ya había conseguido lo que quería, mientras que Dylan nunca había querido obtener ningún beneficio de nuestro acuerdo. No en realidad.

Que ya no tenía sentido seguir fingiendo.

Pero estaba allí, tan cerca de él, cuando no había ninguna posibilidad de que Henry nos viese.

Podría haberle dicho todas esas cosas. Podría haberle dicho: «Mira, McCarthy, ya no tienes que seguir quedando conmigo. ¡No hace falta que sigamos con nuestra relación falsa! ¡Está bien! ¡Viva!».

Pero no lo hice.

—¿Y bien? —Su voz grave fue lo único que necesité para cimentar una decisión que ya había tomado de forma inconsciente, en algún momento entre el orgasmo número uno y el orgasmo número dos. En algún momento entre ese día que me había dicho «buena chica» y aquel en el que me había tranquilizado durante un ataque de ansiedad.

Negué con la cabeza.

—Nada.

Y entonces besé a Dylan McCarthy Williams como si no hubiera estado a punto de romper mi relación falsa con él. Y él me besó como si no hubiera habido ninguna falsedad en la naturaleza de nuestro acuerdo. Y no estaba segura de cuál de los dos mentía. A sí mismo. Al otro.

Movió los labios contra los míos con anhelo, confirmándome que me había equivocado al no terminar con aquello cuando había tenido la oportunidad. Un paso más y me precipitaría al fondo de ese abismo metafórico de mi mente. Me acercaba cada vez más al punto de no retorno con cada movimiento de su lengua contra la mía, con cada gemido de satisfacción.

Puso un poco de distancia entre los dos unos instantes; sin soltarme la cara, que acunaba con ambas manos, me miró con ojos muy abiertos y dijo:

—Estás empapada. —Se rio contra mis labios, en voz baja, susurrante.

—Pues quítame la ropa.

Su risa se cortó de golpe. Algo totalmente distinto se adueñó de su expresión y, sin vacilar ni un instante, presionó los labios contra los míos y gimió.

—Salta —murmuró sin separarse de mí, y yo obedecí, rodeándole la cintura con las piernas mientras él me agarraba del culo. No parecía importarle notar mi ropa mojada contra la piel desnuda, aunque se estremeció en un primer momento. Cuando se movió y me apretujó, se me escapó un suave gemido. Sus labios encontraron mi cuello y chuparon y besaron sus partes más sensibles. Me daba absolutamente igual si dejaba una ristra de moratones a su paso. Para eso existía el maquillaje.

Se apartó para mirarme con esos ojos oscuros y taimados y el pelo castaño le cayó en la cara. Jadeaba contra mis labios.

—Mi habitación está en el piso de arriba —me informó, aunque a mí me daba igual dónde estuviera, y entonces se dirigió a lo que supuse que serían las escaleras.

No me molesté en comprobarlo. Cuando no tenía los ojos cerrados porque lo estaba besando, me concentraba en cómo fruncía el ceño cuando yo me frotaba contra su erección, en cómo contenía sus gemidos cuando deslizaba un dedo por su pecho desnudo. Chillé cuando estuvo a punto de perder el equilibrio en mitad de las escaleras y me bajé de sus brazos, por mi propia seguridad, riéndome con descaro.

—No quiero oír ni una palabra —refunfuñó antes de darme tiempo a hacer comentario alguno. Sin embargo, curvó los labios en una sonrisa ladina y me apresuró a subir los últimos escalones enmoquetados. Llegamos a un largo pasillo en el que había dos puertas a cada lado. McCarthy me dio la mano y tiró de mí hacia la segunda a la derecha.

No tuve tiempo de contemplar el cuarto. Atisbé vagamente un armario enfrente de la cama y un escritorio al lado de la puerta, y al cabo de un segundo sus labios volvían a estar sobre los míos y ambos aunamos esfuerzos para llegar hasta la cama, que estaba hecha, con sábanas azules y dos almohadones mullidos.

Exhalé con fuerza al caer sobre el suave colchón. Se me encogió el estómago al ver que encendía la luz de la mesita de noche y luego se subía encima de mí.

—Necesito verte —alegó, como si no existiera otra opción para él.

La luz era tenue, apenas suficiente para distinguir sus marcados rasgos: la mandíbula prominente, los pómulos. Bajo su resplandor, su pelo castaño parecía casi negro como la noche.

A ninguno de los dos nos importó que se mojasen las sábanas.

Así, encima de mí, el pelo le caía sobre la frente y su collar de plata colgaba entre los dos. Respiraba pesadamente; se le veían los ojos oscuros. Nos miramos un segundo de más, demasiado para que pudiéramos considerar aquello como algo estrictamente físico. No era posible que fuera solo eso, viéndolo así, mirándome así.

«Céntrate, Athalia».

En lugar de echarme atrás, que era lo que debería haber hecho, lo atraje de nuevo hacia mí, apretando su cuerpo contra el mío, y acerqué los labios a los suyos. Nos besábamos cada vez con más ganas, con más pasión.

Enterré las manos en su pelo y pensé una vez más que era imposible que fuese un champú dos en uno lo que lo dejara así de suave. Tiré de él con gestos juguetones y una sonrisa en los labios, y él soltó un gemido y me mordió el labio inferior, a lo que yo respondí con suaves gimoteos.

—Oye… —Se apartó un poco de mí y dejamos de besarnos unos instantes, a pesar de nuestras ganas—. Este no era mi plan. No accedí a ayudarte para esto —empezó a decir, observándome atentamente para ver mi reacción. Su aliento seguía acariciándome los labios, y me resultaba difícil pensar en otra cosa que en lo fácil que me habría resultado volver a besarlo—. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí y luego, con ademán provocador, le pregunté:

—Entonces ¿quieres parar?

A juzgar por lo que me estaba presionando en el interior del muslo, sabía muy bien que no quería.

—Ni de coña.

Exhalé con fuerza, aliviada; mi pecho subía y bajaba a un ritmo irregular. Contesté con un quejido, con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrosadas, antes de que nuestros labios volvieran a unirse,

y contuve un gemido cuando empezó a tocarme en todo el cuerpo.

Y, una vez empezó a hacerlo, yo no tardé en imitarle y me puse a explorarle también. Aquel día, en su despacho, todo había girado en torno a mí, como en nuestro encuentro en el piano. Y era un crimen que todavía no hubiera tenido la oportunidad de tocarlo, de sentirlo. Ahora, mientras deslizaba los dedos por su abdomen tonificado, palpando cada abdominal con la punta de los dedos, sentí que me había robado a mí misma un placer desconocido. Y esa sensación no hizo sino intensificarse cuando vi que se le aceleraba la respiración, que cuanto más descendían mis dedos por su cuerpo, más jadeaba.

Nunca me habían gustado los pantalones de chándal tanto como cuando pude sentir su dureza a través de ellos. Gimió cuando lo toqué, y el sonido golpeó directamente entre mis piernas. Él metió una mano por debajo de mi camiseta ajustada de manga larga, dejándome la piel de gallina a su paso. Poco a poco, mientras subía las manos, la tela siguió el mismo camino. No podía esperar para quitármela.

No porque estuviera fría y mojada, sino porque quería sentirlo en todas partes. Sin barreras.

Me incorporé, jadeante, y me la quité. Lo intenté, más bien, hasta que golpeé con fuerza algo con el codo en el proceso. Me quedé quieta unos instantes y oí una retahíla de maldiciones.

No, no, no…

Puse unos ojos como platos, aunque seguía con la cabeza enterrada en la camiseta. Acabé de quitármela a toda prisa y la tiré a un lado. Me encontré con McCarthy frotándose la barbilla para intentar calmar el dolor que, al parecer, le había causado con un codazo.

—Joder, lo siento mucho —le dije en voz baja. Me puse como un tomate al ver lo fuerte que le había dado—. ¿Estás bien? —Se había

girado, así que le puse una mano en la mejilla para volverlo suavemente hacia mí. Lo miré a los ojos, con los rasgos llenos de preocupación.

Dylan resopló y negó con la cabeza, divertido.

—Hasta en un momento así aprovechas cualquier oportunidad para dejarme K. O., ¿eh? —bromeó, mirándome a los ojos… Hasta que se dio cuenta de que me había quitado la camiseta. Contempló mi pecho, que subía y bajaba bruscamente. No apartaba la mirada, y, de repente, me entró la necesidad de coger un cojín y taparme.

Nunca me había sentido particularmente insegura acerca de mi aspecto. Y aunque tener una copa B tenía sus ventajas, cuando me miraban las tetas con tanta atención como si fueran un cuadro del Louvre —y cuando, encima, lo hacía un chico al que todavía no le había encontrado ni un solo defecto físico—, no me habría importado tener una talla más. O dos.

—Sí —murmuró justo cuando yo me disponía a interrumpir aquel silencio—. Ya lo creo que estoy bien. —El desencuentro con mi codo parecía ya cosa del pasado.

Solté una risita y negué con la cabeza, divertida.

—Me estás mirando fijamente —observé, enarcando una ceja y con una sonrisa que no fui capaz de reprimir.

—Supongo que sí —respondió sin una gota de vergüenza en la voz antes de que sus labios se abalanzaran de nuevo sobre los míos. Se rio con suavidad al ver que se me escapaba un gemido de sorpresa, y luego me besó la mandíbula, el cuello y el pecho. Evitó tocarme los pezones mientras bajaba por mi cuerpo, provocándome con maestría. Me rozó apenas uno con la lengua antes de seguir descendiendo, dejando un rastro de besos húmedos hasta mis vaqueros mojados.

Me miró a los ojos y ladeó la cabeza con la mano suspendida

sobre la cremallera, esperando a que yo le diera luz verde para continuar. Me limité a asentir, pues no sabía si sería capaz de formular una frase coherente en aquel estado.

—Con palabras, princesa —me provocó, besándome en la cintura de los vaqueros y haciendo que me retorciera.

—Quítamelos —le pedí—. Por favor.

Y cuando ya estuve casi desnuda, lo atraje de nuevo a mí. No pude evitar contemplar cómo se le movían los músculos de los brazos mientras me acariciaba todo el cuerpo, cómo se flexionaban por debajo de la piel. Admiré cómo su torso definido subía y bajaba visiblemente, al compás de sus jadeos.

—Dios —dije sin aliento—. Espero que se te dé mal. —Respondió a mi confesión con una carcajada que no hizo sino reforzar mis palabras—. Muy, muy mal.

«Habías venido a romper con él», me recordé. Pero podía hacerlo después, ¿no? Lo contemplé mientras se quitaba los pantalones y, al volver a fijarme en el bulto apretado bajo los bóxer, pensé que quizá era mejor desahogarme, quitarme la espinita.

Satisfacer aquella necesidad primaria, urgente, de él.

—Intentaré hacerlo fatal. —Me miró a los ojos—. Solo para ti.

—¿De verdad?

—No. —Se las arregló para pronunciar aquella palabra justo antes de que nuestros labios se unieran de nuevo, y me descubrí disfrutando tanto de explorar su espalda con las manos que no me importó. Y cuando la última prenda de ropa hubo desaparecido y él se puso el preservativo que había encontrado en su mesita de noche, lo que antes era solo un miedo se convirtió en una absoluta certeza.

Lo que iba a pasar no estaría mal.

Movió la mano a lo largo de su miembro una sola vez. «No estará

nada mal».

Sexo del bueno. Solo sexo del bueno. No era nada más. Dos adultos liberando endorfinas antes de tomar caminos separados. Dos adultos unidos por una atracción puramente física. No había nada más.

Creo que ni yo misma me lo creía.

—Mírame —murmuró, y clavé mis ojos en los suyos, un poco más abiertos que antes. Deslizó los dedos por debajo de mis bragas y me provocó recorriendo mis pliegues húmedos arriba y abajo, toda su atención en mí. Se me aceleró la respiración; mis párpados amenazaban con cerrarse cada vez que él empujaba un poco más, nunca llegando hasta el final—. Athalia —me llamó con voz oscura y ronca, y yo abrí los ojos otra vez—. Mírame, princesa —me pidió de nuevo, y su voz denotaba la misma ansia que yo sentía. Le obedecí lo mejor que pude, aunque cuando terminó de deslizar las bragas por mis piernas con un hábil movimiento, no pude evitar echar la cabeza hacia atrás y soltar un suspiro de satisfacción—. Athalia… —Sentí cómo se colocaba en el lugar justo—. Si no me miras, pararé.

—¿Es una amenaza? —Lo miré por fin con los ojos entrecerrados, aunque mi tono provocador bastó para que curvara los labios en una sonrisilla. Me froté contra su polla y obtuve como recompensa un gemido oscuro y taimado.

—Por supuesto.

No sé qué pensaba responder, pero lo descarté en cuanto me penetró. Eché la cabeza hacia atrás, aunque no dejé de mirarlo a los ojos. Me aseguré de que así fuera, por si acaso cumplía su amenaza.

Con cada centímetro que introducía en mi interior parecían pesarle más los párpados, parecía acelerarse más su respiración, hasta que estuvo totalmente dentro de mí y soltó un gemido sin vergüenza alguna. Mi estado no era muy distinto; estaba desatada, y ni siquiera

se había movido todavía. Solo con sentirlo, con notar cómo me iba adaptando poco a poco a él, me había abandonado totalmente al placer.

—Chis… —susurró, cerrando los ojos un segundo—. Lo sé, amor. Lo sé. —Me besó en la frente y me estremecí.

Su primera embestida fue lenta, vacilante. Como si quisiera explorarme entera sin perderse ni una sola sensación, ni uno solo de los gemidos que abandonaran mis labios. Me miró de nuevo a los ojos, con una pregunta escondida en sus profundidades a la que respondí con otro gemido.

Que estaba bien. Mejor que bien.

Así que se movió de nuevo, respirando de forma entrecortada, hasta coger un ritmo constante. En el aire frotaban sus jadeos y los míos, mientras ambos intentábamos mantenerlos a raya y fracasábamos estrepitosamente.

—Athalia, eres un sueño —murmuró. Yo gemí de nuevo. Mis ojos amenazaban con cerrarse; el nudo que se me había formado en las entrañas se apretaba cada vez más, y con cada embestida de sus caderas me acercaba más y más al abismo—. No sabes cuántas veces he soñado contigo.

Cuando empezó a acariciarme los pezones y la barriga hasta llegar a mi entrepierna, ya no tuve nada que hacer.

—Joder —gimió, ralentizándose, moviéndose de forma más descontrolada—. Qué bien… —Cada palabra que pronunciaba con voz ronca, cada sonido que no parecía capaz de reprimir, caía directa entre mis piernas. Me estremecí, aferrada a él como si me fuera la vida en ello, y froté las caderas contra las suyas.

—Creo que… —me interrumpí con otro gemido cuando él alcanzó el punto justo que yo tanto anhelaba y empezó a embestirlo una y otra vez, hasta que creí que iba a prenderme fuego.

—Dime —susurró sin bajar el ritmo, ahora que sabía que estaba a punto—. Háblame, princesa.

Entre jadeos, conseguí decir:

—Me… ¡Oh, Dios!

Enterró la cara en mi cuello.

—No, lo siento, solo soy yo.

Solté una carcajada y un gemido a la vez. Estaba a punto de llegar.

—Me voy a…

El orgasmo me atravesó de improviso; me sacudí y palpité bajo él hasta que también él gimió sin vergüenza, justo a mi oído.

Bajamos del clímax a la vez mientras él me llenaba la piel de besos, y luego se puso a mi lado. Yo todavía jadeaba; temblaba con cada caricia.

Guardamos silencio unos instantes en los que, acunada por nuestros jadeos, reproduje en mi mente lo que acababa de ocurrir.

—¿Lo bastante malo? —preguntó con voz provocadora, aunque costaba distinguirlo entre su respiración entrecortada y la euforia que acompañaba a su tono de voz. Ambos mirábamos al techo y, aunque no estuviera mirando a Dylan, entorné los ojos.

—Terrible.

—¿Ah, sí? —Oí un ruido que me indicó que se había girado para mirarme, y lo imité, contenta de no haber sido la primera. Me encontré frente a frente con su sonrisa y su pelo alborotado, una combinación letal. Tan letal como el hecho de que no, no había sido lo bastante malo. Es más, tal y como había predicho, no había sido malo en absoluto.

—Un horror —insistí, mientras él apretaba los labios para contener una carcajada—. Tan malo que no tengo palabras para… —Me interrumpí a mí misma con un grito cuando Dylan me cogió y me

puso encima de él mientras se sentaba, apoyado en el cabezal. Me sujetó de las caderas.

—Me alegro —murmuró y me besó en los labios. Sentía su sonrisa contra ellos e imité su gesto de forma involuntaria—. Nunca más, entonces ¿no?

—Bueno… —Esta vez yo misma me interrumpí. Me incliné hacia él con aire juguetón y le rodeé el cuello con los brazos—. Quizá una o dos veces… —Aparté la mirada, a pesar de tener una chispa divertida en los ojos.

Dylan se rio y apoyó la cabeza en mi pecho desnudo.

—¿Una o dos? —preguntó, mirándome con una ceja enarcada. Yo asentí y me encogí de hombros. Estaba sonriendo con tantas ganas que sabía que me empezarían a doler las mejillas en cualquier momento.

Puse los ojos en blanco y, como si no hubiera sido idea mía, contesté:

—Si insistes…

—Está bien. —Me dio otro beso en los labios, corto y dulce—. Una o dos veces, entonces. —Me besó de nuevo y, mientras tanto, nos puso de lado, el uno frente al otro, en la posición en la que al final nos quedaríamos dormidos.

Sin querer.

Porque si aquello era algo sin compromiso y solo físico, que era lo que yo quería que fuese, debería haberme marchado. Debería haber roto con él antes de haberme metido en ese lío. Porque no podía ser solo físico con aquellos besos cortos y despreocupados, ni con que nos quedáramos dormidos el uno junto al otro.

CAPÍTULO TRENTA Y CUATRO



En cambio, lo de despertarme en una cama vacía a la mañana siguiente sí que sugería que era solo físico. Porque no había un indicador más preciso de una relación sin compromiso que alargar una mano hacia la persona que se supone que tienes al lado solo para encontrar su lado vacío y frío.

Tendría que haberme sentido extasiada. Esa sensación, como si el corazón se me hubiese caído a los pies, sería solo temporal. Era mejor haberme enterado cuanto antes que Dylan había cambiado de opinión, en lugar de descubrirlo después de recordar lo que me había hecho con los dedos, o cómo susurraba mi nombre mientras se corría…

¿Por qué no estaba más contenta?

Me volví con un gruñido y abrí lentamente los ojos para enfrentarme a su lado vacío de la cama. Las sábanas estaban pulcramente abiertas y todavía se notaba el hueco de su cabeza sobre la almohada. Cuando suspiré, también su aroma se abrió paso hasta mi nariz. Y fue entonces cuando reparé en que había un pósit rosa pegado al cabezal de la cama y me dio un vuelco el corazón.

Los pósits no eran un indicador de relación sin compromiso, se quejó la parte de mí que solo buscaba algo físico.

Los pósits no eran un indicador de relación sin compromiso, celebró la otra parte de mí.

Me incorporé a una velocidad indecente y arranqué la notita del cabezal para leerla.

«He tenido que irme porque tengo partido en Harvard. Cuando te despiertes seguro que ya ha terminado. Escríbeme, podemos ir a celebrarlo».

Y en la esquina había dibujado una rosa idéntica a aquellas con las que me había perseguido hacía apenas unas semanas. «Que le den a lo estrictamente físico». A juzgar por la sonrisa enorme que se me había dibujado en los labios, una parte de mí se había impuesto a la otra hacía ya tiempo, por mucho que intentase negármelo.

Y, aunque allí no hubiera nadie más, me permití unos minutos para asimilarlo. Respiré hondo, inhalando y exhalando. Pensé en él. Pensé en él un rato más. Respiré aún más hondo y salí de la cama, huyendo de su olor, que estaba enredado en las sábanas.

Hacía ya tiempo que había caído en el abismo. Me lo dijo mi sonrisa cuando abrí mi chat con él.

YO, sábado, 11.25

>¿Te ha servido de algo la chulería? ¿Has ganado o lo que vamos a celebrar es una derrota?

>Sea lo que sea, me apunto

No sabía por qué me esperaba una respuesta inmediata, pero no me gustó la decepción que se me alojó en el pecho al no recibirla. Me tomé mi tiempo para vestirme y me dejé el móvil fuera de mi alcance a propósito. Me quedaba solo un diez por ciento de batería,

así que tampoco iba a aguantar mucho.

Mis vaqueros ya no estaban en el suelo, sino colgados frente al calefactor de debajo de la ventana, secos, por obra de algún milagro. Supuse que Dylan no había tenido tiempo de buscar mi camiseta, porque, cuando la encontré medio escondida debajo de su cama, todavía estaba mojada. Me estremecí al tocarla.

Recorrí el cuarto de McCarthy con la mirada hasta detenerme en su armario. Unos minutos después, llevaba puesta su sudadera gris de la HBU y un par de calcetines calentitos que había encontrado en el fondo de un cajón.

Recorrí el pasillo y las escaleras de puntillas antes de recordar que los dos compañeros de piso de Dylan también formaban parte del equipo de fútbol. Sentí que se me hinchaba el pecho al pensar que se fiaba de mí tanto como para dejarme allí sola.

Tres horas después, volvía a estar en plena fase de negación. En el punto de partida: Dylan McCarthy Williams era despreciable. Lo peor. Nunca me había gustado, nunca me gustaría y la noche anterior no había sido más que un error tan tremendo como haberle pedido que fuera mi novio falso.

Por si no te habías dado cuenta todavía, no había contestado a mis mensajes.

Estaba sentada en un taburete en la cocina de casa, encorvada sobre un libro de texto. Wren se encontraba al otro lado de la isla con todos los menús delante, intentando decidir qué pedíamos para comer. Tenía al menos veinte opciones distintas.

Mi mente tampoco estaba donde debería. Había leído la misma frase cuatro veces. Apoyé la cabeza en el libro abierto y solté un gemido.

Wren se volvió hacia mí y me contempló unos instantes antes de

romper el silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó con el ceño fruncido.

—Nada.

No fui muy convincente, porque un segundo después volvió a preguntar:

—¿Qué pasa?

—Te vas a reír de mí.

Se hizo un silencio durante el cual me miró con atención, intentando averiguar qué me pasaba. Solía dársele genial, así que su respuesta desenfadada no debería haberme sorprendido.

—Es probable —admitió, y yo levanté la cabeza para fulminarla con la mirada—. Pero dímelo de todos modos, quizá haya algo de sabiduría escondida en mi burla. —Como respuesta a mi mirada asesina, me guiñó un ojo, aunque abandonó definitivamente los menús para prestarme toda su atención.

Solté otro gemido antes de murmurar entre dientes la palabra «McCarthy». No me sorprendió que frunciera el ceño. Yo tampoco habría entendido lo que había dicho si no me hubiera pasado horas pensando en él (y en los mensajes que no me había contestado).

—¿Qué? —preguntó otra vez, confirmando mis sospechas: no se me había entendido. Aunque quizá era mejor así.

Negué con la cabeza y luego miré al techo mientras jugueteaba con el trapo que había colgado a un lado de la isla.

—McCarthy —repetí, más despacio y con más convicción—. McCarthy es lo que me pasa. Dios, es humillante… —Miré a mi mejor amiga, que entornó los ojos como respuesta.

La sonrisa bobalicona de Wren era poco habitual. Cuando la esbozaba, enseñaba los dientes blancos, arrugaba la nariz y entornaba los ojos, no porque estuviera irritada, sino porque estaba a punto de reírse.

—¿Qué? —le espeté, y ella se rio por la nariz.

—Nada, nada. —Levantó las manos en señal de rendición y con aire burlón, pero pronto cambió de opinión—. Solo me estaba preguntando si sabes cuál es su nombre de pila, llegados a este punto. —Al ver mi expresión de incredulidad, continuó—. Bueno… Hace meses que sales con él. Y doy por hecho que os habéis estado enrollando. Cuando gimes, ¿dices su apellido o…?

La interrumpí tan rápido que habría sido incapaz de pronunciar nada que no fuera su nombre.

—¡Wren! —chillé histérica. Me había puesto como un tomate—. No llevo «meses saliendo con él» —protesté en cuanto me recuperé, haciendo el gesto de las comillas en el aire.

—¿Y cómo llamas a verlo todos los días y a quedar para salir más o menos una vez por semana? —Enarcó las cejas, como si estuviera segura de haber ganado la discusión. Pero yo no pensaba rendirme tan fácilmente.

—Salimos de mentira. —Puse énfasis en la palabra «mentira» y me crucé de brazos con aire triunfal.

—¿Los orgasmos también son de mentira?

Cogí el trapo y se lo lancé. Le di en toda la cara y tiré al suelo varios de los menús en el proceso.

—¡Para! —gimoteé, pero me arrepentí en cuanto la palabra abandonó mis labios. Negué con la cabeza y le dirigí una mirada interrogante—. ¿Por qué se me hace tan raro hablar de él así? Siempre lo hemos hecho y con cualquier chico. —Y no creía que tuviera nada que ver con el hecho de que Wren hubiera sentido algo por mí. Aunque tal vez tendría que haber sido ese el motivo—. Nos encanta despotricar sobre chicos —gemí—. Es…, no sé, nuestro hobby preferido. —Hice un puchero y me dejé caer sobre la isla de la cocina, apoyando el codo en la mesa y la cabeza en mi mano.

Su sonrisa se suavizó al oírme, y ladeó la cabeza en plan «va, venga, voy a ser una buena amiga». Como cuando se pasaba la noche despierta para ayudarme a estudiar para el último examen final o como el día que tuvo que decirme que mi exnovio me estaba poniendo los cuernos. Me había pedido que me sentara, me había rodeado con un brazo y había apoyado la cabeza en mi hombro antes de hacerlo. Ese día, me había mirado como me estaba mirando en ese momento.

—Porque te gusta —apuntó como si fuese evidente. Como si no fuese algo que yo no había logrado aceptar hasta aquella misma mañana y que deseaba no haber aceptado.

—No me gusta. —Eché un vistazo a mi móvil—. Ni siquiera me ha contestado a los mensajes y… —Puse unos ojos como platos y Wren me miró con complicidad—. Dios mío. —Ahogué un grito—. Eso ha sido patético. Soy patética, ¿verdad?

Y, encima, como si fuese un instinto del que no lograba librarme por mucho que quisiera (aunque no quería), me abalancé sobre el móvil en cuanto vi que vibraba. Estaba boca abajo, y lo giré con la barriga llena de esperanza. No tardó en esfumarse.

—LinkedIn. —Volví a poner el teléfono fuera de mi alcance y solté una amarga carcajada. Wren no pudo evitar reírse, aunque ella de forma genuina, y se me escapó una sonrisa. Involuntariamente. Todavía me sentía patética.

—Ay, Dios. —Suspiró, todavía sonriente, y negó con la cabeza en un gesto de compasión—. Estás hasta las trancas, ¿verdad? —Me habló con un tono tan provocador como sincero, y su sonrisa resultaba tan divertida como reconfortante.

—Ojalá tuviera otro trapo. —Le dediqué una sonrisa falsa tan ancha que me dolían las mejillas, pero, cuando ella se echó a reír, puse los ojos en blanco y le sonreí de verdad. Sin embargo…, no le

había dicho que no estuviera de acuerdo con ella—. No quiero estar hasta las trancas —sentencié, mirándola como si ella tuviera el poder para extraer mis sentimientos, embotellarlos y hacer que quedaran bonitos en una estantería.

—Ja. —Echó la cabeza hacia atrás y soltó otra carcajada—. A mí me lo vas a contar —bromeó. No había amargura en su voz ni malicia en sus palabras, ni tampoco un significado más profundo que interpretar, pero me sentí culpable de todos modos. Hice una mueca y le dirigí una mirada de disculpa—. Mira… —Se aclaró la garganta, intentando dejar atrás cualquier incomodidad que pudiera haber entre las dos—. Puede que yo no sea la mayor fan de McCarthy —admitió, rodeando la isla para llevarme al salón. Cogí el móvil de la encimera por si acaso, ganándome a pulso que mi amiga pusiera los ojos en blanco—. Y si resulta que te hace *ghosting* sin tener ninguna razón, yo misma le daré una paliza. —Nos sentamos y me permití arrellanarme entre los cojines con un profundo suspiro—. Pero de momento… —Wren se interrumpió como si le resultara muy difícil darle el beneficio de la duda.

Apoyé la cabeza en su hombro, derrotada.

—Creo que lo odio —mentí.

—Si quieres, podemos fingir que lo odias. —La voz de Wren adoptó esa melodía reconfortante suya que me hizo cerrar los ojos y respirar hondo para relajarme—. ¿Qué es lo que más odias de él?

Habíamos pasado muchísimo tiempo juntos y, aun así, solo podía pensar en una cosa.

—Que no sabe usar el móvil. —Sonaba como una niña enfurruñada, pero me dio igual. Y a Wren también.

—Lo que más odio yo es su ego —respondió divertida—. Pero lo de no saber usar el móvil le sigue de cerca.

—¿Cómo de cerca?

—Muy de cerca.

—Bien.

Esbocé una sonrisa y recoloqué la cabeza sobre su hombro para estar más cómoda. Y me alegré de tenerla conmigo. De que estuviéramos allí juntas. De que se hubiera quedado conmigo. Y de que fuera mi mejor amiga.

—Que le den, ¿verdad? —pregunté mirando a Wren, en busca de apoyo moral. Me estaba paseando de un lado al otro del salón, con el móvil vibrándome en la mano. Gesticulé con violencia con la otra para concluir mi arrebato—. No debería responder —añadí con más seguridad en mí misma. Sin embargo, me desmoroné de inmediato. La miré de nuevo y pregunté—: ¿Verdad?

Miré a la pantalla brillante, en la que se leía el nombre de «McCarthy». El botón verde y el rojo me resultaban igual de atractivos.

—Bueno… —empezó a decir Wren—. La verdad es que me encantaría oírlo suplicar que lo perdones. —Punto para el verde—. Por otro lado, tiene que saber que no vas a estar siempre disponible para él. —Dos puntos para el rojo, porque era un argumento mucho más convincente.

Mi angustia no hacía más que aumentar, porque el teléfono llevaba sonando el tiempo suficiente como para saber que no tardaría en dejar de hacerlo. Así que cortocircuité —como solía pasarme cuando McCarthy estaba implicado— y respondí.

—Vaya vaya, mira quién se ha acordado de que tiene móvil —dije con la voz cargada de sarcasmo. Wren me miró con el pulgar levantado.

—Athalia. —Se me cayó el alma a los pies al ver que no era la voz de Dylan. Me aparté el móvil de la oreja para leer otra vez el nombre

del contacto. Y ahí estaba: «McCarthy» escrito en letras bien grandes, debajo de los segundos que duraba la llamada. Nueve, diez, once—. ¿Hola?

Me lo puse rápidamente en la oreja de nuevo.

—¿Sí? —dije, sin entender muy bien por qué tenía un nudo en la garganta—. ¿Quién es? —Wren me miró extrañada.

—Soy Blake…

—¡Blake! —repetí, con demasiada alegría para que Wren entendiese nada. Frunció el ceño, igual que había hecho yo. Mi voz recuperó la preocupación cuando recordé que no me estaba llamando desde su móvil—. ¿Es este un modo de pedirme mi teléfono? —Acompañé mi intento de broma de una carcajada, pero nadie se rio.

Blake carraspeó, como si se estuviera preparando para dar un discurso delante de miles de personas.

—Esto, escucha… —balbuceó, y supe que, si hubiéramos mantenido esa conversación frente a frente, estaría intentando evitar mi mirada por todos los medios. Pero no estábamos frente a frente, así que mantuve la mirada fija en mi mejor amiga, para encontrar algo de consuelo—. Es Dylan.

La cabeza me daba vueltas. Pensé en la muerte de inmediato. Un accidente de coche, un ataque al corazón, una falta en la que le hubieran roto el cuello. Las posibilidades eran tan infinitas como terroríficas. Se me aceleró la respiración; mi pecho subía y bajaba cada vez más rápido, con más violencia.

—Es Dylan —repetí en tono inexpresivo. No sabía qué decir, qué hacer ni qué sentir—. ¿Qué pasa con Dylan? —Mi voz sonaba sorprendentemente neutral, teniendo en cuenta la oleada de pánico que acababa de anegarme. Creo que la mano que tenía en el bolsillo de la sudadera de McCarthy me temblaba. La que sostenía el

teléfono, no.

Wren parecía preocupada, aunque no sabía si era por los fragmentos enigmáticos de la conversación que oía o porque, en realidad, no estaba disimulando el pánico tan bien.

La situación me resultaba demasiado familiar.

Me venían recuerdos de la tía Claire al teléfono, mientras nos miraba a Henry y a mí al tiempo que intentaba comprender que su hermana acababa de morir. Que tendría que ser ella quien comunicase a sus hijos que acababan de quedarse huérfanos. Supuse que lo que había sentido era parecido a lo que yo estaba sintiendo entonces, pues había sacado de inmediato las conclusiones más terribles.

—Estamos en el hospital, está… —Blake vaciló, y yo no pretendía terminar por él la frase. Simplemente, se me escapó.

—Muerto.

Wren vino hacia mí tan rápido que me sorprendió que no se cayera. Se acercó al teléfono que yo apretujaba contra mi oreja con el semblante preocupado.

—¿Qué? —A Blake se le cortó la respiración—. No, no, por Dios… No es eso. —Exhalé de forma poco sutil, aliviada, aunque me dio exactamente igual que se me notara—. Está un poco magullado y tiene un par de costillas rotas, y en el hospital le han dado… algo.

No estaba muerto, pero sí un poco magullado, con un par de costillas rotas y con tanto dolor que en el hospital le habían tenido que dar «algo». No me parecía algo que celebrar.

—¿Cuál?

—¿Cuál qué? —balbuceó Blake—. ¿Cuál medicación? —Carraspeó otra vez—. No lo sé, pero supongo que puedo preguntarlo. —Oí que se movía, quizá buscando a algún médico o enfermero por los pasillos del hospital. Negué con la cabeza, aunque él no pudiera

verme.

—Hospital —le aclaré, interrumpiendo su búsqueda. Se había quedado quieto—. ¿Qué hospital?

—Ah. —Parecía aliviado por no tener que averiguar qué medicación le habían puesto a su mejor amigo—. El Saint Francis Memorial.

La frase se cortó porque colgué. Ya estaba corriendo por el piso, poniéndome unas deportivas y un abrigo. Cogí las llaves del coche sin pensármelo dos veces.

—¿Se puede saber qué haces? —Ya me estaba yendo cuando oí la voz de Wren. Ella también se había puesto unos zapatos e iba en dirección al perchero. Me quitó las llaves del coche de la mano, cogió las suyas y, sin esperar respuesta, salió por la puerta que yo había abierto para irme. Cuando la cerró, me preguntó por fin—. ¿Adónde vamos?

Me eché a reír sin saber muy bien por qué. Tal vez fuesen los nervios, la adrenalina y la preocupación que me corrían por las venas. Tal vez fuese la infinita adoración que sentía por la chica que se encontraba a mi lado, pero me estuve riendo hasta que nos subimos al ascensor, de camino hacia la primera planta. Luego suspiré, y sentí que mi rostro entero volvía a la realidad.

—Al Saint Francis Memorial.

Aunque no se había unido a mis carcajadas, su semblante se tornó serio, y me di cuenta del cambio que se había producido en su expresión. Enarcó ligeramente las cejas, arrugó los ojos un instante y apretó los labios de preocupación. No supe si por mí o por Dylan.

Aceleró, aunque no dijo nada. Me di cuenta de que lo que le apetecía era pararse en seco y ofrecerme un abrazo enorme y unas palabras de ánimo, pero lo último que yo quería era detenerme. Así que fuimos a toda prisa hacia su coche mientras ella escribía la

dirección en la aplicación de mapas de su móvil.

En cuanto empezó a conducir, recordé todo lo que me había dicho Blake y, sin que me preguntara, la informé sobre las costillas rotas, las magulladuras y la medicación que le habían puesto, lo que implicaba que tenía suficiente dolor como para necesitarla. Lo que no pintaba bien.

—Pero no está muerto —añadí, intentando parecer esperanzada. Aunque ¿de dónde partíamos si que no estuviera muerto parecía ser una buena noticia?—. Dios. —Exhalé y me hundí en el asiento—. Soy una cabrona. —Wren apartó la vista de la carretera un segundo para mirarme, y me lo tomé como una señal para continuar—. Estaba molesta porque el pobre chico no me contestaba y debía de encontrarse de camino al hospital. —La realidad me había caído encima, y no era nada agradable. Me sentía fatal. Me apetecía meterme en un agujero para no salir de él nunca más—. No soy una patética. Solo una cabrona —concluí, y Wren negó con la cabeza.

Me había pasado algo parecido con mis padres. Henry y yo estábamos molestos por aquella idea espontánea suya de hacer un viaje en Acción de Gracias al que sus hijos no estaban invitados. Nos habían dejado con una de las niñeras que solían ocuparse de nosotros, plantados en nuestro salón, desde el que se veía la ciudad de Nueva York.

«Espero que les llueva», había dicho Henry. «Espero que la comida sea mala», había añadido yo. Y habíamos seguido hasta horas después del momento en que deberían haber llegado, horas después de no haber recibido un mensaje de «ya hemos aterrizado» o una llamada, como hacían siempre. «Espero que los mosquitos estén rabiosos en esta época del año», había dicho Henry. «Espero que el agua esté fría», había dicho yo.

Para entonces ya estaban muertos.

—No eres ninguna cabrona. —Wren me sacó de mi ensimismamiento. Sacudí la cabeza a toda prisa.

—¡Sí que lo soy! ¡Hasta tú le has dado el beneficio de la duda! —No había caído en la cuenta de lo grave que era hasta entonces. Abrí la boca, a medio camino entre la culpa y la incredulidad—. Dios mío. Hasta tú…

—Athalia —me interrumpió, y me volví de golpe hacia ella—. ¿Quieres dejar de culparte por algo que ni sabías ni podías controlar?

Abrí la boca para llevarle la contraria, aunque le bastó una mirada de advertencia para que yo la cerrara otra vez. Me pasé el resto del viaje meneando las piernas arriba y abajo, intentando contenerme y no seguir despotricando sobre lo cabrona y lo egoísta que era o había sido. Aunque, si soy sincera, solo duró un par de minutos más. Para cuando hubimos aparcado y corrimos hacia el interior del hospital, lo único que ocupaba mis pensamientos era Dylan McCarthy Williams.

Cuando vimos que en el vestíbulo del hospital estaba todo el equipo de fútbol, no solo supimos que habíamos llegado al sitio adecuado, sino que no podía haber pasado mucho rato desde que Dylan había sufrido el accidente. O eso, o bien los miembros de su equipo lo querían tanto que seguían allí horas después de que lo hubieran ingresado y diagnosticado, probablemente, con la esperanza de que le dieran el alta aquel mismo día. Sin embargo, a juzgar por lo que Blake me había dicho, dudaba que Dylan fuese a pasar la noche en algún lugar distinto de una habitación de hospital. Algunos de ellos estaban sentados con la cabeza gacha, pero otros le habían ofrecido su asiento a los pocos ancianos que había en la sala de espera. Mi hermano se hallaba en la esquina más apartada de todas, con los brazos cruzados y mirándose los pies, uno de los

cuales tenía apoyado en la pared junto a la que estaba.

«Luego», pensé, y busqué a Blake con la mirada entre la multitud.

Me di la vuelta unas tres veces, poniéndome incluso de puntillas para ver si atisbaba su piel oscura o su pelo corto, pero nada. Filas y filas de rostros familiares que, al reconocerme, empezaban a susurrar por lo bajo con sus compañeros, como niñas que no estaban seguras de si acababan de cruzarse con algún famoso de medio pelo.

Si sabían qué hacía yo allí, a quién había ido a ver, ¿no podía nadie decirme hacia dónde ir? ¿Cuál era la planta? ¿La habitación?

—Habitación 219, segunda planta.

Me volví hacia la respuesta a mis oraciones. Y me encontré con Wren.

—¿Cómo lo sabes?

Ladeó la cabeza y me giró hacia la recepcionista.

—Lo he preguntado —contestó, saludando con la mano a la mujer rubia de mediana edad—. Y esa señora tan maja me lo ha dicho. —La señora maja nos sonrió y asintió.

—Pero tú odias hablar con desconocidos.

Wren era tan introvertida como yo extrovertida. Cuando teníamos que hacer alguna reserva, llamar a algún número de atención al cliente y pedir algo, me mandaba a mí. Y, como si eso fuera lo único que yo podía hacer por ella, el único beneficio que ella sacaba de nuestra amistad, yo lo hacía de mil amores.

Así que el hecho de que Wren se hubiese acercado como si nada a preguntar a la recepcionista (fuera lo que fuese, así que ni hablemos de preguntar dónde estaba McCarthy), para mí era lo mismo que unas entradas de primera fila para *Hamilton* para ella. Me habría echado a llorar si no hubiera estado ya casi junto a los ascensores.

«¡Te quiero!», le dije moviendo los labios. Vi que se dirigía hacia

Henry y, con un suspiro, pulsé el botón de la segunda planta. Seis veces.

CAPÍTULO TRENTA Y CINCO



222, 221, 220… Me paré en seco al ver la habitación 219 justo antes de reconocer a Blake sentado en una de las sillas frente a la puerta.

—Oh… —balbuceé, quién sabe por qué razón—. Hola. —Miré la puerta cerrada de la habitación, percatándome vagamente de que Blake, la personificación de la calma, se había acercado a mí.

—No creí que fueses a venir —me dijo—. Ahora me siento mal por haber creído que no ibas a venir.

Resoplé con poco entusiasmo. Parte de la tensión que había en el ambiente, y en mi cuerpo, se disipó.

—¿He aprobado tu examen, entonces? —pregunté. Lo miré solo para asegurarme de que hubiera pillado que me refería a la conversación que habíamos tenido aquel día, en el bar, y la sonrisa que se le dibujó en los labios me dijo que así era. Dios, me daba la sensación de que había pasado una eternidad desde aquella noche.

—Athalia… —Dejó escapar una suave carcajada—. Lo aprobaste hace tanto tiempo que no deberías ni de estar pensando en eso. —Luego señaló la puerta—. No le he dicho que ibas a venir.

—Es lógico, teniendo en cuenta que no creías que fuese a venir.

Blake se rio y asintió.

—Perdona otra vez. —Hice un gesto con la mano como quitándole

importancia, y se hizo un largo silencio.

Creo que estaba esperando a que entrase. Y que yo también lo estaba esperando. Estuve a punto de dar el primer paso tres veces, y las tres cambié de opinión y acabé simplemente moviéndome un poco en la dirección correcta.

Blake se aclaró la garganta de nuevo y asintió antes de volver a la silla donde estaba sentado.

—Por cierto… —empezó a decir mientras se alejaba—. La medicación que le han dado… es un poco fuerte. —Me dio la sensación de que le hacía gracia—. Por eso estoy aquí fuera, ahí dentro no hacía más que comerme la oreja. No se calla.

Y entonces di ese paso. Dejé de darle vueltas, dejé de darle demasiadas vueltas, y agarré la manija de la puerta, a pesar de no estar en absoluto preparada para lo que me iba a encontrar al otro lado.

Creo que contuve el aliento hasta que mi mirada se detuvo por fin en McCarthy, que… no tenía tan mal aspecto.

Estaba tumbado en la cama, vestido con la camisa blanca del hospital y tapado con una manta hasta la cintura, con los pies bien arropados. Llevaba un moratón enorme en la mejilla, y nada daba muestras de que tuviera una costilla rota, aunque no sé en qué habría podido notarlo yo.

—Ay, Dios —dijo de repente, y lo miré a los ojos, con el ceño fruncido de preocupación—. He muerto. ¿Estoy en el cielo? —Su tono de voz había adoptado un matiz interrogante, como si se estuviese preguntando a sí mismo si acaso merecía haber llegado al cielo—. O en el infierno —se corrigió, pensativo, tras una larga pausa.

—¿Crees que a mí me dejarían entrar en el cielo? —Resoplé; tenía ganas de reír y de suspirar de alivio a la vez. Qué fácil era recurrir al

sarcasmo, a la ironía y a las bromas, aunque la situación no lo pidiera, aunque estuviera incluso fuera de lugar.

Él me dedicó una sonrisa ancha y bobalicona. Giró la cabeza para seguir todos mis movimientos hasta que me puse justo a su lado.

—Qué va. —Se rio por la nariz—. En todo caso, eres la razón por la que he acabado aquí abajo. —Enarcó las cejas y, a pesar de que se suponía que acababa de insultarme, alargó una mano para entrelazar los dedos con los míos y me sonrió como si me acabase de declarar su amor, en lugar de haberme llamado demonio y haberme dicho que había terminado en el infierno por su culpa.

—Ay —contesté, a pesar de que no estaba ofendida en absoluto—. ¿Cómo estás?

—No mientas. —Resopló con una expresión divertida y adormilada, con la cabeza ladeada—. Siempre tuviste esperanzas de que acabara herido de un modo u otro. Esto no es más que una manifestación de tus deseos con algo de retraso… —Me dedicó una sonrisa provocadora, aunque se le descontrolaba un poco.

—Eso es… —«Indignante, horrible… y cierto»—. Incierto —opté por decir. Dylan se rio por la nariz.

—Pero si animabas cada vez que me hacían una falta… —Se quedó pensativo unos segundos—. O cuando fallaba un disparo. —Dios, era cierto, ¿verdad?

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Henry?

—No me lo ha dicho nadie —respondió con firmeza—. Lo vi… —se interrumpió, debatiéndose entre continuar o no—. Es lo único que hago desde que fuiste a recoger a tu hermano al entrenamiento la primera vez, y le pregunté cómo te llamabas y me mandó a la mierda. —Negó con la cabeza—. Pensar en ti, quiero decir. Mirarte. Cada vez que entro en una habitación, lo primero que hago es

buscarte. Como por instinto. Y cuando estoy en el campo no es distinto. Busco entre las gradas hasta que te veo o compruebo que no estás. Ni siquiera sabía por qué.

Me quedé sin respiración, y me pregunté si habría admitido todo aquello de no haber estado bajo el efecto de la medicación. En ese momento, parecía satisfecho con sus palabras. Estaba perdido en sus recuerdos, con una sonrisa perezosa en los labios.

—Bueno… —Me encogí de hombros, tratando de ignorar que la culpa me reconcomía hasta el tuétano—. Me lo debe de haber pegado Wren. Tendrías que haber visto lo emocionada que estaba cuando me contó esa vez en la que te pegaron un puñetazo.

Por extraño que pareciera, se le iluminó la cara al recordarlo.

—¡Ah! —Se balanceó y, dejando caer la cabeza a un lado, me estrechó la mano—. ¡Deberías haber visto cómo defendí tu honor!

Entre que estaba perdido en el recuerdo y la cantidad de medicación que fluía por su organismo, no se dio cuenta de lo confundida que estaba hasta que no pregunté:

—¿Qué?

Me miró sobresaltado.

—¿Qué?

—¿Mi honor?

—Sí, sí —contestó enseguida—. Eso he dicho, ¿no? —Frunció el ceño, confundido de nuevo—. Estoy hablando, ¿verdad? ¿Se me mueven los labios? ¿Salen palabras?

Me reí por la nariz.

—Sí, McCarthy. Salen palabras, lo que pasa es que no tienen ningún sentido. ¿Qué tiene que ver mi honor con que te dieran un puñetazo?

Ahogó un grito. Culpé a la medicación.

—No me quedé inconsciente, que lo sepas —aseveró, ofendido

por la acusación—. Lo aguanté como un campeón para que a Baker —di por hecho que era quien le había dado el puñetazo— le sacaran tarjeta roja. Por bocazas. —El recuerdo solo parecía bastar para que se indignara de nuevo—. «Pressley, ¿dónde está tu hermana, esa que está tan buena? Pressley, ¿me das su número? Pressley, tu hermana esto, tu hermana aquello…». Por Dios, necesitaba que cerrara la puta boca. Y tu hermano también. Tenía pinta de estar a punto de darle un puñetazo él. Pero llevábamos solo medio partido y no nos lo podíamos permitir. Que lo sacaran al banquillo, quiero decir. —Esbozó otra vez una sonrisa engreída, se encogió de hombros y me volvió a mirar—. Así que me encargué yo. Cabreé a Baker lo suficiente para que fuese a por mí.

Lucía una sonrisa de oreja a oreja; estaba ensimismado con el recuerdo. Pasaba completamente de la expresión de perplejidad de mi rostro (o estaba demasiado colocado para percatarse de ella), y del hecho de que me había quedado sin palabras. Otra vez. Carraspeé y parpadeé para calmar el sentimiento de adoración que despuntaba en mi pecho. En ese momento, no me sentía capaz de lidiar con el efecto que sus palabras tenían en mí.

—¿Cómo estás? —repetí.

Sonrió, dio unas palmaditas en un lado de la cama para que me sentara y suspiró.

—Pues como si me hubiera embestido uno de los tíos de Harvard de más de metro noventa y casi cien kilos. —Dejó caer la cabeza sobre el enorme almohadón y me miró con una sonrisa burlona en los labios—. Vamos, pregúntame qué ha pasado.

Y eso hice, sin poder reprimir una sonrisa.

—¿Qué ha pasado?

—Que me ha embestido un tío de Harvard de más de metro noventa y casi cien kilos. —Parecía complacido—. Lo que ha

resultado en que estoy tan hasta las cejas de medicación que sigo sin estar seguro de que estés aquí.

—¿Y si es cierto que estoy aquí?

—Entonces estaría muy, muy feliz.

—¿Y si no?

—Tendría que hablar con mi psicólogo sobre por qué estoy alucinando con que veo a la chica que se supone que odio en mi habitación de hospital.

«Se supone».

Se me encogió el estómago y me dio un vuelco el corazón, todo en apenas unos segundos. Me sentía atolondrada, y nerviosa, y no me había sentido así desde que me había comprado mi primer bolso caro de verdad. Se me escapó una risa tonta que no pude reprimir. Aparté la vista, carraspeé para recuperar la compostura y me encogí de hombros. Como si nada.

—Debe de ser porque has echado el mejor polvo de tu vida con ella —sugerí, pensativa, y me enorgullecí de la carcajada que soltó, solo para sentirme culpable otra vez al ver que hacía una mueca de dolor—. Perdona —conseguí decir—. Esto va a ser muy duro, teniendo en cuenta lo graciosa que soy. —Se rio otra vez e hizo otra mueca—. ¿Lo ves? —dije avergonzada, y él contestó haciendo un gesto con la mano que tenía libre, puso los ojos en blanco y me sonrió de nuevo.

—Según tengo entendido, ella se lo pasó fatal —contestó con una ceja enarcada—. Fue «terrible», si no recuerdo mal.

—Es posible que… exagerara un poco.

—¿Por eso ha venido?

—Puede. —Me encogí de hombros—. O igual es porque se siente mal por haber pensado que le estabas haciendo *ghosting* cuando en realidad te encontrabas en el hospital —confesé sin querer—. Y,

créeme —continué a toda prisa—, se siente tan, tan mal, que promete ayudarte la próxima vez que cocines. Lo hará todo ella si es lo que quieres.

McCarthy consiguió no soltar una carcajada. Se rio con la nariz y se saltó la parte en la que hacía muecas de dolor.

—Mira que eres romántica —apuntó con sarcasmo—. Es lo que más me gusta de ti.

Me dio la sensación de que tendría que haber sentido más aprensión ante una afirmación tan cargada de significado como aquella. «Lo que más me gusta de ti» implicaba que había sentimientos de por medio. Implicaba que había muchas más cosas que le gustaban.

Y, quizá, si lo hubiera expresado así, si lo hubiera verbalizado como si fuese una gran cosa, yo me habría asustado. Aunque, echando la vista atrás, si soy sincera conmigo misma, creo que ese día, en el hospital, ambos nos confesamos lo que sentíamos el uno por el otro a nuestra manera. Quizá por eso estaba perfectamente, ni asustada ni nerviosa. Solo feliz. Satisfecha. Agradecida.

Resoplé, divertida, y le cogí la mano con un poco más de fuerza.

—¿Puedes decírmelo otra vez cuando no estés tan colocado?

Dylan sonrió y asintió con entusiasmo.

—Pues claro —presumió—. Te lo pienso decir hasta que estés cansada de oírlo.

—¿Es una promesa? —pregunté, entre curiosa y divertida.

—Una amenaza. —Me guiñó un ojo con torpeza y volví a echarle la culpa a la medicación.

Ladeé ligeramente la cabeza.

—Eso es un gran compromiso, Dylan.

Sonrió aún con más ganas al oír mi nombre en sus labios. Luego se encogió de hombros.

—Bueno, Athalia… En mí se puede confiar.

CAPÍTULO TRENTA Y SEIS



—La culpa la tienen las costillas rotas.

—No puedes culpar de todo a las costillas rotas. —Enarqué las cejas al tiempo que curvaba los labios hacia arriba y negaba con la cabeza. Luego seguí mirando su pantalla con curiosidad—. No cuando ya ha pasado casi un mes.

—Cuando me presenté a este examen… —Movió el móvil a modo de énfasis, pero lo hizo demasiado rápido para que yo pudiera leer el texto que aparecía en pantalla—. Solo hacía una semana que había salido del hospital. Y se nota.

—¡Pues enséñamelo! —protesté, rodando desde mi lado de la cama hacia el suyo, donde estaba sentado apoyado contra el cabezal.

Nos habíamos despertado con los correos en los que se nos informaba de que ya estaban las notas de Estadística II. Era de esperar: era el último día del periodo de dos semanas que Shaw tenía para colgarlas. De todos modos, yo tenía mil cosas mejores que hacer por las mañanas. Como, por ejemplo, no pensar en Estadística y en la posibilidad de suspender una asignatura. La asignatura sobre la cual mi madre había construido su legado, nada menos.

—No.

Con un rápido movimiento, me subí a horcajadas sobre él y, cuando estábamos frente a frente, le sonreí.

—¿Por favor? —Le di un besito en la nariz y luego otro en la mejilla y otro en la barbilla. Él resopló, irritado.

—No es justo… —masculló entre dientes, y se las arregló para sostenerme la cara entre las manos antes de que me diera tiempo a besarle en los labios y cerrar el trato.

Me fulminó con la mirada, pero lo hizo de broma, ya que esbozó a la vez una media sonrisa.

—Te enseño la mía si tú me enseñas la tuya —propuso, y yo gemí y me dejé caer de forma dramática a su lado, para luego acurrucarme contra su costado.

—No sé qué he sacado.

—¿No lo has mirado?

—No.

Estiré el cuello para observarlo y vi que me estaba contemplando con una expresión de incredulidad.

—¿Qué pasa? —protesté—. No me apetece estropearme el día desde primera hora. ¡Acaba de empezar! —bromeé, pero a él no le hizo gracia.

—No pensarás que has suspendido, ¿no? —Dylan se puso recto y se volvió hacia mí, ya con su expresión seria en todo su esplendor.

No había pensado en cómo podía afectarle a él mi miedo por suspender. ¿Se lo tomaría como un insulto? Después de las muchas horas que había dedicado a que yo aprobara, ¿era pensar que había suspendido desagradecido por mi parte? Mantuve la boca cerrada y evité mirarle a los ojos, concentrándome en las flores blancas de mis sábanas en su lugar. «Qué puntadas más bonitas».

—Athalia.

Lo miré a los ojos. El Dylan serio seguía teniendo el control sobre la conversación. Me encogí de hombros.

—Puede —murmuré, más para mí misma que otra cosa. Pero me oyó de todos modos.

—Estabas muy segura después del examen —me recordó, ladeando ligeramente la cabeza en un gesto tanto de confusión como de ánimos.

—A eso se le llama euforia posfinales —le expliqué—. ¿Sabes? Cuando has terminado todos los exámenes y sientes que por fin vuelves a tener una vida.

Me miró a los ojos y contestó:

—No. —Y aquello me recordó todas las razones por las que no debería habernos ido tan bien durante las últimas semanas. Él era un adicto al trabajo ya a la tierna edad de veintitrés años. Y yo no había pensado en eso más que un total de diez minutos en toda mi vida.

Él siempre estaba ocupado. Yo estaba siempre, sobre todo, aburrida.

La universidad, las notas y la graduación eran su propósito en la vida, y yo todavía estaba tratando de dar con el mío.

Él se tomaba la vida muy en serio, y yo…, pues no.

Era un curioso abanico de disparidades que, de algún modo…, encajaban. Cuando yo estaba a punto de tirar la toalla y rendirme —lo que había ocurrido al menos tres veces durante los exámenes finales—, Dylan estaba ahí para ayudarme a tener los pies en la tierra. Y cuando él se perdía en sus cavilaciones y trabajaba tanto que se olvidaba hasta de dormir, yo estaba ahí para arrastrarlo a la cama y sentenciarlo a ocho horas de sueño.

—Vamos. —Me dio un suave codazo y enarcó las cejas cuando vio que lo miraba de nuevo—. Quieres mirarlas y lo sabes. —Movió las

cejas, y se me escapó una sonrisa antes de que pudiera esconder la cabeza entre las almohadas. Solté dos gemidos, uno detrás del otro.

El primero expresaba las pocas ganas que tenía de mirar las notas. El segundo, que tendría que hacerlo en algún momento. Así que ¿por qué no entonces?

—Si estoy de mal humor durante todo el trayecto hasta Washington D. C., será culpa tuya —le advertí mientras cogía el móvil de la mesita de noche—. Y te lo recordaré toda la vida.

Dylan no contestó. Solo me observó mientras yo desbloqueaba el teléfono y me encontraba de inmediato frente a la bandeja de entrada. Lo miré de reojo y giré un poco la pantalla, a lo que él contestó con una pequeña queja.

—Déjame mirar antes a mí —murmuré mientras clicaba en el enlace que había en el correo; de repente, me sentía más tensa de lo que me habría gustado admitir. Escribí los datos para entrar en la cuenta y traté de no echarme a temblar mientras la página cargaba.

Tragué saliva con dificultad. Tenía los ojos pegados a la pantalla, y no sabía si sentía más expectación o más horror.

—¿Y bien? —insistió Dylan, pero yo levanté una mano y seguí observando la ruedecita que giraba y giraba en la pantalla. Cuando desapareció y aparecieron las notas, me dio un vuelco el corazón.

Y ahí estaba.

Ahí estaba.

¡Ahí estaba!

Se me contorsionó el rostro en un sinfín de emociones que no era capaz de explicar. La incredulidad estaba entre ellas, casi completamente ensombrecida por la confusión, el alivio, el agradecimiento y la felicidad.

Lo miré a los ojos y dejé caer el móvil a mi regazo mientras una enorme sonrisa se abría paso en mi rostro.

—¡Gracias! —grité; ojalá hubiera podido saltar a sus brazos sin la posibilidad de romperle otra vez una costilla—. ¡Gracias, gracias, gracias!

La preocupación que había en su rostro desapareció de un plumazo; abrió los brazos para acogerme entre ellos con una sonrisa tan ancha como la mía.

—¿Lo ves? —susurró con la boca pegada a mi pelo. Apoyó la cabeza contra la mía y suspiró—. No tenías nada de lo que preocuparte. —Lo dijo sin haber visto siquiera la nota. Que hubiera sacado un simple aprobado o hubiese clavado el examen con un sobresaliente ya no parecía ser una de sus preocupaciones. Si yo estaba satisfecha con mi nota, él también estaría orgulloso—. Le has demostrado a Shaw que estaba equivocado, ¿eh?

—Técnicamente… —Levanté la cabeza, que tenía apoyada en su pecho, y lo miré con una sonrisilla en los labios—. También te lo he demostrado a ti. —Enarcó una ceja, lo que me animó a continuar—. Tú pensabas que era un caso perdido. ¡Si hasta se lo dijiste a Shaw!

Su expresión se suavizó al recordarlo.

—Ah… —canturreó, y luego negó con la cabeza—. Yo nunca haría eso.

—Pero me dijiste que…

—Athalia… —Suspiró, un sonido profundo, largo, relajante—. Ni por un solo segundo he dejado de creer en ti. —Creo que el corazón se me ensanchó, solo para poder hacerle más sitio a él—. Sabía lo inteligente que eras antes de que pusieras un solo pie en mi despacho, y no tenía ninguna duda de que te iría genial con un poco de ayuda y… la motivación adecuada.

—Entonces ¿me mentiste? ¿Con lo de Shaw?

—Pues claro. —Y su sinceridad, y el hecho de que no parecía arrepentirse lo más mínimo, me supuso un gran alivio.

—¿Y en qué más? —pregunté, ladeando la cabeza entre divertida y curiosa—. ¿En qué más me mentiste?

Se quedó pensativo un segundo y luego me miró de nuevo y se encogió de hombros.

—En que te odiaba.

—¿En que me odiabas?

—Seguramente, hasta eso de que me cayeras un poco mal era mentira. Pero me mentí a mí mismo durante mucho más tiempo.

Asimilé poco a poco lo que eso implicaba. Tardé más de un minuto. Y deseé ser capaz de decirle lo mismo a él, de que aquel fuera el momento en el que se cerrara el círculo, en el que ambos nos diéramos cuenta de que nos habíamos enamorado sin remedio en el preciso instante en el que nos habíamos visto por primera vez.

Aunque no nos habíamos dicho que nos quisiéramos. No con palabras. Creo que en mis relaciones anteriores las había pronunciado demasiado pronto y que quería saborearlas hasta que sintiera que iba a estallar si no se lo decía. Y creo que las relaciones anteriores de Dylan no habían durado tanto como para que esa posibilidad existiera. De algún modo, aquel era territorio inexplorado para los dos.

Y quizá por eso era más fácil.

Que estuviéramos conteniéndonos para no decirnos que nos queríamos no significaba que no nos lo demostráramos día tras día. Me decía que me quería con cada vez que me llevaba a la cama en brazos cuando me quedaba dormida en el sofá, con cada chiste malo del que se reía, con cada plato que cocinaba cuando proponía que pidiéramos algo y cada vez que me decía que no hacía falta que le ayudase a hacerlo.

Así que me limité a sonreír, arrugando la nariz.

—Siempre he sabido que estabas obsesionado conmigo —bromeé,

y el silencio que se había hecho tras su confesión se volvió más ligero. Dylan puso los ojos en blanco de esa manera que tanto me enternecía, me dio un beso en la frente y salió de la cama.

—Dios. —Suspiró mientras se estiraba, ofreciéndome unas vistas increíbles de su cuerpo desnudo, salvo por los bóxer. El hematoma de las costillas se había rebajado ya, y se había convertido en una mancha azul y violácea con un aspecto mucho menos amenazador —. A veces me olvido de que eres un grano en el culo.

Y esa era otra más de las mil maneras en las que me decía que me quería.

«Yo también te quiero, Dylan McCarthy Williams».

EPÍLOGO



—¡Diez minutos, chicos! —gritó alguien por encima de la música. La multitud estalló en vítores y gritos de emoción. Las manos se elevaron en el aire (y tal vez también algún que otro cuerpo entero lo hizo) y los números de la pantalla empezaron la cuenta atrás.

La mano con la que sostenía un cóctel salió disparada hacia arriba y, si no me hubiese sentido tan eufórica, tal vez me habría importado más que unas gotas del líquido pegajoso me mancharan el vestido.

Pero resulta que estaba eufórica, y que no me importaba ni lo más mínimo. Brindé con Wren en el aire, y, como estaba bebiendo agua, me aseguré de mirarla a los ojos al hacerlo para evitar la mala suerte. Luego hice lo propio con Laila, la chica a la que Wren había invitado (a pesar de que no era nada serio, como bien se había encargado de enfatizar) a la fiesta de Nochevieja anual de los Pressley.

La única diferencia respecto a los años anteriores era que no estábamos disfrutando de las vistas de la ciudad de Nueva York desde el ático de un rascacielos; en su lugar, las habíamos reemplazado con los idílicos jardines y rosales de los Hamptons. Y que no había solo un McCarthy entre los invitados, sino seis.

Me di la vuelta para buscar al mío, aunque había tanta gente que resultó ser una tarea bastante más difícil de lo que pensaba. Miré a Wren a modo de disculpa, una mirada que ella interpretó correctamente como «ahora vuelvo», y me abrí paso entre los cuerpos que bailaban, prodigándome en carcajadas y sonrisas con los desconocidos que me resultaban vagamente familiares durante el camino.

Descubrí a mi hermano contra la barra en el fondo, con una expresión ebria y recelosa. Y, tras seguir la dirección de su mirada… Bingo. Mi McCarthy estaba allí, junto a los otros cinco. Habían formado un círculo en el que solo faltaba la más joven de la familia. Hasta su padre lucía una expresión moderadamente complacida.

Cuando volví a mirar a mi hermano, descubrí que ya había desviado su atención hacia otra cosa. A Henry siempre le había gustado mirar a la gente más que mezclarse entre ella, aunque me sorprendí al ver a quién estaba mirando.

—Has invitado a Paula —comenté a modo de saludo mientras observaba cómo se mecía su melena rizada entre la gente, al compás de sus caderas—. ¿Os lleváis mejor?

—No —gruñó, aunque sin dejar de mirarla—. También he invitado a sus amigos. He invitado a casi todas las personas con las que he cruzado una palabra en esta vida. No tiene nada que ver con Paula, en concreto. —Se dio cuenta de que estaba divagando y se interrumpió de inmediato.

Asentí, a punto de reírme.

—Un clásico. Has invitado también a sus amigos para que no se note que querías verla a…

—No quería…

—No se enrollaron, por cierto —le solté de repente, y sentí, no por primera vez, el peso de su mirada. No pude contener una risita—.

Dylan y ella. Y nunca me contaste que pensabas que sí porque los habías visto darse un abrazo. ¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

Henry parpadeó una, dos y tres veces. Supuse que lo necesitaba para asimilar la información. Su máscara de indiferencia se deslizó apenas un instante, pero ese instante me dijo que aquella revelación había cambiado muchas cosas. Esperaba que a mejor.

Ahora que la debacle de la residencia de verano estaba arreglada, que el periodo de contrataciones de la liga nacional de fútbol había terminado y Henry ya tenía preparado un contrato profesional, tal vez tuviera tiempo también para otras cosas. Para cultivar relaciones que no fueran familiares ni profesionales.

—Dylan… —Hizo un ruidito de desaprobación, como si el nombre le provocara un mal sabor de boca. Y, al mencionarlo, miró hacia él —. Todavía me estoy preguntando si era necesario invitarlos a los seis —apuntó secamente—. Sé que te estás aprovechando de que me siento culpable. Y, según parece, no soy capaz de resistirme. Si me pides algo, digo que sí.

—No te preocupes, suelo causar ese efecto en los demás. —Le guiñé un ojo, pero me apresuré a añadir—: Aprecio mucho que te estés esforzando. Con él.

Henry se rio secamente, y se contuvo para no decir algo antes de preguntar:

—Entonces, vosotros dos ¿qué? ¿Estáis saliendo juntos? —Hizo una mueca, como si solo de pensarlo sintiera dolor—. En fin, ya tendría que haberme acostumbrado después de lo que me has hecho pasar estos meses.

Era evidente que no se había acostumbrado.

—No lo sé —contesté con sinceridad mientras miraba al otro lado de la sala, donde estaba Dylan. Él me vio al mismo tiempo, sonrió y vino hacia mí justo cuando alguien anunciaba:

—¡Cinco minutos!

Se oyeron más gritos y vítores. Henry se acercó a mí para asegurarse de que lo oyera por encima del griterío:

—Si te hace daño, lo mataré con mis propias manos, que lo sepas.

Y pensé que no obtendría de Henry más visto bueno que aquel. Me volví hacia él y encontré una expresión aburrida que no me sorprendió.

—Me prometiste que serías amable —le recordé antes de que Dylan llegase hasta nosotros. Henry levantó las manos en un gesto defensivo, casi ofendido por la acusación—. Hasta Wren se alegró de que viniese con nosotros a *Hamilton*.

Negó con la cabeza como quitándole importancia.

—Ya sabes cómo se pone con *Hamilton* —señaló—. No es una comparación justa.

Quizá no.

—Aun así…

—No he dicho nada —protestó.

—Es por cómo lo has dicho.

—¿El qué?

—Eso de si me hace daño. —Intenté imitar su tono y su actitud y él se rio por la nariz—. Es como si lo estuvieras esperando.

—Lo he dicho con un tono totalmente normal, Athalia. El que usaría cualquier hermano.

Gemí y me volví hacia él levantando un dedo acusador.

—No…

Unos fuertes brazos me estrecharon desde atrás, y solo ese gesto bastó para callarme. Antes de que pudiera volverme hacia él, Dylan resopló y su aliento me hizo cosquillas en la oreja.

—Pues claro que no —intervino mirando a mi hermano. No me hizo falta mirarlo para saber que lucía en ese momento una sonrisa

petulante.

Esta vez, le tocó a Henry gemir, irritado. Fulminó al hombre que yo tenía detrás.

—No sabes ni de qué estamos hablando —apuntó, y apartó la vista justo cuando noté los labios de Dylan en mi mejilla. Me dio un beso y se encogió de hombros.

—No me hace falta. —Se puso a mi lado y yo me apoyé en él casi por instinto—. Al fin y al cabo, contigo el «no» es una respuesta segura…

—McCarthy —saltó mi hermano, mirando cómo me ponía un brazo sobre los hombros—. Te juro por dios que si no…

—¡Henry! —Lo fulminé con la mirada—. Compórtate. Y tú no te rías, Dylan. —Me volví por fin, justo a tiempo para ver cómo se le borraba la expresión engreída de la cara—. Ya hemos hablado de esto. —Dylan puso los ojos en blanco, pero mi hermano esbozó por fin una sonrisa.

—Sí, Dylan —se burló—. Ya habéis hablado de esto.

Lo callé con una mirada asesina.

—En fin. —Suspiré, fingiendo estar embelesada—. Me encanta que os llevéis tan bien. —Mi sonrisa falsa se convirtió en una expresión contrariada, un puchero, tal vez, y Dylan me dio un beso en la frente y, con una sonrisa provocadora, entrelazó sus dedos con los míos.

—Ven conmigo —se limitó a decir, y cuando obedecí no presté atención a que le hizo un gesto a mi hermano con la cabeza, y que este se lo contestó, como si se estuvieran diciendo adiós en silencio.

Dylan me condujo por la casa con gentileza. Cualquiera podría pensar, por cómo parecía conocerla, que era él quien había pasado allí casi todos los veranos. Quizá le resultase tan fácil porque no tenía ningún destino en mente, porque se limitó a conducirme por los pasillos y doblar esquinas hasta que la música se convirtió en

ruido de fondo y lo único que nos iluminaba era la luna, que resplandecía a través del enorme ventanal del balcón.

—Llevo queriendo secuestrarte desde que han llegado los primeros invitados —confesó, haciendo un puchero para provocarme. Me hizo dar una vuelta y me atrajo hacia su pecho—. Estás preciosa esta noche.

Le sonreí.

—¿Y has elegido justo este momento para hacerlo? ¿Las 11 y 58 de la noche? —Lo miré con tanta incredulidad como adoración—. ¿De verdad has pensado que era el mejor momento para secuestrarme, Dylan?

Asintió con orgullo, y retrocedió unos pasos para apoyarse contra la pared que tenía a su espalda, arrastrándome con él. Echó la cabeza hacia atrás.

—Dios… —murmuró—. Adoro que me llames así. —Volvió a mirarme a los ojos—. ¿Te he dicho alguna vez que me encanta?

Yo sonreía tanto que me dolían las mejillas.

—Bueno, es tu nombre —le recordé mirándolo, apretujada contra su pecho.

Él negó con la cabeza enseguida.

—No me encanta porque sea mi nombre —protestó—. Me encanta porque lo dices tú.

Era otro de esos momentos. «Yo también te quiero, Dylan McCarthy Williams».

En la distancia, la gente empezó la cuenta atrás.

—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho! —coreaban al unísono desde el salón principal—. ¡Siete! ¡Seis! ¡Cinco!

Dylan esbozó una pequeña sonrisa. Ladeó ligeramente la cabeza y deslizó la mano que descansaba sobre mi cintura hacia mi rostro, para acariciarlo.

—¡Cuatro! ¡Tres! ¡Dos!

—¿Puedo besarte? —preguntó, casi pegado a mis labios, pues ya solo nos separaba una rendija. Y, en lugar de responder, lo hice. Presioné los labios contra los suyos, con suavidad y calma, sin las ansias de él que solían hacer acto de presencia en momentos como aquel.

«Yo también te quiero, Dylan McCarthy Williams».

—Es uno de enero —murmuró con la boca pegada a mis labios, recordándome el contrato por primera vez desde que lo habíamos roto—. ¿Qué se siente al estar disponible otra vez? —Se separó un poco de mí, fracasando en su intento de esconder una sonrisa.

—Pues me siento muy… —Lo besé en los labios—. Muy… —Lo besé otra vez—. Sola. —Lo besé una vez más.

Él coincidió con un ligero murmullo, sus labios pegados a los míos, y asintió con gesto burlón, mientras me atrapaba el labio entre los suyos.

—Sí… —Exhaló a medio camino entre un suspiro y un gemido—. Yo también. —Me miró con una media sonrisa—. Qué casualidad, ¿no? Que los dos estemos solteros al mismo tiempo y ambos nos sintamos solos… —Se relamió—. ¿No te parece?

—Sí, es mucha casualidad —coincidí, asintiendo gravemente—. ¿Qué podemos hacer al respecto?

Entrelazó ambas manos con las mías y me besó, una y otra vez, mientras los fuegos artificiales iluminaban el pasillo. Coincidían con lo que estaba ocurriendo en mi interior, y el momento podría haber sido perfecto por muchas razones, pero yo solo podía pensar en una…

1. Lo quería.
2. Lo quería.
3. Lo quería.

Estaba enamorada de él.

Nuestros besos dieron paso a tiernas sonrisas; él apoyó la frente en la mía. Suspiró, y me llegaron las suaves notas de champán de su aliento.

Y, como si pudiera leerme el pensamiento, dijo:

—Yo también te quiero, Athalia.

NOTA DE LA AUTORA



La última vez que dije: «Gracias por leer lo que he escrito» (de una forma mucho más extensa y sentimental) fue hace más de tres años, en una página web en la que mucha más gente de la que era capaz de comprender… había leído algo que había escrito yo. *Lección 1: Aprender a Fingir* no existiría si no fuera por vosotros, así que mi primer gran agradecimiento os lo merecéis vosotros. Por cada comentario bonito, por cada mensaje y por vuestros ánimos a lo largo de los años. Si os soy sincera, no sé dónde estaría sin vosotros.

Ahora pasaré a los montones de gente con la que también estoy inmensamente agradecida. Desde el borrador hasta la publicación, cuánto me alegro de no haber estado sola en ningún tramo del camino.

Muchas gracias a mi maravillosa editora, Katharina, por cada vez que me dijo: «¿Y si te centras más en esto?», haciendo que este libro sea lo que es hoy. Eres un genio.

Gracias, Domi, por darme la mano metafóricamente todo el rato, desde que leíste el primer, primerísimo borrador. Creo que me habría dado un ataque si no hubieras estado ahí para escuchar cada cosa que se me ocurría… en una ristra de veinticinco mensajes.

Mi madre se echó a llorar cuando anuncié oficialmente la publicación de este libro, lo que me hizo llorar a mí también, así que nos mandamos selfies llorando la una a la otra durante media hora larga. Gracias por ser mi principal apoyo (y también por contestar las cinco veces al día que te llamo por teléfono). Te quiero.

Y por último, pero no por ello menos importante (porque, según Google, esto no debería ocupar más de una página y todavía no sé muy bien qué estoy haciendo), gracias a todas las personas que me permitieron darles la lata antes de que pudiera hacerlo oficial en las redes sociales. Gracias por cada: «¡Qué guay!» con el que me habéis dado ánimos, con cada «¡Qué orgulloso estoy de ti!» entre lágrimas o cada sarcástico: «¡Seré tu mayor fan!». Si crees que formas parte de este grupo pero no estás seguro si de verdad estoy pensando en ti, que sepas que sí. Gracias, desde el fondo de mi corazón.

Decir que publicar este libro es como un sueño sería quedarme corta. Y si resulta que es un sueño, por favor, ¡no me despertéis!

Gracias. Gracias. Gracias.

ADVERTENCIA



En este libro se tratan los temas siguientes: muerte de los padres, accidente aéreo, duelo.

¿Qué harías si la única forma de conseguir tu objetivo fuera aliarte con el chico más insoportable... y más guapo del instituto?



Hay una cosa que Athalia Pressley desea sobre todas las demás: el afecto de su hermano gemelo. Desde la muerte de sus padres, Henry no se lo demuestra nunca… Hasta que, por culpa de una asignatura casi suspendida y la obligación de asistir a clases particulares, Athalia acaba en manos del enemigo de su hermano.

De repente, Athalia consigue la atención de Henry, y, si quiere que las cosas sigan siendo así, necesita a Dylan McCarthy Williams. El rival de su hermano no le cae muy bien, y no le gustan ni sus comentarios mordaces ni su actitud de sabelotodo. Ni tampoco su pelo alborotado, ni sus ojos de ensueño, ni ese cuerpo de jugador de fútbol… Sin embargo, a base de citas falsas y risas forzadas,

parece que ambos consiguen dejar atrás sus diferencias para lograr un objetivo común: que uno de los Pressley les haga caso.

Selina Mae es una joven autora de romance contemporáneo con una prometedora trayectoria internacional. Descubrió su pasión por la escritura a los trece años, cuando comenzó a compartir historias en línea, principalmente fanfiction. Su primera obra, escrita en alemán, superó el millón de lecturas, y en apenas dos años escribió tres libros más en esa lengua.

Tras una pausa creativa, regresó a la escritura durante los primeros meses de la pandemia, esta vez en inglés. De ese impulso nació *Potter*?, su fanfiction más popular hasta la fecha, con más de 45 millones de lecturas. A este éxito siguieron una nueva fanfiction y su primera obra original, *The System*, una novela distópica con tintes románticos.

En 2024 debutó como autora publicada con *Lessons in Faking*, editada por LYX en alemán e inglés, que entró directamente en las listas de libros más vendidos y se mantuvo durante cuatro semanas consecutivas. Su continuación, *Lessons in Forgiving*, consolidó su éxito en febrero de 2025, y *Lessons in Falling* cerrará la trilogía «Hall Beck University» en julio del mismo año.



Título original: *Lessons in faking*

Primera edición: septiembre de 2025

© 2024, Selina Mae
Publicado originalmente por Bastei Lübbe AG
Publicado por acuerdo con Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Elena Macián Masip, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación a partir del original de © Jeannine Schmelzer, Bastei Lübbe AG. y © Guter Punkt, München
Ilustración de portada: © fjordwind
Imágenes de portada: Shutterstock (© Bobnevv; © Giuseppe_R; © Platon Anton; © Miloje)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso

de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87809-14-0

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Lección 1: Aprender a fingir
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Epílogo
Nota de la autora
Advertencia
Sobre este libro
Sobre Selina Mae
Créditos